

Chon Sangguk

La familia de Abe

Traducción: Hyesun Ko de Carranza - Francisco Carranza





Chon Sangguk (Hongchon, Corea del Sur, 1940), escritor de reconocida trayectoria en su país, inició en 1963 su carrera de narrador con la auspiciosa publicación del cuento *Ir juntos*. A este le continuarían varios conjuntos de relatos como *Pueblo lleno de amores*, *Ese lugar debajo del cielo*, *La familia de Abe*, *País de antropófagos*, así como muchas novelas, entre las que destacan *Nuestras Alas*, *Camino*, *Época de locura* y *El invierno del poeta*. Este escritor a su vez ha sido merecedor de innumerables premios literarios que han ido confirmando su entrega y calidad en el oficio de escribir. Actualmente es profesor en el Departamento de Literatura Coreana de la Universidad Nacional de Kangwon-do.

Al finalizar la guerra del 50 en la península coreana gravitó sobre sus pobladores una acuciante pregunta sobre el nuevo espacio que les tocaba vivir y la identidad afectada de la que no podían escapar. Para los personajes del libro *La familia de Abe*, responderla implica una terrible confrontación con el pasado y con un presente que los arroja en medio del desarraigo, el infortunio, y solo les permite contemplar sus ciudades sumergidas, añorando a los desaparecidos, buscando reconocerse en aquella ausencia.

LA FAMILIA DE ABE

*LA FAMILIA DE ABE
Y OTROS RELATOS*

Chon Sangguk

Traducido por
María Ko de Carranza y Francisco Carranza



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ
FONDO EDITORIAL 2001

Colección Orientalia
Centro de Estudios Orientales

Publicación auspiciada por Korea Literature Translation Institute
149-1 Pyeong-dong, Jongno-gu
Seoul 110-102
South Korea

Primera edición: octubre de 2001

LA FAMILIA DE ABE

Responsable de la colección: Ricardo Sumalavia

Copyright © 2001 Fondo Editorial de la Pontificia
Universidad Católica del Perú
Plaza Francia 1164, Lima
Apartado 01761, Lima 1, Perú
Telfs. 330 7411 – 330 7410
feditor@pucp.edu.pe

Diseño de carátula: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad
Católica del Perú

Derechos reservados

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio, sin
permiso expreso de los editores.

Hecho el depósito Legal, Registro N° 1501412001-3567
ISBN: 9972-42-429-4

Impreso en el Perú - Printed in Perú

ÍNDICE

La familia de Abe	9
Un pájaro en nido ajeno	91
El llanto del héroe	201
Funeral estilo Koryo	235
Semilla inmortal	265

LA FAMILIA DE ABE

AL SALIR DEL CAMPAMENTO MILITAR me sentí superior, como un gigante. Los policías militares de la puerta principal me reconocieron a pesar de que estaba vestido de civil, y no revisaron bien la licencia de salida.

Los empleados y obreros coreanos que salían a sus casas después del trabajo estaban en fila mientras los policías esculcaban sus ropas. Con los hombros erguidos pasé ante ellos. Este sentimiento de superioridad ya lo había experimentado hace un mes al bajar de las escaleras del avión en Osan. Entonces estuve muy emocionado porque todo el complejo que había sufrido en el campamento de entrenamiento por mi nariz chata y mi estatura baja había desaparecido en un instante. ¿Cómo explicar esa emoción de pisar la tierra natal después de cuatro años?

Pero, ¡qué mala suerte! El día que llegué al campamento destinado, el ejército entró en estado de alerta y nadie pudo salir del campamento. Unos veinte días de alerta sin ninguna tranquilidad. En esos días sentí la necesidad de reflexionar sobre mi situación, traté de no caer en sentimentalismos e hice el esfuerzo de no meterme en negocios sucios.

Cuando los soldados coreanos, destacados para el ejército estadounidense, me saludaron extendiendo sus manos, «¡Hola, Kim! ¿Cuándo fuiste a Estados Unidos?», en vez de estrechar sus manos, simplemente alcé la mano y con la cara sonriente me fui a otro lugar.

Cuando los trabajadores de las tiendas del campamento se me acercaron con cierto interés diciéndome: «¡Hola, Kim, bienvenido! ¿En qué te ayudo?»; delante de ellos rompía los cupones demostrándoles que renunciaba a la manera fácil de ganar dinero aunque mi tía me hubiera instruido en Estados Unidos. Desde cuando estaba en el campamento de entrenamiento, me daba asco lo que hacían los soldados negros. Ellos eran expertos en trocar los cupones por dinero para ganarlo fácilmente.

Al salir caminé por la calle, paralela al cercado metálico del campamento, que llevaba al centro. Sentí que se me hinchaba el corazón. El sol calcinante de la tarde de verano ablandó el asfalto y las hierbas silvestres debajo del cerco del campamento expelían un olor fuerte. El corazón me decía ¡apúrate!; pero, a propósito, traté de caminar lento para saborear bien la felicidad que ya se me salía por la boca.

Hacía tres años y diez meses exactos que mi familia se había despedido de esta tierra. Recién se realizó uno de los sueños que había tenido al salir: ser voluntario para la división militar en Corea al darme de baja en el ejército estadounidense porque era la única forma de volver a Corea sin gastar ni un centavo. Ese sueño era uno de los planes de mi tía que residía en Estados Unidos. Ella se fue allá al casarse con un estadounidense después de trabajar de prostituta. Su plan era que yo pasara en Corea un año, suficiente para llenarme el bolsillo de dinero, que era una cantidad mucho más que cualquier salario de los coreanos, y que me casara con una chica coreana ilusionada por ir a Estados Unidos.

«Sí, voy a Corea a encontrarme con alguien», les dije a mis hermanos antes de salir de Estados Unidos. Todos estaban estudiando en la escuela: Chongji y Chingu en la secundaria que se llamaba High School y el menor en Middle School. Estudiaban sin pagar ni un centavo y ya soñaban con la uni-

versidad, lo cual jamás se hubieran atrevido a soñar en Corea. Sin embargo, había muchos problemas. Mi papá siempre repetía que había ido a Estados Unidos por el futuro de sus hijos; pero ese deseo, en parte, desembocaba en algo de desilusión porque mis hermanos se habían americanizado muy rápido. Sobre todo Chongji era ya una americana, y me decía: «Oye, estamos en Estados Unidos ya; y tú, ¿todavía piensas casarte con una coreana?».

Ella se adaptó a la nueva vida más rápido que nosotros e invitaba a sus amigos blancos a la casa. Alrededor de nuestro apartamento vivían unos muchachos negros que andaban detrás de ella. Se reían al verla, la esperaban en la entrada del camino, la rodeaban y la piropeaban. Lo mismo hacían los muchachos hispanos. Chongji, como si nada sucediera, los trataba sin temor. Así era ella.

Pero un día le sucedió una desgracia. Apenas oí la suposición del señor Li, dueño de la verdulería donde yo trabajaba, corrí al apartamento; pero llegué muy tarde. Esos negros la estaban violando. Se me subió la sangre. Me paré delante de la puerta. Los tres, riéndose, se me acercaron. De mi bolsillo interior saqué un cuchillo que usaba para las verduras y me corté el brazo derecho, cerca de la quemadura de cigarro que me había hecho con Chedu, Jyongpyo y Sokpil en Corea. La sangre chorreó al piso formando un charco. Los ojos risueños de los negros se llenaron de miedo. Los negros, en general, eran miedosos, cobardes, bárbaros y viles.

¡Come on! ¡Come on! Con la mano que apretaba el cuchillo les hice señas de que se me acercaran. No veía nada. Temblaba por el odio que llegaba hasta los dedos de la mano. Recordé el diario de mi madre que había leído en secreto. Era un cuaderno que ella había escrito a escondidas y en fechas diferentes en Corea.

Temblé ante la imaginación de estar acuchillándolos y matándolos día y noche. Quería recoger en mis dos manos esa sangre que salía a borbotones desde el interior profundo de esa piel negra y aceitosa, y mostrarla para que vieran los vecinos. La venganza y el odio eran las razones de mi existencia.

Temblaba mi mano que apretaba el cuchillo. Me acerqué a los muchachos. Ellos se humillaron inmediatamente y se arrodillaron. Eran conocidos, vivían en la misma cuadra de la tienda del señor Li donde yo trabajaba y eran los que habían sido descubiertos robando en la tienda. Cuando el señor Li los siguió, le golpearon y le rompieron dos dientes. Al saber que el señor Li iba a denunciarlos, llegaron en grupo y le amenazaron con incendiar su tienda.

«¡Animales!», dijo Chongji, se subió el calzón y se levantó. Escupió a las cabezas de los negros y se dirigió a mí. «¿Acaso tú eres diferente? ¿No te acuerdas de lo que hiciste en Corea? ¿Por qué a cada rato te entrometes en mi vida?».

Ella había dicho *mi vida*. Ante sus palabras coléricas, toda mi energía cayó de los hombros. Estaba desconocida y sin vergüenza. La chica a quien habíamos violado Chedu, Jyongpyo, Sokpil y yo, lloró y avisó a sus padres lo que le había sucedido. Cuando Chongji me dijo esto, tenía ganas de matarla. Pero, diferente de lo que pensaba, de mi boca salían gemidos y palabras suplicantes. «Chongji, ¿para esto hemos venido acá?» «Si hubiéramos vivido en Corea, habríamos sido más desgraciados. Estoy segura de que nuestros padres han vivido más manchados que yo», gritó fuerte.

Ella cambió mucho después de leer el diario de mamá. No había ninguna medicina para curar la profunda herida en el corazón de una chica. Por ser su cómplice, sufrí mucho ante aquel cambio radical. Me arrepentí de haberlo leído juntos. Pero, ¿qué hacer? Era una flecha ya lanzada. Después de leer

el diario, nos dimos cuenta de que estábamos en un pantano de donde no podíamos salir. Desde ese momento nunca hablamos del diario. No había necesidad de mencionarlo porque todas las palabras de este se habían introducido y enraizado en nuestro cuerpo. Nuestro problema era el contenido de ese diario.

Lo habíamos leído a escondidas tratando de comprender a mamá, porque estábamos asustados ante su repentino cambio después de su llegada a Estados Unidos. Al principio pensamos que era una simple depresión causada por el cambio de ambiente y no le prestamos atención. Pero su mal se agravaba. Hasta después de más de tres años ella seguía deprimida con el rostro abobado. Ni siquiera pronunció las palabras inglesas que había practicado con nosotros en Corea. Solo nos hablaba lo necesario. No opinaba ni se metía en los asuntos de otras personas. En Corea había sido una mujer dinámica, correteaba por aquí y por allá para sostenernos; pero en Estados Unidos quedó apachurrada como un globo desinflado y como un saco de arroz vacío. A propósito la tratamos con dureza algunas veces, y con ternura y súplica otras. Pero nada. Ella seguía igual.

«Se le pegó el espíritu de Abe», comentó mi hermano menor, que estudiaba en Middle School.

Todos fingimos no haberlo oído. Abe era un tabú. Nadie pronunciaba su nombre. Mi tía, que había ido al aeropuerto a recibirnos, tampoco nos preguntó por él. Quizás en la carta de invitación que nos había mandado no mencionaba a Abe. En fin, todos sabíamos de sobra que esa depresión tenía que ver con Abe, pero nadie quería hablar del asunto. El comentario del menor, que se le había pegado el espíritu de Abe, nos afectó a todos. Sin embargo, el dolor duró un momento. Pronto negamos con la cabeza. Nuestro orgullo no nos permitía admitir que mamá quedara así por Abe.

Nunca habíamos pensado que Abe fuera un ser humano igual a nosotros. Aunque sabíamos que Abe había nacido en nuestra casa, nunca lo consideramos como un hermano. Para nosotros Abe era un animal inútil. Exacto. Un animal inútil. Era un ser más pesado y más asqueroso que un perro. Mis hermanos y yo, desde que nacimos, hemos crecido viendo a Abe. Aún siendo niños, lo juzgamos como un animal sucio. Mis padres buscaron lugares a donde encargar ese animal, y algunas veces lo lograban. Pero la mayoría de los centros de rehabilitación para los enfermos de retardo mental negaba aceptarlo, o aunque lo aceptaban, nos llamaban después de pocos días para devolvérselo. Para estar allí se requería por lo menos un Coeficiente Intelectual de 20 puntos. Esos centros aceptaban a enfermos de retardo mental de seis a dieciocho años, y los educaban internándolos. Algunos exigían el examen de Coeficiente Intelectual y solo permitían el ingreso a los que alcanzaban más de 40 puntos. Pero Abe era un ser a quien no podíamos someter a la prueba de Coeficiente Intelectual. Era peor que cualquier idiota. Cuando salimos de Corea él tenía veintiséis años y lo único que podía hablar era «abe», apenas dos sílabas y con mucho esfuerzo. Con sus veintiséis años lo pronunciaba moviendo todo el cuerpo grotescamente: abría la boca con mucha dificultad, torcía su cara y emitía: «A...a..be...». Esa palabra era toda su comunicación. No sabía usar el baño, ni podía caminar porque no tenía equilibrio. Vivía apestando en un rincón del cuarto. Por Abe, el ambiente de mi casa siempre estaba sombrío y desolado. La pobreza no era la única causa para que en la escuela me calificaran de niño problemático. El ambiente asfixiante de la casa por la presencia de Abe me estaba enloqueciendo. Después de violar a esa chica, como justificación, culpaba a Abe. Lo único que funcionaba normal en él era su sexo. Desde pequeño, cuando veía a mujeres, fuera mi madre o mi herma-

na, se acurrucaba y se masturbaba. Desde que lo encontré pegado al cuerpo de Chongji, que apenas tenía cinco años, ya no lo vi como un ser humano.

Estaba convencido de que mi familia no tenía porqué sentirse culpable de haber abandonado en Corea a un ser inferior. Por eso ninguno de nosotros podía comprender a mamá que sufría y se convertía en una idiota debido a un animal.

Estando así, un día Chongji encontró un cuaderno viejo en el fondo del baúl de mi madre. Ella y yo, apaciguando nuestra respiración, en un instante leímos todo el diario. Luego lo devolvimos a su sitio.

El secreto que supimos era que Abe no tenía la sangre de mi padre. Era de otro hombre anterior a él. ¡Persona de más! Esta terrible verdad quizás nos alivió del sentimiento de culpa por haberlo abandonado en Corea. Pero el resultado fue al revés, desde ese momento Chongji y yo empezamos a pensar más en él.

—¡Hola, Gino Kim!

Habría estado caminando muy lento porque ni bien llegaba al centro Tom me llamó. En el campamento de entrenamiento le había prometido llevarlo a Seúl en la primera salida. La noche anterior él me hizo recordar la promesa en el Club de Soldados. «O.K.» fue mi respuesta; pero hoy había salido sin avisarle. No tenía ningún problema para cumplir la promesa. Simplemente no quise hacerlo. Quizás quería vengarme de su raza por la humillación que sentía hasta ese momento. Tom era mi amigo, tenía veintiún años, un año menor que yo, y su tamaño era doble al mío. Era de Atlanta y tenía una pronunciación clara. Interrumpiendo sus estudios en la Universidad Harvard, se alistó de voluntario para venir a Corea, un lugar muy lejano y desconocido. Seguro que Tom habría venido a Corea con algún objetivo. Durante casi cuatro años de mi estadía en Estados Unidos, me di cuenta

de que allí había dos tipos de ciudadanos: Los de la clase alta eran los típicos estadounidenses, puritanos perfectos que se merecían ser ciudadanos de un país superpoderoso. Los de la clase baja eran vulgares, corrientes, liberales, inmorales, violentos y sinvergüenzas. Tom era del primer grupo. Parecía que no tenía ningún prejuicio racial; pero era difícil saber si esa actitud era de su sentimiento de superioridad o no. Tom, desde el primer momento, fue muy cariñoso conmigo. Quería saber mucho sobre Corea, a donde estábamos destinados. Generalmente, los estadounidenses no sabían nada de Corea o, aunque tuvieran algún conocimiento, este era muy deficiente y distorsionado. El primer día que me conoció, me saludó: «¡Hola, chino!» Todos los orientales con cara ancha eran chinos para ellos. No distinguían y consideraban iguales la cultura china y la coreana. Le interesaba la escritura coreana, pero mostraba mucho interés por los caracteres chinos, escritura basada en la pintura. Lo que me daba más cólera era la imagen que ellos tenían de Japón. La mayor parte de los soldados tenía la ilusión de ir a Japón durante las vacaciones y tener algún recuerdo inolvidable para toda la vida. Cuando hablaban de Corea, casi siempre, la juzgaban como una parte de China o Japón. Por esta razón, cuando hablábamos de Corea con los estadounidenses, nos dábamos cuenta de la importancia del poder de un país.

—Corea, tierra de mujeres bellas.

Tom gastó una alabanza como muestra de su amistad. Esa idea se la había inculcado su jardinero en sus años infantiles. Era un viejo negro que de joven había participado en la Guerra Coreana. Corea, descrita por aquel viejo, era un país bello. Muy natural que un viejo solitario describiera así un país de su juventud, época de sus años de heroísmo. Al fin y al cabo, el pasado es bonito para todos. Pero hay gente para quienes el pasado no es bonito. Este es el caso de mi madre.

En cambio, para aquellos que la violaron, Corea era un país hermoso. Escupí al piso.

—Kim, ¿estamos yendo a Seúl?

Tom se veía muy inteligente y seguro estando entre sus compatriotas de patas largas; pero, entre los coreanos, parecía algo atontado.

—Tom, hoy no voy a Seúl. Tengo otro compromiso.

Se puso triste como un niño y yo no supe qué hacer con esa cara desilusionada.

—Tom, no te preocupes, te haré subir al autobús que va a Seúl.

Se puso alegre. Su cara se llenó de curiosidad por ese lugar desconocido.

Llegamos al terminal interurbano. Un bus viejo estaba con el motor encendido a punto de partir. Su destino final era un pueblo opuesto a Seúl. Fui a la taquilla y compré el boleto para ese pueblo.

—Tom, este autobús te llevará a Seúl. Aquí tienes el boleto. Lo compré para ti.

Tom, repitiendo muchos *Thank you*, subió al ómnibus viejo y pequeño con destino al pueblo.

—Oye, Tom, Corea es un país bello; disfrútalo —le hablé en voz alta.

El ómnibus estaba lleno. El enorme cuerpo de Tom estaba doblado y arqueado entre los pasajeros que apestaban a sudor. ¡Qué gran regalo de un amigo! El intenso calor sofocaba más.

En la boletería para Seúl había una cola larga. Me coloqué al final de esa cola. La mujer que estaba delante de mí, al sentir que casi me pegaba a ella, volteó y me lanzó una mirada de advertencia. Tenía la cabellera larga y suelta, y llevaba una bolsa en el brazo. Era guapa: el rostro y el cuerpo con la belleza oriental. Sus facciones eran delicadas y la piel suave.

—Disculpe..., ¿es aquí donde se compra el *ticket* para *Seoul*?
—le pregunté con acento inglés.

La mujer me examinó de nuevo. Sus ojos, un poco defensivos, eran muy claros. En el pecho de su blusa llevaba la insignia de una universidad femenina. Posiblemente estaría sorprendida por mi camisa de cuadros multicolores y mis zapatos con la parte delantera redondeada, comprados en la tienda dentro del campamento. Me siguió mirando con curiosidad. Saqué mi billetera del bolsillo trasero del pantalón, extraje dos billetes de diez mil wones entre un budoque de billetes que había cambiado en la tienda y se los di. Ella, haciéndose a un lado, se puso roja.

—Es que... salí de Corea cuando era *baby*. Hay muchas cosas que no sé. *Miss*, ayúdeme. No sé si con este dinero podrá comprar mi *ticket* y su *ticket*.

Vaciló un instante; luego recibió solo un billete.

—Espéreme allí al lado de aquel autobús vacío —me habló señalando un lugar.

Diferente de su fisonomía, tenía la voz grave. Hice una venia con la cabeza y me acerqué al ómnibus que me había indicado. Tragué saliva. Ya no soy ese empleado de la tienda del señor Li, sino un soldado estadounidense que vino a ayudar a Corea.

—Aquí tiene su boleto. El mío lo compré con mi dinero.

Con la cara seria me alcanzó el boleto y el cambio. Al recibirlos, recordé a la hija del señor Li. Ella también era seria. Había llegado a Estados Unidos cuando tenía diez años; pero no pudo asimilarse a la vida de esa tierra hasta la muerte. Nunca salía de su casa a causa de sus piernas afectadas por la poliomielitis. Su padre decía que había ido a ese país para curar las piernas de su hija. Gastó mucho dinero, pero aún así caminaba cojeando. El señor Li, en el fondo, quería que yo fuera el *amigo* de su hija. Usaba la táctica de mandarme

frecuentemente a su casa por este u otro asunto. Cada vez que iba a su apartamento, la encontraba trabajando con las bolitas. Era su trabajo. «¿No te aburres?».

Cuando le preguntaba así, ella siempre me contestaba igual: «Sí, es aburrido este trabajo». Cada vez que miraba de reojo su pequeño pecho, mi corazón se llenaba de un viento triste. Su pecho chato era lo único que me hacía sentir nostalgia. De ella percibía todos los lamentos de desilusión y frustración de los que vivían en el extranjero, me sentía asfixiado y salía corriendo de su casa.

—Me gustaría sentarme al lado de la ventana.

Ella se paró a mi lado mostrándome su boleto. Yo ya había subido al ómnibus y sentado según el número que indicaba el boleto.

—Muy bien.

Me apresuré a levantarme y cederle el asiento. Después de que se sentara, yo también hice lo mismo, cuidándome de no pegarme mucho a ella. De mi bolso saqué una cajita de chicle y le ofrecí uno. Hizo una mueca con los labios y la recibió.

—¿Estudia en la universidad? —pregunté echando una mirada a su busto saliente. En vez de responderme, abrió la cajita de chicle y me ofreció uno.

—¿Habla *English*?

Le pregunté en un coreano mal pronunciado. Se puso roja y me contestó:

—No, casi nada.

La voz era tan baja que era difícil entenderla.

—¿Está de *vacations*?

—Todavía no. Es que vine a la finca de mi tía y ahora estoy volviendo a casa.

—¿Vive en *Seoul*?

—Sí, en el barrio Kajoe-dong.

—Kajoe-dong, sí conozco. Mi tía vivió mucho tiempo allí.

Mentira tras mentira. Yo era un mentiroso profesional. Mi tía jamás había vivido en Kajoe-dong. Por último, no sabíamos que teníamos una tía hasta que entré en la secundaria. Un día, en el barrio de los pobres donde vivíamos, apareció una mujer con mucho maquillaje y en un vestido muy llamativo. Mi padre, cuando la vio, gritó: «¡Suncha!» «¡Hermano!», fue la respuesta de ella. Aquella escena dramática del reencontro de los hermanos después de 17 años fue un mar de lágrimas. Los dos únicos sobrevivientes de la familia actuaron llorando, riendo y recordando el escenario trágico causado por la Guerra Coreana. Pero nosotros, que éramos el público, nos quedamos perplejos por el llanto infantil de mi padre y por el aspecto sospechoso de la mujer. Pero el teatro trágico fue interrumpido. Abe, que entonces tenía veintidós años, agarrando la cintura de la tía, empezó a hacer ese movimiento raro de cópula. La tía, asustada, lo empujó. Nosotros nos matamos de risa ante esa comedia. Chingu le puso la soga al cuello y lo llevó al cuarto. «A...a...be...», allí le pegó. Mi madre corrió al cuarto. «Ese es mi hijo mayor», le dijo mi padre señalando el cuarto con su mandíbula. Después de ese día mi tía venía a casa a cada momento. La casa se llenó de cosas y galletas estadounidenses. Antes de ir a Estados Unidos, ella convivió con tres: un blanco y dos negros. El que se casó con ella y la llevó a Estados Unidos fue un sargento negro y viejo. Ese vino a casa unas tres o cuatro veces. Trataba muy bien a mi tía. «Es que, fíjate, este chico quiere casarse conmigo, llevarme a Estados Unidos y vivir juntos hasta la muerte». Mi tía lo llamaba «chico». Cuando llegaba el negro, mi madre no sabía qué hacer: entraba al cuarto o se iba a la casa vecina. Abe también tenía miedo del negro y no salía del cuarto.

—¿Hace tiempo que se fue a Estados Unidos? —me preguntó. El ómnibus corría por la vía asfaltada al lado de la base militar estadounidense.

—¿Quién? ¿Mi tía?

Ella negó con un leve movimiento de su cabeza y me señaló con su mentón.

—¡Ah, *me!* Soy Chinjo Kim o Kim Chinjo. Tenía nueve años cuando fui a U.S.A.

—Pero habla muy bien el coreano.

Era audaz; me miró de arriba hacia abajo.

—Yo estudié coreano en U.S.A. Era *number one* en la escuela coreana.

Me miró con sorpresa. Sus ojos se agrandaron.

—Interrumpí mis estudios en la Universidad Harvard para venir a Corea.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál era su especialidad?

—Femenismo coreano.

—¡Qué bromista!

—No es broma. En los estudios de Asia Continental, que es mi especialidad, hay estudios sobre las mujeres de Corea. La mujer oriental, *beautiful* como usted.

—Usted me está echando un piropro.

Se puso roja y se rio.

—¿Va a quedarse bastante tiempo en Corea? ¿Un año? ¿Dos años...?

—Un año. Pero, si no encuentro a la persona que busco, puedo prorrogar mi estadía. Debo encontrar a esa persona.

—¿Quién es esa persona que busca tanto usted? —me preguntó poniéndose un poco roja.

—A ver, adivine usted, *Miss...*

—Pak.

—*Miss Pak*, ¿quiere saber a quién busco?

—Sí, quiero saber.

—A ver, adivine.

Puso su mano en los labios, inclinó un poco su cabeza y pensó un rato.

—¿No será su amiga del jardín de infancia? La que se sentaba a su lado.

Me habló con mucha confianza. Se rio. El falso universitario de Harvard estaba feliz. Pero, en el fondo, me sentía algo vacío.

—No, no asistí al jardín. Aquel entonces mi familia era muy pobre.

Eramos pobres. Mi padre no era hábil. Pasamos los crudos inviernos sin ropa interior larga. Mis hermanos y yo pensábamos que todo era por culpa de Abe. Cuando mis padres salían de la casa, le quitábamos la comida, no le dábamos agua, le amarrábamos el cuello con la soga y lo atábamos en la puerta. Abe era un idiota que ni siquiera sabía desatar la soga.

—Entonces, ¿su compañera del Primer Año de la Primaria?

—Mi compañera del Primer Año ya se murió. Cojeaba por la poliomielitis, sabía ensartar las bolitas con hilo y siempre lloraba añorando su tierra natal.

La cara pálida de la hija del señor Li se sonrojó cuando dije que venía a Corea. Las bolitas cayeron por el suelo y rodaron. Cuando le extendí mi mano después de recogerlas, ella las agarró. Su mano estaba caliente. Puse mis labios en su mejilla temblorosa. Al sentirla también me asusté y me alejé de ella.

—¡Qué fresco!

Afuera llovía. Era un chubasco repentino. El paisaje del campo pasó lentamente bajo la lluvia. A medida que la lluvia caía a torrentes, el limpiaparabrisas de la ventana delantera del ómnibus se movía más rápido. Desde la ventana del techo, abierta para la circulación del aire, caían algunas gotas. Aquel verano de la inundación quise eliminar a Abe. Por la lluvia torrencial de todo el día el dique del pueblo comenzó a

derrumbarse. La gente que vivía en la parte baja del dique se trasladaba desesperada hacia la parte alta. Mi familia también alistó los bultos y se trasladó a la escuela primaria, y yo fui el último en llegar con mi carga a la escuela. No está Abe, le dije a mi mamá. Mis padres, asustados, corrieron hacia fuera. Después de un rato volvieron desilusionados. No está Abe. Vayamos a buscarlo todos, —dijo mi padre. La lluvia cayó más fuerte. Se derrumbó totalmente el dique. La gente gritaba. Me reía silenciosamente. Había encerrado a Abe en un cuarto de la casa vecina de la esquina, que había sido evacuada antes. Mi madre lo esperó toda la noche afuera. Estaba totalmente mojada. Echado en el piso del salón de clase, cerré los ojos; pero no pude dormir. No soporté más, salí y le confesé lo que había hecho. Mi mamá quiso ir allí pero mi padre la detuvo. Al día siguiente escampó. Toda mi familia fue de madrugada a nuestro barrio. El agua se había llevado las casas de adobe. Mi mamá anduvo desesperada por donde habían estado las casas sepultadas por el río. No había ningún rastro. Sin embargo, esa tarde lo encontramos en la comisaría de la loma. ¡A...be...! Lloriqueó acurrucado en el pecho de mamá. Tenía veintiún años. Dicen que los que más sufren tienen longevidad, comentaban los vecinos con compasión.

—Señor Kim, ¿es hombre o mujer a quien usted busca?

Después del chubasco, el sol entró de nuevo por la ventanilla. Miss Pak corrió la cortina y me preguntó. ¿Hombre o mujer?

—A ver, adivine primero eso.

Se rio moviendo ligeramente su cabeza en forma negativa.

—Es su tarea. Le daré tiempo hasta el sábado de la próxima semana cuando nos veamos en Seúl.

—Ay, no.

Desviando la mirada, alzó la mano como si quisiera pegar mi hombro. Luego la bajó. Me imaginé haciendo el amor con

ella. Por mi mente pasó su cuerpo desnudo. Sacudí la cabeza y desapareció la escena. El cuerpo desnudo era de Chongji.

—De verdad, ¿va a ir a Seúl la semana entrante? —me preguntó riéndose.

El autobús subía una colina en las afueras de Seúl. Mi corazón comenzó a acelerar su ritmo.

—Iré para ver a *Miss Pak*.

—Hoy le invitaré un café de bienvenida a la patria.

Meneé la cabeza negativamente. El centro de Seúl, visto desde la colina, estaba cubierto de una nube contaminada. Me inquieté. Me di cuenta de que mi sentimiento de superioridad a la salida del campamento se había arruinado totalmente por mi conversación pedante con *Miss Pak*. Empezó a mortificarme el sentimiento de inferioridad por mi estatura que llegaba solo al axila de los grandotes. Por mi mente pasaron los rostros de Chedu, Jyongpyo y Socpil. Le mostré mi brazo con una cicatriz larga de cuchillo y la huella de quemadura por dos cigarros al final de esa cicatriz.

—Le explicaré cuando nos veamos otra vez —le hablé señalándolas. Ella se asustó. El ómnibus estaba por llegar a la parada final. Apresurada, rompió un pedazo de su libreta de apuntes, escribió su nombre y número de teléfono, y me lo entregó. Lo metí en el bolsillo, me bajé y formé parte de la multitud de transeúntes de la calle. No volteé la cabeza.

El ómnibus urbano con destino al barrio montañoso donde habíamos vivido estaba lleno como cuatro años atrás. Allí en medio de la gente que apestaba a sudor, recién pude sentir que estaba en Corea.

El barrio seguía igual, excepto unos altos y nuevos edificios: las calles angostas y las casuchas como caparazones de cangrejo amontonadas. Pero había más antenas de televisión que antes. Caminé por el mercado con la cabeza gacha. Tenía miedo de ver a los conocidos. Al lado del cine había un nuevo

hotel bastante limpio. Delante del hotel, un letrero con un mapa turístico con los nombres de los templos en la montaña detrás del barrio. También figuraba Aguas Medicinales de Chonsu. La montaña, un lugar de reunión, se había convertido en un lugar turístico.

Todas las ventanas del hotel estaban protegidas con telas metálicas contra los zancudos. Me recibieron con mucha amabilidad y hasta me dieron un ventilador. No andaría bien el negocio. El muchacho, de unos diecisiete años, mi edad de ese entonces, trajo al cuarto el registro de alojamiento. Escribí con fea caligrafía el nombre de mi división en alfabeto latino. Pero mi nombre lo escribí en coreano: Kim Chinjo.

—¿Qué es esto? —preguntó mirando sorprendido por los datos en inglés.

«Denunciando a los espías escondidos, nosotros recibiremos el premio, ellos recibirán la luz». Decía así el papel pegado al lado de la tarifa del hotel.

—Chico, no te preocupes. No soy espía.

Le alcancé cinco billetes de mil wones.

—Oye, ¿puedes hacerme un favor?

El chico huraño me trajo un papel. Allí dibujé el croquis de las casas de Chedu, Jyongpyo y Socpil y le expliqué más detalles.

—Mira, si no están en casa, deja el recado de que vengan acá cuando vuelvan. Estos dos, como sus casas eran de alquiler, quizás se habrían mudado. Si es posible, averigua también a dónde se mudaron. ¿Necesitas más dinero?

—No, no.

Negó moviendo sus dos manos. Después de diez minutos de su salida, me rodearon varios hombres. Estaba volviendo a mi cuarto después de ducharme en el baño común. Eran unos hombres en ropa civil y detrás de ellos tres hombres en uniforme. Me llevaron a mi cuarto. Saqué mi carné de identidad.

—Disculpe. Perdón. Es que estamos en alerta por varios robos.

Respiré profundamente. Por suerte no había ningún rostro conocido. Me acordé de la cárcel del puesto policial que frecuentábamos. Saqué del maletín una cajetilla de cigarrillos Winston y se la di. Se fueron. El dueño y el muchacho me devolvieron los cinco mil wones.

—Oye, chico, no es tu culpa —hablé con gentileza.

—Señor, localizaré a sus amigos y se los traeré —dijo el muchacho con la cabeza gacha. «Okey», me estiré y me eché en el piso.

Mirando el techo empapelado, pensé: Bien. Desde aquí empiezo. No sabía qué era lo que iba a hacer, pero pensaba desde hacía tiempo que debía hacerlo, para mi madre que es una muerta en vida y para la hija del señor Li cuyo pecho plano me daba pena. Por ellas debo ser una persona útil. ¡Cuánto tiempo ansiaba que de mi cuerpo brotara una fuente o una energía que pudiera darles la vida! Sin embargo, cada vez que lo deseaba, sentía que yo no tenía fuerzas, peor que ellas. Mi frustración crecía en mi cuerpo como un cáncer cuando me daba cuenta de que no podía llevar una vida ideal en ese país gigante llamado Estados Unidos. Eso se debía a la falta de comunicación por el idioma con el que me había chocado en la puerta de ese país a donde había llegado de inmigrante a los dieciocho años. Traté al máximo de asimilarme a la vida de allí. Me encantó la estructura de esa sociedad donde no había distinción entre un trabajo y otro, y donde se ganaba tal como se trabajaba. En este sentido, Estados Unidos era una utopía. Antes de alistarme en el ejército para venir a Corea, trabajé en la gasolinera, en el lavacarros, en la pescadería y verdulería de los coreanos. Los egresados de las universidades coreanas trabajaron conmigo. El señor Li era un ex profesor de una universidad coreana. To-

dos ellos pensaban que su modo de vivir era correcto. No querían pensar en otros valores, excepto en el valor material. No admitían que su vida sirviera para algo. Poco a poco empecé a odiar la vida nada creativa de la gente común de Estados Unidos. Llevé a mi madre a la iglesia coreana. Allí, ellos, dando golpes al piso de madera, lloraban de arrepentimiento. Así se salvaban. No. No estaban salvados sino pensaban que estaban salvados. El predicador rezó por mi madre. Pero su rezo no salvó su alma. Dijo que le daba la bienvenida porque ella era un nuevo miembro de su templo. Mi madre, acompañada de mi padre, fue cinco veces más a la iglesia. Después ya no. Nada pudo salvarla.

«Hijos, vayamos a la iglesia», decía mi papá solamente a nosotros. En Corea él no era cristiano. Él y Chongji se habían adaptado mejor a la vida estadounidense. Al llegar a Estados Unidos, mi padre cambió totalmente. Todo lo de allí le parecía bien.

Mi madre perdió toda esa vitalidad que había tenido en Corea y se convirtió en una persona casi muerta; en cambio mi padre vivía con dinamismo. Cuando él estaba en Corea era un típico desocupado. Ningún trabajo le gustaba. Él se daba cuenta de eso. Él no había nacido para vivir en Corea; sin embargo, él era un intelectual. Cuando estalló la Guerra Coreana, era universitario. Yo pensaba que su manera de vivir sin energía y un poco fuera de la realidad se debía a su carácter pensativo, característica de los letrados. Trabajó en múltiples oficios, pero siempre los dejaba después de unos meses. Claro que habría hecho todo lo posible para aguantar pensando en sus hijos. Pero sus esfuerzos habían sido inútiles. Cuando dejaba de trabajar, meses enteros se quedaba en casa. Entonces, el pequeño espacio de nuestra pobre casa quedaba más reducido. Su gigantesco cuerpo, tendido en el piso, llenaba el espacio del cuarto, y a su lado dormía Abe

con su boca abierta y apertosa. Abe quería tanto a papá como a mamá. Mi padre lo trataba muy bien. De vez en cuando jugaba con él, que tenía más de veinticinco años.

En mi casa hay dos inválidos, decía así sin escrúpulos a mis amigos. Mi padre a veces trabajaba de obrero en alguna obra; pero su enorme cuerpo y sus lentes gruesos no le ayudaban en ese oficio. Los que le daban trabajo simplemente lo trataban como un obrero o ya no le daban más trabajo diciendo que él no había nacido para esas labores. Mi madre, que trabajaba de cobradora de la Compañía de Seguros, no le dejó ir a trabajar de obrero.

Desde el momento que llegó el documento de garante y la carta de invitación de mi tía de Estados Unidos, él comenzó a cambiar. «Vamos», le habló emocionado a mi madre, quien volvía de su trabajo, y le mostró la carta de invitación. Cuando ya estuvo casi seguro de nuestra inmigración, empezó a aprender inglés y también tomó el curso intensivo de Técnica de Soldadura en un instituto de Chonggyechon. Quiso aprender todas las actividades calificadas de útiles en Estados Unidos. Fue a la academia de Taekwondo para aprender defensa personal. Me daba pena verlo sufrir por el dolor y no poder dormir después de volver de la academia. Él tenía casi cincuenta años. Quería aprender hasta el manejo de carros. Estaba más animado que los hijos. Estados Unidos le correspondió a esas expectativas. Trabajó de barredor en un hospital grande. No se sentía mal ni raro en ese oficio, y trabajó a gusto. Con mucha alegría entregaba a mi madre ciento treinta dólares, su ganancia de una semana. Estaba contento consigo mismo por ganar esa cantidad con su propia mano. Más tarde trabajó de guardián nocturno del hospital, lo que significaba dieciséis horas de trabajo al día. Se adelgazó un poco, pero estaba de buen ánimo. Mi madre era el problema.

«Hermano, llevémosla al sanatorio». Algunas veces mi tía así le sugería. Pero él se negó. Desde el primer momento no mostró mucha preocupación ante la total apatía de mi madre. Simplemente la contemplaba silencioso.

«Aquí los esposos deben trabajar juntos». Mi tía habló en tono de reproche esperando que la oyera mi madre. Ella se había divorciado del negro viejo y vivía ahora sola. Tenía una tienda de pelucas con un socio coreano. «Chinjo y yo ganamos. Con eso podemos vivir sin problemas». Mi padre protegió a mi madre. «Pero ella no era así en Corea, ¿no? Y, ¿qué le pasa aquí?».

«Es una enfermedad que requiere mucho tiempo», le respondió sin dar importancia a su preocupación y luego salió. Mi madre quedó parada junto a la ventana mirando el cielo infinito.

«Hijos, cuiden a mamá», nos decía en el momento que salía a trabajar. Él nos la encargaba. Cuando nos acordábamos de ella, nos fijábamos dónde estaba y qué hacía, para no ser cómplices de su suicidio. Ella, generalmente, yacía echada en el piso del apartamento; pero, a veces, sentada en la banca debajo del apartamento, miraba distraída a desagradables viejos. Estos se le acercaban porque ella todavía era bonita y esbelta. Entonces, mi madre se levantaba súbitamente y entraba a casa.

Otra cosa que nos sorprendió fueron sus lágrimas. En Corea jamás la habíamos visto llorar. El día cuando yo encerré a Abe, ella esperó afuera toda la noche a pesar de la lluvia; pero no lloró. Sin embargo, apenas llegando al aeropuerto de Estados Unidos, empezó a llorar, abrazando a mi tía.

«Mira, me estás dando vergüenza. Aquí la gente no llora a gritos», la regañó mi tía. «Déjala llorar», abogó mi padre. «Se acostumbra mal». Mi terca tía no perdonó su llanto. «Mamá, no llores. ¡Qué vergüenza!», dijo Chongji. Era partidaria de

mi tía. Desde ese momento ella ya no lloró en voz alta; pero sus ojos siempre estaban llenos de lágrimas.

«Mira, esto ya es demasiado», —mi padre le dijo una vez. «Mami, ya no llores. Nos alocas». «Mamá, ¿acaso nosotros no somos tus hijos?» Chingu, que generalmente era callado, no le perdonó las lágrimas. Cuando expresábamos nuestro descontento, ella lloraba abrazando a uno de nosotros. Así era mamá. Cuando volvíamos alegres a casa, por ella nos poníamos melancólicos. Abe... era por Abe. Entonces, recordábamos la tierra que habíamos abandonado. Veíamos el espacio vacío de la casa de barro, arrasada por la lluvia, y el barrio montañoso a donde subíamos jadeantes apenas bajándonos del bus lleno de gente. El corazón se nos arrugaba.

«Quieres volver a Corea, ¿no?», preguntó Chingu a Chongji. «Ni que fuera una loca. Para mí, pensar en eso es morir-me». «Pero...». «Eres muy sentimental. Somos ciudadanos estadounidenses. Cuidado con volverte como mamá». Chongji regañó a Chingu y cambió el canal del televisor. En la pantalla una madre enseñaba a la hija cómo usar el preservativo. Era una propaganda. Luego pasó una escena de sexo.

—Señor, ¿está dormido?

Ya estaba oscuro. El muchacho me habló; encendiendo la luz del cuarto, me habló.

—Dicen que el señor Chedu se mudó hace tiempo. Jyongpyo todavía vive allí, pero fue al servicio militar el año pasado.

—¿Y Yong Socpil?

—Ah, este señor se mudó al barrio que está abajo. Fui a su casa. Me dijeron que todavía no volvía de la comisaría.

—¿Comisaría?

—Es que... está cumpliendo el servicio militar. En vez de ir al campamento está allí como parte de la fuerza de defensa. Dije que, cuando volviera, viniera acá.

Reconocí que cuatro años no era poco tiempo. El muchacho estaba en la puerta, alegre de haber cumplido conmigo. En él veía mi cara de hacía cuatro años.

—Bien. Gracias. Oye, ¿puedes pedir alguna comida para mí? También pide para ti.

—¿Qué desea comer? ¿Comida coreana, japonesa o china?

—¿Se vende ramén, el fideo instantáneo?

—¿Qué? ¿El fideo instantáneo?

La sorpresa del muchacho me hizo reír. Cuando mi mamá llegaba tarde por andar cobrando el pago mensual del seguro, siempre preparábamos ramén. A Abe también le gustaba ramén. Nosotros nunca hacíamos la porción de él. Mi padre le daba la mitad de su porción.

—Señor, pidamos arroz con fideo al restaurante chino. Sirve buena cantidad y es rico.

—Bueno, pide ese plato y el fideo para mí. A mí me encanta el fideo.

El muchacho se fue rascando la cabeza.

Abrí mi pequeño maletín con que había salido del campamento. Desde el fondo saqué el cuaderno doblado. Era de mi madre. Lo traje de Estados Unidos sin avisar a Chongji. Era la primera vez que lo abría después de haberlo leído con Chongji. La escritura, por haber escrito ella en secreto y en diferentes fechas, no era nítida; pero la composición era fluida, lo cual mostraba su nivel académico.

DOS MESES ANTES de que estallara la Guerra Coreana el 25 de junio de 1950, me casé en abril con el señor Changbe Choe. Yo tenía veintiún años y, desde que terminé la Secundaria, estaba enseñando en una escuela primaria particular que tenía que ver con mi difunto padre. Mi tía materna me presentó a Changbe, un universitario que vivía de huésped en su casa del barrio Kajuedong. Un día, cuando fui a visitarla, los padres de Changbe que habían llegado a visitar a su hijo me habían visto, y entonces pidieron a mi tía que me relacionara con su hijo. Sus padres apresuraron nuestro matrimonio porque les caí muy bien y con ansias esperaban los nietos. Es que Changbe era hijo único. En esa familia, durante cuatro generaciones, solo habían tenido un hijo en cada generación. Por parte de mi familia, como mi hermano quería casarme antes de que se agravara la salud de mi madre viuda, también les hicieron caso. Faltando unos días de la ceremonia nupcial, Changbe me pidió que aceptara dos condiciones: dejar de trabajar y vivir un año en la casa de sus padres hasta que él terminara sus estudios en la universidad. Aquel entonces, ese tipo de condiciones no era raro; sin embargo, como no me gustó, me enfadé con mi madre. Hija, la mujer, desde que se casa, pertenece a la familia de su esposo. Me dijo, además, que la mujer decente debía obedecer a su esposo al pie de la letra. Estaba triste, pero tenía que presentar la renuncia a la escuela. Una docena de amigos de Chong-

be, compañeros de clase de la Universidad Nacional de Seúl, trajeron el cajón de regalos de su familia y fastidiaron a mi hermano y a mis parientes pidiendo que les brindaran bebida y comida. Mi madre, feliz al ver a los amigos de su yerno en uniforme universitario, les sirvió bebidas hasta las altas horas de la noche. La boda se realizó en Seúl. ¡Qué pareja ideal! Bajo la bendición, envidia y felicitaciones de los invitados pasamos la primera noche en Seúl.

—Solamente un año, por favor...

Durante el viaje en tren hacia su casa, me repitió lo que había dicho en la noche anterior. Me pidió que hiciera un gran sacrificio por un año. En ese momento yo ya estaba decidida obedecerle en todo aunque fueran muchos años en vez de uno. Agarré fuerte su mano.

El pueblo de Changbe era Semcol (Valle de la Fuente), a unos 10 km del río de la ciudad de Chunchon. Era un pueblo rico con grandes campos de cultivo. El paisaje era hermoso por sus montañas y el río. Su padre, que era el vicegobernador del pueblo, se dedicaba totalmente a la agricultura. Era tan joven y robusto que parecía ser el hermano mayor de Changbe. La tercera parte del arrozal y del campo de cultivo de Semcol les pertenecía. Por ser una familia de hijos únicos desde sus tatarabuelos no tenían parientes; pero su padre era tan bondadoso que nadie lo criticaba a pesar de tener tanto terreno de cultivo. Cuando nos ofrecieron una fiesta por el matrimonio durante tres días, llegaron a felicitarnos desde otros pueblos.

Pasé una semana con mi esposo y nos comprometimos a vivir juntos hasta la muerte. Todo me parecía un sueño: Mi esposo era un estudiante de Derecho con futuro asegurado y mis jóvenes suegros me trataban muy bien. El aire de Semcol y el corazón de la gente de allí eran tan buenos que sin mucha tristeza me despedí de él. Changbe volvió a Seúl. Estaba deci-

dido a aprobar el examen de juez antes de graduarse, y mis suegros también le dijeron severamente que no debía volver a casa antes de las vacaciones de verano. Después de su salida, viví tratando de ser una esposa y nuera ejemplar, y aprendiendo las costumbres de mi nueva familia. Procuré superar la añoranza de mi madre, la familia de mi hermano y mis estudiantes de la escuela.

La gran casa estaba dividida en dos ambientes: uno grande de más de diez habitaciones, donde vivíamos mis suegros y yo; y otro pequeño, al lado de la puerta, donde vivía la pareja Shim, que nos ayudaba en todo. Ellos tenían una niña. Eran tan buenos que no me incomodaba vivir en la misma casa.

Mi suegra no me dejaba trabajar en la cocina.

—Mira, no te tengo aquí para que seas nuestra cocinera.

Era mayor que mi suegro por dos años. Tenía 49 años pero parecía tan joven que se confundía con una recién casada. Cuando se peinaba echando aceite fino a su cabello negro y se ponía un vestido elegante, cualquiera le atribuía solo unos treinta años. Aunque había dado a luz un solo hijo, lo cual pudo ser causa de tristeza, era extrovertida y de un criterio amplio.

Mi suegro, a pesar de que había estudiado en Japón, sabía de agricultura y trabajaba en el campo, igual que los obreros. Era muy laborioso y fuerte.

—Señor, ayúdeme por favor —le llamó el señor Shim después de gastar el tiempo en vano tratando de cambiar la piedra de la escalera.

—¡Hombre! ¡Tantas veces he dicho: Llámame tío, y de nuevo me llamas: Señor? Soy tu tío —le contestó mi suegro y alzó una piedra pesada al aire.

Cuando llevaba el almuerzo al arrozal para los obreros, él prefería quedarse a comer con ellos.

Me daba vergüenza no poder levantarme temprano como ellos. Era primavera y no había necesidad de calentar las habitaciones; sin embargo, mi suegro se levantaba en la madrugada y calentaba mi cuarto. Decía que la humedad del cuarto no era buena para la salud. Cuando me despertaba, los rayos solares ya entraban al cuarto por la ventana. Entonces, yo, por vergüenza, no podía salir inmediatamente. Mi suegro ya no estaba en casa, y mi suegra, al notar que estaba despierta, decía:

—Hija, voy a visitar a los del otro barrio.

Ni bien le respondía, salía de la casa. En la cocina me esperaba la mesa tapada con un mantel. La esposa de Shim, a quien llamábamos Señora de Kangnung, desayunaba conmigo. Entonces, todo el día andaba avergonzada.

—Señora, ¿quiere ir a recoger hierbas comestibles?

La primavera estaba ya por terminar, pero en el valle Pom-bauí, al otro lado de la montaña, que estaba detrás de la casa, había raíces y hierbas comestibles como el helecho. El rocío mojaba nuestras piernas; pero nosotras, absortas en la recolección, no nos dimos cuenta del transcurso del tiempo. Sería ya el mediodía, la hora del almuerzo, porque sentí el vacío en el estómago y algo de náusea. Recogí una hierba y la masticué. Pero el sabor fragante y delicioso me pareció desagradable ese día. Quise vomitar, pero no pude.

—¡Dios mío! Señora, ¿desde cuándo siente náuseas? —me preguntó sorprendida la señora de Kangnung. Sus ojos se agrandaron.

—Desde hace unos días tengo este síntoma.

Al oír eso, dejó la canasta de hierbas a un lado, y corrió abajo. Sola en la montaña, me puse roja. Sentí algo caliente en el corazón. Mi suegra solía invitar a su cuarto a Juasun, hija de tres años de los esposos Shim. Y, cuando la cuidaba, me echaba miradas de reojo. Quería saber si ya estaba emba-

razada o no. Cada vez que sentía su mirada, se aceleraba el ritmo de mi corazón. Pensé que el mayor delito de una nuera en la familia donde no había hijos era no dar a luz.

Cuando bajé de la montaña, mi suegra venía a recibirme a la entrada del pueblo donde estaba la casa de indumentarias funerarias. Tomó mi canasta y agarró mi mano.

—Hija, tus manos están frías. Ahora no estás sola. Cuidado con tu salud.

Caminó apresurada delante de mí. Decía que, cuando ella estaba embarazada, jamás salía de la casa ni cargaba algo en la cabeza. Me repitió varias veces que ya no debía salir. Cuando entramos a la casa, mi suegro, que estaba de pie en el patio, simulando toser, se fue al jardín de atrás. Al día siguiente vino un famoso médico de Chunchon. Mi suegra, usando el carbón fino colgado en la bodega, empezó a hervir la medicina que le había dado el médico. No salí de casa para no ver cosas malas. Alguien murió en el pueblo vecino y mi suegro comunicó a esa familia para que la procesión funeral no pasara frente a la casa. Mi suegra se preocupó por conseguir alguna fruta o comida de mi agrado. Tantas atenciones, más bien, me causaron incomodidad.

En las noches me echaba boca arriba y pensaba en él. Me invadía la tristeza. Tengo tu hijo, le hablé silenciosamente. Te esperaré, aunque sufriendo, hasta las vacaciones de verano. Por fin tengo una criatura dentro de mi cuerpo, que heredará la familia. Estaba feliz. Ponía mis dos manos sobre mi vientre. La emoción de tener una nueva vida en mi cuerpo no me dejaba dormir. No podía creer en esta realidad; iba a ser la madre de una criatura. Las ranas croaban desde el arrozal donde se habían terminado el sembrío y ya crecía el arroz.

Luego el desastre. Como la casa estaba cerca del paralelo 38°, veía pasar de vez en cuando camiones del ejército sureño con banderas por la vía al lado del río. El desastre llegó pre-

cedido de unos balazos. El mundo cambió rápidamente. Unos soldados nunca vistos antes andaban por todo el pueblo. Eran muchachos de cabeza rapada, de unos dieciocho años, parecidos a los pollitos recién salidos del cascarón. Pero, diferentes de su apariencia dócil, hablaban con acento fuerte. Algunos hombres del pueblo, que hasta el día anterior eran tranquilos, tenían unas miradas agresivas y andaban con cinta roja en el brazo.

Llegó la noticia de que en el pueblo Changmal (Pueblo del Mercado) el Gobernador de la comunidad, los policías y sus familiares habían sido fusilados.

—Huya, señor —el señor Shim, padre de Juasun, sugirió a mi suegro. Él también llevaba una cinta roja en el brazo.

—Dime, ¿por qué tengo que huir? No he cometido ningún delito. ¿Acaso tú me vas a llevar a la cárcel?

—Es que, señor, no es eso, sino que es mejor que desaparezca por un tiempo...

El señor Shim no concluyó. Estaba vacilante. Mi suegro no se movió. En eso llegaron los de la Oficina de Administración de Changmal. Y cuando lo sacaban de casa a la fuerza, me dijo:

—Hija, vuelvo pronto. Cuida tu salud y a tu suegra.

Ni él, ni mi suegra ni yo nos preocupamos porque haber sido gobernador y tener mucho arrozal no podían ser delitos.

—¿Por qué no vendrá mi hijo?

Mi suegra estaba preocupada por mi esposo, quien todavía seguía en Seúl. Decían que Seúl ya había sido conquistada y que pronto liberarían Pusan. Deseaba que mi esposo se escapara hacia el sur. ¡Qué raro!, me preocupaba más por mi esposo que por mi propia madre y la familia de mi hermano. Diariamente lo soñaba sangrando. Posiblemente estaba afectada por la noticia de Changmal, donde habían muerto muchos. Me despertaba empapada de sudor y temblando de

miedo. El temor se apoderó de mí. Pero cuando capturaron a mi suegro no había sentido nada. Traté de calmarme pensando que eso afectaría a la criatura en mi vientre.

—Señora —dijo el señor Shim, al sacar los sacos de cereales de la bodega. Era una orden. Muchos hombres de cinta roja cargaron los cereales en una carretilla. Nos dijo que sus jefes le habían ordenado que ocupara nuestra pieza botándonos a la pieza donde vivían ellos; pero él no lo hacía por el cariño que nos tenía.

—Mi esposo me ha dicho que le avisáramos en cuanto llegara el señorito. Que así no lo castigarían mucho —dijo la señora de Kangnung a mi suegra.

—¿Por qué? ¿Qué delito ha cometido mi hijo?

—Yo no sé nada, señora. Mi esposo me ha dicho eso. Que el señor está bien tratado gracias a él. Y que si ustedes siguen sus consejos, no tendrán muchos problemas.

Los esposos Shim, que antes eran tan buenos, estaban totalmente desconocidos. Pero mi suegra seguía igual.

Mi suegra no me dejó salir del cuarto de arriba. Ella, de vez en cuando, iba a la Oficina de Changmal para averiguar sobre su esposo. Los de la Oficina le dijeron: —Hay gente que ha visto a su hijo en Chunchon. Si él se presenta pronto, al padre y al hijo vamos a juzgarlos juntos». Era cierto lo que había dicho la esposa de Shim. No podíamos comprender nada, pero teníamos que aguantar todo, calladas como mudas. Por el señor Shim la gente del pueblo no nos visitaba. Mi suegra, creyendo que quizás su hijo estaría en Chunchon, dormía en la sala dejando la puerta abierta.

Después de unos días mi esposo entró a casa, pero no por la puerta sino por el cerco del jardín detrás de la casa. Nos vimos después de tres meses, pero yo no tenía fuerzas para llorar. Dijo que había podido escaparse a otro lugar; pero, preocupado por la familia, logró volver al pueblo a escondidas.

—A tu papá lo...

Lloriqué, y él me agarró la mano en la oscuridad.

—Lo sé todo. Como el objetivo es quitarnos todos los bienes, no le harán nada.

Se levantó y dijo que con algunos amigos de Chunchon habían decidido escaparse a la montaña Palbongsan.

—Hijo, ¿qué dices?

Mi suegra cogió su mano y lo sentó. Mi esposo dijo que había escuchado la radio, que pronto llegaba el ejército de las Naciones Unidas, dentro de pocos días terminaría el reinado de los comunistas, y que ahora era el momento más difícil para los jóvenes; por eso debía escaparse. Tenía razón.

—Tu mujer no está sola. —le dijo mi suegra.

—¿Qué? ¿Está en...?

Subió el tono por la emoción. Tapé su boca con mi mano. Él, a tientas, cogió fuerte mi mano. Se me cayeron las lágrimas. Me brotó el llanto como si hubiera pasado una desgracia.

Esa misma noche se fue. No pude encender la luz ni pude verlo claramente. Después de despedirme, metiendo mi cara en la frazada que había traído al casarme, lloré mucho.

Al día siguiente, por la tarde, el señor Shim trajo la sorprendente noticia de Changmal. Fue por la tarde.

—Señora, ¡qué dicha!

—¿Dicha? ¿Por qué? ¿Sueltan a mi esposo?

—¡Qué va! Ahora el padre y el hijo se pueden ver.

—¿Qué dices?

—Fue capturado Changbe.

Dijo que fue capturado en la madrugada cuando se dirigía al pueblo Surongkol para subir al barco con destino a Chunchon. Mi suegra se desmoronó en la sala. Al día siguiente fue temprano a Changmal. La noticia que trajo de allí no fue tan mala.

La máxima autoridad de la Oficina era el hermano del amigo de mi suegro, quien había estudiado con él en Japón. Se lo contó a mi suegra la misma autoridad y dijo que gracias a él mi suegro era bien tratado.

—La autoridad me dijo que un amigo había ayudado a su hermano y resulta que ese amigo era tu suegro. Dijo que su hermano le debía mucho a tu suegro. Él siempre me decía que tenía un amigo muy inteligente pero estaba por dejar los estudios debido a su pobreza. Fíjate.

Mi suegra se puso feliz creyendo que su esposo e hijo pronto serían liberados.

Pero la versión posterior del señor Shim fue totalmente diferente:

—Dicen que los van a someter al juicio popular. Como el señor era gobernador y terrateniente, lo califican de malvado reaccionario; por tanto, es difícil que se salve. Y el camarada Changbe ha vuelto al pueblo contagiado de la mala ideología y...

En resumen, estaba denunciado por organizar con los jóvenes de la provincia un movimiento contra el régimen.

—Y, tú, ¿qué piensas? ¿Qué debemos hacer? —le suplicó mi suegra, que hasta un día antes había estado tranquila.

—Es que quería sugerirle desde hace tiempo pero no me atrevía. Pues, hay una posible salida.

—¿Cuál es?

—Como su nuera era una profesora de la escuela en Seúl, la gente de la Asamblea del Pueblo de Changmal me pidió que yo le convenciera para que ella colaborara con nosotros.

—¿En qué les colaboraría mi nuera? —Temblaba de cólera.

—Dicen que en Semcol y Changmal no hay camaradas mujeres preparadas. Y como su nuera es una intelectual podría enseñar a los niños los himnos dedicados al Gran Líder Kim Il-sung, y...

—¡Basta! No más sobre este tema —le cortó mi suegra.

—Camarada señora, escúcheme... Dígale a su nuera que colabore y que convenza al camarada Changbe para que entre al ejército. Lo he pensado varios días, esta es la única posibilidad para que el padre y el hijo puedan salvarse. Hágame caso...

—¿Que mi hijo entre en el ejército rojo?

—Eso, eso. No hay otro camino, excepto este.

Al oír esa conversación, sentí que mis fuerzas renacían. Me arrepentí de haber estado en casa sin pensar en la forma de salvarlos. Estaba segura de que yo podía salvar a los dos. No entendía nada de lo que estaba pasando: por qué había estallado la guerra, qué parte tenía razón y qué parte no. Sucedió tantas cosas, pero seguía pensando que mis conocidos no tenían nada que ver con la guerra. En ese momento no me imaginé que colaborarles por un momento podía ser un delito. Solamente quería salvar a los dos hombres. Por esta razón, convencí a mi suegra quien estaba en contra de mi decisión.

Similes quaerunt similes. La idea de Shim, que también llevaba la cinta roja, era la de ellos. Me presenté a la Oficina de Changmal y recibí una calurosa bienvenida. Me presentaron al máximo jefe, un tipo de ojos pequeños y de apariencia muy astuta. Conversando conmigo repitió más de diez veces: «la obra de la revolución». Diariamente cumplí las órdenes en Changmal y Semcol. En la noche juntaba a las mujeres en un salón de la Escuela Primaria para leerles el libro de propaganda política y enseñarles canciones a los niños.

Después de unos días soltaron a mi esposo. Lo dejaron porque él había llenado la solicitud de ingreso al ejército rojo ante el máximo jefe, hermano del amigo de mi suegro. La condición era: el día de su incorporación al ejército liberarían a mi suegro. Estaba muy pálido y sin ánimo por aquellos días de reclusión.

—Camarada Changbe, bien pensado —dijo Shim y agregó. —A mí me han pedido que lo vigile; por tanto, no vaya a pensar en algún plan de escape.

Mi esposo meneó la cabeza. Y esa noche me dijo: entraría al ejército tal como le pedían pero después me escaparía. Le dije que se escapara al instante y que yo me responsabilizaba de las consecuencias. Él se negó. Si en ese momento huía, había más probabilidad de que lo capturaran otra vez; además, no soltarían a su padre.

—Me escaparé inmediatamente y viviré escondido. Pronto se termina la guerra. Cuando se termine, volveré.

Y comentó sobre mi actitud de haberles prestado mis servicios.

—Has hecho mal. No debiste haber colaborado con ellos.

Dijo pero me abrazó como una muestra de que me comprendía. Sin embargo, su crítica me dolió como un golpe. Como me puse muy triste, acarició mi vientre:

—No te preocupes. Te dije esto porque me preocupo por la salud de nuestro hijo. Cuida tu salud. No vayas a trabajar excesivamente.

Al día siguiente mi esposo partió a Chunchon con otros cinco hombres. Shim colocó la bandera roja en la puerta, signo de que era una familia con un soldado rojo.

Me despedí de él en Changmal.

—Volveré vivo. Cuida tu salud—con estas palabras se fue, guiñándome un ojo como un niño.

Llegó el otoño. Las hojas de los álamos del jardín de la escuela ya se ponían amarillas. Al pasar frente a la Oficina de la Asamblea del Pueblo, donde había trabajado unos días, los vi conversar sombríos y en voz baja. Hacía poco juraban en voz alta que «la liberación del Sur era un asunto de unos días». Pensé que la suerte estaba cambiando y caminé rápido. No tenía por qué verlos otra vez. Mi suegro fue soltado esa

mañana y volvió a casa con mi suegra. La única esperanza era que terminara pronto la guerra y que volviera Changbe y me felicitara por el nacimiento de nuestro hijo. Eso era todo. No había más cosa que desear.

Sin embargo, sentí que los pies me pesaban. En la loma cerca a la entrada al pueblo donde había una casa de indumentarias funerarias, el viento otoñal mecía las hierbas secas. La bandera roja de la puerta había desaparecido. Entré a la habitación de mis suegros. Saludé a mi suegro al estilo coreano. Me dio pena ver su cara tan demacrada. Lloré. Él apenas aceptó mi saludo, se volteó y fumó. No habló nada. Se me caía el cielo.

Mi suegra me habló afuera:

—Está muy enojado.

Dijo que no abrió la boca al enterarse de que su hijo había sido llevado al ejército rojo y que su nuera trabajaba para los comunistas. Cuando lo visitó Shim, cerró los ojos y no le habló nada. En toda la casa reinaba el silencio. Por primera vez, desde que me casé, sentí la soledad. Mi suegra tampoco me trató con cariño. Sufrí más.

—Camarada Kyongji Chu, La Brigada Femenina la reclama mucho.

Shim se atrevió a llamarme por mi nombre. De repente, se abrió la puerta del cuarto de mis suegros y llegó un grito:

—¡Ingrato! Mi nuera no es roja.

—Señor camarada, ¡qué error! ¿Cómo puede decirme ingrato? ¿Usted no sabe gracias a quién está aquí ahora sin problemas? Debe agradecerme de que no le quitaran esta casa. Esta mañana usted, señor camarada, sacó la bandera y la rompió. Si en Changmal se enteran de eso, de verdad, tendrá serios problemas.

Mi suegro ya había cerrado la puerta. Él ya no lo consideraba un ser humano. Pedí a la esposa de Shim que interce-

diera. Le dije que como mi vientre estaba tan abultado no podía ir a trabajar. Tenía miedo de causar más problemas.

Algo pasaba, el ambiente del pueblo estaba raro. Decían que por la vía al lado del río los soldados rojos iban en grupo hacia el norte. Desde varios días antes muchos aviones bombardeaban en Chunchon. Se oía el bombardeo hasta en Semcol. Estaba claro que la situación se invertía, los comunistas con la cinta roja andaban más apresurados y con una mirada feroz. Llevaron más jóvenes y nadie podía cosechar el arrozal.

Una mañana, al despertarme, encontré a la esposa de Shim arrodillada en el patio de nuestra pieza. Lloraba. La niña Juasun también lloraba a su lado.

—¿Qué culpa tienes tú? Cosas de la vida. Olvídate de todo. Seguiremos viviendo juntos —le dijo mi suegra alzando a la niña.

Shim había huido al norte la noche anterior.

—No puedo creerlo hasta ahora. ¡Cómo pudo cambiar un hombre tan bueno como él!

—Eso digo yo. Parece que estoy hechizada todavía. No comprendo nada.

Pero el mundo no cambió totalmente. De día llegaban los soldados rojos en grupo, nos pedían comida y se iban al norte. La gente tenía más miedo que antes. Los jóvenes, que habían escapado a la montaña, combatían contra los soldados rojos, y algunas veces capturaban vivos a esos soldados norteños y los llevaban a la mina de oro de la montaña detrás del pueblo. La gente del pueblo llegó a mi casa y se llevó a la esposa de Shim amarrada y la encerró en una choza debajo de la montaña.

Lo más terrible era que nadie del pueblo nos visitaba. Mi suegro andaba suspirando en el jardín. No llegaba ninguna noticia de Changbe. Tampoco se sabía nada de los que ha-

bían ido con él. Pasé días con dolores y sufrimientos. Tenía ganas de esconderme en algún hueco para no encararme con la realidad. Los suspiros de mi suegro hacían eco en mi corazón, y yo no sabía qué hacer. Mientras tanto, mi suegra acariciaba mi vientre abultado una vez al día.

—Hija, no te preocupes mucho. Tú no estás sola.

Cuando ella me consolaba, me brotaban las lágrimas. Esperaba con ansia que mi esposo volviera pronto para mostrarle mi corazón y llorar en sus rodillas.

—Hija, ven.

Una tarde cuando estaba volviendo del campo mi suegra me agarró de la mano en la puerta y me llevó a una casa vecina. Estaba nerviosísima y le temblaban las manos.

—¿Qué pasó? —le pregunté varias veces, ella solo repetía: «No es nada». Sin embargo, hasta los dientes le castañeaban. No quería contarme la mala noticia por mi estado, temía que me afectara y también a la criatura. Yo estaba más preocupada. En ese momento escuché varios balazos desde la dirección de la casa. Mi suegra se sentó al suelo, se levantó pronto y corrió hacia la casa.

En la sala yacía mi suegro. La sangre corría por la sala y llegaba hasta el patio. Al escuchar los balazos, la gente del pueblo que jamás venía a la casa empezó a llegar. La mesa estaba volteada. Recién en la noche supimos lo que había ocurrido, porque mi suegra hasta ese momento estaba fuera de sí: dos soldados rojos armados de rifles habían llegado a pedir que les sirvieran comida. Mi suegro, con la mirada, había pedido a su esposa que les llevara la comida. Mientras que mi suegra preparaba la mesa en la cocina, él conversaba con ellos. Él quería saber algo de su hijo. Un momento mi suegro entró a la cocina y le habló al oído: «Pon la mesa y que no entre la nuera. Voy a capturarlos». Volvió a la sala. Y luego sucedió eso mientras mi suegra y yo estábamos en la casa vecina.

Se me agotaron las lágrimas. Ante su muerte repentina y trágica, el mundo se me venía abajo. Lo curioso fue la actitud de la gente. Ellos, que jamás venían a visitarnos antes, ejecutado mi suegro por los soldados rojos, trasnocharon y lo echaron de menos como si fuera su propio padre. Las vecinas, que me dirigían miradas heladas, me hablaron con cariño.

Como todavía estábamos en guerra, no pudimos celebrar los funerales según el rito tradicional y solamente lo sepultamos en la montaña detrás de la casa. Como mi suegra ni siquiera podía mover los pies, las vecinas la ayudaron a bajar.

—Hija, ¿estás bien?

Aún estando así, ella se preocupaba por mí.

Mi suegra y yo, vestidas de ropa blanca de luto, pasábamos los días en una casa inmensamente grande. Las dos mujeres no nos sentíamos tan solitarias a pesar de que una esperaba al hijo y otra al esposo. Ella sentía pena por mí y con más frecuencia acariciaba mi vientre.

—Estoy bien. No se preocupe.

Estaba segura de que el hijo en mi vientre soportaría todos los dolores, lanzaría su primer grito con fuerte llanto y crecería como un niño bendito. Estaba convencida de que Dios ya no me daría más dolores y sufrimientos.

Pero la maldición de Dios no terminaba. La verdadera maldición recién empezaba.

—Dicen que la primera división de nuestros soldados ya pasó por Changmal.

Mi suegra me trajo la noticia al volver del pueblo.

—Dicen que a Chunchon llegaron los soldados de narices grandes. Dicen que son de América, o algo así...

Pronto volverá mi esposo. Mi corazón latió con alegría. Hice la limpieza de la casa. Pero en un rincón de mi corazón nació el temor de que lo hubieran llevado más al norte y quizás le hubieran pasado más desastres.

Estaba arreglando las ollas en el jardín de atrás cuando percibí algo raro cerca de la puerta de la casa. Unos cinco o seis soldados extranjeros que nunca había visto estaban parados en el patio. Agarrando a mi suegra y tapándole la boca con sus manos gigantescas la llevaban a la sala. En un momento la mirada de ella chocó con la mía. Una mirada de súplica, desesperación, terror... Todo estaba condensado en esa mirada.

Quedé helada en el mismo lugar. Toda la fuerza del cuerpo se me fue. Los tres animales negros se me acercaron. Me desmoroné en el suelo.

Pataleé con todas mis fuerzas mientras me llevaban al cuarto principal. Un momento les hice ver mi vientre abultado. Grité en voz alta. Una mano grande que olía a animal y apesataba tapó mi boca. Vi los dientes blancos de los animales cuando se reían.

Mientras tenía conciencia, pedí auxilio a Dios y maldije a esos animales en nombre de Dios. Sentí un tremendo dolor y maldije hasta a Dios. Luego perdí la conciencia.

Cuando me desperté, la gente conversaba afuera. De repente, apareció el rostro envejecido de mi madre que estaba en Seúl. Me salieron las lágrimas. Sentí la pesadez en la parte baja de mi cuerpo. Maldije a mi propia madre por haberme dado la vida. Los animales se habían ido dejándonos cajones de comida en la sala. Oí desde la habitación contigua el lamento de las ancianas del pueblo.

—Guerra, maldita guerra. Todo es producto de la maldita guerra.

—Aunque estemos en guerra, no se debe...

—No, debes considerar una dicha que aún estés con vida.

Mi suegra intentó suicidarse dos veces. Una vez la encontré en la bodega con la soga en el cuello, y otra vez la encontró la esposa de Shim ahorcándose en un árbol de dátiles. Después

se enfermó. Cerró sus ojos y no quiso hablar con nadie. Durante cuatro días no tomó ni un sorbo de agua. Le salió la sangre de su nariz; pero, cuando alguien se acercó, lo ahuyentó con su mano.

—Señora, piense en su nuera, y no lo vuelva a hacer —le suplicó la señora de Shim, liberada de su encierro en la choza.

—¿Cómo está ella? —fue su primera pregunta.

—Estoy bien —le contesté.

Al escuchar esa respuesta, se levantó. Parecía mentira: comió y acarició mi vientre. Le volvió la vida.

A raíz de ese incidente comencé a sentir dolores esporádicos en mi vientre; pero, para no desilusionarla, no le dije nada. Cuando me dolía, me cogía el vientre y me revolcaba en el piso. El dolor desaparecía poco a poco, y por el simple hecho de estar viva agradecí a Dios. Si mi suegra no hubiera intentado el suicidio, yo no habría existido en este mundo. Paradójicamente ella fue la que me dio la vida. Aunque mi cuerpo estuviera manchado por la violación, en mi vientre estaba vivo nuestro fruto, el heredero bendito de la familia de Changbe Choe. Esperaba con ansias el pronto retorno de mi esposo, entonces le entregaría el nuevo ser, nuestro hijo. Luego ya no me importaría morirme. Tenía que sobrevivir, costara lo que costara, hasta ese momento del nacimiento de nuestro hijo.

En noviembre de ese año, dos meses antes de la fecha supuesta, di a luz. Era un sietemesino. El terrible parto duró tres días.

—Oye, tráeme la hoz que está en la bodega de arroz —le habló mi suegra a la esposa de Shim. Su voz mostraba mucha emoción. Ella decía que, si era varón, se debía cortar el cordón umbilical con la hoz.

—Hija, tengo un nieto.

Después de cortar el cordón, me habló. Sus palabras me sonaban muy lejanas, pero comprendí. Lloré. Gracias, Dios.

Sin embargo, Dios me había dado la espalda como si estuviera molesto por mi capricho. El cuerpo del niño, un bulto de sangre, se parecía al langostino. Me estremecí. El bulto de sangre respiraba. Era una vida.

Por ser un pueblo montañoso cayó mucha nieve. No nos atrevimos a barrer la nieve. Pronto llegó el Año Nuevo. A finales de ese invierno, otra vez el mundo se alocó por la guerra. Era la Evacuación del 4 de enero. La gente preparó sus bultos y evacuó el pueblo. Decían que esta vez sería peor que el verano. El pueblo quedó vacío. Los que venían del norte, escapándose de la guerra, pasaban una noche en las casas vacías. Y nos decían que los rojos, enfurecidos, mataban a cuanta gente veían. También decían que los soldados chinos, en sus vestimentas típicas, eran peores que los rojos.

En un pueblo donde no había gente las tres mujeres vivíamos con una esperanza; mi suegra, la esposa de Shim con su infaltable Juasun, y yo.

—Cuando él vuelva, le voy a pedir que ya no ande así y que vivamos tranquilos y reunidos—decía la esposa de Shim. Ella, esperando el retorno de su esposo, todos los días estaba junto a la puerta con su hija en la espalda.

Mi suegra también estaba emocionada. Estaba segura de que esta vez su hijo volvería. Cosió su ropa doble poniendo algodón entre las dos telas. Yo también esperé su regreso con el bebé en mi pecho. Mi suegra hizo el milagro de resucitar a la criatura casi moribunda. Dudaba que no pudiera mamar porque su desarrollo era muy irregular. Sin embargo, era increíble verlo mamar con tanta fuerza. De vez en cuando el bebé me daba miedo. Esto no es un ser humano. Dejé en el piso al niño lejos de mí. Todo el cuerpo se me estremeció. De nuevo nació la ira que antes toleraba apretando los dientes por la criatura de mi vientre. Tenía ganas de acuchillar a esos animales negros, recoger esa sangre manando desde el

fondo de su piel pegajosa y mostrarla a los vecinos. También tenía ira contra los vecinos que, de vez en cuando, venían a casa y miraban al bebé como a una serpiente asquerosa. Cuando la cólera me llegaba hasta los dedos, salía a la sala como un resorte.

Aunque el invierno ya estaba por finalizar, no llegó el esposo de la señora de Kangnung. Ella lo esperaba afuera con sus pies congelados. Llorando, se fue a la vía de la orilla del río. Allí lo esperaba.

—¿Qué le pasará a mi hijo? —dijo de repente mi suegra, que casi nunca lo mencionaba. Estaba por terminar de coser la ropa de su hijo. —Hija, esperaremos un poco más. Antes de ver a su madre y a su hijo, no morirá. Vas a verlo. Tu esposo no está muerto. Algún día llegará.

Ella misma se aseguraba. Su rostro, sombra de agonía, sufrió un leve temblor. Se había envejecido diez años más que antes de la guerra.

De nuevo empezó el sufrimiento. Los soldados rojos y los funcionarios rojos aparecieron otra vez y nos fastidieron. Desde Changmal me mandaron a buscar, pero nunca salí. Los soldados chinos, diciendo algo, excavaron todo el patio. En casa no quedó ni una papa. Los chinos la amenazaron apuntando el pecho de mi suegra con el rifle: ¿Dónde está la comida. Mi suegra, de pie, negó con la cabeza serenamente.

La esposa de Shim traía la comida de las casas vacías y, gracias a eso, pudimos sobrevivir. Como no me alimentaba bien, el bebé mamaba más fuerte.

Pronto los chinos comenzaron a retirarse. Alrededor del pueblo había combates feroces. Durante el día hubo un incendio en la montaña por el bombardeo de los aviones, y de noche el tiroteo casi reventaba nuestros tímpanos. En los valles se amontonaron los cadáveres de los chinos y el viento trajo al pueblo el olor de la putrefacción.

—Hija, pronto llegará tu esposo.

Cuando otra vez aparecieron nuestros soldados y se dirigieron al norte, mi suegra daba vueltas por la sala con la mirada hacia la entrada del pueblo. Un día que hubo una tregua la esposa de Shim salió con Juasun en su espalda y nunca más volvió.

Volvieron los que se habían refugiado. La tierra helada se derritió y el campo vacío se llenó de hierbas. Pero mi esposo, el señor Changbe Choe no volvió. El bombardeo seguía en el norte, y así pasó un año más. Pero el bebé hasta ese momento ni sabía voltearse. Cuanto más crecía, se notaba que era deforme desde el nacimiento.

—Oye, dicen que muchos soldados rojos fueron capturados. Dicen que el Presidente Seungman Rhee los soltó a todos.

Se refirió a la liberación de los rehenes anticomunistas en junio de 1953. Yo también vivía con fe en eso. Estaba segura de que mi esposo voluntariamente habría caído de rehén y esta vez sería liberado. Pasó todo el verano pero no volvió. El 27 de julio de ese año se firmó el Acuerdo de Cese de Guerra, pero el hombre a quien esperamos tanto no apareció.

Mientras tanto me llegó una noticia de mi familia. Mi anciana madre y mi hermano habían muerto en el bombardeo. Mi cuñada enviudada había venido con sus dos hijos a Semcol; pero al saber de mi desgracia, se había vuelto ese mismo día.

Lo que más me mortificaba era el cambio de mi suegra.

—Hija, él volverá.

Decía así; pero, como estaba nerviosa y aburrida, salía a visitar a los vecinos. Y frecuentemente volvía a casa peleándose con ellos. Ella iniciaba la pelea: maldecía a la gente con palabras hirientes. Y cuando volvía a casa, mirando al bebé jadeante echado en el piso, decía:

—¡Carajo, este fruto de los sucios!

Después de maldecir ni lo miraba. Cada vez que ella lo maldecía como semilla de los negros, yo, muda, miraba su rostro encolerizado. No tenía palabras para responder. La maldición de mi suegra era más frecuente. Varias veces en un solo día sufría por las ganas de abandonar todo y largarme de allí.

No, negué con la cabeza. No debía abandonar a mi suegra ni a mi criatura. Por suerte, como me dedicaba a la agricultura, podía olvidarme de todo. Contraté peones y cultivé.

Fue primavera cuando Abe cumplió cinco años. Abe, recién a los cuatro años, pudo gatear, y a los cinco años caminaba como un bebé. Al caminar retorcía todo el cuerpo y daba pasos con mucha dificultad. Lo único que podía decir abriendo su boca era «a...be...».

Estaba lavando los platos en la cocina cuando alguien entró al patio alzando a Abe en sus brazos. El niño estaba jugando fuera de la puerta sin calzoncillos. Era un hombre alto y por su rostro blanco y demacrado parecía tener más de treinta años (después supe que apenas tenía veintisiete años).

Cuando lo vi por primera vez, tenía ganas de salir a recibirlo. Aguanté las ganas con mucho esfuerzo. No me parecía ajeno. No entiendo hasta ahora por qué estaba tan alegre al verlo. ¿Habría imaginado a mi esposo que fue llevado al ejército rojo hacía cinco años? O si no, ¿estaría agradecida de un hombre que tuvo en sus brazos a mi hijo, quien jamás había estado en brazos ajenos? En fin, mi corazón latía de alegría.

—¿Quién es?

Mi suegra que estaba en el cuarto también estaba sorprendida. Lo miró con desilusión y sospecha.

—Como el niño estaba jugando solo afuera, lo traje.

Le hizo una venia a mi suegra con Abe en su pecho.

—A ver, venga a sentarse acá.

Mi suegra le señaló la sala. Cuando veía a los extraños, los invitaba a sentarse con la esperanza de saber algo de su hijo.

Al ver a ese hombre en harapos comer con tantas ganas, volteó su cara y enjugó sus lágrimas. Luego le preguntó:

—¿De dónde es?

—De Changyon, que está en Hwangjedo.

—Está en Nor Corea. ¿Sus padres viven allí?

—No sé. Es que hace tiempo salí de mi pueblo.

Antes de que se fijara la línea divisoria del paralelo 38°, él y su hermana vivían en Seúl en la casa de su tío, porque estudiaban allí. Por estallar la guerra, nunca más había vuelto a su pueblo natal. Durante la guerra la familia de su tío se dispersó y hasta perdió a su única hermana. Para comprobar la veracidad de lo que contaba, le mostró el carné de ciudadanía y el documento militar.

—Entonces, está completamente solo. Pero, siendo joven, ¿por qué anda errando?

No le respondió. Su plato quedó vacío.

—A...be...

Abe, tambaleándose, se acercó a él, que estaba sentado en un rincón de la sala. Él lo alzó.

Desde ese día empezó a vivir en la parte donde residía la familia Shim. Era muy incómodo. Un hombre vivía en una casa donde había dos mujeres. Para una joven casada y sin esposo no era una cosa agradable verlo día y noche. De madrugada salía a trabajar al arrozal y, cuando volvía a casa, jugaba con Abe. Dirigiéndose a Abe me decía lo que necesitaba:

—Abe, ¿me puedes traer un vaso de agua fría?

Cosas por el estilo. Él quería mucho a Abe, lo cual era increíble. No lo hacía por congraciarse con nosotras, lo hacía de corazón. Abrazaba a Abe aunque no hubiera nadie. Me gustó su actitud. Abe era mi hijo y, si alguien lo quería de verdad, ¿por qué no alegrarme? ¿No dicen que hasta el tigre se alegra cuando alguien acaricia a sus crías? Mi suegra también lo quería.

Los vecinos empezaron a sospechar y murmurar. Pero, como ya estaba acostumbrada a los chismes, no les presté atención. El problema estaba conmigo misma. Sufría por vivir con un hombre ajeno debajo del mismo techo. Varias veces en un solo día me asustaba por la confusión de creer que él era el padre de Abe. Entonces me sentía culpable ante mi esposo. En las noches cuando estaba echada en mi cuarto, me asustaba porque pensaba en él. Al día siguiente no podía ver de frente ni a mi suegra ni a él.

—*¿Estará vivo?*

—*Claro. Seguro que está vivo. Lo sé porque yo también estuve en el ejército. Allí no puede hacer lo que a uno le dé la gana. Sobre todo en el ejército rojo, usted no se puede imaginar. ¿Acaso es fácil desertar? Seguramente estará vivo en Corea del Norte.*

Él siempre conversaba con mi suegra enfatizando que mi esposo estaría vivo en algún lugar.

—*¿Cuándo habrá la reunificación?*

—*Pronto. Pronto será la reunificación. Si cuida su salud, un día verá a su querido hijo.*

Él se esforzaba por darle esperanza a mi suegra.

Pasaron más de cinco meses de su llegada a la casa. En la cosecha de ese otoño había más oportunidades de vernos cara a cara. Una vez, colocando la paja de arroz en la carreta, cogimos juntos el mismo hato de paja. Él me miró. Vi que sus ojos irradiaban una llama de lo más profundo de su ser. En ese momento tuve la sensación de que toda la sangre de mi cuerpo salía a torrentes.

Eso fue todo. Pero las mujeres somos muy sensibles al cambio de otras mujeres. Durante los siguientes días sentí que mi suegra cambiaba. Su mirada era fría e indiferente. Me dio miedo. Naturalmente tampoco pude mirarla de frente y evadí la ocasión de estar frente a ella. Ella también sufría mucho

tratando de calmarse. Con frecuencia salía de noche. Entonces, en esa casa grande quedábamos los dos: él y yo.

—Parece que ya llegó la hora de su partida —le dije. Necesité mucha fuerza para decírselo.

—Comprendo. Siempre quería partir; pero, como me había encariñado con Abe, hasta ahora he permanecido aquí —me contestó sin vacilación.

Quería gritarle: no mientas. No puedo verte más cultivar la tierra con esas manos delicadas. No eres campesino. Además, varias veces dijiste que mi esposo estaba vivo. Cierto, mi esposo está vivo. El padre de Abe volverá algún día. Soy su esposa.

Entré al cuarto y lloré en silencio abrazando a Abe, que estaba profundamente dormido.

Pero de repente se presentó un incidente que nos obligó a salir con Abe. Era el plan de mi suegra. Su argumento nos cayó como un rayo.

—Escucha bien: tú ya no eres de esta familia.

Un día me llamó y me dijo eso. Como era algo totalmente inesperado, me quedé perpleja. Pero ella prosiguió:

—No necesitas engañarme más. Yo ya lo sabía todo.

—¿Qué dice usted?

—Es que lo sé todo. No voy a alzar la voz porque me da vergüenza de que se enteren los vecinos. Preparen sus cosas y salgan inmediatamente de mi casa.

Hablaba con tanta tranquilidad que me hizo temblar de miedo.

—¿Por qué estás vacilante? Empaquen sus cosas. Llévense ese niño porque ese es el fruto de ustedes.

—Pero, ¿de qué está hablando usted?

—¿Vas a seguir engañándome? —alzó su voz. —Entonces, te preguntaré: ¿Cuándo llegaste a mi casa?

No entendí a qué venía esa pregunta. Quedé callada.

—Supongo que sabes en cuántos meses una mujer da a luz, ¿verdad?

No comprendía nada. Simplemente la miraba.

—Bueno, aunque tuvieras diez bocas, no podrías responderme.

—Señora, yo no entiendo de qué...

—No hables más. Oye, ¿ustedes dos creen que soy tan ingenua? ¿Qué hombre anda abrazando a un niño inválido si no es su propio hijo? Aun Buda no lo haría.

Recién comprendí lo que decía. Sentí un vacío total. Perdí toda la fuerza. Ella insistía que ese hombre de la vivienda al lado de la puerta era el padre real de Abe. Había dado a luz a los siete meses del matrimonio. Al quinto año llegó un hombre de Seúl que quería a Abe, a quien nadie lo veía como un ser humano. Por tanto, era muy sospechoso.

Temblé de ira. Las vecinas se asomaron a la puerta. Un dolor, mucho más punzante que cualquier dolor que tenía en esos años, golpeó mi cabeza. Era como un golpe de hierro.

—Señora...

—Cállate. Sal de aquí antes de que mi boca se ensucie.

Mi suegra bloqueó mi boca completamente. El hombre salió de su cuarto. Pero mi suegra ya estaba botando mi ropa y mis joyas a la sala.

Me arrodillé en el patio. Creí que pasando el tiempo ella se ablandaría y me comprendería. Pero ella no me dio ninguna oportunidad.

—Aunque tengas razón, mejor vete. No creo que ella te perdone.

—¿Qué sinvergüenza! ¿Cómo puede portarse así?

Los vecinos intervinieron.

Debí haber abierto mi pecho para mostrarle mi corazón limpio, pero por el amor a la maldita vida salí con mi hijo, semilla de la maldición. Aquel hombre ya se estaba marchando con un bulto en la mano.

—*Mi hijo volverá. Seguro que volverá. Sucia, nunca más vuelvas acá.*

Sus palabras mezcladas con llanto me sonaban como eco. Los vecinos, al vernos ir, nos compadecían o nos escupían. Apreté los dientes, pero las lágrimas seguían cayendo.

* * *

Sangman Kim. Yo quería creer que él era un enviado de Dios para el pobre Abe, pero él no sabía que Abe era su propio castigo. Me casé con él por Abe, y para quemar por última vez mi maldita llama que todavía no se apagaba. Él comenzó a averiguar todo el trámite de adopción. Abe estaba inscrito como hijo de Changbe Choe, desaparecido durante la guerra.

Yo me negué rotundamente. Entendía su buena voluntad: en vez de criarlo como huérfano de padre, le quería dar su apellido Kim y tomarlo como su propio hijo. Sin embargo, yo no podía aceptarlo. Aunque era un inválido, maldición de Dios, y estaba destinado a morir sin llevar una vida normal, Abe era el primogénito de la familia Choe. Que tuviera o no el derecho de la primogenitura, no me preocupaba. Abe era el hijo de Changbe Choe y no de Sangman Kim.

Pronto descubrí que mi segundo esposo tenía una enfermedad incurable, una enfermedad invisible por ser mental. Pude suponer la profundidad de su sufrimiento porque no tenía ganas de vivir.

Ni él ni yo sentíamos alegría en la vida matrimonial y creíamos que toda la causa se debía a esa llaga. Nos esforzamos para superar esa situación por medio de la unión corporal después de calentar nuestros cuerpos. Más que yo, él se desesperaba por calentar su propio cuerpo. Sin embargo, nuestra unión no pasaba del nivel de instinto animal. Después nos invadía una terrible vacuidad. Apoyándonos, tratábamos de

consolarnos. *En una de esas ocasiones revelé el secreto pasado que una mujer debía llevar hasta la tumba. Fue antes de que naciera nuestro primer hijo cuando le mostré esa herida profunda de mi corazón.*

—Yo ya lo sabía. Eso fue lo que me contaron primero los vecinos.

Mi cuerpo cayó a la profundidad del precipicio. Sentí mareos.

—Entonces, por ese problema tú...

Murmuré. Negó con la cabeza y abrazó mis hombros.

—Oye, ¿hasta ahora los odias? —me preguntó después de un rato.

—¿Debo amarlos? Ya no odio a nadie. Solo me pregunto si debo seguir viviendo así. Cuando esa pregunta pasa por mi mente, siento horror.

—¿Qué dices? Eres la madre de Abe, a quien debes cuidar, y vas a ser la madre de nuestros futuros hijos. Por tanto, debes vivir con valentía.

—Abe es un inválido que no vale la pena criar. Pero tú lo amas. No, en realidad no lo amas; sino pretendes amarlo. Temo eso. Tengo miedo y preocupación como una mujer que observa a su amante acróbata encima de la sogá. ¿Cómo puedes amar a un inválido que ni siquiera es tu hijo?

—Se puede amar. Puedo vivir amándolo igual a mis hijos. Lo vas a ver.

—No puede ser. Cuando nazcan nuestros hijos, vas a cambiar. La compasión y el amor no pueden ser iguales.

Mi instinto de mujer me pedía confirmar su amor hacia mi hijo.

—Sea por la compasión, sea por el amor, lo cierto es que no puedo abandonarlo. Abe es mi hijo —gritó y continuó. —En las montañas cerca de mi pueblo natal de Jwangjedo vi un niño semejante a Abe. Fue durante la retirada de los sureños,

el 4 de enero. Es que, cuando estalló la guerra, era universitario y entré al ejército sureño, que marchaba junto a la tropa de las Naciones Unidas hacia el norte. Mi objetivo era volver a mi pueblo natal para ver a mis padres. Pensé que yendo al norte podría verlos. Cuando íbamos al norte como una ola gigantesca, no entré en mi pueblo creyendo que en cualquier momento podría verlos. Pero cuando empezó la retirada por la intervención de la tropa china, no pude dejar de pasar por mi pueblo. Siempre tenía presente el paisaje de mi pueblo y los rostros de mis padres y hermanos que había visto antes de que fijaran la línea divisoria del paralelo 38°. Además, en mi pueblo tenía mi prometida. Ambas familias ya habían acordado nuestro matrimonio. Tenía ganas de volver a mi pueblo. No me importaban la ideología ni la patria.

«Empecé a quedarme detrás de la tropa que se retiraba. Era el camino desde donde, pasando un monte, podía ver mi pueblo. Creí que podía ir a casa en poco tiempo y ver los rostros añorados. Y tenía el plan de ir con todos al sur. Tal como planeé, pude salirme de la tropa. Me escondí detrás de una roca. Cuando me levanté, vi que venían caminando hacia mí tres soldados de nuestro lado. Uno estaba herido y otros dos lo ayudaban a caminar. Sin que pudiera esconderme ellos me vieron. Desde ese momento se convirtieron en mis enemigos. «Oye, agarra esto». Uno de ellos me encargó sus rifles. El que iba en medio gemía agarrándose el abdomen. No tenía herida. La tropa ya había dado vuelta por la montaña. Desde atrás les disparé. Los tres se cayeron al suelo. Con un rifle me desvié y corrí por la montaña. Después de un rato voltéé para mirarlos, entre los tres caídos sobre la nevada uno se levantó y caminó con dificultad, agarrándose una rodilla; pero después de unos pasos se cayó, luego se levantó y dio más pasos. Corrí más por la montaña. En algunos lugares, la nieve acumulada por el viento me llegaba hasta la pierna. Muchas ho-

ras vagué por las montañas. No pude encontrar la montaña de mi pueblo. Caminé perdido hasta la madrugada del siguiente día. Por errar tanto por las montañas cubiertas de nieve me agoté. No tenía ni un pedazo de galleta y sentí un hambre terrible. Los pies y manos se congelaron y se insensibilizaron. Quería dormir en cualquier lugar. En ese momento vi una choza frente a mí. Era una casucha solitaria. Un poco lejos de esa casa se veían unas tres o cuatro chozas más. Deshaciéndome del gorro y de los distintivos de grado entré en la casucha. Un niño estaba defecando en la parte alta, la entrada del cuarto. Estaba desnudo de cintura hacia abajo. Tendría unos cinco o seis años. Al verme entrar por la cerca que rodeaba la casa, se rio. Apuntándole subí hasta donde estaba él y abrí la puerta. La familia estaba comiendo. El cuarto estaba oscuro. Los arrinconé en una esquina y devoré toda la comida puesta en la mesa. Era arroz mezclado con maíz. ¡Qué rica estaba esa comida! Alguien habló compadecido de mí. Inmediatamente los apunté con el arma. Todos temblaron. Una anciana llena de arrugas me lanzaba una mirada de compasión; los otros, unos esposos de mediana edad, la hija de unos diecisiete años, y los dos hijos prefirieron no mirarme de frente y solamente temblaron. Volví a devorar. En ese momento me asusté porque sentí un bulto encima de mi espalda. Lo boté al piso. Era el niño que estaba haciendo sus necesidades. Aunque lo había botado al piso, se rio. Terminé la comida, y mi cuerpo se calentó. Sentí un tremendo cansancio. Agarré el rifle, me apoyé en la pared y cerré los ojos. Un calor indescriptible derritió todo mi cuerpo. Dormité un momento. Un ruido me despertó. El ambiente del cuarto parecía raro. No encontré al esposo. Abrí la puerta y lo vi bajando de la parte alta hacia el patio. Inconscientemente le disparé. Luego oí gritos agudos. Me volteé y disparé hacia la esquina del cuarto. El temor hizo temblar hasta mi mandíbula. Cargué el arma

de nuevo y disparé más. Luego salí. El dueño, a quien había disparado, estaba tendido en el suelo derramando sangre. Al cruzar la puerta vi atrás. En ese momento vi a ese niño inválido riéndose sentado en el umbral. Seguía medio desnudo. Volví en mí y empecé a huir. Me encontré con otra tropa en retirada. Me alisté con esa tropa. Después, al descubrir mis problemas mentales, me enviaron al hospital y luego allí me dieron de alta».

«Cuando en la calle veía a un veterano, se aceleraba el latido de mi corazón, y muchos días andaba sin fuerza. Me seguía la imagen del soldado que caminaba arrastrando un pie, se caía, se levantaba de nuevo y se arrastraba. No sufría por la gente que había matado sino por la gente que no había podido matar: ese soldado cojo y el niño idiota que me miraba con una sonrisa. Ellos me quitaron la alegría de mi vida. Recuerdo que cuando era niño encontré una serpiente venenosa en la orilla del río. El miedo me hizo darle una paliza hasta que se quedó deshecha. La boté a la pradera y volví a casa. Después de la cena, cuando me eché en cama, recordé el cuento de otros niños: la serpiente, si su cola quedaba intacta, se revivía gracias al aire que salía de la tierra, buscaba al que la había matado y se vengaba. Apresuradamente me levanté de la cama, fui a la ribera oscura y la localicé. Cogí una piedra, la machaqué hasta que no pudiera recobrar la vida, la colgué en la rama de una morera y volví a casa. Recién pude dormir. Si el lugar estuviera en este lado sureño, habría ido allí, localizado al niño y lo habría matado».

«Errando de lugar en lugar encontré a Abe en tu casa. No dudé de lo que mis ojos veían. Pensé que Abe era ese niño que no había podido matar hacía años. La edad y la apariencia eran muy diferentes, pero no tuve tiempo de reflexionar. Alcé al niño semidesnudo que estaba jugando sentado en el suelo. En ese momento me invadió un sentimiento inexplicable.

¿Cómo describir mi estado mental de ese momento? Fue algo así: sentí algo quemante y grande que venía desde mi corazón. Era el amor —terminó de contar.

Fiel a su palabra demostró ese amor. Tuvimos cuatro hijos y hasta que el mayor, Chinjo, cumplió dieciocho años, su amor hacia Abe seguía igual. En cualquier circunstancia, él decía que Abe era su hijo mayor. Papá, ¿por qué Abe no figura en nuestra constancia genealógica de registro familiar? Chinjo le hizo la difícil pregunta. Había vuelto de la Oficina Zonal con la constancia de domicilio para entrar en la escuela secundaria. Cuando semejantes casos se repetían, él les contestaba: «Como era un minusválido, creímos que no viviría mucho tiempo; por eso postergamos su inscripción año tras año y así llegamos hasta hoy». Él lo consideró como su verdadero hijo y lo crio sin distinguirlo de sus propios hijos. Por Abe la familia tuvo problemas y otros hijos se desviaron. Sin embargo, él no dio importancia a eso. Todavía más; me miraba con compasión cuando yo sufría por Abe. Agradecí a Dios por haberme enviado a él. Gracias, te damos gracias Señor.

* * *

Ah, pero Dios todavía estaba lejos de mí. Ya no hay esperanzas. Solo me quedan tinieblas, desesperación y dolores que desgarran mi corazón.

Cuando apareció la hermana de mi esposo, que vivía en Tongduchon, noté que se formaba un hueco en el corazón de mi esposo. De ella percibí un olor extraño que me hizo presentir algo raro. Temblé. La mirada de ella hacia Abe, una mirada como a un animal, me hizo sentir instintivamente algún mal presagio.

Él quiso salvarse por medio de su propia sangre abandonando a mi Abe. Era un hombre muy sensible y hasta ese

momento Abe era una luz vaga en su vida, aunque el sentimiento de culpa no lo dejara tranquilo. El soldado cojo de quien no sabía si estaba vivo o muerto y los que mató resucitaron uno por uno y lo mortificaban siempre. Difícilmente conseguía un trabajo, pero pronto renunciaba y vivía encerrado en el cuarto. Estaba atontado o miedoso. Temía a los de su propio color, mismo pensamiento y misma lengua. Siempre decía que quería salir de Seúl y vivir en un lugar remoto. Se ahogaba y hablaba con voz quejumbrosa. Cuando hablaba de sus padres y sus hermanos, que quizás estarían vivos en el Norte, se cogía el pecho y gemía diciendo: «Me ahogo, me ahogo».

Como él era así, en la casa reinaba un ambiente melancólico y sombrío. Vivíamos sin tener la felicidad de hoy ni la esperanza de mañana. Yo quería sacar de esas tinieblas a mi familia. Quería arrancar las raíces oscuras y poner en su lugar raíces firmes de esperanza. Sin embargo, seguimos viviendo desesperados sin poder salir de la pobreza, de esta paupérrima penuria. La casa siempre estaba sombría por Abe que ya cumplía veinticinco años. Abe, al crecer, no podía desfogar su deseo sexual, el típico instinto animal, y se frotaba contra mi cuerpo sin saber que era su propia madre. Mis hijos, que tenían sangre diferente de Abe, lo detestaban de verdad. Por la apatía de la vida de mi esposo y por la situación de Abe, mis hijos se marchitaban amarillos desde niños: Chinjo fue expulsado de la escuela y se hizo vago. Cuando supe que él y sus amigos eran autores de una violación sexual, decidí suicidarme. Hasta ese momento aguantaba con valentía una vida humillada y dolorosa; pero ante ese suceso, ya no quería vivir más.

En ese momento llegó la carta de invitación de la hermana de mi esposo. Mis hijos y mi esposo saltaron de alegría. En realidad, mi esposo desde hacía tiempo esperaba con ansias esa invitación. Yo también estuve feliz. Ellos deseaban mucho

salir de Corea. Como los amo tanto, ¿a dónde no los acompañaría? Bien, iré con mi esposo a donde el cielo esté más claro y más grande. Iré a ese lugar donde mis hijos, encogidos por falta del sol, puedan enderezarse y recobrar el color fresco. Decidí seguirlos.

Hice sola todos los complicados trámites de inmigración. Mi esposo, ni bien inició el papeleo, se asustó y no quiso encargarse de eso. Pero, a sus cincuenta años, andaba con gusto aprendiendo soldadura y taekwondo. Parecía un niño. Ese cambio me pareció una traición, pero no me quejé de nada. Él seguía siendo mi ídolo. Mientras andaba durante mucho tiempo por los documentos para el trámite, tragaba las lágrimas en secreto. No podía mostrarle a nadie mi corazón angustiado. Pensé en la muerte. Pero no debía hacerlo por mi esposo y mis hijos. Pensé que era mi obligación de esposa y madre ir con ellos a Estados Unidos y ayudarles en todo momento.

* * *

Nos llegó la fecha de entrevista para la visa. Ayer toda la familia fue al Consulado de Estados Unidos. Cuando el guardián de la puerta principal nos dio el pase, tembló la mano de mi esposo. Entramos a las ocho y nos llamaron a las doce. En ese lapso, mi esposo estaba nerviosísimo. Tuve un poco de miedo: entre las 42 preguntas de la solicitud de visa había una pregunta: «¿Ha sido arrestado o ha estado en la cárcel o ha sido sentenciado como culpable?» El rostro de mi esposo decía que si el cónsul le preguntaba eso, respondería: «Sí, maté a gente». Esperamos tanto, pero la entrevista fue rápida.

«¿Pueden jurar que todas las cosas apuntadas aquí son verdades?», preguntó la coreana interpretando al estadounidense. Mi esposo le dijo que sí entre dientes. Naturalmente, todo apuntamos a nuestro favor.

Mi esposo, Chinjo, Chongji, Chingu, el último hijo y yo figuramos en el Documento de Genealogía Familiar. El resultado del examen médico decía que ninguno de los seis era de mente, con problemas de salud, alcohólico, drogadicto, sordo o mudo.

Volvimos a casa después de la entrevista. Abe, que había quedado encerrado, estaba dormido. Mis hijos, al salir de casa, habían echado candado en la puerta. Abe ya tenía veintiséis años. Dentro de diez días era su cumpleaños.

Hoy ninguno de la familia habló de Abe. Hasta mi esposo, a quien creí que era un enviado de Dios para el hijo abandonado, se olvidó completamente del pobre Abe.

El único que lo mencionó fue el benjamín de todos:

—Mamá, Abe también va, ¿verdad?

—Claro que sí. Tu hermano mayor también va.

No pude tolerar más. Salí. Dios mío, te pido y suplico que des fuerzas a esta pecadora y ...

CERCA DE LAS OCHO de la noche llegó Socpil. Estaba en uniforme de reservista. Tenía la cabeza rapada. Cuatro años había sido suficiente para que cambiara su rostro de niño al de un mayor.

—Después de que te fuiste a Estados Unidos, Chedu fue a Pusan diciendo que quería ser marinero, y hasta ahora no tenemos ninguna noticia. Él dijo que subiría a un barco de pesca para ir a algún país extranjero donde desertaría.

—Él es un epiléptico grave, ¿no?

—Sí. Por eso quería ir a vivir al exterior donde nadie lo conociera, y morir solo allí.

—¿De verdad que no sabes nada de él después de su ida a Pusan?

—Nada. Es un malvado. Su padre vive en Chonjodong, a donde fui a verlo. Da pena. La hermana de Chedu es la que lleva la economía.

—¿Jyongpyo fue al servicio militar?

—Sí, la primavera pasada. Vino de vacaciones una vez y dijo que su batallón está cerca de la zona desmilitarizada. Dice que puede ver a los del Norte y se ríen mirándose.

—¿Qué dice de su vida militar?

—Dijo que era mil veces mejor que la vida de su casa. Estando allí tres años, se corregirá.

—¿Cómo? ¿Ha cometido más crímenes antes de ir al ejército?

—No, ese chico, antes de ir al servicio militar, trabajó en una fábrica de pintura. Ganaba sesenta mil wones al mes, ahorró y ayudó a su familia...

—¡Qué milagro! ¿Ya está sano su padre?

—¡Qué va! Se murió apenas te fuiste. Si hubieran tenido dinero, lo habrían hecho operar. Fíjate, sufrió mucho tiempo y al final se murió.

—Se murió sin poder volver a su pueblo natal...

—Antes de morir dijo que se iba porque lo llamaba el hijo mayor que vivía en el Norte.

—¿Hijo mayor?

—¿No lo sabías? Él tenía su familia en el Norte y vino al Sur durante la guerra. Por tener su familia en el Norte vivió solo hasta que se casó y nació Jyongpyo.

—Con razón...

En ese momento recordé al hermano mayor de Socpil. Entre los cuatro del grupo la economía de la familia de Socpil era la más acomodada. El hermano de Socpil era estudiante universitario. Todos decían que era un genio. Pero, por estar vinculado a un movimiento político estudiantil, fue expulsado. Pero a pesar de la expulsión seguía yendo a la universidad y, al final, lo capturaron y llevaron a la cárcel por estar implicado en un problema. No supe más porque en esos días salimos a Estados Unidos.

—Oye, ¿cómo está tu hermano?

—Salió después de cumplir un año y tres meses de sentencia.

—¿Y sus estudios en la universidad?

—Dejó de estudiar. Estuvo en casa sin trabajo, y estos días está de luchador industrial.

—¿Luchador industrial?

—Trabaja en una fábrica. Dice que le gusta. Oye, ¿sabes un chiste? No te vayas a asustar.

—A ver, di. Yo soy un ciudadano de Estados Unidos.

—No me crees. Pues, mi hermano se casó.

—Y eso, ¿qué? Esto no es un chiste para un ciudadano estadounidense. Nosotros también nos vamos a casar.

—Hombre, no es eso. Si supieras con quién se casó, aun siendo un estadounidense, te sorprenderías.

—¿Con quién? ¿Con una mujer?

—Naturalmente con una mujer. ¿Te acuerdas de Song-e Yu?

—¿Song-e Yu? A ver... creo que me suena ese nombre.

—Estados Unidos debe ser un país magnífico. Estás en el limbo.

—Díme, esa Song-e Yu es tu cuñada, ¿eso es?

—Acuérdate de un tal Yu, vendedor de llaves del mercado, ¿verdad? Ese que nos sacó de la cárcel.

—¿La hija de ese... con tu hermano?

—Me alegro. Ahora veo a un gringo boquiabierto. En fin, me vuelvo casi loco por soportar los sufrimientos que deben ustedes también compartir.

—¡Qué loco que está tu hermano!

—Mi hermano no está loco, sino mi querida cuñada es una sinvergüenza.

Me levanté y me puse la camisa que había colgado en la pared del cuarto.

—¡Salgamos!

—¿Escribes un diario?

Socpil me preguntó agarrando el cuaderno al lado del maletín. Se lo quitó, lo guardó en el fondo del maletín y corrí el cierre.

—No es un diario. Es un libro de historia.

—¡Caramba! ¡Qué estudioso! Cambiaste al convertirte en un gringo.

—Sí, vine acá a estudiar más. También debo hacer una ceremonia para disolver el Círculo de Cuatro Leones.

—¿Disolver la banda?

—Si hicimos una ceremonia para iniciar el círculo, para disolverlo también debe haber otra. Cuanto más reflexiona uno, tanto más parecen chistosos los hechos de la niñez.

—¿Costumbre gringa?

—Costumbre de mi padre. ¿Por qué?

Socpil quiso hablar más, pero salió del cuarto antes que él.

—Señor, ¿va a volver tarde? —me preguntó el muchacho al que invité arroz con fideos. Estaba sentado en la banca junto a la puerta.

—Sí, cuida mi maletín que está en mi habitación.

Las moscas volaban alrededor del foco del zaguán del hotel. Era una noche de verano muy sofocante. Quizás llovería más tarde.

—Oye, llévame a una cervecería que conozcas. El ciudadano gringo tiene mucho dinero.

Le dije mientras caminábamos por la calle del mercado. Socpil, al salir a la calle, se puso el gorro militar en su cabeza pelada.

—La cerveza hace daño al estómago. ¿Qué tal aguardiente?

—¿Aguardiente? ¿Los dos?

—Yo tomo solo también. El día que veo a mi querida cuñada bebo para poder dormir. Tomo lo que tomábamos los cuatro.

Verdad. Nosotros cuatro, por vez primera, bebimos licor. Una noche, en la mitad de la falda del monte de Chonsusan, tomamos debajo del monte dos botellas grandes de aguardiente que habíamos comprado en el barrio. Las tomamos a pico de botella. Fingíamos beber gran cantidad, pero el licor no disminuía. La mitad la arrojamos al suelo. Pero unos sorbos de aguardiente, pasando la garganta, hincharon nuestros corazones.

Quiero morir, dije yo. Yo también, dijo Socpil. Yo tampoco quiero vivir, dijo Jyongpyo; lo siguió Chedu. Todos de acuerdo.

Los cuatro echamos más discursos.

Pero... no debemos morirnos. No tenemos por qué morirnos. Oigan, tontos, idiotas, bobos, ¿por qué nos vamos a morir?, dije yo. Ciertamente, no nos muramos. Tenemos que triunfar. Debemos tener éxito. Dijo Socpil. Claro, ganaremos dinero. Dinero, mujer, y... vivir hartos y bien, dijo Chedu y luego bebió.

¡Por nuestro Círculo de Cuatro Leones! Jyongpyo le quitó la botella a Chedu y también bebió.

¡Por nuestro gran maestro! Se lo quitó.

Ese día yo había estado arrodillado cuatro horas en el pasillo frente a la sala de profesores. Los profesores, al pasar, me dieron golpecitos en la cabeza. Este, de verdad, es un problemático. El año pasado fui su maestro y era un problemático terrible. ¿En qué trabajarán sus padres? No sé. Ni una vez pude ver sus caritas. Les comuniqué tanto, pidiendo que se me acercaran, pero nada. La chica que trabajaba en la sala de profesores, al entrar y salir, me miraba riéndose. La humedad del piso de cemento me filtró hasta el abdomen. Otra vez sonó la campana avisando el fin de clase. Los maestros que habían entrado al salón de clase salieron y me golpearon la cabeza. Oye, chico, siéntate derecho. El profesor de Instrucción Militar pateó mis rodillas. Después de cuatro horas y media me llamaron otra vez a la sala de profesores. Los pies congelados se insensibilizaron. Al levantarme, me caí. El maestro, sentado al lado de la estufa, hojeaba las libretas de ahorro. ¿Reflexionaste?, me preguntó el maestro. Profesor, dígame qué falta he cometido. El maestro puso la cara larga. Oye, ¡carajo!, ¿preguntas porque no sabes de verdad? No, no sé qué falta he cometido. Mocosos malcriados, ¿me estás retando? Profesor, solo le pedí que me hiciera el favor de postergar el pago del colegio. Malvado, ¿cuántas veces te he dicho que eso deben pedirlo tus padres? Mis padres no pueden venir a la escuela. Otros profesores de la sala me rodearon.

Este tipejo, ¡atención! Oye, papito, ¿por qué estás con el uniforme desarreglado? Fíjate, la semana pasada lo encontré en las afueras de la ciudad y no estaba en uniforme. El maestro de Instrucción Militar pateó mis rodillas otra vez. Me dolieron mucho las piernas congeladas. Oye, no quieres estudiar en la escuela, ¿verdad? El maestro agarró el cuello de mi camisa y me sacudió. No quieres asistir la escuela, ¿no? No, no quiero. ¿Te retiras de la escuela? Bueno, me retiro.

Socpil, Chedu y Jyongpyo eran mis compañeros de estudios de la Secundaria. Por una situación semejante a la mía dejaron de estudiar. Chedu vivía sin esperanza debido a su incurable epilepsia.

Bueno, empecemos Nuestro Círculo de Cuatro Leones, dijo Jyongpyo. Cada uno de nosotros sacamos el cigarrillo. A la misma hora lo encendimos. Después de cinco pitadas fuertes nos miramos. Todos estuvimos rojos por el licor que habíamos tomado por vez primera. Dos pitadas más e hicimos dos parejas. Nos sentamos frente a frente. Agarré la mano izquierda de Chedu. Chedu agarró la mía. Al mismo tiempo todos pusimos el cigarrillo en la muñeca donde se usa el reloj. Gemimos. Apretamos los dientes y contamos: uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis... veinte. Olía a carne asada. Por la quemadura del cigarrillo brotó un líquido amarillo. Echamos el resto del aguardiente en las llagas. De cuatro bocas salieron terribles alaridos. Y nos reímos mirándonos el sudor en nuestras caras. ¡Ja, ja, ja...!

¡No habrá otro dolor más fuerte que este!, dijo alguien.

Cierto. Nosotros aguantamos este dolor. Triunfaremos, grité.

—Señora, un plato de queso de soya crudo y una botella de aguardiente, por favor.

Socpil hizo el pedido apenas entramos a la licorería, en un rincón del edificio viejo que había existido desde cuando viíamos aquí.

—¿Por qué el queso de soya crudo?

—Cuando mi hermano salió de la cárcel, sus amigos lo embadurnaron con la ceniza de carbón y le hicieron comer el queso de soya crudo. Dicen que eso trae buena suerte.

—¿Acaso salgo de la cárcel?

—Casi, casi. A ustedes, que se fueron a Estados Unidos, los miramos con envidia. Pero yo me imaginaba como si fueran criminales y desterrados. Y pienso que ahora estás aquí en cumplimiento de la sentencia. Seguro que estarás muy cambiado como mi hermano.

Desterrados. Eso, eso. Fuimos desterrados. No huimos.

—Oye, tu hermano salió mucho antes de lo que me había imaginado. ¿No decían siete u ocho años?

—¿No te digo que se transformó? Claro, excepto la traición a sus amigos.

—¿Traición?

—Sí, traicionó. Insistió que solamente él era inocente.

—Tu hermano debió haber sido inocente.

—No, no lo era. A causa de la culpa por esa traición se casó con Song-e Yu.

—Igual a mi padre.

—¿Tu padre?

No le respondí. No pude contestarle porque todavía no podía comprenderlo. Pero lo cierto es que mi padre traicionó a mi madre. Quizás para salir del «*destierro*». Pero mi madre continúa en silencio. Seguramente no está convencida de ese «*destierro*».

—Oye, Socpil, cuéntame más del matrimonio de tu hermano con Song-e Yu.

—Muy sencillo. Tú sabes que eso lo hicimos antes de que lo capturaran, ¿no? Aquellos días mi hermano andaba como mi garante. Luego lo metieron a la cárcel. Allí todo el tiempo habría pensado en Song-e Yu. Por eso, al salir, se casó.

—En Corea todavía hay muchos enfermos mentales como él.

—Por esos enfermos mentales muchos sufrimos las malas consecuencias.

—¿Malas consecuencias?

—Sí, aunque mi hermano vive aparte, mi madre no puede alzar la cabeza ante su nuera. No te imaginas mi sufrimiento.

—¡Tú cambiaste mucho! Sufres por esa causa. ¿No es cierto?

—Sí, es cierto. Ponte en mi caso. Jyongpyo también sufre.

—Al ver tu rostro que sufre, pienso que Corea todavía es un país bueno para vivir. Vamos a disolver el Círculo de Cuatro Leones. ¡Salud!

No teníamos miedo de nada. Con esa amistad de compartir juntos el dolor de la quemadura en la muñeca, anduvimos como si fuéramos uno solo. Los vagos de los barrios del monte y del mercado se escapaban de nosotros. Los del centro de gimnasia nos pidieron hacer un pacto de amistad. No queremos que nos muerdan los perritos locos, nos dijeron. A veces bebíamos licor sentados debajo de la roca que estaba a mitad del monte Chonsusan. Como éramos todavía adolescentes, no podíamos bajar al barrio antes de que se nos pasara la embriaguez. Allí leíamos caricaturas eróticas de los mayores que vendían en Chongñangni a los muchachos como nosotros. El cuerpo de la mujer, el sexo femenino y el acto sexual estaban dibujados como si fueran reales. No podíamos aguantar, nos masturbábamos. Un día, mientras leíamos revistas pornográficas, Chedu tuvo ataque de epilepsia. Todo su cuerpo se retorció y babeó. Después de un rato se levantó y sonrió. Desde ese momento Chedu perdió palabras. Estuvimos melancólicos. Pero los sexos estaban erguidos. En ese momento apareció esa chica Song-e Yu. Su vestido colorido de verano nos sedujo. Era un vestido muy elegante. Nos levantamos al mismo tiempo. Solo Chedu se quedó sentado como

un bobo. La chica, de cerca, era más vieja que de lejos. Pero nosotros seguimos hacia adelante. Al desnudarla supimos que su cuerpo era muy delgado. Lo único igual al dibujo de la caricatura era esa parte. Lo hicimos. Era muy diferente del contenido de la caricatura. Desilusionados, avergonzados y malhumorados nos escapamos. Fuimos a la casa de Chedu y pasamos el tiempo tocando guitarra. Allí nos cogieron. La chica era trabajadora de una modistería del mercado. Por eso su vestido era lindo. Sintiéndonos engañados, nos mordimos la lengua. ¡Qué chica tan flaca! En la sala de espera de la policía seguimos quejándonos. Llegaron nuestros garantes. Para Jyongpyo se presentó su padre enfermo de casi setenta años. El hermano mayor de Socpil, a pesar de la expulsión, se presentó con el uniforme de su universidad y nos gritó. Mi madre y ellos fueron a la clínica donde había sido hospitalizada la chica. El señor Yu, que tenía el negocio de llaves en el mercado, suplicaba al policía por nosotros. La culpa la tengo yo. Es que su madre se enfermó del estómago, y yo le pedí que me trajera unas raíces medicinales que crecían en el monte. También es mi culpa que mi hija anduviera en un vestido muy llamativo. Mi madre y el hermano de Socpil venían una vez al día a la comisaría. Dijeron que habían llegado a un acuerdo con el padre de la chica. Como éramos adolescentes, después de unas dos semanas nos soltaron. Nunca más volví a ver a esa chica de mala suerte. Solo me enteré que su madre fue internada en un hospital de la ciudad.

—Oye, Chinjo, hijo de puta, bebiendo contigo me emborracho muy pronto.

Terminamos tres botellas de aguardiente. Socpil se emborrachó rápido porque no había cenado.

—Oye, ahora cuéntame de ti. Cuéntame de tu vida de inmigrante en Estados Unidos a donde fuiste para alimentarte bien, vivir bien y morirte.

—No vine a contarte de eso. Vine a Corea para saber de ustedes.

—Carajo, ¿crees que no adivino nada? Viniste a informarte de nuestras desgracias, ¿no?

—No pienses así. Bien, te contaré solamente una cosa: vivimos en un apartamento que tiene el pasillo más angosto y más sucio que ese apartamento de los pobres de 40 metros cuadrados al lado del mercado de allí abajo. Vivimos con una gran cantidad de cucarachas. En el piso de arriba vive con su familia un negro con cara de chanco, escucha música día y noche, y baila en un piso sin alfombra. En ese apartamento vivimos comiendo el mismo arroz y la misma comida como comíamos aquí. O quizás comemos peor o la comida es menos sabrosa. Aunque no quisieras creerlo, créeme.

—Viven así ahora, pero con la esperanza de un futuro mejor, ¿no?

—¿Futuro? ¿Futuro de quién, para quién? ¿Se puede florecer sin raíces? Mis familiares son como los botones de las flores en el florero. Quizás floreceremos algún día. Pero, al final de cuentas, estamos destinados a ser botados en el basurero.

—Oye, Chinjo, no espero que me consueles de esta forma. ¿Crees que todos los coreanos nos alocamos por ir a Estados Unidos?

Socpil se burló. Pero no le quise responder. Sentí vacío mi corazón. De repente recordé a la hija del señor Li, de pechos muy chatos, que se marchitaba día a día. Se marchitaba siendo un botón. ¿Quién cambiaría el agua del florero? ¿Quién podría colocar esa flor en la tierra húmeda, darle agua todos los días y hacerle crecer sus raíces? ¿Quién podría despertar a mi padre de esa vida falsa y abrirle el camino de salvación de su alma enferma? Sabía muy bien que mi padre erraba sin poder encontrar la salvación, trabajaba como una mula loca y los domingos buscaba la iglesia coreana para rezar.

¿Quién brindaría las manos calientes a mis hermanos y los llevaría a una vida digna? Mi madre, solo mi madre podía hacernos crecer las raíces en la tierra estéril de ese inmenso país, con el látigo de su amor y castigo.

Pero, pero...

—Oye, Chinjo, quiero preguntarte una cosa —Socpil me tocó el hombro. Yo estaba despierto después de haber dormitado sentado.

—Señora, una botella más, por favor —esta vez fui yo quien pidió.

—Chinjo, ¿cómo está tu hermano Abe? Siempre quise saber de él.

Milagro. Quería saber de mi hermano mayor Abe. Era una sorpresa encontrar a alguien que pensara en Abe. ¿Quién pregunta por el animal de una familia ajena? ¿Por qué tienen a ese en casa?, el mismo Socpil nos dijo cuando vino a mi casa.

—Justamente para eso ahora estoy bebiendo contigo aquí. Quiero también saber de Abe.

Contraataqué. Socpil meneó la cabeza como diciendo que no comprendía.

—Socpil, ¿no has visto a Abe? O aunque no lo hubieras visto, ¿no tienes alguna noticia de él?

—¿Qué dices ahora? ¿Que no lo he visto? Entonces, ¿tú...?

—Sí, te pregunté si lo habías visto.

—Entonces, ¿Abe volvió a Corea?

—Abe no fue a Estados Unidos.

—Entonces, ¿qué es lo que pasó?

—Tampoco lo sé.

Mi madre no habló nada de Abe. Ni mi padre lo mencionó. Nos dieron la visa y hasta días previos a nuestra salida Abe seguía en casa como siempre. Nadie estaba desocupado como para prestarle atención. Mi madre también andaba ocupadísima: nos llevaba al mercado Tongdaemun para comprar ropa

interior y empacaba maletas. Como nuestra casa, construida en la montaña sin permiso del gobierno, fue vendida a un buen precio, en casa había vida. Incluso mi padre cenó con el maestro de taekwondo. Como compramos los boletos de avión a crédito, con la condición de pagar mensualmente en Estados Unidos con la ganancia de allí, con el dinero de la venta de la casa y de los muebles en buena condición, andábamos ocupadísimos comprando las cosas que serían difíciles de conseguir en Estados Unidos. Todos nosotros pasamos los últimos días en Corea como si estuviéramos en el aire.

«Hoy voy a donde mi primo». Faltando un día de la salida, mi padre fue a visitar a su primo hermano, único familiar en Corea, que vivía en Kwangju, de Kyonggido. Salió de casa muy temprano. Mis hermanos y yo también salimos para ver a nuestros amigos por última vez. Estábamos emocionados y sentimentales. Mi madre y Abe se quedaron en casa.

Ese día mi madre no volvió hasta muy altas horas de la noche. Nosotros la esperamos sin poder dormir. Abe tampoco se encontraba en casa.

«¿Su madre no les dijo nada?». Mi padre, preocupado, nos preguntó varias veces. Negamos con la cabeza, rehuendo su mirada.

El que mencionó a Abe fue el menor. Sin embargo, él no habló en voz alta, sino en mi oído: «Hermano, ¿Abe no va a Estados Unidos?». «Anda a dormir porque necesitas levantarte temprano mañana», le alcé la voz. El menor, echado en un rincón del cuarto, pasó la última noche en Corea. Chingu y Chongji también se durmieron.

«Duerme tú también», me dijo mi padre encendiendo otro cigarrillo con el que estaba terminando de fumar.

Era ya más de la medianoche, los ruidos del barrio debajo de la montaña también se durmieron. Pensé en Abe: la boca abierta, la baba que se le caía, su pestilencia... Si era posible,

traté de pensar en los aspectos negativos de Abe: no es un ser humano, mejor es criar una culebra, por él todos sufrimos hasta ahora, por él fui expulsado de la escuela. Por Abe... por Abe quizás no podamos salir mañana. La cólera llenó mi corazón. Luego me quedé dormido.

Teníamos que estar en el Aeropuerto Kimpo a las cuatro de la tarde a más tardar. El avión salía a las cinco y media. Era la una de la tarde y mi madre todavía no volvía a casa. Mi padre siguió fumando. Su cuerpo robusto se veía muy disminuido y me daba pena mirarlo de frente. Estaba nervioso y suspiraba hondamente a cada rato. En ese momento el comprador de nuestra casa llegó con los trasteadores. Amontonaron sus bultos sucios en la entrada de cada recámara. Trajeron ollas, carbón para la cocina y calefacción. Agarrando nuestros maletines, teníamos que retirarnos a un rincón para no estorbar la mudanza. El menor empezó a llorar. Los labios de mi padre se ponían de color negro. «Papá, vayamos dejando a mamá», gritó Chongji.

En ese instante apareció mi madre. Vi el reloj. Eran las dos y cuarenta y cinco. Nadie pudo hablarle. Nunca vi a mi madre tan acabada como ese momento. Ciertamente. Su aspecto ido empezó desde ese momento. Los vecinos que nos acompañaban desde la mañana, al verla así, no le preguntaron nada.

Ella, tratando de cambiar su rostro rígido, hizo los últimos preparativos para la partida. Cinco carbones que sobraron los regaló a la vecina de enfrente y la pequeña olla se la dio a la anciana vecina que vivía sola. «Pise esta parte con cuidado. Es preferible que la arreglen ahora», le aconsejó a la nueva dueña de la casa señalando la parte rota de la entrada de un cuarto.

«Bueno, ahora nos despedimos de verdad. Nunca los olvidaré», se despidió de los vecinos que nos acompañaron hasta la entrada del barrio. Mi padre cogió dos taxis frente a la

farmacia. En el primero subieron mi padre, Chongji y Chingu. Y en el segundo, mi madre, el menor y yo. El menor se sentó junto a mi madre en el asiento posterior. El taxi salió del mercado y entró a la avenida de seis carriles. Mi madre estuvo callada con los ojos cerrados y su rostro seguía rígido. La miré por el espejo retrovisor que estaba delante de mí. Al pasar por la orilla del río, el menor le preguntó:

«Mamá, ¿dónde está Abe?». Mirando el paisaje exterior que pasaba volando, estuve atento a su respuesta. Pero hasta que llegamos al aeropuerto, no oí su respuesta. Los niños son valientes. Pero, a pesar de la valentía, nunca más mencionó su nombre delante de mamá.

—Socpil, anda a descansar a tu casa.

En ese momento estábamos en una cervecería y habíamos vaciado tres botellas de cinco que había en la mesa. Socpil dormía apoyando su cabeza en la silla y balbuceaba algo. Me sorprendí de mí mismo porque no me había emborrachado. Es que eres un malvado, me había dicho Socpil al verme que no me emborrachaba.

—Ahora váyanse. ¿Cómo puede dormir en vez de beber?

La chica que nos atendía se quejó. Cada vez que se aireaba abriendo su blusa, se veían sus senos. No era bonita, aunque la viera embriagado y bajo una vaga iluminación. Pero estaba muy excitado: tenía un cuerpo provocativo: un cuerpo lleno y las piernas gordas como las mujeres dibujadas en las revistas de pornografía.

Recordé el número telefónico de la universitaria Pak, con quien había viajado en el bus interurbano. Tomé el papel de la libreta de apuntes. Eran las once y cinco. Mirando el número pensé: mañana también puedo llamarla. La otra semana, o siguiente semana también. Negué con la cabeza y comencé a doblar el papel una vez, dos, tres,... Los pedazos de papel los tiré a la cara de la chica de gran busto.

—Mujer, ¿sabes dónde está Abe?

—¿Qué?

La chica, sacudiendo los papeles de su cara, agregó:

—¿Por qué me preguntas por él? ¿Quién es ese Abe?

—Contestame, no más. ¿Dónde está Abe?

—¿Cómo puedo saberlo!

Por eso te pregunto, mujer. Mi madre no me lo dijo. Ella no terminó de escribir su historia. ¿Cómo podía seguir? «Dios mío, te pido y te suplico que des fuerzas a esta pecadora y...».

—Díme, ¿qué le hizo mi madre a Abe?

—Oye, ¿quién es ese Abe?

—Abe... Abe es un ser humano. Es mi hermano.

—¿Entonces por qué me lo preguntas? Si es un ser humano, estará en tu casa.

—¿En mi casa?

—Sí, donde están papá, mamá, abuela. Yo también me muevo por las ganas de ir al pueblo donde está mi abuela.

—¿La casa donde está la abuela?

—Sí, si gano dinero, yo también quiero...

—Bien, ¿dijiste la casa donde está la abuela?

Salté de alegría. Agarré una cerveza y me la tomé a pico de botella.

—Oye, duerme conmigo esta noche.

—No, yo vendo solo licor.

Saqué la billetera del bolsillo posterior del pantalón y la abrí:

—Mira, me urge. Díme con claridad. ¿No me vendes tu cuerpo?

Me miró un buen rato. Luego, bajando la cabeza, habló en voz baja.

—Ahora estamos muy necesitados, y como este es un barrio pobre, no me dan propina.

—¿Entonces?

—Termino mi trabajo a las once y media. ¿Dónde vas a estar?

No alzó la cabeza. Me miró de reojo.

—¿Conoces el hotel al lado del cine del barrio alto?

—¿El hotel Hangang?

Le pedí la cuenta y le di dos billetes de máximo valor, suficientes para pagar por el licor y el cuerpo. Sus ojos se agrandaron. La suma correspondiente a su cuerpo la metió inmediatamente en su pecho, solo se quedó en su mano lo correspondiente a la cerveza. Vi que por su rostro pasó un leve temblor. Yunchong. Para dar el color a tu rostro pálido quiero ser un adulto, Yunchong. Por primera vez pronuncié el nombre de la hija del señor Li.

* * *

—¡Oh! ¡Wonderful!

Expresiones propias de Tommy. La semana pasada se me ocurrió dar una vuelta en autobús, nos bajamos en un pueblo porque su paisaje era hermoso. Pero, según él, el paisaje de la ribera que caminamos hoy es incomparable, maravilloso... El autobús recorrió unos treinta minutos desde Chunchon, cruzamos el dique de la gigantesca represa y caminamos por el sendero entre las montañas y el lago. Aun sin esas expresiones, me pareció estar dentro de un cuadro hermoso. La montaña verde estaba reflejaba en el lago. Los pescadores estaban dispersos en la ribera y solo se movían al cambiar el anzuelo de su caña de pescar. Me gustó el absoluto silencio.

El camino era tan angosto que apenas podía pasar un vehículo. Por la lluvia que había caído hasta la madrugada el verdor parecía más vivo y no se levantaba la polvareda en el camino. Delante de nosotros venía un tractor con su típico ruido. Ese ruido rompió el silencio de la tarde de verano. El conductor del tractor era un joven sin camisa.

—¿Está lejos Semcol?

El joven detuvo el tractor y nos miró con extrañeza.

—Queremos ir a Semcol. ¿Está lejos?

El joven miró atrás hacia un lugar del lago, y señalándolo dijo:

—Semcol ya no existe. Allí donde hay muchos castaños al fondo del valle era Semcol antes de que construyeran esta represa. Era un pueblo muy grande; pero ahora, por el agua, quedan solo unas pocas casas en la ladera de la montaña.

—¿Hay algunas casas?

—Sí, pero ahora nadie la llama por Semcol.

—¿Se acuerda del señor Changbe Choe que vivía allí?

Quedó pensativo.

—No, no lo conozco.

De nuevo nos miró uno a uno y encendió el motor del tractor.

—Al otro lado de esta montaña hay una tienda en la entrada a Semcol, pregunten allí.

El joven, posiblemente unos cuatro o cinco años mayor que yo, se marchó.

—Gino Kim, ¿vive aquí la persona a quien buscas?

Preguntó Tommy. Lo miré. Era alto y su brazo estaba cubierto por su abundante bello amarillo. En ese momento percibí su olor a animal. Viviendo entre ellos, jamás había sentido ese olor. Mientras caminaba le pregunté: —Tommy, ¿te acuerdas de la Guerra Coreana?

—Claro, claro que sí.

En la clase de orientación del campamento para los recién incorporados al ejército aprendimos la Historia de Corea, la Guerra Coreana que tenía que ver con nuestra misión.

—A ver, Tommy, ¿qué es lo que sabes?

—Una guerra entre hermanos.

Respondió como si me dijera en tono de burla, y seguía con su sonrisa.

—¿Y?

—Estados Unidos ayudó a los sureños y les hizo ganar. Me habló con orgullo.

—Oye, no fue Estados Unidos sino las Naciones Unidas. Le hablé en coreano.

—¿What?

—Bueno, digo que tienes razón. Tommy, si ustedes nos hicieron ganar la guerra, ¿por qué estás aquí?

—Corea todavía está en guerra. Es una guerra que les toca enfrentar aunque los sureños no deseen. Por eso estamos aquí para ayudarles.

—¿Por qué y para qué nos ayudan?

—Porque somos amigos.

—Entonces, aprende de memoria el dicho «Pung-u-yu-shin» (entre los amigos debe haber confianza).

Le hablé de nuevo en coreano.

—¿What does it mean?

No tenía que contestarle. Por suerte, ya estábamos en la tienda a la entrada del valle, de la que nos había hablado el joven.

Una joven estaba lactando a su criatura en un rincón de los estantes. Cuando nos paramos frente a la tienda, se volteó y se arregló la blusa. El bebé nos miró con su boca manchada de leche. Sentimos algo a nuestra espalda. Había dos sillas anchas de madera frente a la tienda, y en una de ellas estaba echada una anciana. Al vernos, se levantó. Tommy y yo nos sentamos en la silla y nos enjugamos el sudor. Esa parte del lago era diferente de la parte que habíamos visto hasta ahora. Era más amplio. Tal como nos había dicho el joven, parecía que Semcol de antes empezaba aquí.

La mujer nos trajo lo que había pedido: dos gaseosas, dos cervezas y un bolso de galletas. Las gaseosas y las cervezas fueron sacadas del recipiente de agua fría. Y en su lugar, la

mujer estaba reponiendo otras. Las botellas estaban frías. Sería agua del pozo.

La anciana estaba yendo hacia el bebé que se había quedado solo. La llamó. Era pequeña y me parecía de setenta años. Se sentó y miró a cada rato a Tommy. Le serví la gaseosa y fui a donde estaba el bebé asustado y le regalé unas galletas. Para que la anciana no estuviera con miedo, le pregunté varias cosas sobre la vida del campo y sobre el bebé. La criatura era de su cuarto hijo. Tenía cuatro hijos y dos hijas; el total de sus nietos era dieciocho. Tenía ochenta y dos años pero estaba muy saludable y de buen oído.

—Señora, ¿ha vivido aquí, en Semcol, por mucho tiempo?

—Sí. Me casé a los dieciséis años con un hombre de aquí. Viví al otro lado del monte. Aunque los pobladores se marcharon hace siete años a otras ciudades, yo me quedé. Vivo aquí sesenta y seis años.

La anciana era una buena conversadora. El trabajo de la tienda la habría ayudado a ser una persona abierta.

—Señora, ¿conoce al señor Changbe Choe?

Pensó un rato mirando el centro del lago donde antes estaba el pueblo.

—Tal hombre no lo conozco. En Semcol... había un Choe, el vicegobernador Choe, sí el señor Duse Choe.

—Exacto, señora, el hijo de ese vicegobernador es Changbe Choe, ¿verdad?

—Quizás. Tenía un hijo, pero...

—¿Qué le pasó a ese hijo?

—¿Qué sé yo? ¿Vivirá o habría muerto? El ejército rojo se lo llevó durante la guerra y, hasta ahora, no se sabe nada de él.

—Su madre vivió aquí, ¿no?

Me miró detenidamente y dijo:

—¿La mujer de Choe?

—Sí, señora.

—¿Por qué busca a una persona muerta?

—¿Se murió?

Me levanté de la silla como un resorte y luego volví a sentarme desmoronándome. Tommy estaba con el niño, lo tenía en sus rodillas y jugaba con él. La criatura se reía agarrándole el cuello de su camisa multicolor.

—Sí, se murió. Ella siempre decía que viviría diez años más que yo, pero se murió hace cuatro años.

—¿Hace cuatro años?

—Ese año cuando todos vivíamos con la ilusión de que los del Norte y los del Sur podríamos visitarnos. Ese año... Mi amiga bailaba de alegría porque podría ver a su hijo, pero...

Era pleno día de verano. El sol quemaba. La anciana lloró.

—¿No viste el periódico? Mis hijos me dijeron que había salido en el periódico la noticia de su muerte.

—¿Cómo se murió?

—Por culpa del maldito dinero.

—¿Qué dinero?

—El dinero que guardaba para entregar a su hijo y a su nieto. Su familia era la propietaria de la mayoría de los terrenos de Semcol. Como todo ese terreno se iba sumergiendo debajo del agua, en compensación, le dieron dinero. Mucho dinero. Le aconsejaron que lo depositara en un banco en la ciudad de Chunchon porque era peligroso; pero ella decía que tampoco podía confiar en el banco si estallaba otra guerra... y lo guardó en su casa. Por eso, fue asesinada.

—¿Capturaron al asesino?

—¡Qué va!, era un vago del pueblo de Changmal. Huyó llevándose todo el dinero. Parece que hasta ahora no lo agarran porque nadie habla de eso.

—¿Dónde vivió ella?

—Su casa original ahora está debajo del agua... Vivió en esa casucha. La construyó y vivió allí sola porque temía

que su nieto no la pudiera localizar si ella se mudaba a otra ciudad.

Vi la casita solitaria sobre la loma. Estaba al lado de unos pinos que extendían sus ramas hacia el lago.

—Ahora, ¿quién vive allí?

—¿Quién se anima a vivir allí? Poco a poco se va destruyendo porque es una casa vacía. De vez en cuando los pescadores se guarecen allí.

Se me cayeron los hombros.

—¿Dónde está su tumba?

—Al lado de su esposo. Como hablaba siempre que quería ser sepultada al lado de su esposo, la enterramos a su lado ya que no podíamos hacer una sola tumba. Es que no había dinero. Como no tenía ni un centavo, ¿qué podíamos hacer? Los vecinos hicimos una colecta para enterrarla.

—¿Dónde está?

—¿Por qué? ¿Quieres ir allí?

La anciana me miró de arriba hacia abajo, luego agregó:

—En fin, no sé qué tienes que ver con ella, pero me alegro...

Me explicó con detalles señalando el valle detrás de la loma donde había pinos.

—Siquiera hay otra persona que busca su tumba —murmuró.

—Señora, ¿es que hubo alguien que la buscó?

—Claro. Habría sido después de medio año de su muerte cuando llegó su nuera con el hijo inválido, el nieto añorado por mi amiga. Pero ella ya se había muerto. Debieron haber venido antes. Gente sin corazón.

—¿La anciana añoró a su nieto?

—Claro que sí. Una vez al año andaba por las ciudades grandes buscando a su nieto. Volvía triste y agotada. Soy testigo de su inútil andanza.

—¿Por qué lo buscó?

—¡Hombre!, es muy natural que buscara a su descendiente. Por haber pensado mal vivía arrepentida toda la vida. Es que botó a su nuera para que la joven pudiera vivir feliz. La botó junto a su nieto inventando un pretexto bárbaro. Después se lamentaba de haberlo botado también a su propio nieto.

—Señora, ¿qué le pasó a esa nuera y al nieto inválido?

—Ella misma, cuando vino, me dijo que se había casado de nuevo, tenía varios hijos y vivía bien. Lloró mucho al enterarse de su muerte. Pero, mala, si le dolía tanto, debía haberla visitado antes, cuando estaba viva. Malos. Los jóvenes nunca comprenden a los viejos.

—¿Fueron a esa casa? ¿La nuera y el nieto fueron...?

—Sí, fueron. Fue a la tumba llevando a ese inválido que ni andaba derechito. ¡Cómo es el llamado de la sangre!

—¿Y volvieron?

—Claro que sí. ¿Qué iban a hacer donde ya no había nadie?

—¿Los vio usted misma? ¿Los vio?

Me miró algo extrañada y contestó:

—Sí, yo misma los vi. Pensé, qué raro que no volvieran después de tantas horas. Pero, cuando ya estaba oscuro, bajaron.

—¿Ese inválido también?

—Sí. Le hizo comer bastante pan y le hizo tomar gaseosa, y luego se fueron por allí.

La anciana señaló con su mandíbula el camino por donde Tommy y yo habíamos venido.

—¿Cómo volvería por ese camino oscuro con un hijo inválido que ni siquiera sabía caminar? Dijo que vivía en Seúl.

Me levanté. Pagué a la joven.

Compré una botella de aguardiente y dos pescados secos hongueados. Los metí en un bolso de papel.

—Oye, Tommy.

Tommy, con el niño en su brazo, estaba encogido para cazar una libélula en el cultivo de ají al lado del lago. Se le veía chistoso. Tenía extendidos sus brazos velludos.

Llevaré a Tommy a las tumbas de ellos. Le haré probar el aguardiente. A un estadounidense que quiere conocer Corea, primero hay que hacerle probar el sabor del licor. Además pensé que desde esas tumbas debía empezar la búsqueda de nuestro hermano mayor Abe, que podía ser la raíz firme de los árboles marchitos lanzados a un campo árido.

(1979)

*UN PÁJARO EN
NIDO AJENO*

THE
MUSEUM OF
THE
CITY OF BOSTON

HABÍAN TRANSCURRIDO más de cinco horas de viaje. Salí de Seúl a las nueve de la mañana para llegar al Caserío Central del pueblito Kwiyangni, en Pungnammyon. Duró mucho tiempo, sin contar la larga espera en Kwiyangni, para cambiar de bus con destino a Ojangni, donde había dos servicios al día. La culpa la tenía aquel autobús interurbano, que debía haber sido mandado al basural hacía tiempo. Dos veces se malogró durante el viaje.

Fue un martirio permanecer dentro del ómnibus en pleno verano. Claro, tampoco mi viaje era agradable a pesar de tener cierta curiosidad. Me bañé de sudor y mojé el asiento cubierto de plástico. Hacía un calor infernal. Afortunadamente encontré un método para matar ese largo tiempo de viaje aburrido: escuché el casete que había motivado el viaje. El autobús se detuvo en la bajada desde donde se veía el profundo precipicio al noreste del pico de Pejuryong. Me dio miedo. En ese momento puse el audífono en mi oído y aplasté el botón de la pequeña grabadora. Empezó a dar vuelta uno de los diez casetes que Susy Jan me había mandado de Estados Unidos. Ella era hija de un negro y una coreana, una chica mixta.

* * *

Susy, hoy quiero hablarte del verano del valle Koyakol en Kwiyangni. Estoy en la roca de Norok con la grabadora que

me trajiste al venir acá. Cuando yo trabajaba en el campo, siempre solías jugar encima de esta roca, sola, con las hojas de las plantas. Para ti, las plantas eran leñas del fogón. Cuando no te encontraba, me asustaba mucho. Es que a veces te tapaban las ramas de las plantas. Yo, de vez en cuando, estaba atontada olvidándome de sacar las malas hierbas del campo, atraída por los cantos de los pájaros del valle. Volvía en mí, asustada, porque me imaginaba que mi hija Susy, convertida en un pájaro, volaba a un lugar lejano. Te buscaba preocupada y te encontraba lavándote el pelo en el arroyo debajo de la roca. Susy, el sonido de verano del valle Koyakol sigue teniendo vida como cuando estabas conmigo. Fíjate, hoy cantan hasta las cigarras que, generalmente, no llegan a un lugar tan alejado porque temen a los pájaros. Tú sabes, las cigarras viven en las lomas o campos cercanos a las casas. Susy, escucha bien los sonidos que oías de niña, sentada, sola, en la roca de Norok.

* * *

Se calló la voz femenina, grave y un poco ronca, en el casete de sesenta minutos. Quizás, dejando aplastado el botón de grabación, habría estado en el campo de cultivo o, sentada en la roca, habría dejado sus pies en el arroyo, llorando y mirando las montañas que rodeaban el valle. En fin, el casete seguía con los sonidos del valle de la montaña, sin rastros humanos. El sonido de fondo era el del agua que corría entre las rocas. Como decía la madre de Susy, se escuchaba claro el canto de las cigarras. De vez en cuando, se oían otros pájaros. El que cantaba más triste era el cuclillo. Su canto parecía que venía de lejos y entristecía a los que oían. Según el maestro Kang, los pájaros no cantaban de alegría ni de tristeza; sus cantos eran medios de comunicación. Entonces, el

cuclillo de este casete contaba algo muy triste. Su canto a intervalos tenía un tono triste y desesperante.

El bus paró en la entrada al Caserío Central del pueblo Kwiyangni. Me bajé. A pesar de que el día estaba muy nublado, la carretera sin asfaltar me pasó su calor. Cinco pasajeros nos habíamos bajado. Todos nos empolvamos.

—Oiga, este sendero lleva a la Isla Ardilla, ¿verdad?, —de los tres pescadores uno bajo, gordo y de edad mediana me preguntó en el dialecto típico de Seúl. Su pregunta sonó enfática, como si conociera el lugar. Y, sin esperar mi respuesta, él y sus amigos ya bajaban por el sendero que llevaba a la orilla del río, lejos del Caserío Central.

—¡Dios mío, me equivoqué! Oiga, ¿ellos no se van a Aguas Minerales?

La anciana, que se había sentado al suelo debido a un mareo, después de bajarse, corrió en vano detrás del autobús que ya había partido y luego volteó su cara resignada.

—Señora, usted se equivocó. Ese bus va hasta el pueblo Aguas Minerales y luego vuelve.

—¿Qué hago ahora? Es que, como esos señores hablaban tanto de Aguas Minerales en el autobús, creyendo que se iban allí, me bajé con ellos.

—Señora, tendrá que caminar bastante. Siga este camino hasta que encuentre un puente. Cruzando el puente hay un camino a la izquierda y...

Siguiendo ese camino, se llega a un punto de bifurcación: la izquierda es para Mokol y la derecha para Aguas Minerales. Hacía ocho años que me había ido, pero conocía la geografía como la palma de mi mano. Después de darle una explicación detallada del camino a Aguas Minerales a la despidada anciana, tomé el camino que llevaba al Caserío Central. Mi pasaje era hasta Aguas Minerales, pero desde el primer momento no tuve la intención de ir allí o Mokol. Tampoco pensaba visitar primero Koyakol.

Quería ir a la Escuela Primaria Kwiyang, ubicada en la ladera de la montaña Wausan del Caserío Central. Ya que estaba en camino quería librarme de algo desagradable. En esa escuela había trabajado dos años con el maestro Kang. Pero, agregando los dos años y medio en la Escuela Primaria en Mokol, con él trabajé más de cuatro años.

Después de unos tres o cuatro meses de mi traslado a la Escuela Primaria Misong en Seúl, me enteré de la muerte del profesor Kang. A un familiar lejano de mi esposa que trabajaba en la Sección Administrativa de la Comisión de Educación de la Provincia, le pedí que me mandara una constancia de trabajo. Y él, al mandármela, me escribió brevemente sobre el suicidio del profesor Tekyu Kang: «En un bote fue al río, allí se echó kerosene, encendió el fuego y se quemó». Su muerte, naturalmente, habría sido un escándalo en esa región. Y el familiar me daba esa noticia porque conocía nuestra amistad. Es que le había pedido favores, varias veces, para nombrar a Kang como profesor titular. Me afectó la noticia de su muerte; pero no fue grave. Lo raro era que ninguno de la Primaria Kwiyang me hubiera avisado su muerte. Sin embargo, enterré todo como un suceso del pasado. Si alguien me hubiera preguntado por qué se había muerto de esa forma, le habría contestado que él era capaz de morir así. O quizás habría agregado más: era un poco raro. Podía olvidarme fácilmente su trágica muerte porque estaba ocupadísimo: primero, por ambientarme de nuevo a la vida de Seúl, segundo, porque mi esposa, que había permanecido en Seúl durante mi ausencia, trasladó su academia de artes al sur de la ciudad.

Por los casetes enviados por Susy desde Estados Unidos, viví recordando al maestro Kang, y lo hacía desde más de ocho años. ¡Qué mala suerte! Además, tenía sueños horribles. Los casetes destinados al profesor Kang llegaron, intencio-

nalmente, a mis manos. Así él resucitó delante de mí. Después de recibirlos, pensé incluso que quizás el maestro Kang no se habría muerto hacía ocho años, quizás seguiría vivo en Kwiyangni.

Susy me escribió en detalle y con franqueza por qué me enviaba los casetes. Ella se comparaba con el pichón del cuclillo. Dijo que, aunque nació y creció en el nido de otro pájaro, el cuclillo seguía siendo cuclillo. Con esta comparación enfatizó que ella ya era una perfecta ciudadana estadounidense. Calculé su edad. Ya tenía más o menos veinte años. Susy, que ya era adulta, mencionó a su madre, que le dio la vida y la crió, con calificativos como «la coreana» o «de Corea». No solo eso. También la mencionó como «aquella». Susy negaba, sin misericordia, ese nido de Kwiyangni donde «aquella» seguía con terquedad.

* * *

Kwiyangni continuaba igual que antes, con flores de buenas noches y plantas silvestres. También seguía el fuerte olor de flores de castaño, parecido a la pestilencia de un cadáver podrido, que venía del bosque de castaños de la montaña Wausan. Era un pueblito muy cerca del río, pero sufría por la sequía. Los campos de cultivo estaban cubiertos de polvo y las verduras se habían secado. El Caserío Central en Kwiyangni era el más grande. Había unas veinte casas dispersas, el Centro del Movimiento de la Nueva Comunidad y la escuela primaria en la ladera del monte. Después de la construcción de la represa el pueblo original de Kwiyangni quedó debajo del agua. El Kwiyangni actual está formado por tres caseríos donde se enraizaron los del Kwiyangni original que se negaron ir a vivir en otro lugar. Los tres caseríos son: Caserío Central, donde antes había unas dos casas, Aguas Mi-

nerales y Mokol. En total, ahora hay unas setenta casas, y es el pueblito más grande en la zona afectada por la represa. Koyakol, donde vive la madre de Susy, administrativamente también pertenece al pueblito Kwiyangni.

La Escuela Primaria Kwiyang, en la parte alta de la ladera de la montaña, era de un piso; pero, por estar pintada de blanco hace poco, resaltaba más debajo del cielo gris. Para ir a la puerta principal tenía que cruzar el puente 38, un pequeño puente de cemento, y luego pasar frente a la casa de la anciana Wang en la calle grande. La anciana tenía un restaurante en su casa y sus clientes eran los maestros de la escuela y los pescadores que llegaban de lejos. El restaurante estaba cerca de la escuela. Su techo de zinc estaba apenas colocado, como antes, y una parte de la puerta estaba abierta.

La escuela habría entrado de vacaciones hace unos diez días, el edificio sin niños parecía estar abandonado desde hace años. Quizás se vería así por las hierbas crecidas alrededor del jardín. Fuera de esa sensación de abandono, sentí que algo estaba muy cambiado. No había una pequeña loma en el rincón del jardín. Era la loma hecha por el maestro Kang. Por ese cambio ahora se veía más grande el jardín. En su lugar estaba una cancha de tenis. Habían aplanado el pequeño montículo, el campo de tenis estaba muy bien arreglado y en varios lugares tenía una malla sostenida por unos postes. No era inferior a ningún sembrío que, generalmente, estuviera detrás de una oficina grande del gobierno. ¿Dónde estarían los árboles de peculiares especies que el maestro Kang sembró en el Jardín de la Reunificación? Vi uno de sus árboles, muy familiar a mis ojos, con sus ramas dirigidas al campo de tenis. Los dos grandes árboles de magnolia a ambos lados de la entrada del edificio de la escuela, encima de la gradería central, parecían trasplantados del montículo.

Un hombre de lentes, sentado en una silla entre las dos magnolias, al ver a un visitante desconocido en el jardín, se incorporó. Tenía un libro en la mano. Seguramente era el profesor encargado de la vigilancia de hoy. ¿Qué importa que me mire? Sentí como si estuviera en mi propio pueblo natal. A los dos años llegué a Corea del Sur en los brazos de mis padres y viví en Seúl. Mi padre trabajó en el mercado de la quinta cuadra de la calle Chongno. Por tanto, me identificaba como uno de Seúl y consideraba a Chonggyechon, antes de que lo cubrieran, como el riachuelo de mi pueblo natal. No me interesaba el pueblo natal del Norte del que siempre habló mi padre hasta su muerte. Me gradué de una universidad de baja categoría, cumplí el servicio militar, me casé con una mujer de nivel cultural más alto que yo y conseguí un puesto de profesor en una escuela primaria de un pueblito alejado en la Provincia Kangwondo. Mi vida en esa provincia me hizo aceptar toda su naturaleza como si fuera mi pueblo natal. Sobre todo, los dos años y medio en la escuela Mokol y los dos años en Kwiyang me sirvieron para reflexionar sobre el pueblo natal, incluyendo hasta el de mi padre.

—¿A quién busca?

Estaba observando los árboles debajo del muro, a un lado del jardín, para ver que eran del montículo de hacía ocho años. El hombre de lentes de la entrada estaba detrás de mí.

—¿Profesor de vigilancia?

—Sí, y...

—Trabajé aquí hace ocho años.

—Entonces, ¿es egresado de la Escuela Pedagógica de Chunchon?

Un maestro joven seguramente era un egresado de la Universidad Pedagógica, y como me veía muy viejo quizás me relacionó con esa Escuela que ahora ya no existe.

—No, no soy de la Escuela Pedagógica.

Yo era de otra especialidad y de otra provincia. Naturalmente, para los colegas yo era un patito feo. Estando en esa situación, hice una gestión para elevar la posición de Kang, de un simple empleado de la Escuela Primaria en Mokol a maestro provisional. Y más tarde, lo hice estudiar en el curso del Centro de Formación Magisterial, y con ese curso gestioné para que lo nombraran profesor titular. Todo eso no fue fácil. Claro, al final de cuentas, puedo envanecerme diciendo que ayudé a alguien; pero Kang tuvo que enfrentarse a muchos problemas. Mientras él elevaba su categoría de un empleado a un maestro provisional, que era el asistente del maestro, y luego llegaba a ser un maestro titular gracias al curso intensivo del Centro de Formación Magisterial, tenía que aguantar el odio y la antipatía de otros colegas. La razón por que otros no lo estimaban no era por esa trayectoria, sino por su carácter y comportamiento especiales: pese a sus pocos estudios escolares, Kang tenía vasto conocimiento en todos los campos y, cuando lo creía correcto, jamás cedía. Los colegas, por supuesto, no lo veían con simpatía.

—Ahora no hay ningún profesor de esa época. ¿Por qué motivo vino acá?

¿Sería por mis prejuicios? La manera de hablar del joven profesor me pareció irrespetuosa. Como si no supiera nada, le pregunté:

—Vine a ver al maestro Tekyu Kang.

—¿Maestro Tekyu Kang? ... Pues, en la escuela no hay tal profesor.

—De verdad, ¿no lo conoce?

—Es la primera vez que oigo ese nombre. ¿Usted conoce al profesor Kijun Yom?

El profesor Yom era de la misma edad de Kang y los dos se llevaban bien.

—¿Todavía sigue aquí el profesor Yom?

—No, me dijeron que trabajó acá. Ahora está en la Primaria Jugok, al otro lado y, precisamente, estuvo aquí esta mañana. Me dijo que unos maestros iban a hacer una investigación, y cruzó el río hacia el pueblito Tedongni en el barco de la escuela. Me dijo también que dormirían esta noche en Aguas Minerales.

Al maestro Yom le interesaba la vida de los insectos. No, mejor dicho, estaba loco con sus investigaciones. Los cogía y los observaba. En ese campo era un hombre muy conocido y había ganado premios en un concurso científico por sus estudios sobre la vida de un insecto que vive en una planta acuática; sobre la proliferación de la planaria, famoso insecto por su resistencia y aguantar el hambre, y que se reproduce hasta sin sexo. Y también por sus estudios sobre la vida de la larva de la libélula. Por este interés, él y el maestro Kang se llevaban bien. Justamente, fue él quien colaboró activamente para que Kang llegara a ser maestro titular de la escuela. Pero, a diferencia de Kang, Yom solamente se dedicaba a sus cosas; y en otros casos no opinaba. Por ejemplo, cuando el maestro Kang estuvo en problemas por el Jardín de la Reunificación, él no favoreció a ningún grupo.

—¿Cuándo hicieron este campo de tenis?

—¿Quién sabe? Seguramente hace tiempo, lo hicieron antes de que viniera yo acá.

—Antes, aquí en este lugar estaba el Jardín de la Reunificación. ¿No ha oído nada de eso?

—No. Los maestros de otras escuelas miran con envidia este campo. No es fácil hacer algo igual en una escuela provinciana. Lo han hecho bien. Es que entre los ocho profesores de esta escuela no hay nadie que no practique. Todas las tardes hay partidos. Sin esta clase de distracción en un lugar alejado, ¿cómo podemos vivir?

—Cuando estaba aquí el Jardín de la Reunificación, había

muchas clases de plantas raras de esta provincia. Por un lado, las protegíamos; y por otro lado, las utilizábamos en la clase.

—Al hacer este campo, dicen que han instalado un nuevo acueducto. Tenemos también duchas. El agua es del valle del monte Wausan y, en verano, es helada.

—El maestro Kang fue el que hizo el Jardín.

—Entonces, el maestro que busca usted es el que...

—Sí, es él. En realidad, se murió hacía ocho años. ¿No ha oído de uno que se murió quemándose en el río, cerca de la Isla Ardilla?

—¡Ajá! ¡Usted habla de ese hombre! Sí, he oído. Dicen que era un izquierdista. Y dicen que, cuando la gente llegó a saber de eso, se suicidó. También dicen que era un poco loco y...

Ahora pude comprender por qué no existía ni rastro del Jardín de la Reunificación. No esperaba encontrar un monumento en su memoria en un rincón de la escuela, pero tampoco me imaginé que su existencia en este lugar estuviera borrada de esta forma. Su manera de vivir me influyó mucho durante esos años que pasé aquí con él. Desde el momento de programar el viaje a Kwiyangni, di una interpretación mística sobre su muerte. Según mi concepto, era él capaz de inmolarse su cuerpo como una mariposa por algo enorme y grandioso. Estaba seguro de que no era un loco ni uno que se matara tan fácilmente para esconder algo vergonzoso.

—¿Era muy amigo de él?

Mi rostro le habría parecido muy entristecido. Sus ojos brillaban de curiosidad.

Yo era muy amigo de él. Lo conocí el primer día cuando vine aquí de Director de la Escuela Primaria en Mokol, anexa de la Primaria Kwiyang. Él trabajaba de empleado provisional de la escuela. Al venir acá, ya tenía cierta información sobre él. El Director de la Escuela Primaria Kwiyang me comentó que cuando el señor Li, empleado de la escuela, se

enfermó debido a un derrame cerebral, Kang, que era del mismo pueblo de Li, trabajó en su lugar sin esperar ninguna recompensa. El problema estaba en que Kang impedía que la escuela contratara a otra persona en vez de Li. Kang decía que la escuela no debía botar del trabajo a Li porque no era humano hacer renunciar a una persona que había trabajado solamente para la escuela más de diez años y que ahora no estaba en condiciones de trabajar. No dejaba renunciar a Li, ni dejaba a nadie intentar conseguir el puesto de Li.

«La solución es fácil. Contratar a Kang».

«Claro que le propusimos eso porque, si quería él, podíamos contratarlo y después de unos meses botarlo con algún pretexto. Pero tampoco quiso».

«¿Por qué botarlo después de unos meses?».

«Es que... es un dolor de cabeza. Todos los de la Oficina de Educación saben eso. Cuidado usted, maestro Cho, por un pequeño error, ese puede causarle problemas serios».

El Director me aconsejó que lo observara bien porque el empleado provisional, Tegyu Kang, era uno que radicaba mucho tiempo en ese pueblo, pero no se sabía de dónde era y era bastante sospechoso. Antes de verlo, me lo imaginé como un diablo con tres o cuatro cuernos. Pero, cuando lo vi, mi primera impresión fue que era un hombre común de la provincia. Y no me equivoqué, pues hacía bien su trabajo. Era callado y le encantaba tomar licor. Sin embargo, no era uno que se emborrachara, perdiera el control y hablara cualquier cosa. Por tanto, tomar con él era un poco incómodo. Aún así, como vivíamos viéndonos todos los días, pude saber algo de él: era huérfano, autodidacta en la niñez, pero que después estudió en la universidad; cumplió su servicio militar cerca de Yanggu; a raíz de eso se quedó en Kwiyangni; tenía casi cuarenta años pero era soltero; no tenía ningún pedacito de tierra como propiedad; tampoco tenía un oficio fijo. En fin,

era un hombre libre de todo. No pertenecía a nadie; pero se metía en las cosas en que era necesario. Cuando los campesinos necesitaban mano de obra, yendo de una casa a otra, los ayudaba; cuando lo llamaban para la construcción de una casa, iba y trabajaba bien. Si alguna familia estaba enredada por algún asunto judicial, se ocupaba de eso. Trabajaba de voluntario en la escuela en lugar de Li porque sabía muy bien en qué situación estaba esa familia. El problema estaba en su inflexible terquedad de ser fiel a sus principios, y en su vasto conocimiento que hería el orgullo de los profesores. Él jamás se jactaba de su conocimiento, pero, hablando un rato con él, uno se daba cuenta de que estaba en un nivel superior. El maestro Yom venía con frecuencia a la escuela de Mokol porque podía conseguir gusanos, huevos, insectos tiernos que había coleccionado Kang. Los profesores universitarios y los estudiantes de esta especialidad también lo buscaban mucho. La gente decía que algunas de las mariposas que Kang había coleccionado eran las que se encontraron por primera vez en Corea. Él decía que, cuando no tenía nada que hacer, andaba por las montañas. Coleccionaba insectos, pero los pasaba a otros para que los conservaran mejor. Y jamás esperaba una recompensa monetaria. Si le pasaban algún dinero en agradecimiento, no lo rehusaba; pero, si no le daban nada, tampoco se quejaba. Cuando lo buscaban y le pedían favores muy difíciles los maestros de primaria o secundaria que preparaban una presentación en la Feria Científica, él los ayudaba como si el trabajo fuera suyo.

«Oye, Kang, ¿alguna vez has coleccionado una libélula *changsulso* que dicen que vive cerca de aquí?».

Yo era diez años menor que él, pero cuando le hablaba así, como si fuera un menor, jamás se amargaba.

«No, no pude, profesor. Pero seguro que ha vivido en esta región. La encontraron en la época colonial japonesa porque

había en el pueblo Chugongni una piedra en su memoria. Antes de que ese pueblo quedara bajo el agua, la llevé a la montaña».

«¿Por qué la escondiste en la montaña?».

«Cuando se encuentre esa libélula, traeré la piedra. Pero veo que es muy difícil hallarla otra vez. Es que para que viva ese insecto debe haber un bosque de segunda generación de árboles Sonamu (*Betula platyphylla*), pero en las montañas cercanas no hay esos árboles viejos».

Kang dijo que por el momento no había ninguna posibilidad de encontrarla; pero si la encontraran, pondría ante el público una piedra conmemorativa de la época japonesa y exigiría que se usara su nombre original coreano: *kundol daremi*. Porque *changsu janulso* es una traducción literal de *vaca celestial*, nombre japonés, y porque esa libélula, de ninguna manera, debía ser *changsu janulso*.

—¿Cuántos alumnos tienen ahora?

Quise distraerlo porque este joven maestro estaba muy intrigado por un extraño que se había identificado como exmaestro de la escuela y que hablando del Jardín de la Reunificación buscaba a un muerto.

—¿Qué? ¿Pregunta usted cuántas clases tenemos?

—¿Cuántos alumnos en total?

—¡Ah, sí! En total son ochenta y cuatro. Cuando usted trabajaba, había más, ¿verdad?

Era una escuela construida después de que los pueblitos quedaran debajo del agua de la represa; sin embargo, como podían venir en barco de la escuela los chicos que vivían en las partes altas de los valles al otro lado del agua, en total su número llegaba a más de doscientos. En ese número se incluían doce niños de la antigua escuela de Mokol. Era la escuela más grande en la zona afectada por la represa. ¿Qué significaba la cifra actual del alumnado, menos de la mitad del número de mi época de mediados de la década 70?

—El abandono del campo es un grave problema.

Esta misma frase se repetía día y noche hacía ocho años.

—Sí, y lo triste es que en los grados inferiores hay menos alumnos. En el primer grado hay solo siete, y, como no alcanza el número mínimo para una clase, los juntamos con los de segundo grado.

—¿Estos días también se va la gente?

—Los que pueden irse se van. El problema está en que los campesinos no pueden tener hijos.

—¿Es tan riguroso el control de natalidad?

—Usted no sabe. En el campo no necesitamos el control de natalidad, porque para eso debe haber mujeres. Pero, fíjese, aquí en Kwiyangni tenemos veinte solteros mayores de treinta años, y no hay esperanza de que ellos se casen porque no hay solteras. Pronto todas las escuelas del campo tendrán que ser clausuradas. Los jóvenes van a la ciudad para poder casarse, y ya no vuelven. Así que quedan solamente los viejos. Y, ¿cómo podemos esperar que ellos cultiven la tierra?

—No sé si todavía vive el muchacho Chebom Jwang del pueblo de Mokol.

—¿Chebom Jwang...? El gobernador de este pueblo se llama Chebom Jwang, y tiene más de treinta años.

—Verdad, yo estaba pensando en Jwang de esa época. ¿Él es gobernador?

—Sí, desde hace unos años. Pero dicen que hay problemas justamente porque él es el gobernador.

—¿Qué significa eso del gobernador del pueblo?

—No es un gobernador nombrado por las autoridades gubernamentales, sino uno que fue elegido por el pueblo. Las autoridades dicen que él es un dolor de cabeza porque no les obedece.

Cuando llegué a la Escuela Primaria Kwiyang Anexa en Mokol como director, me di cuenta que el señor Kang era un

hombre con carisma en ese pueblo. Varias veces pude confirmarlo porque su opinión se imponía allí. Lo noté en la actitud de unos diez estudiantes: cuando cogían algún insecto raro, corrían a él. Incluso en mi clase opinaban tomando su nombre, «Según el tío Kang...». Un día le conté que la niña mixta Susy Jan no abría la boca en la clase. Él conversó con ella unas palabras, después la chica cambió su actitud. Me sentí muy humillado. Recién comprendí por qué el profesor anterior había pedido su traslado. Él se quejó de que no podía trabajar con Kang, el reemplazante de Li. Pero no pude reconocer mi derrota como la vez anterior. Trabajando con él, gozaba a mi manera. En cierto sentido, ese gozo era una clase de masoquismo porque yo, siendo un egresado de la universidad, trabajaba de maestro en la escuela primaria en un rincón del mundo. Estaba buscando un enemigo para pelearme. Al final de cuentas, yo estaba con una ropa que no me quedaba bien y, si era así, rodaría con todo gusto hacia el pantano. Yo era joven y no temía nada. Mi decisión era buena: si me peleaba, debería de pelearme con los de arriba. Y los de arriba eran el Director de la Escuela Primaria Kwiyang y sus superiores. La oportunidad de retarlos se presentó pronto. Como dos niños de Aguas Minerales querían estudiar en nuestra escuela, el número total del alumnado llegó a doce, por tanto, teníamos que dividir la clase en dos. Naturalmente necesité un maestro. Si esto ocurriera ahora, un egresado de la Universidad Pedagógica sin nombramiento vendría para ese puesto; pero en esa época no había muchos profesores, el Director podía recomendar y contratar a alguien.

Decidí invitarlo a Kang como profesor a tiempo parcial. En vez de vivir con miedo y en desgracia por querer ocultar su existencia detrás de la niebla o por ignorarlo, preferí vivir con su presencia. Por supuesto, Kang no cayó rápido en mi juego. En realidad, él era modesto. Pero yo necesitaba su

colaboración. El que me ayudó mucho en la contratación de Kang fue Chebom Jwang. Él, en esa época, estaba sin trabajo después de ser expulsado de su universidad por encabezar unas manifestaciones estudiantiles. Kang no pudo rechazar la petición de los jóvenes que le insistían aceptar ese puesto para el desarrollo del pueblo. La verdadera lucha, que empezó después, fue más interesante. Mis amigos de influencia ayudaron cien por ciento para que Kang, profesor de tiempo parcial, estudiara en el Centro de Formación Magisterial y obtuviera el nombramiento de profesor titular. Kang lo obtuvo y trabajó en la Primaria principal porque en esa época habían clausurado la Primaria anexa.

—Es que... usted no conoce la realidad del campo. ¿Qué mujer se casa con un campesino pobre y aguanta esa vida dura?

El maestro se llamaba Jochung Chang. Cuando le dije que no estaba al tanto de la vida actual del campo por estar en Seúl desde hacía ocho años, me contestó de esa manera y agregó con todo gusto:

—Aquí ya no se dice que las casadas deben vivir con la familia del esposo. Ni se conoce el conflicto entre la suegra y la nuera. Dicen que hoy en día las que se casan con los campesinos viven sin saber dónde está su campo de cultivo. Incluso hay suegros que no dejan a sus nueras trabajar en la cocina porque están muy agradecidos de haber salvado a su hijo de la soltería. Aún así, no hay mujeres que quieran casarse con los campesinos. El tío de un alumno de mi clase tiene treinta y cinco años, pero no trabaja. Todos los días se emborracha y llora. Su único deseo es casarse pero, ¿acaso hay mujeres?

El señor Tegyu Kang era soltero y no tenía familia. Cuando presentó los documentos para elevar a la Oficina de Educación, vi que en su partida de nacimiento y en su constancia

de domicilio no había otros nombres. Sin embargo, era un ciudadano perfecto con cédula de identidad de la República de Corea; cumplió el servicio militar; terminó el ejercicio de reservistas. En la hoja de Buena Conducta no había nada raro. Además, viviendo con él, noté que era un hombre muy normal y saludable como cualquier otro. No obstante, siempre estaba solitario. Nadie venía a visitarlo, ni salía a otro pueblo si no fuera por el asunto de algún aldeano. El vino a vivir desterrado en Kwiyangni. Chebom Jwang interpretó así la vida de Kang en Kwiyangni. «Usted sabe que la palabra Kwiyang, destierro, viene de Kwijyang, o sea, regreso al pueblo natal. Y sabe también que a cualquiera no desterraban».

—¿Todavía ayuda a la escuela el empresario Chinpyong Kwon?

Alrededor del campo de tenis había unas bancas de cemento y en una esquina de la banca vi la marca de *Industria Pukhangang*, compañía matriz de la empresa de Chinpyong Kwon.

—Antes él ayudó mucho, pero ahora no tanto. Dicen que este campo fue construido con su dinero.

Seguramente Chinpyong Kwon seguiría igual, ajeno a la muerte de Tegyu Kang. Traté de no recordar nada pero, en realidad, él me ayudó mucho. Él me ofreció el puesto de la Primaria Misong de Seúl cuando él estaba de presidente de la mesa directiva. Y me empujó al verme vacilar. Como si cortara el cabello de Sansón, lo cual era muy difícil para todos, hizo todo lo posible para separarme del invencible Kang. Aunque tuviera diez bocas, no podría hablar nada ante Kang porque, en una palabra, yo lo había traicionado. ¡Qué bien! ¡Bien hecho! Usted debió haber vuelto hace tiempo. ¡Cuánto se alegrará su señora! Fueron las únicas palabras que Kang dijo estrechándome las manos el día que me despedí.



El pueblo a las cuatro de la tarde estaba completamente vacío. Aunque hiciera calor, sería más fácil trabajar en el campo en un día nublado como hoy en vez de un día soleado. El canto de las cigarras llegó a mis oídos como un chaparrón, como si se me destapara de un momento a otro después de subir una montaña alta. La canción popular que salía de la radio competía con las cigarras. La radio era de la casa de la anciana Wang. El maestro vigía me había dicho que el capitán del barco de la escuela era el mismo señor Kim, el sordomudo de hacía ocho años. Me dirigí a la casa de la señora Wang. Kim era el hijo adoptivo de su nuera viuda. Lo había adoptado cuando él tenía unos catorce años y andaba errando. Lo casó y las dos viudas, suegra y nuera, vivían dependiendo de él. Como suelen ser los minusválidos, Kim tenía muchas habilidades. Sobre todo, entendía muy bien de la electricidad. Cuando salía «*obobo*» de la boca de Kim, era el momento que una máquina, en que los técnicos habían fracasado, se estaba arreglando. Seguramente por esa técnica, su honestidad y su vivacidad mucho más despierta que cualquier hombre saludable, lo habrían nombrado como capitán del barco de la escuela. Su mujer era un poco tarada. Los dos se llevaban bien y le cayeron muy bien a la anciana Wang. Ella les heredó todo el terreno suyo que había comprado con su negocio del restaurante, porque los dos la trataban mejor que cualquier nieto verdadero. Para ella, Kim era esposo, hijo y nieto. Ella había enviudado a los veintinueve años. Su esposo era campesino y a veces llevaba madera en su balsa y la vendía. Y un día, en la época de inundación, se cargó mucha agua y él desapareció con las maderas del valle de Koyakol. Tenía tres hijos, dos de ellos se murieron por una epidemia. El que

sobrevivió fue llevado por el ejército japonés dos años antes de la Independencia y tampoco volvió. Ese hijo dejó a la señora Wang y a la nuera un hijo. Pero ese nieto, cuando tenía dieciocho años, se alistó voluntariamente en el ejército rojo a fines del verano del año de inicio de la Guerra Coreana y tampoco volvió aun después de la Guerra. La nuera salió de casa y volvió cuando el pueblo Kwiyangni había quedado debajo del agua y la gente se había trasladado al Caserío Central. Desde ese día la anciana Wang y su nuera, la señora de Jwachon, vivían allí.

La señora de Jwachon estaba desenvainando frijoles en el corredor, e inmediatamente reconoció a su cliente de hacía ocho años. Parecía más vieja porque su pelo negro estaba despintándose.

—Dejé encendida la radio para saber la hora.

Le pregunté dónde estaba la anciana Wang. Ella fue a la sala y bajó el volumen de la radio vieja del tamaño de una almohada. Contó que la señora Wang había fallecido hacía mucho tiempo.

—Fíjese, fue exactamente a un año de la muerte del maestro Kang. Mi suegra me ordenó preparar la mesa para ofrecer un rito al maestro finado y pidió a mi hijo hacerle una venia. Al día siguiente ya estaba muerta.

El maestro Kang vivía en la memoria de los de Kwiyangni: Ni le pregunté por él, pero ella habló de él.

—Mi suegra también vio incendiarse al maestro. Aquel día ese señor de Seúl que tiene su finca en Mokol donó cinco cabras a los del pueblo, los maestros y los policías. Por eso, todo el mundo estaba en la Isla Ardilla. Mi hijo también llevó a mi suegra hasta allí.

¡Qué bien de no haber ido directo a Aguas Minerales! Se murió el maestro Kang. No tenía por qué sufrir por un muerto. Yo no estuve aquí en ese momento.

—Desde que lo vio incendiarse en el bote, mi suegra se volvió rara. Decía que su hijo que fue llevado al ejército japonés se había muerto. Y otras veces decía que su nieto que había ido al ejército rojo se había muerto. Lloraba días enteros como si el hijo y el nieto se hubieran muerto en ese momento. ¿Quién podía imaginarse que una anciana tan saludable se volviera idiota? Quizás mi suegra creyó hasta ese momento que su hijo y su nieto estaban vivos. Los aldeanos dijeron que el espíritu del maestro Kang se le había pegado. Invitamos al chamán e hicimos un rito, pero nada. Mi suegra se acordaba de la fecha de muerte del maestro, le hizo un rito al finado y se murió ese mismo día. De verdad, fue muy extraño.

El maestro Kang también era un cliente de la señora Wang. Si le había caído bien, era porque él escuchaba atento aunque la anciana repitiera las mismas anécdotas: los comerciantes que traían sal en el barco y los balseros eran sus clientes; cuando estalló la Guerra, atendía bien a todos sin diferenciarlos; vivía siempre del restaurante aunque el mundo cambiara de la noche a la mañana, etc. El que de verdad lo quería era el mudo Kim. Gracias a su ayuda, Kang pudo construir el Jardín de la Reunificación. Él lo ayudó en todo; arregló el tractor malogrado del gobernador del pueblo y en ese tractor llevó piedras para el Jardín.

—Señora, ¿por qué se murió de esa forma el maestro Kang?

Le pregunté directo. Era el derecho de los vivos tener curiosidad sobre la muerte de alguien.

—Después de su muerte hubo cantidad de chismes: se murió porque él tenía una enfermedad incurable; él estaba loco; pensaba diferente de todos los maestros de la escuela. Como trabajaron juntos, se le notaría algo extraño. Dicen que botaron las plantas de cucarda porque eran malas. ¿Era verdad? Decían que, si no hubiera sido un rojo, no habría podido soportar un suicidio tan cruel.

Sentí que todo mi sistema nervioso estaba rígido. El maestro Tegyu Kang todavía no cerraba sus ojos después de la muerte. Que tenía una enfermedad incurable, totalmente falso, pues yo había vivido con él casi cinco años. ¿Cómo podía ser contratado como maestro si tenía tal enfermedad? Que tenía una mala ideología, tampoco era correcto. No se debe calificar su inflexibilidad de esa forma. Él no dejaba pasar una pequeña irregularidad porque decía que, si no la corregíamos, su consecuencia sería peor. Él era terco e insistía en su punto. Por lo menos, eso era lo que pensaba de él hasta el momento de la despedida.

Si Kang, de verdad, se hubiera vuelto loco, o hubiera tenido una enfermedad grave, o se hubiera vuelto un rojo, eso habría ocurrido unos meses después de mi salida de Kwiyangni. Desde luego, había síntomas preocupantes: problemas inesperados por el Jardín de la Reunificación; y unos meses después, choques con el empresario Chinpyong Kwon por dos especies de peces que vivían en el río Mokol. Una era un tipo de salmón y la otra era manderín. En realidad, tomé una actitud indiferente a esos dos problemas que él mismo había creado. Francamente, no me sentía tan solidario con él como para apoyar sus posiciones en ambos asuntos. Tenía ganas de participar; sin embargo, preferí salir de la escena.

—Y..., ¿qué piensa usted? ¿Por qué se mató así él?

—¡Ay, qué sé yo! Me asustó su muerte y, además, como guarda relación con la muerte de mi suegra... Recordarlo es alocarme.

—Pero usted se llevaba bien con él. Incluso le echaba bromas preguntando qué le faltaba para que no se casara.

—Sí, pues..., porque era robusto y... Después de su muerte, recordé a la madre de esa niña negra que venía a estudiar desde el valle de Koyakol.

—¿Qué quiere decir eso?

—Los de Mokol decían que él, aunque ya no existiera la escuela anexa, seguía yendo a Koyakol con mucha frecuencia. Quizás sería por ese chisme porque, después de su muerte, me acordé de una cosa.

—¿Qué?

—Es que el maestro casi nunca se enfadaba, por eso me acuerdo bien que se enfadó muchísimo. Ese día vino a cenar muy de noche. Estuvimos conversando de distintos asuntos, y le pregunté si iba a convivir con la madre de la negra de Koyakol, porque había rumores de que los dos estaban enamorados. Kang botó su cuchara a la mesa, me gritó qué locura decía yo, y después no vino a comer a casa por unos días. No solo eso, sino...

—¿Hubo algo más?

—No sé si usted estaba también. Unos maestros estaban comiendo aquel día y, creo que fue el subdirector quien dijo que, como en Koyakol vivía esa familia negra, Kwiyangni era conocido como un pueblo extraño, y que, si la madre de la negra vendiera al empresario Kwon todo el terreno de Koyakol, eso favorecería a los de Kwiyangni, etc. Kang, al oírlo, volteó la mesa y se salió.

En diez casetes que mandó Susy había varias menciones del maestro Tegyu Kang. La madre de Susy relató cómo compró en su nombre el terreno de cincuenta mil metros cuadrados y cómo superó varias crisis cuando estaba por venderlo. Y, al final, habló de Kang.

* * *

Susy, estoy muy orgullosa de este terreno de cincuenta mil metros cuadrados del valle de Koyakol, lo compré cargándote en mi espalda. ¡Compré este terreno que podía haber sido la última tierra que yo pisara con mi Susy! ¿Acaso me conformé

con comprarlo? Mi pequeña hija Susy y yo sembramos, deshierbamos y vivimos con los cereales cosechados aquí. Cier- to. Mamá quería vivir aquí con Susy y morir en esta tierra. Si el padre de Yongsu no hubiera comunicado a la Asociación de los Mixtos, quizás no te hubiera dejado salir de este valle. Como sabes, aquel pensó que la mejor forma de fastidiarme era separarte de mí y privarme de este terreno. Si no hubieras existido, lo habría matado hace tiempo. Cuando trabajaba en el campo, siempre sentía la tentación de matarlo. Pensé que, si de verdad existía Dios, él era un diablo enviado por Él para probarme. Por pensar así, quizás defendí nuestra tierra hasta el final.

Hay otro hombre terrible, igual al padre de Yongsu. Es el empresario Kwon, que se apoderó de todos los buenos terrenos de Kwiyangni y, desde hace años, se empecina por el terreno de Koyakol y me fastidia enviando varias personas. Susy, tu mamá dijo que nuestro terreno no está en venta; entonces, envió varias veces funcionarios de la Oficina Zonal que me amenazaron diciendo que debía derrumbar esta casa solitaria y que nuestro terreno no estaba destinado a campo de cultivo, lo cual no es cierto porque al comprarlo averigüé todo lo legal. Susy, cuando me tocaba enfrentar esos problemas, me sentía miserable y desgraciada, luego temblaba de cólera. Entonces gritaba a voces hacia la montaña de enfrente. Algunas veces tenía ganas de abandonar todo porque me sentía derrotada. Susy, qué casualidad, pero cada vez que tenía ganas de matarme, venía el señor Kang a Koyakol. Pienso que gracias a él tú y yo existimos en este mundo. Ese señor, cuando tú estabas acá o en Seúl, me pasaba la voz apenas. Pero un día vino a casa y me dijo que había rumores de que nuestro terreno estaba en venta. Y me preguntó qué pasaba y me aconsejó que, por tu bien, no debía venderlo. Mamá le hizo caso. No vendió este terreno por ti. Susy, comprendí recién

cuando viniste a Corea la vez pasada, por qué él me había aconsejado así. Cuando te vi subir por el valle acariciando los choclos de nuestro terreno, pude olvidarme de esos penosos días que viví separada de ti durante años.

* * *

—Señora, posiblemente el capitán fue directo a Tedongni. Ya eran más de las cinco de la tarde, hora indicada por Kim, capitán del barco. Él iba a pasar por la casa antes de ir a recoger al grupo del maestro Yom que estaba en Tedongni.

—No se preocupe. Ya va a venir. Es que hoy está nublado. Apenas son las cinco de la tarde. Todavía es pleno día.

La buena señora de Jwachon quería invitar crema de papa con frijol a un cliente de hacía ocho años.

—¿Estos días hay mucha gente en Aguas Medicinales?

—Ni hablar. Como el bus llega hasta allí, mucha gente viene de distintas ciudades. Verdad, usted también habría venido a tomar esa agua porque ya es de Seúl, ¿no?

—Si viene mucha gente, también habrá muchas casas, ¿no?

—Las casas siguen iguales. Dicen que no permiten construir más casas porque ese valle está declarado como zona turística. Dicen que no se puede destruir para reconstruir. Según la gente de allí, todo eso es una trampa de ese señor rico de Seúl.

—¿Una trampa?

—Dicen que él solo quería ganar construyendo un edificio grande en la falda de la montaña que lleva al valle.

—¿Ya hay un edificio?

—¡Qué va! Quería demoler la montaña y construir el edificio. Pero la gente del pueblo se lo impidió.

—Y en Koyakol, ¿construyeron más casas?

Quería saber algo de la mamá de Susy.

—¡Qué casa! ¿Acaso ese lugar sirve para vivir?

—Entonces, habría ido a otro lugar la madre de la negrita, ¿no?

—¿A dónde puede ir el duende de Koyakol? Además allí está su terreno.

—¡Qué mujer!

—En una palabra, es una mujer valiente.

—¿Desde cuándo ella vive allí?

—Desde hace mucho tiempo. Vive allí desde antes de la construcción de la represa. Sucedió así: Un día, una mujer joven llegó buscando a Chepil Kim de Kwiyangni, que vivía allí abajo. En su espalda cargaba una niña negrita de pelo rizado. Ese Chepil Kim, después, fue a vivir a Seúl y dicen que ya se murió. Es que él compró una casucha del valle de Koyakol donde antes habían hecho carbón de madera y, con muchos obreros, convirtió ese valle en campo de cultivo. Allí cultivó hierbas medicinales y, cuando hubo registro de propiedades, lo inscribió como campo de cultivo. En ese invierno los chinos participaron en la Guerra Coreana, y allí murieron y fueron quemados miles de chinos. Desde esa vez, la gente jamás se acercó allí, y ese lugar quedó abandonado. Una vez, un hombre de Mokol que cultivó allí amapola y marihuana, fue descubierto, capturado por la policía, y sentenciado a unos años en la cárcel. Fíjese, esa mujer joven vino, justamente, a comprar el terreno que ni el dueño se atrevía a visitar. Nadie quería ese terreno aunque se lo regalase; pero, ¡qué suerte de Chepil Kim, porque alguien llegó a comprarlo por su propia voluntad! Se lo vendió inmediatamente, pero estoy segura de que habría dudado de que ella iba a cultivarlo.

—¿Es verdad que ahora hay un lío por comprárselo?

—¡Qué va! Es que hubo un escándalo porque ese hombre rico de Seúl envió a varios para presionar la venta. ¿Usted

también está interesado por ese terreno? Dicen que los de Seúl, paseándose en auto, cuando ven algún terreno que les parece bueno, se mueren por comprarlo. ¿Es cierto eso?

Me reí exageradamente ante la broma de la señora de Jwachon. Yo había hecho algunas transacciones de bienes raíces gracias a mi mujer, muy lista para el negocio. Hace tiempo que ella abandonó su deseo de ser una excelente pintora y ahora se dedicaba a ganar dinero.

—En fin, es valiente porque vive en ese lugar.

—¿Será valiente? o, ¿estará loca? No sé qué decir. Hace unos meses fui a Mokol para comprar unas raíces y la vi. Está muy cambiada. Ya no es como cuando su negrita estudiaba en la escuela. Es cierto que vive dentro de las montañas; pero, ¿cómo podía cambiarse tanto? Su cara estaba morena por el sol, y su cuerpo pequeñito estaba tan delgado que podía volarse por un soplo de viento. Dicen que no come, pero bebe mucho. Milagro que esté viva todavía.

—¿Se emborracha?

—Dicen que no toma ante la gente; pero compra mucho aguardiente cada tres o cuatro días cuando viene al pueblo. Algunos dicen que comenzó a beber después de enviar a la negrita a Estados Unidos; pero otros dicen que fue después de la muerte del maestro Kang.

—No creo que sea fácil vivir sola.

—Si está tan sola, ¿por qué vivirá escapándose del hombre con quien tuvo un hijo? Claro, la comprendo; porque ese hombre de apariencia humana es peor que cualquier animal.

—¿Todavía la busca Teshik Kim?

—¿Ese borracho se llama Teshik Kim? Ese no es persona. Alguien me dijo que tuvo un derrame cerebral, quedó inútil y que ni puede ir al baño. Castigo de Dios. Al saber que su esposa oficial no podía dar a luz, le dio el hijo y se separó. Eso significa que ella hizo lo que pudo. Pero, ¡qué sinvergüenza!

venía a cada rato y quería quitarle ese terrenito. Si Dios no castiga a un tipejo como ese, ¿a quién debe castigar?

Después de dos meses de mi llegada a la Escuela Primaria Anexa en Mokol lo vi por primera vez. Me dijeron que alguien me esperaba en la tienda a la entrada de Aguas Minerales. Cuando llegué, me saludó un hombre de cara pequeña. Estaba bebiendo con unos tres o cuatro aldeanos.

«Soy Teshik Kim. Recibe una copita de licor. Es un licor servido por un padre de familia; por tanto, no hay problema. A Yun, el maestro al que reemplazas, también yo le invité licor varias veces. Soy el padre de Susy Jan. Este es el hermano de esa mixta».

Desde el primer momento me tuteó. Un niño de cuatro o cinco años estaba durmiendo en un rincón de la silla ancha.

«¿Sabes que yo le di una buena lección a ese maestro Yun? Es que esos tipejos cambiaron el apellido de la mixta al apellido de su madre, sin mi consentimiento. Que la haya hecho con un blanco o con un negro, a mí no me importa. Si su madre es mía, la que salió de su vientre debe tener mi apellido. Si esa malvada se hubiera largado con este niño, este también iba a tener apellido Jan. ¡Qué hijos de puta! ¿Qué hacen esos carajos? ¿A todos los que salieron de la vagina de esa puta les van a dar el apellido Jan? Anduve detrás de esa para que no se embarazara, pero habrá probado a cantidad de machos que hasta ahora no me entero. Milagro que aquí todavía no se embaraza. ¿Habría soldado su vagina? Para soldar esa vagina se necesitará un pisón grande de hierro. Ella es pequeña, pero tiene una vagina muy grande. Ustedes también, si no tienen huevos grandes, no se le acerquen. La culpa la tiene mi humilde pene porque esa puta, abandonando a su hijo, se escapó robando mi dinero».

Siguió así buen rato. Su grosería no solo se debía a su borrachera, sino porque también era un hombre vulgar y sin principios.

«Yo, el sargento Kim, soy el que inauguró su coño. Carajo, si no la hubiera saboreado, ahora estaría de general con estrellas en mi hombro. ¿Sabes cuántos años tenía ella entonces? Dieciséis. Desde ese momento hasta ahora por ese coño erré más de veinte años. Como soy el que la abrió, debo cerrarla yo. ¿Quién puede decir algo contra mí? Repito: ella es mi primer amor. Yo, por lo menos, soy fiel a mi primer amor. Por algo esa puta vino a buscarme cargando esa negra mixta en su espalda y se arrodilló suplicándome que yo viviera con ella».

Teshik Kim venía al hostel de Aguas Minerales una vez cada dos meses. Llegaba con el niño y pasaba unos días allí. Y, con pretexto del niño, enviaba a la gente a Koyakol. El pequeño hijo era su rehén. La primera vez él mismo fue a Ko-yakol, pero volvió esa misma noche asustado y nunca más se atrevió a ir allí. Tampoco la madre de Susy bajaba a Aguas Minerales. El hombre días enteros tomaba licor, echaba pestes a la madre de Susy y, cuando se cansaba, se iba. Los días cuando él estaba en Aguas Minerales, Susy no iba a la escuela.

Pero un día el maestro Kang le dio una buena lección: lo arrojó al suelo y lo pisoteó. Fue cuando la escuela de Mokol fue clausurada y todos trabajábamos en la Escuela Primaria Kwiyang y vivíamos en el Caserío Central. Uno de esos días apareció Teshik Kim y retó al profesor Kang al saber que él había hecho gestiones para que Susy tuviera el apellido de su madre.

«Oye, carajo, tú no vales nada. Tu mirada es idéntica a la de esa mujer cuando me mira. Esa malvada roja. La conozco divinamente bien. Me dijo por su propia boca que su padre era un rojo. La sangre no engaña, ¿no ves que esa también es terca? Fue Oficial de Enfermería del Ejército de la República de Corea. ¿Y sabes por qué puteó con blancos y negros? Pri-

mero, porque los huevos extranjeros son más grandes; pero, la verdadera razón es otra: quería saber los secretos del ejército yanqui. Así me lo confesó. Ya sabrán por qué, después de casarse con un blanco, puteó con el negro y dio a luz una mixta negrita. Además, ustedes deben darse cuenta por qué vive aquí, tan cerca de la Zona Desmilitarizada. Tú eres maestro de primaria, y si metes tu huevo en ese hueco...».

En ese momento, Kang lo alzó y lo arrojó al suelo.

—¡Dios mío! Es la primera vez que veo reír a mi hijo.

El mudo Kim entró con un envase de gasolina y una caja de herramientas y, al verme, lanzó su sonido peculiar y me abrazó. Él raras veces expresaba sus sentimientos. Sin embargo, cuando yo vivía aquí, apreciaba solamente a Kang; a mí no me trataba con tanta familiaridad.

—Conserva con mucho cariño todas las cosas que usted le obsequió al marcharse a Seúl —dijo la señora Jwachon. Yo le había regalado cosas útiles que había comprado: un armario metálico, un televisor de blanco y negro, una pequeña nevera, etc.

—Mi hijo recogió el cuerpo del maestro Kang y lo sepultó. Después estuvo enfermo unos días. Lo regañaron por no haber cuidado bien la gasolina del barco. Es que con esa gasolina él se había suicidado. Mi suegra también sufrió por el espíritu del maestro Kang. Su única culpa fue haberle servido la comida.

* * *

El barco del pueblo y dos botes de pesca estaban amarrados en el pantano, a media legua de la orilla. Cuando la represa está llena, el agua llega hasta la orilla; pero, seguramente, habrían desaguado previniéndose de la época de lluvias. La ladera de la montaña hasta donde había llegado el agua era

de más de veinte metros, pero ahora estaba del color de la tierra seca. El color negruzco de los árboles muertos debajo del agua hacía un buen contraste con los árboles vivos. Este paisaje de la ribera con el color de la tierra de donde se ha retirado el agua poco a poco me hizo recordar una foto del Gran Cañón de los Estados Unidos.

El capitán Kim, de repente, saltó al bote de pesca, bien anclado en el pantano, avanzó a la proa, alzó sus manos y las movió como si dijera: ¡Viva! Inmediatamente comprendí su lenguaje de gestos. Él era muy listo. Como él iba a Tedongni para traer al grupo del maestro Yom, le dije que yo también quería ir y lo seguí. Él ya adivinaba qué era lo que realmente yo deseaba. Antes de que le preguntara, me estaba explicando cómo había muerto el maestro Kang encima de la proa de un bote de pesca igual al bote donde estaba él. Kim era más vivo que cualquier otro, con su lenguaje de gestos sabía transmitir todo lo que quería decir.

Kim entró a la cabina del barco de la escuela y encendió el motor. La Oficina de Educación había comprado el barco para el transporte de los estudiantes de los pueblos inundados por la represa. En cada pueblito vecino había unas diez familias. Al principio, lo usaban más de setenta niños; pero cuando fui trasladado a la Primaria Kwiyang, disminuyeron a unos treinta.

—Señor Kim, ¿cuántos niños usan este barco ahora?

Como Kim era sordo, le hablé parándome en la ventana de la cabina del motor para que pudiera mirar el movimiento de mis labios. Movié su cabeza en forma negativa y abrió sus dedos: ocho. Al respecto, hacía poco que había conversado con el maestro vigilante de la escuela; pero no me imaginé que hubieran disminuido tanto.

El barco escolar avanzó rápido partiendo el agua en dos. El calor sofocante bajo el cielo gris se suavizó frente al viento fresco

del río. Se me abrió el corazón. ¿Por qué había vivido ignorando esta bella naturaleza durante ocho años? ¿Sería tan fuerte la influencia de mi mujer a quien no le gusta la vida del campo y, por eso, apenas me visitó dos veces cuando yo trabajaba aquí? Mi esposa, especializada en la Pintura Occidental en la universidad, no desdeñaba al esposo que trabajaba de maestro de la escuela primaria; pero nunca comprendió su vida en un rincón de la Provincia Kangwondo, lejos de Seúl. Al acabar nuestra vida separada, entré bajo el yugo de mi mujer. Al principio no supe qué hacer porque no me gustaba la vida de Seúl. Pareces que estás ido, me decía miles de veces, hasta que me acostumbré a Seúl. Por mucho tiempo viví lejos de aquí, pero estos paisajes del campo vivían en mi mente.

Los valles alrededor de la represa estaban teñidos de verde. La manada de vacas que pastaban en la ladera de la montaña armonizaba con el color verde. Pero el letrero de información vial en la cima de un monte que se erguía a un lado de la represa, rompía el bello paisaje. A la izquierda apareció la Isla Ardilla cubierta de robles y pinos pequeños. Esa isla apareció en forma natural a raíz de la inundación. Inicialmente allí criaron ardillas, pero fracasó. Y ahora criaban cabras negras. En la época de pesca llegaban los pescadores en busca de carpas. Como en invierno había peces Ping-o (*hipomesus olidus*) que se le veían hasta los intestinos, llegaban algunos barcos de pesca. Unos diez pescadores vestidos de colores llamativos estaban en las peñas alrededor de la isla. Echaron una mirada a los pliegues del agua hechos por el avance del barco escolar. Kim manejaba el barco a toda velocidad. Antes no lo había visto manejar tan rápido. A propósito no me miró. Me daba su perfil rígido, como cuando estaba muy molesto.

De repente apagó el motor, estábamos a la altura del pueblo de Kwiyangni, de donde se veía lejos la Isla Ardilla. Di-

cen que cuando el país estaba dividido entre sur y norte por el paralelo 38°, este pueblo Kwiyangni se dividía igualmente en dos: un lado pertenecía a Corea del Norte y el otro a Corea del Sur. El letrero del paralelo 38°, en colores muy llamativos igual a un aviso comercial, estaba en la loma de la ribera. Sería un aviso para los turistas que se pasean en barco.

El barco estaba detenido, pero Kim no subió a la proa. Abrí la botella de aguardiente que había comprado en el restaurante de la anciana Wang y lo vertí sobre el agua. El sentimentalismo de un vivo. Quizás el mudo Kim habría parado el barco aquí, desde donde se veía la Isla Ardilla, porque también sentía cierta culpabilidad que solo los vivos podíamos compartir.

Kang y yo bebíamos mucho licor; sobre todo cuando estábamos en la Escuela Anexa en Mokol. Detrás de la residencia oficial, se había formado un montículo de botellas de aguardiente que habíamos bebido. Un inspector de la Oficina de Educación, al verlo, me llamó la atención. Kang había nacido para vivir bebiendo. Aunque estaba mohino, si tomaba licor, su rostro recobraba vida inmediatamente. Cuando bebía, nunca se echaba a dormir. Una vez lo vi tomar tres días enteros, y, en ningún momento, se echó. Cuanto más bebía, tanto más cerraba la boca; por tanto, no metía la pata; mientras otros cuando se emborracha, habla sin cesar. Generalmente, cuando ya se sentía muy borracho, se salía sin decir nada y andaba por los montes o cantaba. Una noche caminó hasta el pueblo Unsukol pasando dos montañas. Volvió de madrugada. Así de borracho habría ido a Koyakol, donde vivía Susy. Cuando cantaba, las canciones de moda o tradicionales, se paraba derecho colocando sus dos manos cruzadas sobre el abdomen. No sé cuándo habría adquirido esa costumbre. Me daba risa verlo cantar así en una postura tan respetuosa, como un niño, siendo un hombre de más de cuarenta años. Cuando

tenía ganas, cantaba 20 canciones seguidas. En su repertorio figuraban canciones de la ópera clásica de Corea. Su favorita era una parte del *Canto en Agua* de la ópera Shimchong, que decía «¿Cómo podrás ir? ¿Cómo podrás ir?». Su voz no era buena, pero cantaba con gusto.

Parece que a la madre de Susy también le gustaba cantar porque, un día de primavera cuando fui a Koyakol, la escuché cantar a toda voz mientras sacaba las malas hierbas en el campo de frijol. «...*Si no es marzo primaveral, ¿por qué cantan los cuclillos? Arirang, arirang, arariyo. Déjame ir a la montaña de Arirang*». Ella mataba el tiempo con cantos. Un casete que envió Susy estaba lleno de sus cantos de voz ronca y grave.

* * *

Susy, ya llueve tres días enteros. Vi el arroyo crecido cuando fui a la parte baja de la Roca del Tigre, necesitaba cortar el pasto para nuestra vaca Nami. Escucha bien. Desde el cuarto escucho cómo ruedan las piedritas. Por la lluvia estoy en el cuarto sin poder trabajar. El perrito Tory, que dormía echado en la parte alta del patio, fue despacio al patio echándome miradas. La fuente al lado del pozo, que hicimos las dos, se convirtió en río, inundó el campo de minari,¹ se llevó más de la mitad de las plantas silvestres que trajimos la primavera pasada. Los únicos que se alegran por la lluvia son nuestros patos que eran pequeños cuando viniste la vez pasada; ahora están grandes y ya pusieron más de cuarenta huevos. El macho y la hembra, una pareja vieja, están chapoteando alegres en el agua. La pata pone huevos a escondidas en diferentes lugares, por eso es difícil buscarlos. Una vez encontré tres de-

¹ Perejil coreano.

bajo de la mora del patio, los recogí y cociné. Uno de ellos ya tenía un pichón por reventarse. Me arrepentí, desde ese día decidí no comer los huevos, solo los reúno. Cuando deje de llover, haré el nido al lado del campo de minari para que pueda ovar. No sé si reventarán todas. Mira, parece que esos se dieron cuenta de que estoy hablando de ellos. ¿Escuchas? Ese sonido es la petición de comida. Están viniendo tambaleándose. Tory otra vez pone mala cara, no le gustan los patos. Excepto mi Susy, todos estamos reunidos. No, me equivoqué: hay uno que no está aquí con nosotros. Debo contarte de esto. Si no, me perturbo.

Susy, con el dinero que me regalaste la vez pasada compré una becerra. La compré en el mercado de reses de Yanggu. Tú sabes que crié sin problemas a nuestra Nami. Por eso me animé. Sin embargo, Susy, hace unos días la becerra se cayó a la quebrada cerca de la Roca del Tigre y se murió. Fíjate, a Nami, cerca de diez años, la dejaba pastar en este valle de Koyakol y no le pasó nada. En un día sin lluvia le sucedió eso. ¡Qué mala suerte! Al verla caída y muerta, Nami rompió la sogá y saltó de un susto tan fuerte que ahora tiene muchas heridas. Seguro que se habría asustado mucho porque hasta hoy está muy nerviosa. Los de Mokol la desollaron en pedazos y se la repartieron. A cambio me trajeron dinero, que no recibí. El dinero que me dejaste no era una cosa material. Después de la muerte de la becerra, me alimento solo del licor. Hace tiempo que ya no cumplo mi programa: cocinar, por lo menos, dos veces al día en cualquier circunstancia para no sentirme desgraciada.

Susy, estos días tu mamá está desmoronándose. De niña a ti te encantaban los días de lluvia o nieve. Cuando llovía a torrentes, amenazando todo el valle de Koyakol, o nevaba toda la noche hasta las rodillas, no venía ese padre de Yongsu con el cuchillo en la mano. Tampoco había la posibilidad de que

la gente que venía hasta la catarata subiera hasta la casa y, mirándote a ti como si fueras un mono, hicieran tantas preguntas hasta que lloraras. A mamá también le gustaba estar contigo en el cuarto, observándote estudiar untando el lápiz con la saliva. Pero, Susy, desde que te fuiste a Estados Unidos ya no me gusta la lluvia ni la nieve. No puedo salir al campo para trabajar ni a las montañas para recoger hierbas. No aguanto estar sentada en el cuarto sin hacer nada escuchando el viento o la lluvia. Me ahogo y me sale el aliento caliente de la boca. Por eso, deajo abierta la boca. Susy, parece que me salen palabras confusas y temo volverme loca. Tú no comprenderás cuán terrible es escucharse a sí misma. Entonces, para confirmar que no estoy loca, canto. Mientras canto, ya no oigo ni la lluvia ni el viento, esos sonidos odiosos. Verdad, cuando mi hija Susy estaba acá, cuando llovía así como hoy, tú y yo también cantábamos horas enteras. «Mi papá fue en burrito al mercado...». «¿Qué cosas son iguales?». «Mamá, mamá, ven acá, y mira esto...». «Tiremos la piedra...». «Caen los copos de nieve...». «Redondo y redondo...». «En el jardín que hice con mi papá...». «Mi pueblo es un campo florido...». «¿Estará lejos mi pueblo desde acá?...». «En la vía láctea hay un pequeño barco blanco...». ¿Acaso cantamos esas no más? Ibis, Camino a la huerta, Otoño, Luna menguante... Hoy quiero cantar todas las que cantaba con mi Susy. Si sobra el cassette, cantaré todas las canciones clásicas de Corea que me encantan. Tú sabes que canto bien y sé hasta las canciones de moda, ¿verdad?

Una vez participé en el concurso de cantos cuando estaba en el adiestramiento para ser oficial de enfermería en Masan. Fallé a mitad de la canción. Esta vez, como no habrá nadie que toque la campana de interrupción, voy a cantar parada, moviendo mi cuerpo según el ritmo. Aunque se acabe el cassette, seguiré cantando.

* * *

El casete se llenó de canciones infantiles y tradicionales. Las canciones infantiles eran bonitas; pero las canciones tradicionales coreanas me llegaban más al corazón porque yo las había escuchado con predisposición. Quizás esas canciones me trajeron acá. Yo me conmovía con facilidad y, oyendo sus canciones, lloraba mucho. ¡Qué chistoso! Oyéndolas recordé a mi padre, que había muerto en el mercado de Tongdaemun. Me imaginé el pueblo de mi padre, ya que él murmuraba su nombre en el delirio. Si hubiera cantado las canciones tristes de moda, habría llorado mucho más. Supe que las canciones clásicas coreanas también podían conmover mucho. *Quiero ir, Lirio blanco, El precursor, Lirios silvestres, Noche de luna, Canción de cuna de Chehun Pak, Frente a su casa, Mi corazón, Hierba del mismo corazón, Corazón de madre, Columpio, Añorando el pueblo natal, Amor,...*

* * *

Cuando el barco llegó a Tedongni, el grupo del maestro Yom ya estaba recogiendo sus cosas. Antes de que construyeran la represa había más de cien familias; pero ahora, solo quedaban ocho y el resto había quedado debajo del agua. Las ocho casas, vestigios de una espléndida época, estaban dispersas en el profundo valle. Cuando yo trabajaba en la Escuela Primaria Kwiyang, había ocho estudiantes de doce familias; pero ahora había tres de ocho familias.

—¿A quién veo? ¡Maestro Cho! ¡Qué milagro!

El maestro Kichun Yom me reconoció desde muy lejos. Como siempre, me dio una cordial bienvenida. En las reuniones privadas me llamaba *hermano menor*. Dijo que los maestros

de la zona, con más interés en ciencias, habían venido a hacer investigaciones conjuntas sobre los peces. Sin duda, el maestro Yom era el organizador de ese círculo.

—Creí que usted ahora ya era, por lo menos, subdirector.

—Perdóname por desilusionarte.

El maestro Yom no aspiraba ese puesto de subdirector. En la valoración de su labor le sobraban puntos por los años de experiencia, calidad de labor, trabajo de lugares en peores condiciones, e investigaciones; pero no tenía ningún punto por el cargo administrativo, ni punto por los cursillos de ascenso. Rechazaba el cargo de jefatura y era indiferente a los cursillos generales o cursillos para ascender, en los que todos los demás se morían por participar. Decía que, en vez de gastar su tiempo en esos cursos, coleccionaría siquiera un insecto más. Como estaba decidido a jubilarse como un maestro común, para los de arriba era un hombre difícil de tratar. Su apodo era *doctor de insectos*.

Mi sorpresiva aparición le despertaría mucha curiosidad. Me preguntó:

—No me parece real verte aquí, y..., ¿algo que hacer en Tedongni?

—No, como me dijeron que usted estaba aquí, quería verlo, nada más.

—Gracias. Pero no te creo que hayas venido acá solo para verme... ¿Ofreciste licor al maestro Kang?

—Sí, es que Kim llevó el barco allí, y...

—Bueno, te invito a beber en Aguas Medicinales. ¡Caramba! Por estar vivos, podemos volver a vernos.

—Después de cierto tiempo supe de la muerte del maestro Kang. Pero como no tenía suficiente tiempo,...

—Aunque lo hubieras tenido, ¿para qué venir? Vacilé un momento comunicartelo o no; pero lo dejé. ¿Acaso era una buena noticia?

—Aunque me hubiera comunicado, no creo que habría tenido la valentía de venir acá.

—Hombre, hiciste bien de volver a Seúl en ese momento. Viviendo aquí como viudo y sufriendo tanto, ¿qué podías haber ganado? Además, nos daba pena verte así, y...

Seguramente el maestro Yom recordaba los sucesos que precedieron a mi traslado a Seúl. Él sospechó algo del secreto entre el empresario Chinpyong Kwon y yo. Un día, el maestro Yom me llamó aparte y me dijo que nadie diría nada si uno de la capital volvía a Seúl, pero el problema estaba en que no era el momento oportuno y, me aconsejó que pensara con más prudencia. Me enfadé. Era un problema personal. Los que lo consideran raro eran los que tenían problemas. En realidad, yo no estaba tan decidido de trasladarme a Seúl; en eso, como me aconsejó Yom, que siempre era indiferente a todas las cosas, me dio cólera. Naturalmente, el maestro Yom se preocupó porque, como en ese momento Kang estaba criticando algunos hechos incorrectos del señor Chinpyong Kwon, no tenía por qué dar el motivo de que yo estaba aliado con Kwon. Kang también tenía problemas con el director de la escuela por el asunto del Jardín de la Reunificación. Aún así, declaró una guerra feroz a Kwon. Los jóvenes de Kwiyangni apoyaban a Kang, pero eso era como tirar huevos contra la roca, porque Kwon había demostrado en varias ocasiones sus buenas relaciones con los de arriba desde la época de la dictadura del Partido Liberal. Kang tenía su excusa: siquiera por la mancha de huevos en la roca, la gente, que podía pasar sin notar la presencia de esa roca, la miraría con mayor detenimiento. Kang era prudente y se portaba con cuidado; pero si una vez se decidía hacer algo, era un fierro candente. Sobre todo se oponía con terquedad a todo lo que hacía Kwon desde cuando trabajaba en la escuela de Mokol. A mí tampoco me gustaba ese Kwon, pues era muy arrogante. Él regala-

ba dinero a la gente si juzgaba necesario. Parecía que era su táctica para hacer resaltar que él era de esa región. Sin embargo, aunque buena parte del pueblo había quedado bajo el agua, nadie sabía de qué familia de Tegongni era ese Kwon y hasta cuándo había vivido allí. De un momento a otro se presentó como un rico oriundo de allí pero que radicaba en Seúl. Construyó una fábrica de alimentos para el ejército en una pequeña ciudad cerca de la frontera. Cuando el gobierno arregló los campos de las montañas con el pretexto de exploración, él compró las montañas llenas de árboles a precio regalado, taló inmediatamente los árboles los vendió como leña. Esos campos talados los convirtió en campos de cultivo y los vendió a precios multiplicados más de veinte veces del original de compra. En compensación, hizo algunas cosas muy visibles: construyó carreteras, el Centro del Movimiento de la Nueva Comunidad, e hizo que los buses llegaran a esos pueblos alejados. Una vez comenté esas cosas positivamente.

No debemos juzgarlo siempre negativamente. Siquiera se ve la buena voluntad de hacer algo por su pueblo natal. Por ejemplo, debemos agradecerle porque los jóvenes de aquí consiguieran trabajo en su fábrica.

Sin embargo, el maestro Kang fue tajante:

«No tenemos por qué elogiar al que quiere ocultar la parte hedionda dorando la píldora con el lema '*desarrollo de la región*' y etcétera... Todo eso es una estafa. El problema es serio porque ese se jacta deliberadamente del apoyo de los de arriba. Ya verá usted que tengo razón. Ese, para demostrarnos sus relaciones, cada vez que viene acá invita a las autoridades de la provincia a banquetes y orgías. Los terrenos y montañas que tienen bellos paisajes están en sus manos, y los jóvenes tienen pruebas de eso. Además, ¿podemos decir que de verdad está haciendo bien él, regalando dinero a los vecinos y llevando a chicos holgazanes a su fábrica? Está conta-

giando el pueblo con el mal ambiente de la ciudad con el pretexto de darles trabajo a los muchachos que deben vivir y trabajar aquí. La gente todavía no se da cuenta de que por los dulces que el tipejo les da, dentro de poco sus dientes quedarán podridos y hasta su orina tendría azúcares.»

—Oye, Kang; pero no está bien que esos jóvenes como Chebom Jwang o Unshik Kim vengan a la escuela con frecuencia. Dicen que están por formar la Asociación de Campesinos Católicos. Sin muchas ganas, les presté el mimeógrafo de la escuela hace unos días.

—Profesor Cho, ¿qué de malo tiene la asociación? El problema surge porque los miran como bichos raros y no los dejan hacer algo. Realmente, las provincias deben tener este tipo de asociaciones. Así, no los ignorarán. ¿Por qué juzgarlos malos si lo único que desean es proteger su pueblo con sus propias manos y no recibir tratos injustos? Juzgándolo bien, esta escuela también es de ellos. Gracias a la población, existe la escuela. Creo que debemos informarles hasta lo que ellos no ven. ¿Qué es lo que ha hecho hasta ahora la escuela? ¿Acaso es el trabajo de la escuela espiar e informar las actividades de los universitarios que vienen aquí para ayudar a los campesinos trabajando de día y discutiendo o descansando de noche, como si se hubieran infiltrado los enemigos?

Conscientemente me alejé de él cuando esa escuela anexa se cerraba. Yo era un simple maestro de primaria, mientras él era un hombre de palabras que llevaba a cabo lo que pensaba. Ante él, me sentía disminuido y mangoneado, al contrario de mi plan original. Ya no lo consideraba como mi colega. Él creyó que todo era un plan clandestino de Kwon: por qué la escuela de Mokol se clausuraba y era absorbida por la Escuela Primaria Kwiyang; por qué sacaba a la gente de Mokol a la ciudad; por qué los buses, cambiando su ruta, en-

traban hasta Aguas Minerales. Creyó también que Kwon intentaba trasladarlo a otra escuela lejana porque él era una espina. Ese pensamiento de Kang era un complejo de persecución. Incluso estaba decidido a presentar su renuncia si lo mandaban a otro lugar.

El primer choque de ellos sucedió un poco antes del cierre de la Escuela Primaria Anexa en Mokol. En el lugar más pintoresco, Kwon había construido una finca de ciento cincuenta metros cuadrados dentro de un terreno de unos dos mil cien metros cuadrados, y hasta había construido un pequeño criadero de truchas cambiando el rumbo del arroyo de Mokol. El problema estaba en ese criadero; porque, fuera de la trucha, criaba una especie de salmón y peces mandarín, tesoros naturales de la región que estaban prohibidos de pescar. Los vendía a Seúl o, cuando llegaban visitantes especiales a la finca, los servía de comida.

Los jóvenes llegaron con esa noticia a la escuela porque sabían que la escuela era la entidad encargada de proteger y cuidar los tesoros naturales de la región. Kang y yo, apenas recibimos el informe, fuimos al criadero y constatamos que había cinco salmones y seis peces mandarín ya grandes, escondidos de la vista de la gente foránea.

«Los criamos con licencia».

El administrador nos puso mala cara. Dijo que, para proteger y aumentar los peces de especie rara, los habían pescado al norte de la zona prohibida a los civiles y a donde no dejaban entrar a cualquiera. Preguntó Kang:

—¿Con qué los crían?

—Naturalmente con la comida de peces. Claro, a veces también les damos pequeñas truchas muertas.

—Las devoran bien, ¿verdad?

—¿Qué pasa? ¿Qué son ustedes?

—Es que usted está mintiendo. Según mi conocimiento,

hasta ahora no tienen licencia para criar estos peces. Ni los puede criar. A estos peces no les gusta estar en un lugar abierto; además, son carnívoros. ¿Dónde puede usted conseguir esos peces vivos? Además, ¿cómo pueden vivir en un criadero si estos peces son muy nerviosos? Yo sé todo. Estos peces están aquí momentáneamente para los platos especiales de gente importante.

El maestro Kang y yo tomamos medidas prudentes, convencimos a los jóvenes como Chebom Jwang esperar hasta que viniera a Mokol el empresario Kwon y nos explicara. Pero Kwon cometió un tremendo error. Esa misma noche, a la una de la madrugada, llegó una llamada de larga distancia a la escuela a través de la operadora.

«Tipejos creídos, profesorcitos de primaria..., confabulados con esos comunistas... Si quiero les puedo meter en la cárcel uno a uno..»

Yo seguí con prudencia e insistí esperar un poco más, pero Kang estaba decidido. A la mañana siguiente presentó toda la información con su propia firma a la oficina encargada de proteger la naturaleza. Declaró que él sabía dónde estaban los peces, tesoros naturales prohibidos de la pesca, y cómo los negociaban. La reacción fue rápida. Quizás los términos de declaración fueron de un tono muy fuerte. Los de la oficina correspondiente vinieron inmediatamente e hicieron las investigaciones. Al tercer día llegó el comunicado avisando qué medidas habían tomado ante la información de la Escuela Primaria Anexa en Mokol: «un interesado, con el propósito de aumentar los peces en extinción, pidió licencia de pescarlos en varios lugares y cuidarlos en el criadero; sin embargo, había procedido antes de que se le concediera la licencia; por tanto, era ilegal. Tomarían las medidas del caso». Kang no se contentó con ese comunicado. Fue a la oficina correspondiente, averiguó y supo que la petición de criar los peces no se

había hecho en nombre de Kwon ni se habían tomado medidas ante la ilegalidad. Kang y yo fuimos amonestados por el director de la Escuela Primaria Kwiyang por no haberle avisado primero a él antes de informar a la oficina gubernamental, porque la escuela de Mokol pertenecía administrativamente a la Escuela Primaria Kwiyang. Además, la oficina que fiscalizaba a las escuelas nos llamó varias veces para decirnos que debíamos colaborar con el progreso de la comunidad. La llamada de atención era una amenaza. Le dije a Kang que dejáramos ese asunto, pero él continuó.

—Profesor Cho, conozco una taberna en Aguas Minerales que vende buen macoli.² ¿Qué tal si tomamos esta noche?

Volví a Kwiyangni en el barco de la escuela con el grupo del maestro Yom. Esperé que él me hablara del maestro Kang, pero él solo me repitió la invitación a la taberna. Capté su insinuación que quería conversar a solas. Pasamos de nuevo cerca de la Isla Ardilla, pero no hablé nada de Kang. El mudo Kim, como si me entendiera, condujo despacio el barco mucho más lejos del lugar donde se había muerto Kang. Si no fuera por el cielo gris, esta tarde podría ver el magnífico paisaje con un hermoso crepúsculo.

* * *

A pesar de la fuerte sequía, el pozo contenía buena cantidad de agua medicinal. No había tanta gente como me había imaginado, pero por lo menos había veinte recipientes en fila para llenar el agua. Decían que esa agua contenía ion de hidrógeno en alto porcentaje, hierro carbónico, calcio y magnesio, buenas para las enfermedades estomacales, nerviosas y propicias para la mujer, y para la anemia. Sobre todo,

² Licor de arroz.

eran efectivos contra los hongos; los que tenían pie de atleta se sanaban después de remojar sus pies unos tres o cuatro días. Sin embargo, el valle de Aguas Medicinales estaba muy cambiado comparado con el de hace ocho años. En un valle angosto había más de diez hoteles y casas particulares que también ofrecían hospedaje. Cuando dije que trabajaba en una escuela cerca de Aguas Medicinales, un amigo comentó: «Qué dicha que tienes porque puedes tomar esa agua diariamente». Entonces le contesté: «Según tu manera de pensar los farmacéuticos son más dichosos porque pueden tomar medicinas diariamente.» Muchas veces hay gente saludable que toma el agua medicinal creyendo que es buena para la salud. Pero, yo, cuando iba a Aguas Medicinales, siempre tenía un poco de recelo. Es que, los que iban allí, eran generalmente enfermos y viéndolos perdía las ganas de tomar esa agua. Enfermos de estómago con rostros demacrados eructando con el recipiente de agua en la mano; enfermos del corazón que jadeaban; enfermos graves de piel, que desnudándose el torso se echaban el agua medicinal; enfermos de cáncer en la última etapa gateando para subir a donde estaba el pozo.

* * *

Susy, hoy fui a la fuente de aguas termales porque la abuela del Hostal Chunchon me había pedido hojas de camelia. Saqué el agua en el envase de calabaza e iba a tomarla cuando recordé el primer día de mi llegada a Aguas Minerales cargándote en la espalda. Fue a principios de verano. Tu mamá tenía ganas de irse a algún lugar para siempre. Desde hacía tiempo pensaba que el único camino para salir de las garras del padre de Yongsu era la muerte. Sin embargo, para llegar a esa conclusión demoré mucho tiempo. Al principio, sufrí

mucho pensando que los tres debíamos irnos, incluyendo a Yongsu, porque él también había salido de mi vientre. Sin embargo, no pude localizar la casa donde vivía Yongsu y, además, aunque fuera un pecado, te confieso que desde el momento que quedé embarazada temblaba por la idea de tener un hijo del diablo en mi vientre. Si no existieras, me habría tirado al agua para morirme con ese fruto del diablo en mi cuerpo. Varias veces pensé abortar, pero aguanté con la única esperanza de que ese niño significara la liberación de las garras de ese diablo. Es que ese padre de Yongsu así me lo había prometido. Él me había jurado de no perseguirme más si yo le daba un hijo suyo. Como si cumpliera esa promesa, a un mes de dar a luz, me lo quitó. Pero ese no era un tipo de palabras. Me pegó de nuevo diciendo que Yongsu no era su hijo. Tu mamá ya no tenía fuerzas de escaparse de él. Por su puesto hasta ese momento varias veces intenté acuchillarlo, pero ese no murió fácilmente. Yo, exhausta, me resigné a escaparme de él. Cuando mi Susy se ponía más negrita cada día, ya me había acostumbrado a vivir resignada. Tu mamá se estaba muriendo poco a poco.

Pero, Susy, empecé a revivir un día poco antes de tu tercer cumpleaños. Yo estaba echada porque el padre de Yongsu me había pateado y había dañado mi cintura. Tú viniste a mí y comenzaste a decirme algo sin interrupción. Estabas contándome de algo que había sucedido afuera, pero no te pude entender nada. En ese momento vi que sufrías de soledad. Me dolió. Yo también empecé a contarte. Cuando hablé, te callaste y me escuchaste. Nunca había hablado tanto como ese día. Te conté todo lo que había guardado desde mi niñez hasta esa edad: de mi madre a quien odié mucho pero siempre añoré; de mi padre de quien ni me acuerdo; del pueblito Koryongkol en Mundungni donde vivió mi abuela; de mis días más felices como oficial de enfermería; del mayor Tesok Li quien me

amó mucho; del teniente cabo de la marina Kunche Yu; de Cooper, cómo nos conocimos. Y... grité asustada. Te estaba contando de él, de ese padre de Yongsu, y te estaba estrangulando sin darme cuenta.

Por suerte, mi Susy estaba dormida oyendo mi historia. Yo te abracé fuerte porque tú eras la única persona que sabía todo de mí. No sé cuánto tiempo habría llorado ese día. Ese momento decidí irme para siempre. Quería irme a morir en mi pueblo natal. Me decían que yo había nacido en Seúl. Pero me parecía que mi pueblo natal era Koryongkol Mundungni, donde viví con mi abuela materna durante cinco años, de seis años de edad hasta los once, cuando estalló la Guerra Coreana. Ese pueblo actualmente está en el centro de la Zona Desmilitarizada. La vida de allí era la de un paraíso. Quería morir allí. Te cargué en la espalda y me encaminé. Fui más allá de Yanggu, llegué a Piari, pueblo más fronterizo. Mi único deseo era llegar a Mundungni. Pero, ¡qué va!, algo imposible. Teniéndote en la espalda, anduve por los lugares donde no transitaba mucha gente. Pensé que, andando por las montañas, algún momento llegaría a Koryongkol en Mundungni. Como estaba decidida a morirme, ese sueño me pareció realizable. No temía nada. Tomaba solo agua, pero no sé de dónde me nacía tanta fuerza porque en un solo día pasé varias montañas. ¡Cuánta mora habría recogido para alimentar a mi Susy! En ese vagabundeo llegué a Aguas Minerales. Como entonces no había carretera en Aguas Minerales, había pocas casas. El camino a Aguas Minerales me era muy familiar. Te senté sobre la roca y tomé el agua medicinal apresuradamente. De repente, me pareció muy chistoso, porque estando en busca de un lugar para morirme estaba tomando varias tazas de agua. Miré alrededor. Era muy semejante al valle de Mundungni donde había vivido. Por si acaso pregunté a una señora que recogía el agua si había una catarata cerca de aquí.

Es que en Koryongkol había una catarata llamada Shirong, que no era tan alta; pero su caída del agua resonaba siempre en mis oídos. Y, en ese momento, oí algo semejante a la caída del agua. La señora me dijo: en Koyakol, al otro lado de aquí, hay una catarata, pero cuando hay sequía como ahora, no hay agua. Me quedé boquiabierta. ¿Sabes por qué estuve tan atónita? Confundí Koryongkol con Koyakol, y me aseguró que había una catarata. La gente dice que, cuando el estómago está vacío, ve fantasmas. Cierto. Cargándote de nuevo, caminé por el sendero familiar del monte que me llevaba a Koryongkol en Mundungni. ¿En qué no se parecen los montes, los ríos y los valles de Corea? Para mí, los árboles, las peñas y todas las cosas eran Koryongkol. Por la fuerte sequía el riachuelo estaba seco de parte en parte; pero, hasta llegar a la cumbre de Koyakol, seguía oyendo el sonido de la catarata.

* * *

—¿Qué te parece el licor?

El maestro Yom había llegado al hostel a la entrada de Aguas Minerales donde estaba alojado, me sacó y me llevó a una tienda. El macoli no era tan rico, pero era un licor hecho en casa. Los platos servidos junto al licor eran fragantes y exquisitos al paladar: las hojas de camelia, embadurnadas con masa de arroz, secadas y fritas; las hierbas de la montaña sancochadas. Todo estaba tan bien sazonado que me serví a gusto. El licor no se me subía rápido. Quizás por ser de casa.

—Kang era un verdadero amante del licor. Cuando bebía con él, ni bien tomaba, ya estaba feliz como si me hubiera convertido en el dios Baco.

—El maestro Kang estaba muy descontento con mi ida a Seúl, ¿no?

—Es que... como no era uno que expresaba sus sentimientos... no sé; pero supongo que le habría afectado mucho el hecho de que hayas ido a esa escuela que firmó el convenio de hermandad con la Escuela Primaria Kwiyang. Cuando otros comentaban sobre ti, escuchaba no más con el rostro desilusionado. Seguro que habría sentido la desaparición de su brazo derecho.

—No tengo palabras.

—Después de que fuiste, lo llamaron de una oficina, no sé cómo se llama, para investigarlo. No comentó nada, pero pareció que lo habían torturado. Después de esa investigación, se cambió.

—¿No lo llamaron por ese problema del Jardín de la Reunificación?

—Esa vez fue diferente de la anterior. ¿Te acuerdas que hubo un problema por el jabalí un poco antes de tu ida a Seúl? Después de eso, lo llamaron. Fue después de tu ida. Después de salir de esa oficina, se portaba mal cuando se emborrachaba. Discutía con todos. Siempre había sido terco; pero muy prudente. Cambió totalmente, hasta que hubo el rumor de que él estaba loco. Desde ese momento, presentí algo, pero jamás me imaginé lo que iba a hacer...

Yom y yo éramos testigos de los dos problemas surgidos en la Escuela Primaria Kwiyang en la primavera y en el invierno de ese mismo año. Naturalmente, parecían dos problemas causados por Kang.

Al cerrarse la escuela en Mokol, el maestro Tekyu Kang se trasladó conmigo a la Escuela Primaria Kwiyang. Fuera de la de Mokol, otra escuela anexa también fue clausurada y, como en Kwiyang habían aumentado dos clases, necesitaban dos maestros más. Ese traslado fue gracias a uno del Comité de Educación; pero también gracias al favorable informe del director que conocía la opinión del pueblo que apoyaba a Kang,

quien había declarado que, si lo destinaban a otro lugar, presentaría su renuncia. Otro factor que le favoreció fue que la Escuela Kwiyang había sido destinada como centro de investigación científica; por tanto, se necesitaban profesores locos por las ciencias como Kang y Yom.

En realidad, Kang respondió bien a la escuela. Él y Yom convirtieron un aula en Sala de Ciencias y exhibieron valiosos materiales como insectos difíciles de conseguir en una escuela provinciana.

Kang, con el visto bueno del director, empezó a construir el Jardín de la Reunificación. La ubicación de la escuela dentro del paralelo 38° era una muestra viva de la tragedia de la división del país. Por tanto, el Jardín de la Reunificación era muy simbólico. Él mismo cargó los materiales al montículo de la escuela que después lo denominó como *Jardín de la Reunificación*, y allí empezó a trasplantar las especies raras de las montañas de la región. Su primer objetivo fue enseñar a los niños qué plantas preciosas existían en su provincia. El segundo objetivo fue proteger y aumentar esas raras especies. Todos los estudiantes y maestros de la escuela prestaban mucha atención al Jardín. Esa idea le nació cuando encontró en la cumbre de Koyakol una gran cantidad de plantas de *kenusam* que hasta entonces se creía que crecían solo en Mengsan en Pyongnam, Pukchong de Hamnam, Janchonli y Wongangni en Yanggu. El árbol de *kenusam* era una especie de *kaliptolgui*, árbol oriundo de Corea. Un profesor del Departamento de Botánica de una universidad provinciana también había reconocido el valor científico del *kenusam*.

Después de sus clases, cuando tenía tiempo libre, andaba por las montañas, sacaba los pequeños árboles escasos y los trasplantaba en el Jardín. Visitó varias veces el Campo de Experimentación de Árboles en Seúl. Él los trasplantaba según sus criterios de clasificación. Casi un año se demoró para

concluir su proyecto. En el Jardín de la Reunificación había treinta y cinco especies de árboles: kenusam; kachuknamu, especie de sotenamugua; tangdurupnamu; chungchungnamu; pugekotnamu; puknamu; chokdongbek; ogalpinamu; chitongnamu; nodobamnamu; nogales; puknamu; duchungnamu, etc. Cada planta tenía un pequeño letrero con su nombre. Eran las plantas que veíamos en las montañas; pero al saber sus nombres, nos alegramos mucho. La reacción de los niños también fue favorable. La Oficina de Educación recibió el informe de que la escuela contaba con materiales de educación científica, y el supervisor educativo lo llegó a comprobar. Después, esa Oficina envió comunicados a otras escuelas recomendándoles seguir el ejemplo; y comenzaron las visitas de otras escuelas.

El problema surgió en primavera cuando en el Jardín de la Reunificación aparecieron las azaleas y rododendros. Kang, para trasladar esas plantas difíciles de trasplante, había recurrido a un método muy ingenioso: en otoño fue a la montaña, cavó alrededor de cada planta esperando que nacieran nuevas raíces, y esos nuevos brotes los trasplantó al inicio de la primavera.

El nuevo director, que se jactaba de ser el primer director entre sus compañeros de promoción demostró, desde el primer día, ser un hombre dinámico. Al ver que el Jardín de la Reunificación había merecido elogios, andaba feliz alrededor de allí todos los días. Un día llamó a Kang al Jardín. Su cara estaba mudada.

«Maestro Kang, ¿es cierto que esto es el Jardín de la Reunificación?».

«Así es».

«¿Por qué le puso ese nombre?».

«Como este lugar está en el Paralelo 38°, se me ocurrió el nombre Reunificación. Además, las preciosas plantas de aquí

crecen en nuestra provincia y en las montañas de nuestro país. Como ellas, pensé que nuestro pueblo también debe ser precioso y poner sus raíces en cualquier lugar. El director anterior estuvo de acuerdo, y él mismo escribió el nombre en esa piedra».

«Oiga, maestro Kang, este jardín tiene problemas».

«Señor Director, ¿qué problemas?».

«Si es el Jardín de la Reunificación, ¿no le parece raro que no tenga *hibiscus* (rosa de sharon), nuestra flor nacional?».

«Los hibiscus abundan en aquel jardín».

«Lo que quiero decir es que en este Jardín debe haber hibiscus».

«Señor Director, aunque esto se llame jardín; en realidad simboliza nuestra montaña».

«Bueno, sembramos hibiscus en nuestra montaña. ¿De acuerdo?».

«Vea, hibiscus es una planta de jardín de campo llano, allí se aprecia su belleza. Por tanto, no va bien en este montículo».

«¿Es todo lo que sabe de hibiscus?».

«Ahora le entiendo muy bien. Como el hibiscus es una planta que resiste el frío, sus flores son duraderas y se aumenta bien; nuestros antepasados la convirtieron en flor nacional. Pero, como es una planta sureña, su extensión no es amplia; y, además, no resiste a las plagas y gusanos. Por esta razón, en el Día de Arbol de este año, pienso conseguir buenas plantas de hibiscus para sembrarlas alrededor del Jardín de la Reunificación».

«Buena idea; pero, ¿por qué sembró tantas azaleas? ¿No sabe qué significan las azaleas?».

«¿Cómo que qué significan? Las azaleas son las flores más coreanas porque crecen en cualquier montaña de Corea».

«Maestro Kang, ¿usted no me comprende?».

«No es que no lo comprenda, yo le estoy hablando de árbo-

les y nada más. Lo que pasa es que usted los está relacionando con la política».

«Oiga, maestro Kang, estamos en un jardín de la escuela primaria».

«Lo sé».

«Entonces, saque todas las azaleas, flores favoritas de los norteños, o saque la mitad y en su lugar plante nuestra flor nacional. Le aconsejo eso porque en una escuela sucedió algo similar y hubo muchos problemas».

«Mire, señor Director, el girasol es la flor nacional de la Unión Soviética. Entonces, los girasoles en el campo de cultivo de la escuela también son problemáticos. Me acuerdo que no permitieron exhibir la película *El girasol*. Sin embargo, señor Director, pienso que es difícil superar las ideas infantiles si uno se somete a una idea fija. El problema está en nosotros que, conscientemente, relacionamos las plantas con esas ideas y probetiamos todo».

«Maestro Kang, la realidad es la realidad. Si uno quiere problematizar, todo puede ser problema».

«No es bueno volvernos viles esclavos de esas cosas triviales. Obrar con ese criterio, al final de cuentas, es ayudar a los enemigos».

«Esa crítica se dirige a mí, ¿verdad?».

«Señor Director, no quiero que interprete mal el propósito muy puro de este Jardín de la Unificación».

«Le repito. Esta es una escuela y usted, maestro Kang, es un funcionario público. Le propongo, pensando en usted, que escoja uno de los dos: desaparecer esa piedra con nombre de «Jardín de la Reunificación» o sacar las plantas de azaleas».

«Por favor, déjelos tal como está».

«No sea terco».

Pero Kang no sacó la piedra ni las azaleas. El director ya no habló más del Jardín de la Reunificación. Quizás habría creído que no era bueno hacer más problemas.

No obstante el rumor agravó el caso. Por aquellos profesores que habían estado en el lugar de la discusión otros se enteraron de eso, y continuaron la discusión divididos en dos grupos.

«Maestro, ¿de dónde es la azalea?».

Los niños, con sus ojos brillantes, llegaron al Jardín de la Reunificación. Algún profesor, con el deseo de enseñar bien sobre las ideologías, hablaría sin criterio sobre la azalea y el hibiscus. Hubo el rumor de la sospechosa ideología del maestro Kang. Los padres de familia también visitaron el Jardín. Un día llegó un policía acompañado de un civil. No solo el director estaba perplejo, los maestros también estaban asustados de las consecuencias de las palabras que, sin pensar mucho, habrían soltado. En la reunión de profesores llegamos a una solución: el maestro Kang debería adelantar el proyecto de sembrar hibiscus alrededor del Jardín de la Reunificación y, por el momento, voltear la piedra ocultando las letras de *Jardín de la Reunificación*. Él se mantuvo callado en esa reunión. Pero los rumores se agravaron más. La oficina superior pidió al director y a Kang presentar documentos relatando cómo, por qué, cuándo, quién, qué, dónde, todo lo relacionado con el Jardín. El maestro Kang resistió con vehemencia. Además, unos periodistas de diarios desconocidos visitaron la escuela durante varios días. Días después el maestro Kang fue citado a la policía y fue investigado por unos días. Desde entonces él se volvió sombrío.

* * *

—Maestros, ¿desean probar esta raíz de la montaña, *todok montañés*³?

³ *Codonopsis lanceolata*.

El dueño trajo un plato de raíces crudas sazonadas. Él estaba orgulloso de que sus hijos egresados de la Escuela Kwi-yang trabajaran en ciudades grandes. La raíz, antes de probarla, ya llegaba a la nariz. Su fragancia era fuerte.

—Y, ¿eso? ¿Usted no dijo hace rato que ya no había esta raíz?

—Acabo de comprarla.

—De verdad, ¿es raíz de la montaña? Dicen que en estos días venden raíces cultivadas como de la montaña.

—Su sabor es totalmente diferente. La de la montaña es diferente por el tipo de tierra. Estas la trajo la madre de la negrita de Koyakol. Sin duda, es de la montaña.

Yom, que estaba por pasarme el pocillo de macoli, se detuvo y miró hacia adentro.

—¿Ella está aquí?

—Viene de vez en cuando, pero solo de noche. Antes traía hierbas del monte y hongos de pino; pero estos días trae otros hongos y esta raíz. Lo que ustedes acaban de comer es *gomchinamul*. Esa también me la trajo ella. Fíjense, esas hojas son muy apreciadas porque existen solo en las montañas alejadas a donde se tiene que caminar, por lo menos, cuatro o cinco horas desde acá.

—¿Está adentro ahora?

—Sí, y se irá a su casa cuando le pague por esta raíz. No creo que necesite darle mucho dinero, porque seguro que llevará aguardiente en vez de dinero.

—Caramba, hace trueque de raíz por licor.

—¿Bebe mucho licor?

—Cantidad de aguardiente. Es bastante lo que lleva solamente de mi tienda.

—¿No puede invitarla aquí?

Ante mi propuesta, el dueño negó con la cabeza.

—No sé; pero, no creo que acepte. Todavía no la he visto

estar junto a hombres que beben.

—Dicen que, de noche, los de Mokol van a Koyakol para beber.

—Cierto. Unos que no tienen nada que hacer fueron allí llevando licor. Como no los pudo maltratar, puso la mesa debajo del sauce. Pero ella ni siquiera se acercó a la mesa. Uno de ellos la piropoó con malicia, sus ojos se incendiaron. Ante esto, ya no pudieron seguir bebiendo allí.

—Fue un error ir en grupo. Allí se debe ir solo y a escondidas...

—No diga eso. Un huésped del Hostal Kesong fue allá tomado; pero volvió apenas vivo. Tenía el brazo acuchillado, no pudo decir nada y sigilosamente desapareció del pueblo.

—Dicen que viene al pueblo, toma licor y se porta mal.

El maestro Yom siguió con la crítica.

—Unos quedaron avergonzados. Ella toma solamente con la dueña del Hostal Chunchon, pero esos se acercaron a su mesa y la fastidieron. Ella empezó a reaccionar con palabrotas. Era una fiera. También usó palabrotas en inglés.

—Oiga, dígale a esa señora que salga de acá. Yo trabajé un tiempo en Kwiyang; pero este maestro Cho, cuando trabajó en Mokol, enseñó a su hija. Dígale que venga.

Al maestro Yom se le subió el licor. Ante la insistencia de él, el dueño de la tienda se paró, recogió los platos vacíos y murmuró:

—Decir, sí le diré, pero...

* * *

Susy, otra vez empezaron a germinar el maíz pegajoso y la papa morada en nuestro campo. La gente siempre me dice que ganaría más si cultivara el maíz común y así tendría más satisfacción en mi oficio de labradora, pero este año también

sembré el maíz pegajoso. Recuerdo que cada año, tú y yo hacíamos maíz tostado y lo comíamos echando miel de azúcar. Como siempre, este año sembré mucho ajonjolí negro. Seguramente las ardillas comerán la mitad. Sembré también frijol negro, frijol común y arverjita. Si no hay tanta sequía como el año pasado, será suficiente o sobrará para nuestro alimento de un año. Aunque la ladera está llena de piedritas, es lo máximo que puedo cultivar sola en un terreno de cuarenta y cinco mil metros cuadrados. La gente del pueblo se burla de mi agricultura diciendo que cultivo para cosechar la mitad no más; pero, no es fácil cultivar un vasto terreno sin dejar ni un palmo vacío. Aunque no labro bien por falta de mano de obra, me parece una ofensa al campo dejar un pequeño espacio sin cultivar. Por esa idea, no puedo descansar ni un minuto. Después del sembrío hasta el deshierbe, tengo mi descanso. Son los días más felices. En esos días voy a los montes más empinados del valle de Koyakol para recoger hierbas comestibles. En realidad, recojo hierbas desde el inicio de la primavera. Primero recorro alrededor del cebadal y de la ribera donde hay cebollita larga, ajeno, godulpegui⁴, minari⁵, y ssumbagui⁶, y, poco a poco, avanzando hacia la montaña recojo durup⁷, las raíces en brote, varias clases de hojas de chinamul como tokchi, gomchi y kayamchi. Yendo más a la sombra de las montañas profundas, cuando tengo buena suerte, encuentro cantidad de helechos florecientes que se llaman también hierbas nobles. También recojo helechos que tú de-testabas por su figura. Después de primavera, llega la época de lluvias de verano. Entonces me interesan variedades de

⁴ *Lactuca bun-genea*.

⁵ Perejil.

⁶ Una verdura del sabor agrio.

⁷ *Aralia elata*.

hongos: nutari, chot, kwekori, kal, ssari, keam, pongnamu. Estos hongos sacan sus cabezas por aquí y por allá; pero, si su color es lindo y su textura es fofo y se rasga fácilmente, es un hongo venenoso que no se debe comer. Cuando se termina la estación de lluvias, a las cuatro de la mañana, tu mamá, armada de linterna y rastrillo, corre al monte del Valle del Tigre donde hay muchos pinos grandes, a dos horas de aquí. Voy allá en la búsqueda de hongos de pino, más apreciados de todos los hongos. Tú sabes que, al respecto, hay un dicho: «El campo de hongos de pino no le muestres ni a tu propia hija». Dicen que la hija casada, cuando se acaba la temporada de lluvias, visita la casa de sus padres para proveerse de hongos porque ella sabe dónde crecen estos. Sin embargo, yo no hallo fácilmente ese campo donde los hongos de pino sacan la cabeza por entre las ramitas de pino caídas al suelo. En general, vuelvo con las manos vacías, entonces se me va la fuerza recordando el dicho de que los hongos de pino se ocultan de la vista de las mujeres sucias. Pero, recojo todok montañés y torachi mucho más que otros. Vagando por los montes, de repente, percibo la fragancia, entonces miro bajo mis pies y allí veo los brotes de todok montañés. En los hostales de Aguas Minerales la gente se disputa por comprar mi todok montañés porque dicen que los míos son verdaderos. Averiguo más tarde y, generalmente, veo que mi precio no llegaba ni a la mitad de los otros. Susy, ayer recogí las suaves hierbas gomchi, que son las más apreciadas. Las encontré en la cumbre plana de la montaña Samyongsan, la más alta de esta región. Son las primeras de este año. Las sumergiré en el agua hirviente, las secaré al sol, guardaré en un lugar bien aireado y, cuando venga alguna visita especial, las cocinaré y serviré. Sé que mi Susy no puede ser mi visitante especial; sin embargo, siempre estoy alegre friendo las hierbas con todos los condimentos y el aceite de sésamo negro recordando que mi Susy,

de niña, comía el arroz envolviéndolo con las hojas de estas hierbas. En esta provincia, la montaña Samyongsan es el único lugar donde crece la hierba gomchi. Por eso ayer me levanté a las cinco de la mañana. Aunque me iba a bañar de sudor subiendo la montaña por estar en verano, me puse una blusa de manga larga porque, si no, las ramas podían herirme o los bichos que viven en las hojas de los árboles me podían picar. Para ir a la cumbre de la montaña Samyongsan, donde crecen esas hierbas, hay que pasar ocho montañas muy accidentadas. Sin descansar ni un minuto, caminando apresurado, se llega en cuatro horas y media. Recojo las hierbas en un costal y lo cargo en mi espalda. A las tres de la tarde comienzo el retorno y llego a casa más de las ocho de la noche. Agotada, sin fuerzas para preparar la comida, me acuesto. Susy, tu mamá está acostumbrada a recoger las hierbas desde cuando tenía once años. Empecé a subir las montañas siguiendo a mi abuela materna cuando vivía en su casa de Mundungni. Mi abuela, para que yo no pensara en otras cosas por vivir sin madre, apenas amanecía, me llevaba a las montañas. Recogíamos hierbas, frutos silvestres y en otoño cosechábamos nueces debajo de los nogales. Siempre extrañé la vida de Mundungni. Está prohibido el acceso a la montaña Samyongsan porque allí hay una base militar; sin embargo, yo subo hasta su cumbre porque de allí puedo ver Jwachon y Yanggu, y hasta las montañas de Mundungni. No creo que mi abuela aún viva porque ya en el invierno del año de la guerra tenía sesenta años. Sin embargo, al recordar el valle Koryongkol en Mundungni, mi corazón palpita. Tu mamá, en la huida masiva de ese invierno, vino al sur siguiendo a la familia de mi tío. Yo quería quedarme en Mundungni junto a la abuela, pero me trajeron al sur diciendo que no me dejarían viva si llegaban los rojos, porque los del pueblo sabían que mi madre, que vivía en Seúl, era la concubina del conse-

*jero militar del ejército estadounidense. Mi abuela se negó ter-
camente a salir de su pueblo. Dijo que en cualquier guerra no
mataban a los viejos, y quién la mataría por tener una hija
puta. Dijo que, como ella cuidaría el campo de cultivo, nos
fuéramos sin preocuparnos y volviéramos. Hasta ahora me
acuerdo bien de ella. Ella me contó varias veces que su espo-
so, después de vender todos los terrenos, se había ido a Man-
churia con su concubina durante la época colonial japonesa
sin dejarle ni un pedacito, y que el terreno de Koryongkol fue
comprado gracias al dinero que mi madre le había enviado
desde Seúl. Por tanto, como es de tu madre, en realidad es
tuyo. Decía así ella. Delante del matrimonio de mi tío, siem-
pre hablaba mal de mi madre; pero, cuando íbamos a nuestro
campo en Koryongkol, sin falta se le salían las lágrimas. Yo
no sabía casi nada de mi madre pero, cuando veía el arrozal
y el campo de cultivo, se me asomaban las lágrimas igual
que la abuela. Siempre tenía la curiosidad de saber cómo
era ella, de quien mi abuela no quería saber nada (es que
ella siempre repetía eso). Ella pudo comprar esos terrenos,
pero nadie me contó nada de eso. Yo, viviendo aquí al sur de
Mundungni, jamás me olvidé de ese campo que había com-
prado mi madre.*

* * *

—Oye, maestro Cho, ¿duermes o qué? Es tu turno. Toma la
copa.

Era un error desdeñar el licor porque no se me subía rápi-
do. El licor de ahí era realmente hecho en casa. Ya estaba con
el efecto de licor, todas las cosas giraban. La luz, colgada un
poco lejos de la mesa, estaba rodeada de mariposas. Me pare-
ció bonita la escena, como si fuera algo irreal. La oscuridad
de verano que envolvía la luz me llenó de desesperación. Mi

cuerpo perdió las fuerzas como si fuera el último momento de la caída al abismo de la muerte. Quería enderezarme, pero no pude. De mi boca salían palabras jamás pensadas. El maestro Yom no estaba borracho a pesar de que había tomado más que yo. Seguía insistiéndome que tomara más aunque me negara. Yo sabía que si tomaba más, podía sucederme cualquier cosa.

—Oye, por irte a Seúl, te olvidaste de tomar. ¿Qué te pasa? ¿Estás molesto porque la madre de la negrita se fue sin acercarse a nuestra mesa?

—No, sabía que ella no iba a venir acá. No crea, la conozco más o menos.

—¿La conoces? Con que, entonces, habías tenido algo con ella, jajaja... Oye, es una broma. ¡Ah, verdad!, cuando le enseñabas, habrías ido a Koyakol.

—Claro que sí. Tres veces he ido allí. Una vez, como no estaba ella, vi la casa no más; dos veces la vi, pero no me dio buen trato.

—No sabía que habías ido tres veces a Koyakol. El finado Kang y yo hemos ido allí varias veces porque anduvimos por las montañas cerca de su casa, pero otros maestros ni se atrevían ir allí porque tenían miedo de ese valle.

—¿También lo maltrató a usted cuando fue allí?

—Jajaja... Estabas muy resentido.

—Resentido será poca cosa. Por lo menos yo era un maestro que enseñaba a su propia hija, pero no salió del campo de cultivo y me contestó apenas cuando le preguntaba.

—Si fuiste allí tres veces, deberías tener motivos. Naturalmente habrías ido por Susy, pero...

—Francamente, le digo que no fui por Susy. Había necesidad de visitar su casa porque su situación era diferente de la de otros niños, pero...

—¿Pero...?

—Tenía curiosidad. Una curiosidad hacia una mujer que vive en una montaña tan grande con su hija mixta, algo así.

—Claro, comprendo. Era natural que te maltratara. Es que ella vive escondida porque no le gusta, justamente, ese tipo de curiosidad de la gente. Si hubiera querido publicitar su vida, no habría entrado allí.

Soy sentimental pero no soy místico. Pero, trabajando en la escuela de Mokol, cuando miraba el valle de Koyakol, siempre sentía que algo místico me envolvía. Eso no nacía de la curiosidad hacia un vecino que vive la misma época, sino de un profundo respeto hacia un mundo de otro nivel, totalmente diferente del mío. La curiosidad que tenía por la vida muy especial de Tegyu Kang, un errante en Aguas Minerales que trabajaba de empleado de la escuela, también era de profundo respeto. Sin embargo, también aborrecí a los seres místicos porque, mientras su presencia provocaba un sublime respeto, yo me sentía más insignificante ante ellos. Así era yo. Afectado por un complejo de inferioridad. Sobre todo tenía amigos valientes que se lanzaban sin temor contra una enorme fuerza. Para mí, la justicia por la cual luchaban mis amigos, era un monstruo. Incluso sufrí mirándolos. En lo profundo de mi corazón los odiaba. Seguramente hubiera preferido una escuela remota de la Provincia de Kangwondo porque deseaba escaparme de los sufrimientos que ellos me causaban. Sin embargo, en ese lugar lejano de la Provincia de Kangwondo, también existía gente valiente. El encuentro con un monstruo llamado Tegyu Kang fue el inicio de los problemas. Para confirmar que él era un ser humano común y corriente como yo, me desesperé. Esa fue la razón oculta por que me había apresurado en convertirlo en asistente del maestro, y luego un maestro ordinario. Quería cortar el cabello de Sansón y tenerlo en mi mano. Por esta razón fui a ver a esa mujer de Koyakol, porque quería confirmar si

ella era una mujer desgraciada que merecía tratarla con cariño.

Un día de primavera del primer semestre en la Escuela Primaria Anexa en Mokol realicé la primera visita. Las flores de azalea, que cubrían toda la montaña detrás de la escuela, me sedujeron. Una seducción por verla vivir en Koyakol, una quebrada montañosa alejada del pueblo.

Es una mujer muy rara. El comentario del maestro anterior se posesionó de mi mente como si fuera un humo mágico.

Fue algo raro el primer encuentro con Susy el primer día de clase. A pesar de que tenía cierta información del otro maestro, cometí un error irreparable. Al abrir la puerta del salón de clase percibí un olor rarísimo. Quería tener un encuentro muy amigable con los chicos, pero hice una mueca de desagrado. Dije, qué olor raro había en el salón. Los diez niños, la clase total desde el primero hasta el cuarto grado, voltearon la cabeza hacia un punto. En ese momento mis ojos se encontraron con los de Susy, que a primera vista se diferenciaba de otros niños: la parte blanca de sus ojos era más grande. Tras el primer error cometí otro. Ese día, al terminar la clase, llevé a Susy a la Sala de Profesores, al lado del salón de clase. Era la hora de salida de la escuela, y los niños miraban adentro, pegados a la ventana.

«Susy Han, ¿dónde vives?».

En el salón sentí que Susy tenía una cara graciosa aunque su pelo era lo típico de los mixtos con los negros: pelo rizado y pegado a la cabeza. En la sala de profesores, de nuevo pude confirmarlo.

«Te pregunto dónde está tu casa».

En ese momento vi el rostro furibundo de un soldado negro y, al mismo tiempo, el rostro de una coreana. La niña no me contestó.

«¿No entiendes coreano?».

Enfadado, esta vez le pregunté a propósito. Aún así, la niña siguió callada con la cabeza gacha. Saqué dos cuadernos que el anterior utilizaba para premiar y se los di.

«Mira, lo que el maestro da se recibe no más».

La niña vaciló un poco; luego, estiró sus manos ocultas atrás y los recibió. Después de que salió miré afuera. Unos cinco o seis niños, rodeando a Susy Han como si la escoltaran, se iban del jardín de la escuela conversando algo. Después de un buen rato encontré los dos cuadernos apoyados en la pared al lado de la puerta de la sala de profesores.

Un domingo primaveral, con el corazón algo trémulo, salí de casa rumbo a Koyakol. El camino accidentado de la montaña hasta la casa de Susy duró una hora. El camino no era muy visible. Varias veces volteé la cabeza porque creía que estaba equivocándome. En la ladera de la montaña, a donde todavía no llegaba el sol, había nieve. Subí bastante y escuché el ladrido del perro. Creí que ya había llegado; pero de allí hasta su casa había dos laderas más. Diferente de la entrada del valle, yendo más hacia adentro, el valle se ensanchaba y se veía el campo pedregoso de cultivo en la ladera que por un lado terminaba en un precipicio. El valle, que hasta ese momento era uno, se dividía en dos y, en esa bifurcación, había una cabaña vieja de techo que jamás había sido arreglado. Las maderas de pinos gruesos partidos estaban colocadas encima de pedazos de zinc y, estos, a su vez, estaban fijados por piedras. Tenía dos puertas, las paredes estaban sin barro, y se veían ramas que sostenían la construcción. Era una cabaña muy vieja. La cocina no tenía puerta y había una olla grande que servía para hervir las hierbas para la vaca. No había utensilios ni muestras de existencia humana. Pero, debajo del sauce al lado del pequeño riachuelo, había un fogón, ollas y unos platos bien ordenados. Era difícil comprender la presencia de una casa en lo profundo de la

montaña. El perro, que ladraba ferozmente por la presencia extraña, se escondió en el establo poniendo su cola entre las piernas. En el campo todavía no removido había unas plantas del año pasado, pero Susy y su madre no estaban en ningún lugar de la ladera pedregosa. Si no hubiera sido por unas ropas colgadas en la soga entre los árboles no era posible imaginarme la existencia de nadie. Más de una hora estuve en esa casa y su contorno reflexionando melancólicamente sobre la vacuidad de la vida. ¿Para qué uno vive? ¿Qué valor tiene el vivir en una circunstancia tan miserable?

La segunda visita fue más fácil. Susy no era una niña difícil de tratar. Diferente de lo que pensaba mi prejuicio, era amable y alegre. La madre de Susy trabajaba en el papal sacando las malas hierbas y tapando las papas con tierra. Decían que, de vez en cuando, iba a Mokol y a Aguas Medicinales; pero para mí fue la primera vez que la conocí. Tenía puesto un gorro, una toalla en el cuello y su rostro bronceado demostraba buena salud. Pensé un momento: cómo una mujer tan pequeña pudo convivir con un negro.

* * *

—Señor, ¿cierto que el gobernador del pueblo es Chebom Jwang? —pregunté al dueño de la tienda porque había recordado a los jóvenes de Kwiyangni que seguían a Kang. Chebom Jwang era uno de ellos y el más íntimo; pero muy jactancioso por su experiencia de universitario.

—¿Necesita verlo?

—No, simplemente...

—Está totalmente cambiado. Antes era un hombre de mirada irrespetuosa. Dios mío, se me sube el licor.

El dueño de la tienda se acercó a nuestra mesa y bebió en mi lugar, intercambiando la copa con el maestro Yom. El croar

de las ranas de los arrozales de Mokol, que al principio me sonaban muy fuertes, ahora me parecían piezas de música. Mis oídos ya se habrían acostumbrado.

—¿Estaba Chebom Jwang cuando el maestro Kang se hizo eso frente a la Isla Ardilla?

Para despertar mi mente que dormitaba por efecto del licor, pregunté por Kang. Intervino el maestro Yom.

—Sé muy bien si estuvo o no ese amigote Chebom Jwang. No estuvo. Creo que el maestro Kang me habló de él un poco antes de su muerte. Fue apenas cuando te fuiste a Seúl. Dijo que hasta ese Jwang había abandonado el pueblo natal. Kang estuvo triste comentándome que se había ido sin despedirse de él.

—De eso yo sé muy bien. Ese siempre andaba hablando pestes del empresario Kwon; pero un día, de repente, consiguió un trabajo como jefecillo en una compañía.

—Seguro que era la compañía de Kwon.

—Sí. ¡Qué ridículo!

—Kang quería comentarme de eso.

—Pero ese volvió pronto. Cuando le pregunté por qué había vuelto abandonando un trabajo tan bueno, no me contestó nada.

—Creo que volvió después de la muerte de Kang. ¿No es cierto?

—No me acuerdo bien porque sucedió hace tiempo.

—¿Todavía viene Kwon acá con frecuencia?

—Estos días ya no lo veo. Construyó el Centro de Oración en donde estaba la escuela de Mokol. Y destruyendo la ladera de la montaña de allí abajo quiso construir algo que se llama motel; pero, como todos se pusieron en contra, y el gobernador del pueblo presentó un documento en contra de su plan, desistió. Eso ha sido hace dos años. Aunque sea su pueblo natal, ese no le tiene ningún afecto.

—Ese, de verdad, es un malvado. Es que, fíjate, quería construir esa cosa en la propiedad del estado sin tener siquiera la licencia. ¿Acaso es lógico? El Centro de Oración puede construirlo y donarlo a la iglesia, ya que dicen que es presbítero.

—¡Qué va! Dicen que no es presbítero. El gobernador viajó a propósito a Seúl para averiguar en la iglesia. Allí le dijeron que era simplemente un diácono. Y, además, le dijeron que ni siquiera era un feligrés ejemplar, porque va una o dos veces al año a la iglesia. Y que la iglesia le paga por usar ese Centro de Oración.

—Parece que ese, fuera de ganar dinero, no sabe vivir bien.

—¿Aspira algo más fuera del dinero?

—Si no tiene otra aspiración, ¿quién gasta tanto dinero para el pueblo aunque sea su pueblo natal? Si no hubiera sucedido ese problema la vez pasada, ahora ya tendría la insignia dorada de congresista.

—¿Qué problema?

—Oye, Cho, ¿qué te pasa? ¿De verdad me preguntas porque no sabes?

—¿El suicidio de Kang?

—No solo eso, sino ese suceso poco antes de tu ida a Seúl. Un jabalí le quitó su insignia.

Ese invierno nevó mucho. Si no hubiera colaborado el ejército, todas las calles hacia la ciudad no se habrían podido transitar hasta la primavera. La gente que vivía en los pueblos montañosos de Kwiyangni andaba casi esquiando encima de la nieve. Fue entonces cuando el empresario Kwon llegó a su finca de Mokol junto a unos cinco o seis cazadores de Seúl. Aquel entonces, estaba terminantemente prohibida la caza, nadie se atrevía a cazar. Pero él andaba jactándose de que cada invierno iba a la montaña Soraksan y cazaba osos. En Kwiyangni cazaba faisanes; pero como eso era común,

nadie le pidió cuentas. Cuando surgió el problema, yo me encontraba en Kwiyangni; aunque estaba de vacaciones de invierno. Había regresado de Seúl para vigilar durante varios días. Chebom Jwang llegó corriendo a la escuela. Cuando funcionaba la escuela en Mokol, él siempre la visitaba como si fuera su escuela; por eso, esa vez también pensé que había venido para visitar al maestro Kang que vivía conmigo en la residencia oficial de la escuela. Pero no era eso. El maestro Kang, que usaba un cuarto frente al mío, al oír a Jwang, se quedó muy serio. Jwang le avisó que Kwon, en su finca de Mokol, estaba tomando la sangre del jabalí que había cazado, y que había dos carros landrovers, lo cual indicaba que había algunas autoridades también.

«Maestro Kang, esta vez yo me encargo de este asunto».

Es que vi la llama en sus ojos. Como él estaba decaído después de haber sufrido por el problema del Jardín de la Reunificación, pensé que él no debía meterse en otro lío. Le propuse tomar medidas con prudencia. Pero él salió con la cámara de la escuela sin escucharme más.

Cuando el maestro Kang y Chebom Jwang llegaron a la finca, el grupo de Kwon ya había desaparecido. Aún así, Kwon no era uno que retrocedía fácilmente. Fue a Koyakol donde habían cazado ilegalmente el jabalí, volvió a la escuela, llamó a la policía denunciando quién había cazado el jabalí en la zona prohibida y qué autoridades habían participado en el reparto de la presa. Como su denuncia de la vez pasada sobre los peces raros no había tenido eco esta vez hasta algunas autoridades había implicado. A Kang se le subió la sangre.

A la mañana del día siguiente, llegaron más de diez policías. Habían venido a averiguar sobre la caza ilegal; pero, al mismo tiempo, se les notaba que no querían agrandar el asunto. Eso se demostraba en la entrevista con la gente del pueblo. Un testigo de la repartición de la carne de jabalí en la

finca de Kwon, negó todo y se fue a otro pueblo. El administrador de la finca declaró que ninguna autoridad había llegado a la finca. Luego vino a la escuela y nos amenazó. Pero esa misma noche, Kwon llegó a la escuela con una botella de licor importado.

«Por favor, ayúdeme. No niego que cacé ilegalmente. Que me castiguen. Pero, si por mí varias personas sufren, ¿cómo quedo yo?».

Kang rehusó aceptar su licor. Entonces agachó más la cabeza y le suplicó. Pero Kang fue inflexible.

«¿En qué podemos ayudarle? Simplemente hemos denunciado porque los del pueblo nos lo pidieron».

«Este pueblo es mío. A mi manera he trabajado algo por mi pueblo. Por eso, le suplico...».

«¿Para qué vino a pedirnos favores? Los que estuvieron con usted le solucionarán el problema».

«¿Los que estuvieron conmigo? ¿Mis amigos de Seúl?».

«¿Usted también lo niega?».

«Maestro Kang, dejemos de hablar de eso. Otra vez le ruego. Por favor, ayúdeme. De verdad, nunca he suplicado a alguien como esta vez».

Miré de reojo a Kang. Porque a mí me pareció que podíamos terminar allí la cosa. En realidad, nosotros también habíamos tratado de encontrar sus errores para fastidiarlo, porque un asunto como ese bien podíamos pasar cerrando los ojos. Además, como estaban complicadas unas autoridades muy altas, me dio cierto temor. Sin embargo, Kang se fue a la residencia dando a entender que no le interesaba conversar más con él.

«Maestro Cho, ayúdeme para que el asunto no se agrande más. En cuanto al cariño a la escuela, nadie se iguala a mí. Es que tres años estoy como Presidente del Patronato de Padres de Familia de una primaria muy prestigiosa de Seúl, y... Oiga, maestro Cho, ayudémosnos mutuamente».

Kwon agarró fuerte mi mano, la sacudió y se fue. Eso era ya un acuerdo secreto.

Esa noche, a las once, el director que estaba en la otra ciudad me llamó. Era como un relámpago en un cielo azul.

Dijo que al día siguiente, a las tres de la tarde, se firmaría el Convenio de Hermandad con la Escuela Primaria Misong en Seúl; por tanto, me mandó reunir a los estudiantes y padres de familia. Era un mandato. Además, pidió que colocara el estante con el letrero que usábamos para alguna ceremonia escolar y escribiera allí sobre el convenio porque vendrían los periodistas. También ordenó que quitáramos la nieve del jardín de la escuela con la ayuda de los del pueblo, porque quizás vendrían los supervisores de la escuela y otras muy altas autoridades educativas. En el plan de todo el año de la escuela no figuraba esta ceremonia; además, no me explicaba cómo se le ocurría celebrarla en un día tan frío de vacaciones de invierno. El director colgó el teléfono diciendo que de madrugada llegaría a la escuela junto al subdirector. Como su manera de hablar era tan rápida y atropellada, no le pude objetar nada. Tuve que cumplir sus órdenes con mucho apuro. Me quejé de mi mala suerte, de estar de vigilante en ese momento. Me preocupé de la reacción de Kang ante esas órdenes relampagueantes; pero había que cumplir. Colgando el teléfono, fui a pedirle su colaboración. Diferente de mi suposición, Kang solamente se rio como diciendo «qué ocurrencia»; y, sin ninguna queja, se puso la ropa y salió. Llamamos al maestro que vivía en el mismo pueblo y los tres toda la noche hicimos pancartas y otros preparativos. Al final, el cuerpo entero se nos congeló y sentimos que los dedos se habían insensibilizado. Todavía más, las pancartas que Kang había escrito con su bonita caligrafía se congelaron. Cuando las descongelamos con el calor de la estufa, las letras quedaron indescifrables. Y Kang tuvo que reescribir en la madrugada.

Cerca de las tres de la tarde entró el autobús escolar de la Escuela Primaria Misong de Seúl por la puerta principal de la escuela. El ómnibus había venido sobre la calle nevada. Más de treinta estudiantes, convocados por la red de comunicación de emergencia, los recibieron con aplausos en una fila. Excepto el maestro que estaba en el cursillo, todos los maestros y unos diez padres de familia estuvimos presentes. El campo de la escuela provinciana estaba con mucha vida. En el autobús de la Escuela Primaria Misong llegaron treinta y dos: el director, cinco maestros, veintidós representantes de cada salón de la escuela, y cinco madres de la Asociación de Padres de Familia. Trajeron de regalo tres cajas de útiles escolares y equipos de béisbol: palos y guantes. Los padres de familia, reclutados para recibir a los importantes visitantes, algunas comidas en la casa de la anciana mayor y les sirvieron. Antes de la llegada del bus, había llegado el carro del empresario Kwon con un periodista del diario de la provincia. También llegaron unos cuatro hombres importantes, incluyendo al supervisor de la Oficina de Educación.

La ceremonia empezó después de una hora. El director de la Escuela Primaria Misong, en su discurso, dijo que ese convenio de hermandad se realizaba gracias al Presidente del Patronato de Padres de Familia de su escuela; que el empresario Kwon era un hombre que se sacrificaba todo por su pueblo natal. Tampoco se olvidó de comentar que, como el último hijo de Kwon estaba en el sexto año, él era el Presidente del Patronato de Padres de Familia durante tres años y que había hecho muchas obras por su escuela. En el discurso del empresario Kwon, que figuraba en el programa, él resaltó que era hijo de esa provincia, y que su único deseo en la vida era morir trabajando por su pueblo. Al final dijo que, como una muestra de agradecimiento por ese convenio de hermandad, donaba a la Escuela Primaria Kwiyang y a Mokol, que era el caserío

más alejado de Kwiyangni, un tractor. Los niños y los padres de Mokol que estuvieron presentes gritaron de alegría.

Más tarde, en una reunión particular, el director de la Escuela Primaria de Kwiyang comentó algo innecesario:

«Si no fuera por el empresario Kwon, hubiera sido imposible firmar en quince horas un convenio de hermandad con una escuela de Seúl. En fin, es un hombre dinámico. Además, reconozco, de verdad, la estupenda labor del maestro Cho».

* * *

Bebí mucho, sin embargo, cuando en la madrugada me desperté, no me dolía la cabeza. Después de ocho años estaba experimentando la vida en Kangwondo: beber al aire libre no daba resaca, y la embriaguez no duraba mucho. La lluvia seguía. En la noche me desperté varias veces por el ruido del torrente del valle de Aguas Minerales; entonces oía la lluvia. Tuve pesadilla, pataleaba gritando «socorro» en medio de la inundación que me arrastraba. Por un momento yo era quien luchaba en el agua; pero en otro momento era el maestro Kang. En fin, ambos clamábamos ayuda. Era un sueño terrible. En otro sueño tomaba licor con alguien que, a cada momento, vertía licor a mi boca. Había metido una manguera de caucho en mi boca, y yo, para arrojar esa manguera que llegaba hasta mi intestino, me retorcía de dolor y en eso me desperté. Recordé haber tomado con el maestro Yom hasta después de la medianoche; y luego... qué vergüenza; después de alguna conversación, había agarrado al maestro Yom por el cuello de su camisa. Recordé que él se había reído. Seguramente, un instante, le llegaría a odiar porque, tomando tanto licor, él no soltaba ninguna palabra innecesaria. Yo le había lanzado palabrotas. Ahora recuerdo: ¿Qué desea oír de

mí? —le dije desafiante— ¿Por qué echa tanto licor a mi estómago? Bien, usted quiere confirmar que este Shinje Cho, un vivaracho como un pichón de faisán, es la causa del suicidio de Tegyu Kang, ¿verdad? Exacto, yo maté a Kang. Quiero decir, le herí en un punto fatal y lo maté. Eso es. ... Recordé que Yom, quitando mi mano de su cuello, dijo, Oye, estás muy débil, y me levantó. Es la primera vez que te veo vencido por el licor. Quizás yo me habría desmoronado porque Yom, hasta el último momento, supo controlarse. Déjelo y vaya a dormir. Un borracho, cuando está al lado de alguien, se porta peor. Más tarde, yo lo llevaré a su hotel. El baile de las mariposas me mareó totalmente. Recordé que el dueño de la tienda había apagado la luz. Y después... hechos discontinuos. Recordé haber tenido una linterna de mano. Me fijé en la cabecera. No había. El pantalón colgado en la pared de la habitación del hostel tenía barro en la parte baja. Maestro Cho, ¿a dónde vas a ir a esta hora? ¿Por dónde andas? Recordé que me habló el maestro Yom, mientras las ranas croaban como en chaparrón. Fingí irme para ver tu reacción. El dueño de la tienda te ofreció llevarte al hostel, pero dijiste que tenías que ir a un lugar, saliste solo tambaleándote, diste unos pasos, volviste y pediste prestado la linterna de mano. Cuando el señor Kim te la alcanzó, le pediste que te hiciera un bulto de cinco velas y tres botellas de aguardiente. Al final, tú te sentaste en la sala de la tienda, cogiste las galletas y latas como bocadillos acompañantes del licor, dejaste un billete de diez mil wones y corriste hacia Mokol. En ese momento no parecías estar borracho. Al doblar hacia un caminito al lado de un riachuelo que venía de Mokol, dabas unos pasos adelante y luego retrocedías. Si te hubiera dejado, te habrías caído al riachuelo. Pareció que por estar embriagado te envalentonabas, e ibas hacia el antiguo local de la escuela de Mokol recordando a Kang. Con tu estado físico era impo-

sible llegar solo a Mokol, y, aunque hubieras llegado allí, habrías encontrado a gente que reza llorando, y ellos se habrían desmayado al ver a un hombre borracho parecido al mismo diablo. Por eso te agarré y te traje aquí. ¿Cómo te sientes ahora después de tomar el agua medicinal? Ya se te fue la borrachera, ¿no? El maestro Yom, seguramente, habría estado borracho; pero, se fue después de explicarme la situación sin herir mi orgullo por haberme portado vergonzosamente. Cierto, me acuerdo de haber entrado al cuarto del hostel después de tomar el agua medicinal en un envase de calabaza.

Si el maestro Yom no me hubiera agarrado en ese instante, ahora estaría en el profundo precipicio de Koyakol con el cuello roto, o estaría bajando de la montaña arrepintiéndome mil veces de mi valentona y desilusionado del trato gélido de ella. En fin, hice bien de no subir a Koyakol estando muy borracho. Aunque estaba borracho, habría comprado cinco velas porque, desde antes de ver al maestro Yom, habría pensado seguramente que las necesitaba para hacer la visita a esa casa de Koyakol donde no llegaba la electricidad.

* * *

Susy, después de mucho tiempo, acabo de encender la vela en el cuarto. Como cuando estabas aquí, no me gusta tener encendida la vela en la noche. Me parece que por la luz de la vela toda la oscuridad de este valle profundo podría llegar a casa; por esta razón, varias veces la apagué apresurada después de encenderla. Sin embargo, a veces siento que mi corazón explota porque esta oscuridad me pesa muchísimo. Una noche ya no pude soportar, entonces, hice una fogata en el centro del patio y velé la noche. Esta noche, por los mismos deseos, encendí otra vela. Por primera vez encuentro la belleza en la vela que, mientras se derrite, ilumina su rededor. Tú

sabes muy bien, Susy, que no tenemos lámpara de kerosene o de gas porque detesto el olor a combustible. Seguramente por esa mala experiencia que tuve de niña: un hombre echó kerosene al cuarto donde vivía con mi madre y luego nos roció kerosene. Yo lloré bañada de kerosene. Mi madre agarró mi cabello, me tiró al pie de ese hombre y me ahorcó. Cuando recuperé el conocimiento, ese hombre ya no estaba y mi madre, como si no hubiera pasado nada, estaba limpiando el cuarto manchado de kerosene.

Ese mismo hombre vino a buscarnos cuando nos mudamos a otro cuarto de alquiler; pero mi madre ya convivía con otro hombre. Me acuerdo de que, antes de que él nos rociara kerosene, mi madre me echó kerosene y luego ella también, encendió el fósforo y lo tenía en la mano. Después de la Independencia, cuando empezó a gobernar la tropa estadounidense, vivió con un extranjero de nariz muy grande. Otra vez también se roció kerosene, y el extranjero, asustado, no supo qué hacer. Pude verlo apenas dos veces; pero creo que, entre todos los convivientes de mi madre, él fue el que me trató con más cariño. Después de la pelea, recuerdo que mi madre, para sacar la pestilencia de kerosene de nuestros cuerpos y del cuarto, día y noche dejaba encendida la vela. Cuando vivía en Mundungni, mi abuela encendía la vela para eliminar el olor de cigarro. Y después de las visitas esporádicas de mi madre, dejaba encendida la vela días enteros. Quería eliminar el olor de mi madre.

El verano que estalló la guerra, ese hombre que nos había echado kerosene apareció en Mundungni y le contó a mi abuela algo desagradable. En ese momento supe que él era mi padre. Mi abuela, después que se fuera ese hombre, rechinó los dientes. Malparido, ¿cómo puede ser tan descortés como un endemoniado? Utilizó a su mujer cuanto pudo y ahora viene a amenazarme que ella es reaccionaria. La culpable es tu ma-

dre a quien, de verdad, debo matar por ir detrás de ese tipejo y abandonar los estudios. Ella debió haberse matado hace tiempo mordiendo su lengua. ¿Qué habría visto en ese? Por las maldiciones y la vela, yo nunca eché de menos a mi madre. En invierno cuando hubo la retirada de la tropa, vine al sur con mis tíos. Y un día, mi tío me trajo la noticia de que mi madre se había muerto en Seúl el verano pasado, pero no sentí tristeza. Los tíos que vinieron al sur con mucha ilusión, al confirmar la muerte de mi madre, empezaron a maltratarme. Aunque hubiera vivido de sirvienta, no me habrían dado ese trato. Sobre todo la esposa de mi tío desfogaba conmigo su cólera diciendo que por mi madre había salido de su pueblo y que ahora sufría en tierra ajena. Cuando yo miraba a algún hombre que pasaba, me agarraba el pelo diciendo que no se podía ocultar la sangre de puta.

En invierno, cuando tenía dieciséis años, me botaron de esa casa. Apenas había terminado el tercer año de la secundaria. Es que salí embarazada. Mi tío tenía una tienda de cosas usadas, que era frecuentada por el cabo Kim, quien llevaba cosas militares que él robaba de su campamento. Un día, ese hombre me llevó con pretexto de entregarme unas cosas para mi tío, y esa vez él me violó. Hasta ahora tiemblo de miedo al recordar el mal trato de mis tíos con mi cuerpo embarazado. Ese cabo ya llegaba a casa de mis tíos como si fuera suya y se portaba como mi esposo. Ese es el padre de Yongsu, el que te pateó. No pude comer nada, me enflaquecía, pero él seguía abusándome. Ese era un animal. La cosa iba de mal en peor. Mi tío descargaba las bombas reunidas en su tienda, y murió al explotar una de ellas. Lo peor de todo fue que ese cabo ocupó el lugar de mi tío y convivió con la viuda. La tía me botó de la casa. Susy, ¿cómo puedo contarte todos los sufrimientos de esos días? Andar por las calles desconocidas, parir un feto muerto a los ocho meses, estar casi moribunda por

una hemorragia... Anduve de Wonju a Chunchon, y de Chunchon a Seúl. Tu madre hizo todo lo que puede hacer un ser humano para sobrevivir. El camino que escogí como mi última esperanza fue el trabajo de Oficial de Enfermería. Me presenté al examen, la competencia era uno por cuatro. Salí aprobada afortunadamente. Al iniciar el curso de enfermería, por primera vez, sentí qué era la felicidad. Después de los cursos previos me concedieron el distintivo de cabo. A los diecinueve años fui destinada al Hospital 109. Sentí que el mundo existía para mí. Entre todas las oficiales de enfermería tu madre tenía más popularidad. Susy, estaba feliz. Por estar tan feliz, lloraba por cualquier cosa. Olvidando completamente los dieciocho años de vida solitaria y dura, me prometí a mí misma vivir como una buena mujer dando cariño a todo el mundo.

Susy, pero no pude volar más porque tenía una cadena en mi tobillo, que no me la podía quitar. De nuevo apareció ese cabo Kim. Había sido expulsado del ejército con deshonra, se había separado de mi tía, y andaba buscándome. Junto a su aparición, la felicidad momentánea de tu madre se hizo mil pedazos. En esa época, tenía dos pretendientes para matrimonio: el teniente cabo de la fuerza naval, a quien conocí en Masan, y el cabo coronel Tesok Li que trabajaba en el mismo hospital. Pero, por ese tipejo todo se fue al diablo. Después de la aparición de ese el teniente cabo de la fuerza naval mató al cabo coronel Tesok Li. Ese malvado, por vengarse de mí, porque huía de él, instigó al teniente cabo que hiciera eso. Por ese incidente, tu madre tuvo que salir del ejército el año cuando hubo el Golpe Militar. No supe qué hacer. Fui a visitar a mi amiga Kyongja Pak, exteniente cabo del ejército. Ella que, por hablar inglés y bailar bien, se llevaba bien con los extranjeros, estaba trabajando en la sección de enfermería de una compañía. Llegué en el momento más apropiado, mi amiga Pak

me ofreció su trabajo porque había terminado los trámites para irse a Alemania Occidental. ¡Qué dicha? Tu mamá consiguió el trabajo en esa compañía.

Esa compañía reciclaba latas grandes de la base militar estadounidense y su administración estaba en las manos de la base militar. Por tanto, venían soldados estadounidenses a la oficina que estaba al lado de la sala de enfermería donde trabajaba. Naturalmente, tenía muchas oportunidades de verlos. Allí conocí a Cooper, un soldado blanco. Cooper se incorporó en el ejército siendo universitario; era más culto que otros soldados. Venía a la sala de enfermería, jugaba a las cartas conmigo, me enseñaba inglés. Me llamaba «darling», repetía mucho «love» y un día, de repente, me propuso el matrimonio. Como jamás me había imaginado casarme o convivir con un extranjero, me quedé perpleja. Casarme con un hombre de diferente color de cutis y 40 centímetros más alto que yo... Si en ese momento no hubieran llegado prostitutas a la oficina, habría rechazado su propuesta de matrimonio. Docenas de prostitutas entraron a la oficina. Hasta ese momento los sufrimientos más tristes habían sido: ver a los familiares del cabo coronel Tesok Li después de que lo mató el otro pretendiente; aguantar la protesta violenta de los amigos del teniente cabo que fue sentenciado a muerte por ser un asesino. Pero el dolor de esos casos fue incomparable con la visita de esas prostitutas. Me agarraron del cabello, me arrastraron alrededor de la fábrica y me llevaron hasta su barrio que estaba a dos kilómetros.

Nadie intervino aunque rasgaran mi ropa y me pegaran en grupo, ni los de la fábrica ni los transeuntes ni los policías. Todos se quedaron mirando sin más. Según ellas, yo les había quitado un cliente. No había forma de negarlo. En ese momento recordé a mi madre que murió en la guerra. Pensé que ellas pegaban a mi madre y no a mí que estaba mirando.

En ese instante decidí vivir con Cooper. No sé qué lógica, pero decidí vivir con Cooper en ese barrio de las prostitutas. En ese momento odié a todo el mundo y me sentí muy solitaria porque nadie me había brindado ayuda. Tal como había decidido, alquilé un cuarto en ese barrio y empecé a convivir con Cooper. Igual a ellas, echaba palabrotas. Poco a poco llegué a amarlo. Cooper era un soldado raso, pero cada mes pedía a su ejército el gasto para la vivienda. Y, como de vez en cuando le mandaban dinero de su país, vivíamos felices a nuestra manera. «I love you» era la expresión que siempre repetía. Cooper quería hacer trámites de matrimonio antes de que le llegara la orden de volver a su país. Preparó sus documentos: documento de nacimiento, el visto bueno de matrimonio del jefe de su campamento y el documento de garantía de soldado. Las prostitutas me miraban con envidia. Yo también fui a Wonchu, saqué mi documento de nacimiento y el documento de buena conducta.

Pero, Susy, esa cadena en mi tobillo todavía me tenía amarrada. Otra vez se presentó ese cabo Kim. Ese supo que yo convivía con Cooper y que los dos estábamos haciendo trámites para el matrimonio. Sacó el cuchillo delante de Cooper y nos amenazó. Dijo que él era mi esposo y, si Cooper quería casarse conmigo, que le diera dinero. Me di cuenta de que a ese sinvergüenza no había forma de hacerle razonar. Lo odié con toda mi alma y me desesperé. Cooper no comprendía a ese zángano. Es que Cooper era un niño muy ingenuo. Tampoco teníamos esa cantidad de dinero que nos pedía. Mi último recurso fue entregarle el documento de matrimonio firmado por nosotros y redactado en el Consulado y una promesa de pagarle ese dinero antes de salir del país. Pero no tenía ese dinero. El único método para conseguirlo era meterme en el negocio de las drogas. Ya sabía cómo contactarme con los comerciantes de drogas desde cuando trabajaba en la compa-

ña. Su negocio giraba alrededor del barrio de las prostitutas. Me contacté con ellos, pero me capturó la policía. Gracias al documento de matrimonio del Consulado, me investigaron sin meterme presa; pero era imposible conseguir la visa durante años porque me juzgarían por violar la ley contra drogas. Mi sueño de ser una ciudadana estadounidense se esfumó. El Centro de Información del Ejército Estadounidense llamó a Cooper y lo investigaron. Pero al no encontrar ninguna sospecha, solo le dieron de baja. Cooper regresó a su país asegurándome de que, llegando allá, me mandaría una carta de invitación.

Susy, ahora te voy a contar el secreto de tu nacimiento. Creo que, cuando eras bebé, alocada te lo conté una vez. Fue la tercera noche desde que se había ido Cooper a Estados Unidos. Esa noche entraste a mi vientre. Susy, esa noche, yo, tu madre...

* * *

—Lleve el paraguas. Pronto va a llover.

—Andando con paraguas, me matarán a palos.

—Sí, tiene razón.

Tomé solo dos bocados de arroz y me levanté para visitar Mokol. El arroz tenía el color azul, como si estuviera mezclado con el frijol cocinado con el agua medicinal. La dueña del hostel me ofreció el paraguas de plástico. No llevé ni siquiera los seis casetes, los cuales pensaba mostrarlos a la madre de Susy. Salí sin nada. Sentí que iba a invadir ese lugar. Seguramente ella, colocando ante mí un muro para que le protegiera, trataría con frialdad a este visitante no invitado. O, quizás, diferente de mi suposición, abriría fácilmente su boca y me regañaría por la muerte de Kang como cuando un chamán grita con voz endemoniada. En ese casete ella

también dijo que ya había adivinado la muerte de Kang. De repente, se me ocurrió la idea de que ella era una bruja de esta época. Quizás, sin darse cuenta, estaría viviendo representando a varios espíritus errantes. Ella comparaba el llanto de un animal grande como un grito de un niño muerto que salía de su propio cuerpo. Quizás vivía en ese valle solitario de Koyakol porque le gustaba hacer el amor con los espíritus de miles de soldados chinos quemados. Dijo en el casete que, en la profunda noche cuando oía bien nítido el llanto de algún animal grande de la montaña, como si fuera un llanto que salía de su propia garganta, al día siguiente, sin falta oía que alguien se había muerto en el pueblo de abajo. Confesó a Susy que en la madrugada, cuando murió el maestro Kang, se despertó asustada porque el llanto de animal grande salía desde su boca.

* * *

Susy, el maestro Tegyu Kang murió cuando estabas en Seúl haciendo gestiones mediante la Asociación para tu viaje a Estados Unidos. Cuando viniste a Kwiyangni, por última vez, antes de salir de Corea, te hablé de la muerte de Kang; pero tú, como estabas emocionada por el viaje a un lugar desconocido, después de pasar las últimas horas conmigo, no sentiste nada y me preguntaste por qué se había muerto él. Pero entonces no pude contestarte. Es que tampoco sabía por qué se había matado de esa forma. Solamente yo ya presentía su muerte tal como adivinaba la muerte de mucha gente del pueblo de abajo. Cuando de noche oía el llanto de algún animal grande, al día siguiente, estaba segurísima de que alguien moría. Y esa casualidad fue más evidente cuando se murió el maestro Kang.

Esa madrugada me desperté asustada por el llanto de un animal grande. Como siempre, el llanto parecía salir de mi boca, llegar a la montaña de frente y volver como eco. Esa madrugada, el llanto era más fuerte que otras veces. En ese momento tu mamá recordó, repentinamente, al maestro Kang. Quizás porque, cuando había ido a Aguas Minerales para vender las hierbas hacía poco, había oído la noticia de que el maestro había sido interrogado por la policía no sé por qué asunto. En fin, ese día, dos veces me lastimé los dedos de la mano izquierda con la azada. Susy, cuando oí la noticia de su muerte, definitivamente me decidí convertirme en una ciudadana de Estados Unidos. Antes pensaba solo enviarte, no más. La noticia me quitó toda la fuerza y sentí un gran vacío y una cólera imposibles de expresar. Por el odio no sé contra quién, concretamente, temblaron mis piernas. Te odié porque al mismo tiempo llorabas por mí. Susy, no debía contarte esto, pero, en ese momento, percibí ese fuerte olor de animal de tu cuerpo. Ese olor me alocaba. Me pareciste un animalejo. Dicen que cuando alguien está por morir, los vivos, de repente, lo llegan a ver con mucho miedo. Y, según la interpretación de la gente, los muertos hacen eso para no entristecer a los vivos. ¿Habría sido por eso? En ese momento, te detesté. Más tarde pensé que ese maestro Kang, muriéndose, nos había separado. Juzgando así me parece que ese maestro Kang era un hombre que nos salvó y nos hizo prolongar nuestra vida; pero, al mismo tiempo, es uno que nos había apartado tan fríamente.

Cuando me dirigí a la cumbre del monte llevándote en mi espalda para morirnos, me encontré con él en el camino. Había estado totalmente confundida mientras estuve en el valle de Koryongkol en Mundungni. Me senté en un lugar considerado la última morada en esta vida. Mirando el valle, lloraba que lloraba viéndote que estabas agotada y con los ojos

hundidos. En ese instante apareció ese señor, a quien había visto en el camino. Si hubiera llegado un poco después, te habría estrangulado y después habría tomado veneno.

* * *

Si no fuera por el cielo que parecía anunciar la lluvia, la sequía de la parte montañosa parecería más real. La tierra del arrozal de espigas inmaduras estaba cuarteada, y los árboles y todas las hierbas del monte habían perdido su color verde. Hasta la enredadera maranta estaba marchita. Sin embargo, la cuesta a Aguas Minerales y Mokol estaba cubierto de árboles de hojas anchas como los nogales, paulonias, y robles donde cantaban las cigarras. Los cantos de variedad de cigarras eran tan armónicos que alegraban los oídos de los caminantes. Pasé una loma y vi el pueblo de Mokol con unas diez casas. El techo rojo de la Casa de Oración, construida en el local de la antigua escuela contrastaba con el color verde de su alrededor. La finca de Kwon, en la entrada del pueblo, igual como ocho años antes, seguía imponente mirando abajo las casas de Mokol, dispersas en la ribera del riachuelo.

Agilicé mis pasos y entré al valle de Koyakol porque no quería que los de Mokol me vieran. Cuando trabajaba en la escuela de Mokol, hacía lo mismo: tres visitas a la casa de Susy las hice con mucha cautela, sin que los niños y los del pueblo se dieran cuenta. Era incómodo visitar la «casa de la loca de Koyakol», «la casa de los diablos chinos», o «la casa de la negra», considerada por los del pueblo como un lugar prohibido. Sin embargo, el maestro Kang era excepcional. Él iba allí sin temor ni prejuicios. Había rumores de que tenía algo con la madre de la negrita, pero él no hacía caso y, cuando deseaba, iba allí.

La sequía era terrible, pero en el riachuelo de Koyakol corría agua. Aunque algunos puntos estaban secos, allí se oía correr el agua. Koyakol tenía más árboles altos que arbustos. Por el plan de convertir las montañas en campos de cultivo en la década 50, la mayoría de las montañas fue talada, sin embargo, las de Koyakol no fueron tocadas, y hasta ahora mantenían intactos sus árboles. A lo mejor, gracias a esos árboles, nunca faltaría el agua.

El sendero hacia la cumbre estaba cubierto de enredaderas y apenas se podía ver la huella del hombre. El sendero al lado del precipicio se parecía a un túnel largo y profundo. No me podía imaginar cómo Susy iba a la escuela caminando por ese sendero tan accidentado. Pensé que quizás la madre de Susy quería criarla como un animal del campo.

* * *

Susy, al tercer día del viaje de Cooper, recibí la visita de tres negros. Eran los que siempre andaban con Cooper. Como me habían dicho que extrañaban a Cooper, que siempre era amable con ellos, y que, por esta razón, habían venido a visitar a su mujer, los invité pasar al cuarto. No tomé el licor que habían traído pero sí les serví. Quizás quería consolarme de esa forma porque me sentía muy sola. Susy, esa noche fui violada por los tres. Esos tipejos sabían muy bien que todavía los policías me investigaban por la droga. Ese era mi punto débil. Al irse, cada uno dejó dinero. Antes de que pudiera mudarme a otro lugar, esos animales me buscaron de dos en dos. En cuanto al pago, eran terriblemente correctos. Susy, nadie podía comprender mi situación, obligada a aguantar todo eso. Y, todavía más, qué hilo del destino me habría conectado con ese teniente sargento Kim desde la otra vida, porque ese empezó a angustiarme otra vez. Estaba arruinada y cada día

era una pesadilla. Pasé así dos meses y noté el cambio en mi cuerpo. Recordé que no había tomado medidas anticonceptivas desde un mes antes del viaje de Cooper porque así había deseado él. Estaba embarazada. Cuando el médico me dijo que estaba en el segundo mes de embarazo, temblé de miedo recordando lo que había experimentado a los dieciséis años. Quería abortar. Pero, Susy, empecé a pensar que a lo mejor estaba embarazada de Cooper. Si podía quitarle a ese Kim el certificado de matrimonio extendido por el Consulado de Estados Unidos, presentaría la traducción en la Municipalidad, sacaría la partida de nacimiento, la traduciría, la haría notariar junto a la carta de invitación que me enviaría Cooper y así podría solicitar el pasaporte. Quería salir de esta tierra. Tenía miedo de Kim. No, todos los coreanos me parecían iguales a ese Kim. Ese bribón me preguntó de quién era el hijo. Le mentí que era suyo, y que esa vez, de verdad, quería tener su hijo. Aunque no era verdad, así podía ganar tiempo. Pero ese cabo era más astuto que yo. Fue a la notaría favorita de las prostitutas donde prestan servicios de traducción y les pidió que escribiera una carta a Cooper avisando que yo estaba embarazada y que necesitaba dinero urgentemente. Me la trajo y me exigió firmarla.

Al tercer mes de su viaje, Cooper me envió la carta de invitación. Naturalmente me mandó dinero para mis gastos. También me escribió diciendo que agilizara los trámites y fuera a Estados Unidos antes de dar a luz. Como el problema de la droga se estaba solucionando bien, apenas consiguiendo el pasaporte podría salir de este país para siempre. Le dije un día a ese animal Kim que el bebé era de Cooper. Aunque fuera de ese malvado, no quería dar a luz delante de él. Le supliqué llorando que me devolviera el documento de matrimonio. Le dije que, si me lo devolvía, le daría el dinero que había exigido y me iría. Ese me pateó sin compasión; pero, aguantando

todo, le rogué. Pero, Susy, no sabía hasta qué punto un ser humano podía ser cruel. Ese bribón se encaprichó y dijo que, aunque yo le diera miles de veces la cantidad de dinero del acuerdo, no me dejaría ir a Estados Unidos. Dijo que para solicitar el divorcio había preparado todos los documentos y que, por tanto, con pretexto del bebé, le pediríamos dinero a Cooper. De un momento a otro mi mano agarró el cuchillo con ganas de matarlo. Pero solo logré herirlo en dos lugares sin poder matar a ese animal con máscara humana.

* * *

La madre de Susy, en ese casete, habló de los días sin poder salir de la garra de Kim. Contó con indiferencia sobre su vida sin esperanza, pero en algún momento, la indiferencia pasó a un estado de mucha emoción. Era sobre el nacimiento de Susy.

* * *

«¡Gracias, Dios!» Tu madre, al ver la bebé recién nacida en la mano de la partera, soltó esas palabras y se desmayó. Seguramente por el cansancio mental y corporal que se había acumulado desde el momento en el que me había enterado del embarazo hasta el momento del parto. No me importaba que fuera hija o hijo. Rezaba a Dios con todo mi corazón para que no saliera de mi cuerpo la semilla de la maldición. Rezaba yo: si realmente existiera Dios, haz que no salga de mi cuerpo un negro mixto. Dios, oh mi Dios... Desde el momento de la noticia del embarazo, no hubo ni un día en que no pensara en esos tres negros. En las noches sufría por una pesadilla en la que moría aplastada por esos tres, y, al despertarme, sufría porque ese sueño era un hecho real. Después del parto varias

veces te miré y remiré; la criatura que había salido de mi cuerpo no era negrita. El cuerpo y la línea del rostro eran un poco diferentes, pero el color de cutis era más blanco que el mío. Tampoco era del malvado Kim. El pelo era un poco rizado y su color era amarillento como el de Cooper. Gracias, gracias Dios. Nadie sabe cuánto puede detestar un ser humano a otro ser humano. Cuando aparecía ese Kim, se me ponía la piel de gallina. Años después di a luz a Yongsu, pero nunca sentí cariño hacia él. Al contrario, le tuve aversión porque posiblemente odiaba a su padre. «Ahora podrás ir a Estados Unidos». La partera, que conocía mi vida, dijo que la bebé era mixta con blanco. Escribí una carta sin que supiera Kim, que había dado a luz a su hija, y que, aunque fuera un poco tarde, de todas maneras iría a Estados Unidos con ella.

Pero, Susy, empecé a pensar que Dios no existía. Se me oscureció la esperanza. Desde el segundo mes, apareció una línea negra debajo de las uñas de la criatura. No solo las uñas, sino hasta la cara, el color blanco empezó a cambiarse a amarillo desde el contorno de los ojos. Anduve vagando por el pueblo de las prostitutas con la criatura en la mano. Cuando veía a un soldado blanco, le preguntaba llevándola debajo de su nariz si la criatura era de blanco o de negro. Estaba fuera de mí. Quería saber inmediatamente si la niña era mixta con un blanco o no, aunque fuera en plena calle. Los soldados extranjeros me dijeron que la criatura era coreana. Más de diez blancos me dijeron que era coreana. Supe después que, como somos de una sola raza, si el color de cutis o de ojos es un poquito diferente, lo consideramos extranjero; pero en los Estados Unidos donde, viven mezcladas varias razas, la gente no sabe diferenciar a los mixtos. Llevé a la criatura al campo donde trabajaba Cooper y pregunté a los policías militares de la garita de la puerta principal si la criatura era mixta blanca o negra. El blanco insistió que era blanca mientras el negro insistió que era «my people».

Al cumplir la bebé tres meses, todo se veía claro. El cabello que era amarillo se puso completamente negro y empezó a ponerse rizadísimo. Las uñas crecían negras y el cutis se cambió a negro. Al aclarar que era mixta con el negro, me puse más tranquila. Sin embargo, los paquetes de ropa, juguetes y otras cosas que me enviaba Cooper de Estados Unidos empezaron a aniquilarme. Cooper me envió dinero, regalo de su abuela materna, y me pidió que le enviara la foto de «su hija» lo más pronto posible. Escondí el dinero de Cooper para negociar con Kim; pero en el fondo sufría. Pensé enviarle una carta a Cooper mintiendo que la bebé se había muerto. Varias veces al día se apoderaron de mí las ganas de estrangular a la criatura. Temblaba ante el deseo de taparla con la frazada para asfixiarla. Pero escribí una carta a Cooper diciéndole toda la verdad: que la nena tenía cabello negro y rizado y la piel era negra; por tanto, no podía ser su hija; que rompí la carta de invitación; que se olvidara de Corea. Al abandonar el plan de ser una ciudadana estadounidense, ya no tenía conflictos interiores. No tenía ningún deseo. También pensé que eso era una venganza a ese Kim que vivía como un zángano.

Pero después de unos meses, otra vez sufrí por los conflictos. Cooper me mandó una carta y en ella decía que, indudablemente, era su hija. Él era un mixto: su madre era blanca pero su padre era un mixto entre blanco y negro. Dijo que sus antepasados tenían sangres mezcladas y que no era sorprendente tener una hija negra. Cooper, después de enumerar conocimiento muy elemental sobre la teoría de genes, dijo que, como él no era un racista, se había casado conmigo y que, aunque esa niña no fuera su hija, como era la hija de su querida esposa, podía criarla como si fuera suya. Me prometió enviarme de nuevo la carta de invitación. Como una persona a punto de ahogarse en el agua agarrara cualquier paja para salvarse, te llevé a uno y otro hospital. Los médicos examina-

ban a mi Susy como si fuera un animal raro, negaban con la cabeza y decían: su padre debe ser un negro. Jajaja... carajo... mierda.

* * *

La última parte del casete estaba llena de groserías histéricas. Hasta ese momento jamás había escuchado palabrotas tan vulgares. Lo que más me sorprendió fue que la voz que soltaba aquellas palabras groseras, no era de la madre de Susy. Esa rarísima voz era del diablo que enviaba su mensaje a través de una bruja. Oyendo esas groserías como dirigidas a mí, temblé y hasta identifiqué la voz del finado maestro Tegyu Kang.

Sentí que me cayeron algunas gotas de lluvia a la cara. No solo a la cara, también a las hojas de los robles, camelias y zumaques. Por el color oscuro del cielo, debió haber caído bastante. Pero, junto al sonido de unas gotas, soplabla el viento por Koyakol, ahuyentando la lluvia.

La lluvia, al final de la sequía, apenas mostraba su existencia.

No hay otra cosa más terrible que encontrarse con alguien en la montaña. De verdad me asusté. El otro también se habría asustado. Fue a la mitad del sendero montañoso que llevaba a Koyakol, a un lado estaba la profunda quebrada donde corría el arroyo, al otro lado había una roca donde se podía descansar junto a unos árboles altos y frondosos. Era una cara conocida e inesperada.

—¿Maestro Shinhe Cho?

—¡Hola, Chebom Jwang!

Anoche, al tomar, había mencionado su nombre; sin embargo, me pareció interesante que él recordara mi nombre después de ocho años. Vestía un pantalón corto y una camisa

de colores. Ya no se le notaba esa arrogancia de hacía ocho años cuando andaba con muchas ínfulas por haber estudiado en la universidad. En ocho años había envejecido y cambiado totalmente, sus ojos bien rasgados hacia arriba y su mirada fuerte ya no eran desafiantes.

—Maestro Cho, qué milagro de verlo por acá.

—Para mí este lugar es como mi pueblo natal. Como estoy de vacaciones vine a tomar el agua medicinal después de tanto tiempo y...

—Sabía que estaba acá. Anoche bebió en Aguas Minerales con el maestro Yom que trabaja en la Primaria Hugok, ¿verdad?

—El rumor se propaga muy rápido, ¿eh?

—Es que en la madrugada me encontré con él, iba acompañado de varios hacia el riachuelo de Tebangkol para atrapar no sé qué. Me dijo que ustedes habían bebido mucho anoche.

—Muchísimo, todavía estoy borracho y para refrescarme vine a la montaña. Si no hubiera venido acá, no te habría visto.

—¿Usted no pensaba pasar por Mokol, donde vivía antes?

—Pues no...

—Cuando esta madrugada el maestro Yom me contó que usted se encontraba aquí, quería verlo. Es que me acordé del finado maestro Kang.

—¿Es verdad que no estuviste cuando se murió él?

—No, no estuve. Es que ese año había perdido mucho dinero por sembrar ají sin tener experiencia. Como tenía una deuda,...

—Dicen que conseguiste un buen trabajo.

—¿Se burla de mí?

—No, no me burlo.

—Pero, como ve usted, yo volví a mi pueblo.

—Esta vez tú te burlas de mí.

—Usted, maestro Cho, no tiene por qué volver aquí, porque no es su pueblo natal. Hizo bien en irse. Sé que ganó mucho dinero gracias a la academia de pintura de su señora. Un chico que estudió en la escuela Kwiyang y trabaja de ayudante de constructores en Seúl nos contó que un día fue al lugar de la construcción de una casa que era de usted. Usted no se acordará de él. Le pareció que el mundo era, de verdad, muy pequeño. Ese chico, por vergüenza, ni se presentó a usted. Hace dos años vino por Chusok, el 15 de agosto del calendario lunar. Usted sabe que la gente que radica en las ciudades vuelve a su tierra para visitar las tumbas de sus antepasados.

Saqué una cajetilla de cigarrillos y se lo ofrecí. Sacó uno sin recelo; pero mostró su cortesía al encenderlo después de mí, aunque yo le había ofrecido el fuego. Un rato hablamos de la grave sequía y de la situación social, política y económica. Pero cambié el tema hacia Kang, es que quería ver a Jwang para hablar de él.

—¿Volvist, inmediatamente después de la muerte del maestro Kang?

—Se puede pensar así. Pero no volví por su muerte.

Su respuesta no era clara.

—¿Es cierto que eres el gobernador del pueblo Kwiyangni?

—¿Acaso es gran cosa ser el gobernador? Es un puesto para servir al pueblo. Pero, fíjese, aunque quiero servir al pueblo, no es fácil. Entre los mayores hay muchos que piensan que, desde que soy jefe, el pueblo está peor que antes.

—Quizás el gobierno consideraría a este pueblo como anti-gobiernista.

—Así parece. No es un pueblo que siga ciegamente las órdenes de los de arriba.

—No se debe juzgar negativamente y con ojos cerrados todas las disposiciones de los de arriba.

—Por supuesto. Sin embargo, pienso que el canal debe ser al revés. Es decir, para los asuntos de agricultura no se debe aplicar solamente las estadísticas sacadas en la mesa. ¿Por qué el precio de res está así ahora? ¿A qué se debe?

Cambié el tema.

—Dicen que el empresario Kwon ayudó mucho a Kwiyangni. ¿Es verdad?

—¡Quién sabe! Pero, ¿su ayuda no sería como del azúcar? El maestro Kang decía con frecuencia que los que se acostumbraban al sabor de azúcar echaban azúcar hasta en la sopa de frijol. Debe ser cierto, porque por ese azúcar hay muchos que tienen dientes carcomidos.

—¿Hasta ahora se enfrentan con él como antes?

—No nos enfrentamos con él porque así lo deseamos. Es que no nos queda otra alternativa; porque no queremos que nos quite.

—¿Que les quite? ¿Cómo y qué quita él a Kwiyangni?

—Hay pocos arrozales y campos de cultivo que no hayan sido vendidos a ese señor. Él considera a Kwiyangni como su castillo. Y naturalmente, considera a los de acá como sus esclavos. Es que, francamente, le digo que los de aquí vivimos mirando su boca y sus manos. El problema está en que ese se apropia hasta del espíritu de la gente.

—¿No hay forma de recuperar?

—Sí. En realidad, nos dimos cuenta de que nos estaba quitando cuando ya era tarde. Pero ahora la situación es diferente.

—¿Cómo?

—Ese se dio cuenta de que los dueños son los vecinos de acá. Aún así, no se ha cambiado mucho; por lo menos, ya no puede engañar tanto como antes. No obstante, su ambición política sigue igual. Aunque sus planes se ven tan claros como si fuera el intestino de un pescado transparente ping-o, sigue actuando sin tener vergüenza.

—La muerte del maestro Kang fue un golpe fatal para él, ¿no?

—Más o menos. Recibió ese fuerte golpe cuando todo le iba bien.

—En ese sentido, la muerte de Kang tiene mucho significado, ¿no es cierto?

Ante la teoría que esgrimí en aquel momento decisivo, su respuesta fue totalmente diferente.

—No quiero dar algún sentido a la muerte del maestro Kang. Lo quería mucho, pero no estoy de acuerdo con su forma de morir.

—¿Qué quieres decir?

—Hay muertes muy valiosas; por lo que su memoria sobrevive con más fuerza. Pero, en el caso del maestro Kang, fuera del hecho de haber muerto así, su muerte no significa nada.

—Pero, su decisión de morir de esa forma nace de su convicción.

—Cierto. Pero si esa convicción está relacionada con su desesperación por el fracaso o el rencor, no es más que un sentimiento de derrota.

—No me imaginaba que ibas a juzgar así la muerte del maestro Kang.

—Desde luego, lo aprecié. No obstante su aire místico no me gustó desde el primer momento. El ambiente carismático que dejaba su rostro en la niebla, y su amor muy intenso hacia Kwiyangni, me parecieron hipocresías disfrazadas para ocultar su complejo triunfalista y su desesperación ante las situaciones. En fin, el motivo de su amor hacia la tierra de Kwiyangni es totalmente diferente de mi caso, que simplemente volví porque es mi pueblo natal.

De repente, oí los chillidos de los pájaros desde el bosque lleno de saetas. Quizás una serpiente habría atacado el nido. Chebom Jwang, después de vacilar buen tiempo, me pidió

otro cigarrillo. Yo también encendí otro. Sea lo que fuere, el pueblo de Kwiyangni ya no vive la época del maestro Kang. Él siguió hablando más para enfatizar su punto de vista.

—Es que yo no quiero que se deteriore el significado de su muerte en buen o mal sentido. No está bien pensar en la muerte como algo hermoso aunque fuera de buena voluntad. La muerte de un ser humano llega a tener su verdadero valor cuando llega a nuestra conciencia sin que uno lo note, silencioso como el muerto. Pero la gente aprovecha al muerto según su conveniencia. Fíjese, después de unos tres años de su muerte, ese Kwon quiso construir otro Jardín de la Reunificación en un lugar intermedio entre la escuela Kwiyang y el puente, diciendo que quería conmemorar al maestro Kang. Si nosotros no nos hubiéramos opuesto a su plan, este Kwon se habría convertido en un héroe.

—Para Kwon serás una astilla en sus ojos porque no pudo construir el motel a la entrada de Aguas Minerales y...

—Ese señor debe saber que hay cosas que no se pueden solucionar con el dinero ni con el poder. Un buen ejemplo está en este valle.

—Te refieres al terreno de esa mujer que vive sola; pero, ¿acaso ese terreno vale?

—Usted no entiende. Es que con esa casa en la cumbre de la montaña y el terreno de cuarenta y cinco mil metros cuadrados él podría haber llegado a ser el dueño de todo el valle. Por esta razón hizo todo por comprarlo.

—Milagro que esa mujer se pusiera firme.

—Cierto. Ese Kwon la fastidió enviando a muchos a ella; pero ella se mantuvo firme. Creo que el maestro Kang también la influyó.

—¿Influencia del maestro Kang?

—Es que yo oí al maestro Kang hablar a esa señora para que no vendiera el terreno. El maestro dijo que este valle de

Koyakol era el último baluarte de esta zona. Juzgó que toda la zona ya estaba en las manos de Kwon y, comprendiendo ese hecho, le aconsejó así.

—¿Por qué crees que el maestro Kang amaba tanto esta zona?

—Tampoco sé. Cuando me dijo que renunciaría si lo enviaban a una escuela de otra zona, le pregunté por qué no quería salir de aquí. Entonces me contestó con una broma: Aquí es Kwiyangni, que significa en el carácter chino «pueblo del destierro»; por tanto, si un pecador abandona su tierra desterrado, cometerá más pecados.

Pueblo de destierro. Kang había muerto en la tierra del destierro. Sin embargo, ayer cuando entré a Kwiyangni, confirmé que él no estaba muerto, sino vivo. Entonces, ¿prefirió esa clase de muerte para dejar su eterna huella en esta tierra del destierro?

Recordé el comentario del maestro Kichun Yom de anoche. Borracho, confesó un secreto que solamente lo sabía él: Kang tenía vínculos con este pueblo de Kwiyangni. Dijo que eso le había contado la anciana Wang después de la muerte de Kang.

Fue un mes antes de la muerte de la anciana. Después de pasar la noche de vigía fui a su restaurante para desayunar. La anciana estaba postrada. Me llamó a su cuarto. Como la anciana perdía la razón a cada rato, nadie la cuidaba bien creyendo que faltaban pocos días de su muerte. La anciana agarró mi mano y me hizo recordar que una vez me había encargado arreglar sus lentes en mi viaje a Chunchon. Señal que la anciana no había perdido la memoria totalmente. Y, de repente, me preguntó si sabía quién era el maestro Kang. ¿Quién era el maestro Kang? Pues como no sabía cómo contestarle, quedé callado. Entonces la anciana empezó a hablar de eso y otras cosas como una loca.

«Es que estoy segura. Sin duda, es el hijo de Myongdog Yong, hija de Chesong Yong. Su nariz y sus labios están muy

distantes y sus ojos están rasgados hacia abajo. Igualito a su abuelo materno. Salió a la línea materna. No sé en qué año. Creo que fue antes de la guerra. Vi con mis propios ojos que Myongdog Yong llegaba de plena noche a su casa con sus hijos pequeños. Ella nació en el mismo año que mi hijo. No, mentira, parece que fue en el otoño del año de la guerra».

Desde ese momento, la anciana contó sin hilar una secuencia.

El año de la independencia, un criado de una casa del pueblo de Tedongni, que había matado a unas personas a hachazos, raptó a la hija de Chesong Yong al sur del paralelo 38°. Y ese, el mismo año de la guerra, apareció de nuevo y mató a otros.

En fin, la anciana, a pesar de su cuento en desorden, reconfirmó que esa mujer Myongdog Yong llegó en forma clandestina con sus hijos a su casa de Kwiyangni; pero la gente, al enterarse, incendió su casa con kerosene y mató a todos. Dijo que habían matado a todos, pero también dijo que Kang era uno de esos hijos. Era un cuento incomprensible.

Si los habían matado quemándolos a todos, aunque el pueblo desapareciera debajo del agua, habría muchos que lo recordarían, ¿no es cierto, profesor Yom? intervine.

Naturalmente pensé así también y traté de averiguar, pero no reuní muchos datos. Pero algunos recordaron que la casa de Chesong Yong estaba debajo de la montaña, apartada del caserío, y que fue incendiada. Mas nadie se acordó cómo fue incendiada ni si había gente adentro o no. Algunos dijeron que esa casa, al estallar la guerra, había quedado vacía y había desaparecido debido al bombardeo. Pero nadie supo que la tal Myongdog Yong vivía allí con sus hijos o que allí estaba su esposo también. ¿Quién sabe? Quizás sabiendo todo, no dirían nada. Si era cierto lo que había dicho la anciana, la mayoría de la gente del pueblo era culpable. Cuan-

to más culpables, tanto menos saber la verdad. Claro, algo acaecido durante la guerra, cuando la vida del ser humano era igual a la vida de una mosca, ¿quién lo recordaría con detalles ahora?

Ya no había ninguna gota, quizás el viento había ahuyentado a la lluvia. El cielo se aclaró.

—¿Va a subir más?

Jwang me preguntó alzando su cuerpo reclinado en el viejo pino.

—Como llegué hasta aquí, subiré hasta la roca Chima. ¿Habrà todavía abundante kenusam?

—Esa planta no es nada especial; pero, como dicen que escasea, mucha gente la codicia. La gente que vino a llevarse las plantas de azalea o kenusam bajó con las manos vacías. Decían que la mujer que vive en esa casa solitaria no les había dejado sacar las plantas. Me preguntaron quién era ella, y les contesté que era la dueña del valle de Koyakol.

—Si subo ahora, ¿podré ver a la dueña de Koyakol?

—Ahora no está. La busqué en el campo de cultivo, pero no está. Parece que se ha ido a recoger raíces a alguna montaña lejana porque la puerta está con candado.

—¿Tenías algún asunto para tratar con ella?

—He venido dos días seguidos, pero no la he podido ver. Es que necesito consultarle por un asunto del pueblo.

—Buen gobernador del pueblo porque anda visitando hasta las casas solitarias.

—Es que la Asociación de Jóvenes de Kwiyangni quiere hacer algo en común. Una vez, sin experiencia, cultivé ají y ajo, y fracasé. Esa experiencia me dio una buena lección, y esta vez no quiero repetir el fracaso. Investigué todos los terrenos y, como dice la gente, la tierra de Koyakol es la mejor para cultivar ají. Este otoño, para probar un poco, quiero empezar con las verduras.

—¿Los jóvenes del pueblo van a comprar el terreno que no pudo comprar el empresario Kwon?

—¡Qué va! No queremos comprarlo, ni ella querrá venderlo aunque quisiéramos. Pensamos alquilarlo durante unos años y cultivarlo en conjunto. Naturalmente, ella se encargará de administrarlo.

—Quiere decir que debe cambiar los cultivos de ahora.

—Francamente digo que su cultivo no es, en realidad, un cultivo. La razón por la que pensamos en este campo surgió también porque queremos convertir su campo en algo productivo.

—Viniste a hablar de eso; pero ella, ¿te aceptará?

—Ese es el problema. Dos veces ya la hemos visitado y hablado de nuestro proyecto; y ella, simplemente, se ha quedado callada. No obstante, el hecho de habernos escuchado ya significa un 50% de respuesta afirmativa.

Desfalleció mi corazón. Pensé que el llanto de una mujer que ha vivido sola guardando este valle se convertiría en una risa de mujer fácil. Me puse impaciente.

—¿Realmente necesitan tanto este terreno de Koyakol?

—Como usted habla así, le seré franco. En realidad, no necesitamos tanto este campo.

—Entonces, ¿qué...?

Jwang quedó silencioso. Le ofrecí de nuevo un cigarrillo, pero lo rehusó con su mano. Miró el valle que estaba frente a nosotros. Milagro, en ocho años había cambiado totalmente: sus hombros ya no estaban erguidos ni sus miradas estaban tan desafiantes.

Toqué el tema ligeramente.

—Esta es la razón. La gente del pueblo notó que ella está cambiando bastante estos días, se está desmoronando. Cuando se siente sola, llora; y cuando está enfadada habla groserías. Quizás, desde el momento de su llegada a este valle, ella habría vivido sola; pero, como nosotros la mirábamos con

diferentes ojos, como si fuera un animal raro, no lo habríamos notado.

—Con que, después de más de diez años, ustedes empezaron a aceptarla como una vecina. ¿Eso es?

—Exacto. Tratamos con mucha frialdad a una vecina a quien deberíamos tratar con más cariño.

—¿Eso no es una especie de sentimentalismo?

—¿Y eso qué? En la reunión pasada de la Asociación discutimos sobre eso. Y nuestra conclusión es que debemos sentirnos culpables de haberla abandonado. La culpabilidad que sentimos por la muerte del maestro Kang se concretizó al tratar el asunto de ella. Nuestro sentimiento de culpa es: ella era víctima y nosotros éramos culpables por castigarla directa e indirectamente.

Quise comentar que, entonces, la madre de Susy no necesita matarse en la tierra del destierro como el maestro Kang. Pero me callé. Vi el rayo de antes en la mirada de Chebom Jwang, quien estiró la mano para mendigarme un cigarrillo que hacía poco había rehusado. Sorprendentemente, como si leyera mi pensamiento, él mismo habló lo que esperé.

—Para mí, la señora nunca estuvo tan desesperada como ahora. Se podría decir que su maltrato llegó al límite. Maltratarse de ese modo es muy terrible y puede llegar hasta la negación de uno mismo; por eso pensé que, si la dejábamos así, podría tener un fin igual al maestro Kang. Ella vale más que el maestro Kang porque, como una persona desterrada, vive en una tierra sin lamentos.

De nuevo, con su dura crítica contra la muerte de Kang, hizo revivir la presencia carismática de Kang en el valle de Koyakol. Recordando la escena del encuentro de Kang y la madre de Susy, dijo:

—En fin, estos dos eran muy especiales. Ahora me pongo a pensar que quizás ambos se portaban con una especie de hi-

pocresía, engañándose a sí mismos; pero entonces no pensaba así. Qué raro, ¿verdad? Cuando el maestro Kang venía acá, lo acompañé algunas veces. Me pareció muy rara la escena del encuentro de los dos. Parecían celebrar algún rito. Ambos actuaban y hablaban con mucha formalidad y, de vez en cuando, guardando silencio, echaban miradas a la montaña. Me parecían muy solemnes y respetuosos.

—Los dos corazones se comunicaban íntimamente sin muchas palabras, ¿no?

—Quizás...

—¿No te pareció que ambos estaban enamorados?

—¿Enamorados?

Me repreguntó poniéndose rígido. Mi pregunta habría sido una sorpresa. Quedó un poco pensativo. Luego, sin más palabras, miró mi reloj y dijo que tenía una reunión de los jefes de los caseríos en el pueblo. Jwang recogió los puchos del suelo y los sepultó debajo de la piedra. Se fue diciéndome que me visitaría en la noche en Aguas Minerales.

* * *

Ya no tenía tanta tensión como el soldado que espía en la tropa enemiga. Ni estaba molesto por la actitud de la madre de Susy, que anoche había rechazado nuestra invitación. Estaba decidido ir allí aunque ella estuviera en su casa.

Sin embargo, no tenía la menor intención de humillarla llevándole el casete como un arma. Después de escuchar todos los casetes en Seúl, decidí devolverlos a Susy. Y quería poner en claro sobre eso a «la mamá coreana». Por otro lado, quería saber en Koyakol las causas del derrumbe y soledad que se notaban en los casetes.

La humilde casa seguía igual como hacía ocho años. La diferencia estaba en que había más pedazos de láminas en el

techo, el establo en el jardín de atrás estaba totalmente derribado, en lugar de establo había una bodega muy humilde donde apenas se podía guarecer huyendo del viento y de la lluvia. A pesar de la sequía, alrededor de la fuente debajo del sauce, había bastante agua y allí crecía en desorden el minari. El sauce estaba sin hojas por la invasión de mariposas blancas.

La casa no estaba vacía. Una pareja de patos con sus cinco crías andaba parpando en el campito de minari. Unas cinco gallinas andaban en el campo de torachi, detrás de la casa. Lo que me sorprendió fue la presencia del perro amarillo que me hizo recordar uno idéntico que me había ladrado hacía ocho años. El perro miró sin interés al visitante poniendo su cabeza en la parte alta del jardín donde había unos dos sacos de papa. ¡Qué perro tan raro! No temía al visitante ni le llamaba la atención. Había otro animal desinteresado en el visitante: la vaca amarrada en el tronco del roble cerca de la casa, previniendo la lluvia. Generalmente la dejaba en el valle. La vaca tenía buen color y estaba gorda. La había alimentado bien.

Me senté en la banca debajo del sauce, al lado de la fuente, después de limpiarla con la palma de la mano. La ladera del monte de enfrente, muy accidentada, parecía estar cubierta de flores verdes por la enredadera de saeta que cubría el bosque. El cielo estaba lúgubre, el bosque negruzco en pleno verano, el sonido del agua que se escuchaba apenas... De repente mi corazón se vació y sentí una tremenda soledad, soledad que sufría varias veces al día desde el día de mi llegada a Kwiyangni, hacía once años. Era una soledad acompañada de desesperación y consuelo. Me desesperé porque tenía deseos que no podía saciarlos, y por esa razón tuve que abandonar a mi mujer y la vida bulliciosa de la ciudad. Me consolé porque había abandonado todos los deseos y odios y

había llegado a ser un ermitaño. Sentía una tremenda soledad siempre que me enfurecía pensando que no los había abandonado yo, sino que yo había sido abandonado por ellos. Poco a poco, acostumbrándome a la vida marginada, la vida ermitaña, separada de otros, se consolidó más y formó una capa protectora en mi conciencia. Durante ocho años de vida en Seúl, esa capa sólida de marginación se adornó con más colores. Pero en este momento en el valle Koya-kol de Kwiyangni, de repente, vi mi propio rostro, arruinado y derrumbado, bien guardado dentro de esa capa endurecida. Sentí calor en mi rostro, la vergüenza me hizo temblar sin misericordia. Me avergoncé. ¿El momento del nirvana no sería semejante a este estado? Este pensamiento llenó mi corazón vacío. ¿La soledad es un sentimiento que pasa rápido a otro sentimiento? Mirando la montaña de enfrente creí haber comprendido en un solo momento por qué se había muerto de esa forma tan cruel el maestro Kang. El profundo dolor por su muerte pasó a otro estado de sentimiento. Si estuviera la madre de Susy delante de mí, la saludaría con cortesía tal como le había saludado con mucha formalidad el maestro Kang.

Pensé esperarla aunque fueran horas. Pasando la hora de almuerzo, si tengo hambre, lavaré papas moradas en el agua de la fuente y las comeré. Si tengo calor, me meteré al arroyo del valle y me enfriaré. Si llueve, me mojaré de lluvia y llevaré la vaca a la bodega. Si busco encontraré comida para el perro, y podré ayudar a los patos y las gallinas llegar a la casa.

Sentado en la banca, estuve embriagado por el espectáculo de una mañana gris y oscura en Koyakol. Mi sentimiento correspondía muy bien al llanto de una parte del casete.

El casete que escuché en Seúl estaba lleno de llanto. Nunca he oído un llanto tan conmovedor como el de ella. Era un

brote de todo lo que había guardado toda la vida. De vez en cuando era un llanto doloroso y en otros momentos, un grito; luego pasaba a un llanto quejoso y después a un llanto de maldición.

Cuando se acababa una parte del casete, ella habló entre llantos:

* * *

Susy, mi querida hija Susy, empecé a tomar licor porque me dio miedo el viento que azota esta noche de invierno. Bebí licor desgranando dos sacos de maíz para la comida de la vaca. Tomé licor y ahora estoy muy borracha. Susy, no sé por qué hoy lloro tanto. Quizás se me salen las lágrimas porque Dios me castigó por no haberte dejado llorar cada vez que querías. El perforador que utilicé para desgranar el maíz perforó mi mano y salió sangre. Al verla, se me salieron las lágrimas. No sé por qué estoy viviendo así. Tomo licor cuando estoy enferma, y tomo también cuando no tengo sueño en una noche profunda como esta. Cuando quiero verte, vacío toda la botella de un solo sorbo y me echo al suelo. Hoy lloré al recordar que un día te peinaste después de haberte lavado solita, queriendo desrizar tu cabello como el mío. Casi arrancaste tus pelos rizadísimos con el peine. Susy..., perdóname. No debí haberte mandado así allí. Susy, vuelve, por favor. Tú eres mi hija... de Corea...

* * *

Cucú...cucú...cucú...

Desde el bosque detrás de la casa cantó triste un cuclillo. El cuclillo es un ave migratoria, más inteligente y más astuta que cualquier otro pájaro que vive en el bosque. No se pre-

ocupa por hacer su nido y, en la época de poner huevos, el macho y la hembra andan juntos fijándose en los nidos de otros pájaros menos inteligentes y, cuando estos ponen huevos, inmediatamente ponen un huevo en cada nido de ellos. Y, andando de cerca de esos nidos ajenos donde crecen sus crías, les enseñan su lenguaje. Ahora estaría cantando para enseñar a sus crías que «eres un cuclillo». Su voz triste es una condensación de mucha reflexión y agonía. Lo trágico del destino causado por ese pájaro no termina allí. La cría rompe el cascarón dos días antes que otros huevos y bota los otros huevos con sus alitas porque le fastidia el tacto frío. El pájaro madre, sin saber que sus crías descascaradas se mueren tiritando de frío en el suelo, le lleva comidas al pichón cuclillo, porque cree que es su cría.

Susy también habría conocido la costumbre del cuclillo, que pone su huevo en nido ajeno, porque se comparó con el cuclillo. Cuando terminé de oír todo el casete grabado por su madre, yo también pensé que ella era una triste cuclillo que cuida sus crías en nido ajeno. Sin embargo, este pájaro madre, aunque enseñe su lenguaje dando vueltas por el nido ajeno como otros cuclillos, no podrá llevar a su cría aunque tenga alas suficientemente fuertes para volar. La garganta de esta madre pájaro se reventará y morirá desesperada porque su lenguaje no es comprendido por su cría.

En la carta enviada junto al casete, Susy escribió claramente lo que pensaba acerca del contenido del casete, una narración de la vida de cuatro estaciones en Koyakol, grabada sin orden por su protagonista llamada Okkyong Han, la madre de Susy. Era un rechazo y reto claro de la cuclillo tierna que crecía en un nido ajeno. Una carta contra su madre pájaro que le confirmaba su linaje andando alrededor del nido.



Al segundo año de mi visita a la mamá coreana recibí este casete. Seguramente la mamá coreana se dio cuenta de mi decisión. Era la última esa visita a Koyakol en Kwiyangni, que fue mi nido durante once años, desde tres años hasta los catorce años. Si no, no puede haber un cambio tan drástico de su corazón. ¡Qué raro!, porque ella, durante más de cinco años, cuando le mandaba tres o cuatro cartas al año, no me contestó ni una vez, y ahora me envía esto. No la puedo comprender. Jamás me imaginé que el tocacasete que había dejado en la casa de Koyakol en mi visita de hace dos años le serviría para que ella me enviara su propia voz.

Necesité mucho tiempo para oír todos los casetes que le estoy enviando a usted. De verdad, duró varios días porque tenía que escucharlos solita donde no hubiera nadie. En mi casa viven varios, hay también tres huérfanos coreanos.

Pienso independizarme en cualquier momento y salirme de esta casa. Ahora ya estoy en la edad de llevarlo a cabo; pero, como mi «mammy» y mi «daddy» me pidieron que cuidara a los niños en situación semejante a la mía, trabajo aquí en casa y estudio en la universidad. Mi «mammy», una profesora del colegio, y mi «daddy» crían a los huérfanos de varios países encargados por el gobierno. Naturalmente, el gobierno les paga dinero. Mi caso es diferente porque soy la hija adoptada de ellos. Los niños que crecen en mi casa tienen buena suerte. July, que llegó de Corea conmigo, se salió de su casa y vive haciendo cosas malas, porque su padre adoptivo durmió todos los días con ella en la cama como si fuera su mujer.

Jamás voy a ser una mujer que viva sufriendo por hacer cosas malas. La mamá coreana, al mandarme a Estados Unidos, me dijo: «La vida desgraciada como la mía debe terminarse conmigo». Decía ella que, como yo ya era una estado-

unidense antes de nacer, no tenía por qué sufrir por el complejo como otros niños mixtos. Ella me enseñó con esmero cómo hablar en inglés desde niñita porque deseaba que yo me identificara como una estadounidense. Cuando lloraba porque la gente me miraba como si viera una mona, ella me pegaba muchísimo diciendo que los estadounidenses no lloraban en voz alta. Hace dos años cuando la visité en Corea, no pude llorar porque no me había acostumbrado desde niña. Por ser una mujer tan dura pudo entregarme a los padres de aquí. Ella nunca vendrá acá, ni puedo invitarla acá aunque me case, porque ella firmó que renunciaba a su derecho de madre. Dicen que, aún así podría invitarla como sirvienta; pero dicen también que es casi imposible hacerlo. Francamente le digo que no quiero invitar a mi mamá coreana.

Mejor, porque pensaba botar toda la sangre de mi mamá coreana de mi cuerpo, y se realizó eso gracias a los casetes que ella me envió. En los casetes había una sombra que oscurecía la sangre de ella. Ella es una mujer desgraciada debido a la sombra del destino que manchó su sangre, siendo una coreana del pueblo de un solo color y de una sola sangre. El pueblo, aunque esa sombra es su hechura, la considera un pecado y algo prohibido. Y no deja llegar el sol a la sombra. La sombra llega a tener zanjas profundas y esas zanjas se pasan a los hijos. Los hijos, crecidos en la sombra, viven escondidos dentro de su caparazón como caracoles y, cuando llega el momento sombrío, empiezan a reventarse. Es igual a un rito chamánico. Eran partes del rito de mi mamá coreana: querer matarme llevándome a Koyakol; vivir aislada del mundo allí. La sombra de mi mamá coreana era tan fuerte que sufrí mucho más que cualquier otro niño adoptado. No pude olvidarme de Corea ni de mi penosa vida coreana.

Pude confirmar que esa sombra había desaparecido de mi cuerpo después de mi visita de hace dos años a Kwiyangni.

Los rostros de mi «mammy» y mi «daddy» me lo decían. Para quitar esa sombra me ayudaron mucho los de aquí, que no relacionan el amor sexual con el deseo de mantener su clan.

Sin embargo, estos casetes me hicieron sufrir mucho. Francamente, le digo que no me imaginé que la sombra podía cubrirme de nuevo tan fácilmente. Mi «mammy» y mi «daddy» se preocuparon mucho por mi cambio. Querían saber qué decían los casetes. Me pidieron escucharlos juntos, pero les dije que no. No pude explicarles sobre mi mamá coreana ni quise hacerlo. Además, ¿cómo puedo hacerlos comprender el triste llanto en voz alta de mi mamá coreana? Aunque pudiera hacerlos comprender, no quise que la gente de aquí oyera su llanto. No ocurrirá; pero, por si acaso, si viese por casualidad a Cooper o a esos tres negros mencionados en los casetes, no los haré oír su llanto.

Ellos no son culpables de su llanto. El llanto es de la sangre que corre en las venas de su cuerpo; por tanto, puede ser comprendido y consolado por los de su misma sangre y con estos se puede hablar de culpabilidad. Es una sombra hecha por la realidad dividida de Corea. Es el derrumbe total de la historia de Corea, de su moral, y de sus reglas tradicionales y del encierro causado por el énfasis de una sola sangre. Todo por la presencia de fuerzas extranjeras. Ese llanto que ni ellos mismos quieren oír, ¿por qué los de aquí tienen que oír? Claro, ellos, si lo oyen, se asustarían, brillarían sus ojos y querrían consolar ese llanto con su mantaquilla. Con ese cariño y atención que dan a los animales domésticos: por qué dejó mojar al perro, el perro también es una vida; por tanto, es inhumano criarlo afuera, etc. Es cierto que en el fondo de ellos existe la responsabilidad moral y el espíritu justiciero de un racionalista. Pero esto encaja bien en la estructura social muy típica de ellos donde existen aspectos antagónicos al mismo tiempo. Por esta razón, esperar algo de ellos es un grave error y senti-

mentalismo. Su voz y su llanto me afectaron mucho pero allí quedaron. Ese impacto no me causó conmoción, dolor, ni llanto porque yo ya estoy acostumbrada a la estructura social de aquí.

Lo que sentí fue un odio. Odio contra el deseo de una mujer coreana que quiere transmitirme la sombra que le había pasado su propia madre. El odio llenó todo mi cuerpo. Al pensar que la coreana, para fastidiarme, me había enviado esas cintas, tenía ganas de echarlos al basurero. Quizás tenía miedo de volver a oírla. El miedo me hizo ver la terrible maldición en el momento cuando los echaba al basurero. La sombra de ella estaba manchando y oscureciendo mi sangre.

En ese momento pensé en la manera de ahuyentar ese mal espíritu pegado a mi cuerpo. De niña vi una escena de un rito chamánico en Kwiyangni. El chamán, poseído del espíritu, corrió a un hombre entre los espectadores y le gritó, pegándolo. El que fue pegado con el palito era el maestro Kang. Él, al saber que yo era una hija natural, había hecho inscribir mi nombre en la partida del nacimiento de mi madre. Crecí deseando que él fuera mi verdadero padre.

A él quise mandarles estos casetes. Pero este plan contra el mal espíritu era en vano, porque recordé más tarde que él se había muerto ya hacía tiempo. En Estados Unidos, los hechos de Corea se olvidan fácilmente y, aunque los recuerde, no están ordenados cronológicamente.

Entre los recuerdos desordenados de Corea lo rememoré a usted, maestro Shinje Cho. Usted había arrugado su nariz porque yo tenía un olor raro. Cada vez que usted intentaba tratarme bien, lo detesté más. La mirada suya hacia mí era una mirada sigilosa que ve de reojo a los perros en pleno acto sexual con sus culos pegados. Mientras estudiaba con usted, de verdad apestaba más a animal y mi cutis se puso más negro.

Se me vino una idea: mandarles estos casetes. Sé que usted se fue a Seúl; pero como no sé a qué escuela, decidí mandarlos

a la Escuela Primaria Kwiyang de Pungnamnyon. Apuntaré en el sobre que, por favor, entreguen estos casetes al maestro Shinje Cho. Aunque no le lleguen, no me importa. Basta que lo reciba algún coreano. Quizás se le devuelvan a ella. ¿Qué queda aunque suceda eso?

Soy el pichón del cuclillo. Crecí en nido ajeno, pero no quiero vivir en la sombra maltratándome como ella por confundir a mi madre con otro pájaro.

* * *

El cielo negro que casi se caía abajo esparció unas gotas de lluvia que luego cesaron. Difícil que llueva. Pero, ¿si llueve a cántaros y hay una inundación?

Sería por mi preocupación anticipada porque el cuclillo desde el arbusto de la ladera del monte lloró más triste que nunca.

Cucú, cucú, cucú...

(1987)

EL LLANTO DEL HÉROE

JAMÁS, DESDE QUE NACÍ, me habían golpeado tan fuerte como esa vez. Me llevaron al escondite detrás del auditorio de la escuela y me pegaron. Recibí todos los golpes sin lanzar un gemido. Aunque hubiera gritado, nadie habría podido auxiliarme de esa tortura. Fue en una tarde avanzada del sábado en la que me llevaron a la fuerza desde la biblioteca hasta el auditorio. No había nadie. Además, el auditorio estaba muy alejado del edificio principal. Estaba al otro lado del campo deportivo y muy lejos de todos los edificios. Eran siete del grupo de repitentes. Economizaron palabras haciendo una burda pantomima. Kipyó se quitó la camisa y golpeó contra el muro la botella de gaseosa que tenía en su mano derecha. Con el vidrio roto se rayó el brazo desnudo. Desde la piel rasgada borbotó la sangre roja y oscura. Acercó su brazo ante mis ojos. Lámela, dijo alguien. Volteé la cabeza al otro lado, entonces unos tres o cuatro que me rodeaban me dieron patadas en la rodilla. Cuando el líquido espeso llegó a la punta de mi lengua, me dio náuseas. Algo abominable se me subió. Recién tembló todo mi cuerpo. Dominado por el miedo, me arrodillé y rogué juntando las dos manos. Ellos me levantaron. Aflojaron mi cinturón del pantalón y me lo quitaron. Me sujetaron los brazos en ambos lados. De repente, sentí un dolor como si clavaran un cuchillo en mi pierna desnuda. Pataleé en vano. Era un dolor difícil de explicar. El cuchillo parecía permanecer mucho tiempo

en la pierna. Sin embargo, olí a carne quemada. No, no era un cuchillo, sino el cigarrillo encendido con el que quemaban cinco lugares en mi pierna. A ver, grita. Si lo haces, te matamos. Uno me habló en el oído. Poco a poco perdí la conciencia. Sin embargo, una palabra de Kipyó se me grabó:

—No te ufanes.

Esa era la causa de la tortura. Fui el primer blanco de repitentes del segundo año.

—Jude, ¿te vas a quedar callado?

Jyong-wu me preguntó en el restaurante de fideos. Aunque no había contado nada, todo el mundo lo sabía. Durante unos días cuando circulaba el rumor, estaba con mucho miedo. Si el rumor llegaba a los profesores y había problemas, de hecho se acababa mi vida. Kipyó era capaz de hacer cualquier cosa.

—Ese tipejo es un diablo.

Jyong-wu me empujó con ojos compasivos. Sin responderle nada, me sonreí. Me porté así ante todos. Era el orgullo de un hombre superior que había ganado experiencia. En la mirada de Jyong-wu, que me empujaba, vi el miedo de un hombre sin experiencias que envidia a uno ya experimentado. Era muy natural que algún día Kipyó le hiciera lo mismo a Jyong-wu. Era el destino común de todos nosotros que estábamos en el mismo barco con él.

* * *

Ese día, después de terminar la división de clases y grupos, recibir el número de matrícula y ordenar el asiento de cada estudiante, el profesor Kim, el encargado del salón, dijo:

—Declaro el inicio de la navegación histórica de los sesenta y seis hombres. Espero que no haya ningún fracasado ni un desviado hasta que llegemos a nuestro destino. Les ad-

vierto que no perdonaré a los que impidan nuestra navegación ni a los que siembren la confusión en nuestra ruta. Tal como cortamos las ramas torcidas cuando cuidamos el árbol, ustedes mismos deben saber expulsar a los que están en contra de nuestra embarcación. Lo más importante para nuestro buen viaje es que muestren la inteligencia de estar unidos mediante el amor y la confianza.

El nuevo profesor, a pesar de ser de la especialidad de ciencias, era elocuente; trató de conmovernos con ejemplos apropiados. Lo que le importaba era tener un año sin problemas.

—Ustedes tienen las riendas en sus manos. Cuando crean necesario, ustedes mismos jalarán esas riendas para controlarse a sí mismos. Lo que me preocupa es que ustedes me pasen esas riendas a mis manos. A mí me gusta la palabra *autonomía*.

Con el malabarismo de la palabra *autonomía*, el maestro nos estaba capturando. Me acordé de un artículo de la revista teatral. Un buen director conseguía que los mismos actores se convirtieran en directores de su papel. Los compañeros estaban emocionados con el nuevo maestro, pues parecía fabuloso e ideal. El salón, compuesto por cuatro o cinco muchachos procedentes de catorce clases del año anterior, estaba muy silencioso. Me pareció ridículo el ambiente serio porque era un hecho de que dentro de unos pocos días sus palabras ya no pesarían. Quería romper este ambiente algo solemne.

—Profesor, ¿quién es el capitán de nuestro barco?

Me paré y le pregunté. ¿Quién es el capitán? Quise revelar el objetivo escondido del maestro, que esperaba dominarnos como un rey aunque usara la palabra *autonomía*. Los compañeros, por mi pregunta inesperada, empezaron a relajarse.

—¿Quién es el capitán de este barco? A ver, ¿me puedes dar tu nombre y tu número de matrícula?

El maestro, con una amplia sonrisa en el rostro, me contraatacó. Tenía que pararme a medias con la cara enrojecida ante su pregunta inesperada.

—Jude Yi y mi número de matrícula es 35.

—¿Judas que vendió a Jesús o Judá, hijo de Jacob?

Los compañeros soltaron una carcajada.

—Ju, De, Yi.

—Muy bien. Desde este momento Jude Yi será el capitán provisional del Salón 13 del Segundo Año durante una semana. Después de una semana elegirán al nuevo capitán. Les repito: los dueños de este barco son ustedes mismos. Capitán Jude Yi, ¿comprendes lo que digo?

Los compañeros aplaudieron riéndose. Alguien dijo: ese se muere por ser el presidente del salón. ¡Qué problemas! Empecé con una broma, pero por la vivacidad del maestro llegué a ser el presidente provisional del salón. El maestro había terminado la primera hora sin darme la oportunidad de negarme. Esa habría sido la causa decisiva de la cólera de Kipyó.

* * *

—A ver, ¿qué piensas de nuestro salón siendo presidente durante una semana?

El maestro hacía visitas a cada familia. Los maestros, de visitantes, eran diferentes. Eran más amables. Sin embargo, nos sentíamos más incómodos y más humillados. La experiencia decía que, después del día de la visita del maestro, quedábamos inútiles como serpientes sin veneno. Los maestros aprovechaban la visita para obtener informes.

—Sus compañeros están felices por tener un buen profesor.

Mi madre lo alabó con cortesía y el maestro, sin apartar los ojos de mi rostro, se hizo el que no oía. En realidad, los

compañeros sabían quién era el buen maestro. Para ellos, era uno que los comprendía y que guardaba en secreto lo que deseaban los alumnos.

—¿Qué tal si sigues de presidente?

Esta vez, el maestro habló para agradar el oído de mi madre.

—No, a mí no me conviene ese oficio.

Lo negué tajantemente. Mi madre salió en mi apoyo:

—Sí, señor maestro, mi hijo odia ser presidente.

No estaba convencida pero me apoyó. No se olvidaba de lo que le había dicho. Siendo presidente no podía estudiar bien. La presidencia de tres años anteriores bajo la insistencia de mi madre me enseñó cuán difícil y cuán solitario era estar delante de otros y en un lugar más alto. Para mí la presidencia era un yugo terrible. En vez del privilegio de gobernar a otros, prefería la tranquilidad mental siendo gobernado por otro. No quería ser un solitario. También vi vagamente la sombra de soledad de otros como Kipyó, que tenía el deseo de mandar a los demás.

—Tiene razón. En realidad, es mejor que se dedique a estudiar que a la presidencia. Es una lástima, pero tendré que buscar un sustituto.

Mi maestro era un experto para concluir algún asunto con inteligencia y vivacidad. En fin, pude salir del yugo y según la teoría de mi maestro otro tenía que ser la *nueva víctima*.

—¿Qué te parece Jyong-wu Im?

El profesor nos había observado cuidadosamente durante una semana. Sabía quién era quién en poco tiempo, sabía quién quería ser presidente.

—Jyong-wu es idóneo para este cargo.

—¿Jyong-wu? ¡Dios mío! ¿De nuevo estás con él? Mire, profesor, Jyong-wu y mi hijo son amigos desde Middle School. Los dos siempre competían por el primer puesto de toda la

escuela. En las clases particulares estudiaron juntos también. Claro, mi Jude le ganaba siempre y... Ciertamente, podrá ser un buen presidente. Sabe liderar —intervino mi madre.

Durante los tres años anteriores ella esperaba que yo mostrara un liderazgo ejemplar; pero era Jyong-wu el que tenía tal liderazgo, como comentó ella con resignación. Era serio, arrogante y decisivo, y, cuando quería hacer algo, lo lograba a cualquier precio. Aparentemente aceptaba las indicaciones de las autoridades de la escuela; pero, cuando les descubría un error, tenía el valor de oponerse. En una palabra, tenía mucha popularidad entre los compañeros.

—Dime, ¿en nuestro salón habrá algún chico problemático?

Quería que le divulgara el nombre de la rama torcida que podía obstaculizar nuestra navegación que había mencionado en el primer encuentro. Tuve ganas de mostrar mis rodillas de donde todavía manaba un líquido por la quemadura de los cigarrillos. Quizás esperaba que le comentara sobre Kipyó. No había duda de que el maestro del año anterior le había pasado la información sobre este repitente. Sin embargo, no pude abrir la boca. No pude hablar mal de un compañero delante de mi madre.

—Ese Kipyó Choe, ¿no es problemático?

El maestro esperó con paciencia mi reacción. Volteé la cabeza porque sentí como si le hubiera mostrado las llagas de mis rodillas.

Mi madre se preocupaba mucho por la educación. Quería saber todo lo que sucedía en la escuela. Dos veces a la semana llamaba al maestro. Pero ella no sabía nada de las llagas en las rodillas de su hijo que estaba más cerca. Era insignificante mostrar mis llagas a los mayores que no sabían quién era Kipyó Choe.

—Correcto. La cosa no termina con ser repitente de un año. Es un muchacho muy problemático. Es que usted sabe que

hay rostros que desde el primer momento revelan la maldad, ¿no? Ese chico es un prototipo de los delincuentes. Es sombrío, cruel... Me confesó el maestro del primer año que por él había perdido diez años de vida. Y dijo que me compadecía. Usted podrá imaginarse mi preocupación.

—A un chico como él, ¿por qué no lo expulsaron hasta ahora? Su escuela tiene fama de ser rigurosa, pero...

El rostro de mi madre se oscureció por la duda.

—Ese es el problema. Como este chico es tan astuto y vivaracho, para algo grave que pueda ser causa de expulsión no mete la mano directamente, solo dirige desde atrás. Por eso, un ingenuo es el que sale mal en vez de él. Varias veces fue sancionado; pero, como no encontramos una prueba decisiva, no lo pudimos expulsar.

Él no podía contar la verdad, le tenían miedo, temía su feroz venganza. Por eso no lo pudieron expulsar. Pero me quedé sorprendido. Kipyó era un chico poco común porque en unos pocos días el maestro ya sabía quién era él, y hasta se acaloró al hablar de él.

De repente, me imaginé la lucha a muerte entre el maestro y Kipyó. Esa lucha seguiría durante un año. Juzgando por la situación del momento, Kipyó podía ganar; pero el maestro tampoco era un cualquiera. En esa lucha quizás participaría Jyong-wu. ¿En qué lado se colocaría Jyong-wu? Sería muy interesante observar de lejos esa lucha.

—Es que los alumnos de hoy son muy diferentes a los de antes, nos menosprecian...

El maestro y mi madre hablaron de la pedagogía.

Era cierto lo que decía el maestro. No sabía desde cuándo; lamentablemente, considerábamos a los profesores como personas innecesarias y valorábamos más a los profesores de clases privadas. Nos encantaba el perfeccionismo de estos. El sentimiento de rechazo era recíproco. Como no respetábamos

a los profesores de la escuela, ellos tampoco nos educaban con cariño ni tenían la cara dura como los profesores de clases privadas. El problema estaba en la autoridad. Ellos querían tener la autoridad como los maestros de antes, la única recompensa que podían esperar en un mundo de valores cambiados. Sin embargo, nosotros nos burlábamos de la autoridad tradicional y preferíamos una autoridad más sistemática y más perfecta. Por ejemplo, mi madre estaba convencida de que con un poco de dinero se podía sobornar al maestro del salón.

Después de hablar de diversos temas, mi mamá preguntó:

—Profesor, ¿usted ha visitado la casa de Kipyó?

—Todavía no. Sus maestros del primer año tampoco pudieron conocer a sus padres. Es que ese muchacho les impidió. Vive en un barrio pobre al lado de la orilla del riachuelo Hañang. Y dicen que allí es muy difícil localizar una casa aunque uno sepa la dirección. Un muchacho me dijo que su padre está paralítico.

Yendo a la siguiente casa después de salir de la mía, el maestro me dijo:

—Jude, necesito tu ayuda.

—¿En qué?

—Necesito tu colaboración para nuestro salón. Sé que no eres un chico que avisa al profesor todo lo que sucede en el salón, pero me gustaría que me des consejos para todo el salón. ¿Puedes colaborar?

Me acaloré. Eso era un insulto. El maestro quería que fuera yo su espía. Así fue en el primer año. Tal como deseaba el maestro de entonces, le avisaba todo lo que sucedía en el salón. Me gustó. Ese gusto sería el que siente la gente que piensa en ser el protagonista de una historia. Con una falsa indiferencia gozaba observando a los compañeros que se movían por los resultados de mis informes. Me enorgullecía de haber

contribuido en bien del salón. Por la satisfacción de que era un bien para «nosotros» daba informes al maestro. Pero fui marginado por los compañeros a quienes consideraba bobos. Para ellos fui un simple espía dañino del poder «nuestro». Me dio cólera la traición del profesor del primer año, quien me había utilizado y pasado mis datos al nuevo.

—Espero que no lo tomes a mal. Yo, simplemente...

Mi rostro habría estado rígido. El maestro, mirando mi rostro, comentó:

—Es que yo también soy un ser humano, por eso esperaba tu ayuda.

—Profesor, Jyong-wu Im es la persona indicada para ese oficio. Él podrá manejar bien a Kipyoo Choe por quien usted tanto se preocupa. Mañana mismo nómbrelo de presidente.

—¿Será? ¡Qué bien sería si Jyong-wu pudiera manejar a Kipyoo tal como dices...! Si nombro a Kipyoo como vicepresidente del salón...

—Profesor, ¿es para ayudar a Kipyoo o para proteger a los demás desinflando el poder de Kipyoo?

El profesor me miró como si me preguntara qué significaba lo que había dicho. Luego, como si ocultara una vergüenza por haber mostrado una parte de la intriga, dijo:

—Es preferible aniquilar ese poder dañino para los demás.

Casi le dije: Justamente en eso consiste el poder de Kipyoo, pero desistí. Y más bien le comenté:

—Profesor, Kipyoo repitió y fue sancionado varias veces. Si lo nombra como un dirigente, otros compañeros no lo verán bien.

Me daba asco al imaginarme que Kipyoo estuviera en el estrado pidiéndonos colaboración e informándonos todo lo relacionado a la escuela. ¿A quién se le ocurrió, por primera vez domar al león en la jaula? Yo jamás me olvidaba de las llagas de mi rodilla.

En los Juegos Primaverales de la Escuela necesitamos un traje para la gimnasia en grupo, fuera del uniforme deportivo. Teníamos que comprarlo para demostrar la armonía y la cooperación del salón. Algunos se quejaron pero finalmente lo compraron. Pero los dos repitentes del salón no lo compraron hasta el último momento. El maestro intervino:

—Por dos personas no podemos romper la unánime solidaridad de nuestro salón. Sé que los dos no son de familias pudientes. Por eso, yo los preparé. Les agradeceré que los acepten.

Uno vaciló mirando a Kipyó. Pero Kipyó, con el rostro indiferente, miraba la ventana. El maestro puso la sudadera en cada pupitre y salió.

Apenas salió el maestro, Kipyó sacó el cuchillo de su bolsillo y empezó a cortar la sudadera, luego la botó al basurero. El otro lo siguió. Kipyó se acercó a Chongsu, que era el secretario del salón.

—Oye, ¿no puedes darme tu sudadera?

Chongsu le consintió con la cabeza. Kipyó repitió lo mismo al que estaba sentado detrás de Chongsu.

—Mira, ese tampoco pudo comprarla porque no tenía dinero como yo. Le darás la tuya, ¿sí?

El chico detrás de Chongsu también asintió. Así que todos los sesenta y seis alumnos de nuestro salón pudimos estar en la sudadera para el juego en grupo.

Para nosotros, Kipyó era un muchacho imposible de salvarse. No era así por su situación, sino que habría nacido ya con un carácter belicoso. Quizás tendría la sangre fría como algunos animales. Tenía unos ojos pequeños y asquerosos como los de la serpiente. No tenía siquiera la falsa bondad que suelen tener los hombres astutos. Era un malvado al cien por ciento. Estaba distante de un ser humano que siquiera una vez en la vida hacer algo que podríamos llamar fruto del

amor. Por ese natural carácter malévolos nadie podía amarlo. Su rostro daba miedo a los que lo miraban porque siempre tenía algún aire sombrío y envenenado.

Lo que me era difícil de comprender era que los que lo conocían, que en su mayoría estaban en el último año de bachillerato o eran ya graduados, no hablaran mal de Kipyó, a pesar de ser muy malvado. Nadie decía que él era bueno, pero tampoco había alguien que hablara mal de él. Sus víctimas, tampoco.

«Tienen miedo de hablar. Tienen miedo del mal». Quise pensar así. Pero yo mismo, por mi propia experiencia, sabía muy bien que no era cierto. Tuve temor solo cuando Kipyó me golpeó. No confesé a nadie el daño que me hizo, pero no porque temiera su venganza. A pesar de que me golpeó cruelmente, no pude odiarlo. Él tenía algún poder mágico.

—Hermano mayor.

Estábamos en el mismo año, pero nosotros llamábamos así a los 20 repitentes de nuestro año. Ellos querían que los tratáramos de ese modo, y así lo hicimos por el poder de Kipyó, que lideraba el grupo.

—Oye, préstame tu uniforme deportivo.

Algún chico de mala suerte, sin saber que el otro era repitente, le tuteó y como respuesta recibió una golpiza. La característica del comportamiento malévolos de Kipyó era que no había ninguna excepción.

—¡Escribe el nombre del club, sus objetivos y cuántas reuniones han tenido!

Esto gritó a los repitentes el Director de Asuntos Estudiantiles, entregándoles papeles en blanco, cuando sucedió una masacre en el mismo salón de clase. Ellos, desde el primer año, han sido investigados varias veces porque estaban fichados como miembros de un club clandestino. Sin embargo, el director no pudo lograr nada porque nadie decía nada de

eso. *El club de repitentes* era un apodo que les pusimos nosotros. Como no era un club, no tenían objetivos ni reuniones regulares. En los programas de televisión sobre animales, estos corren en dirección hacia donde se dirige su líder. Ellos eran como esos animales. Sencillamente se reunían en torno a Kipyó y hacían maldades de acuerdo a la situación. Por tanto, nunca programaban nada.

Kipyó fumaba en el salón. Guardaba cigarrillos detrás del cuadro del autorretrato de Gogh. En las horas de descanso sacaba sus cigarrillos de allí. La escuela era cristiana, por eso teníamos varios ritos religiosos cada semana. En esos ritos, el predicador lamentaba el desvío de la conciencia de la humanidad. En esas horas Kipyó quedaba de vigilante del salón en vez del chico encargado, fumaba o comía fiambres de otros compañeros. Por lo menos, diariamente, se comía dos fiambres de los compañeros. Como nadie protestaba, tampoco él se sentía culpable.

Durante esas largas horas adoloridas de la caminata por la calle que llevaba a la escuela después de que fui golpeado por Kipyó y sus amigos, lo único que pensé fue: Kipyó era el hijo del diablo.

Una vez cuando se lo comenté a un primo mayor que me comprendía muy bien, me confirmó:

—Claro que sí. El diablo que Dios rechaza es esta clase de diablo puro que no tiene ninguna posibilidad de corregirse, como ese tipo de quien me hablas. Gracias a esos diablos puros Dios se resalta más; pero Dios sufre, en el fondo. Por esta razón, Dios jamás expulsará a los diablos. Dejándolos a su lado, más bien aprovecha para resaltarse más.

En la tarde del último día del examen de medio semestre el presidente Jyong-wu Im fue golpeado por los repitentes. Nadie se lo esperó. Hasta ese Kipyó que era malísimo le hacía caso. Es que Jyong-wu sabía llevarse bien con todos. Por

su fidelidad, por su valentía de sacrificarse por otros y por su apariencia de un muchacho bueno caía bien a los compañeros. Otros profesores también elogiaban al presidente del Salón 13 del Segundo Año porque les gustó la cortesía de Jyong-wu. Él trataba a Kipyó como a un hermano mayor. Pero tampoco le tenía miedo.

Antes del inicio del examen de mayo, Jyong-wu cometió un error fatal. Faltando unos días para el examen nos reunió a unos cuantos que estábamos bien en los estudios.

—Ayudemos a esos dos un poco. —propuso— El maestro dice que, si esta vez fallan, hay posibilidad de repetir otro año más. No es bueno dejarlos en una situación sin solución. Claro que ellos también son responsables del mal rendimiento en sus estudios, pero su situación es tan grave que no podemos hablar de responsabilidades.

—Quieres decir que les tengamos compasión —comentó alguien.

—Salvar a un ser humano es muy diferente de una simple compasión.

—No quiero discutir más. En fin, ¿cómo podemos ayudarlos? —preguntó el que había comentado.

—Solo con un poco de sacrificio.

—¿Quieres decir que les ayudemos a plagiar?

—Sí. Pero, si no lo quieren hacer porque está en contra de las reglas de la escuela, también está bien. Simplemente se los pido como un favor.

—¿Si nos descubren?

—Toda la responsabilidad es mía. Digan que lo hicieron porque yo lo había pedido.

El modo de hablar de Jyong-wu nos impresionó.

—¿Si ellos niegan nuestra ayuda?

Algún muchacho expresó su preocupación. Cosa que también podía suceder.

—No creo que lo nieguen. En el examen de abril yo hice algo similar; por eso estoy seguro.

Vi la sonrisa astuta alrededor de la parte final de sus ojos. Ya no pude aguantar más.

—¿Por quién hacemos eso? ¿Por Kipyó o por nosotros?

—Jude, no te contestaré porque no vale la pena.

—Contestame. No creo que haya algo que no puedas responderme —lo arrinconé burlándome de él.

—Juzgué que es correcto hacerlo. En cuanto al porqué tú mismo piensa.

—Respeto tu compañerismo.

Tiré la toalla. Jyong-wu sonrió victorioso.

—Ya que tocaste este punto, diré que esto es por el bien de nosotros. Sepan que yo estoy pidiéndoles como presidente del salón y no por caer bien a Kipyó. Por último, espero que Kipyó no sepa que esto se realiza por mi iniciativa.

Creímos en sus palabras. También consideramos que era verdad que él se responsabilizaría de todo. A mediados de abril, cuando Kipyó iba a ser sancionado por haber pegado a uno del tercer año, todos los del salón firmamos un documento pidiendo la indulgencia. Fue una iniciativa de Jyong-wu. Del mismo modo, esperamos los días del examen con planes muy preparados: tal materia ayudaría a fulano usando tal método, etc. Preparamos todo perfectamente para que ellos dos no repitieran otra vez. Recién comprendimos que nos daba mucha satisfacción trabajar para otros.

Era el primer día del examen de medio semestre. Chong-su, que se sentó en dirección diagonal de Kipyó, aprovechando esa ventaja de asientos, puso su examen hacia la derecha para que Kipyó pudiera mirarlo bien. No entendimos cómo Kipyó había aceptado la buena voluntad de Chong-su. Kipyó fue el primero en salir del salón a los 30 minutos, tiempo mínimo para retirarse. Según el muchacho que recogió las

pruebas al terminar la hora, su examen estaba casi en blanco. La segunda hora era la del Inglés. El secretario del salón, a mitad del examen, alcanzó a Kipyó la ficha de plagio que había pasado por las manos de unos muchachos. Allí empezó el alboroto. Kipyó se levantó y caminó hacia el profesor vigilante.

—Esto me lo pasó un tipo.

Kipyó le entregó el papelito al maestro. Luego, volviendo a su sitio, se sentó dirigiendo una mirada terrible a su contorno. La sonrisa maligna apareció en sus labios.

El profesor enseñaba inglés y tenía fama de ser bonachón. Después de mirar buen rato el papelito, dijo:

—¿Quién le pasó esto a aquel estudiante?

Los compañeros, ocupados por solucionar los problemas, alzaron la cabeza y luego volvieron su mirada al examen.

—¿Quién fue?

Ninguna respuesta.

—¡Qué hijo de puta lo hizo!

Esta vez, Kipyó rugió sentado en su asiento.

—Profesor, lo hice yo.

Se levantó Jyong-wu. El profesor perdió las palabras y se rio.

—No, profesor, eso lo escribí yo.

Otro muchacho se paró. Era el secretario.

—No, profesor, yo soy el culpable.

Otro muchacho se levantó. Era uno de los del grupo preparativo.

—No, yo soy el autor.

Se levantó otro. Soy yo. Soy yo. Varios muchachos se levantaron.

Ja, ja, ja... El maestro, ante tal incidente inesperado, no supo qué hacer. Kipyó se puso pálido.

—Bueno, siéntense.

El maestro comprendería lo que sucedía. Hizo sentarse a unos treinta muchachos. Después de que se sentaron todos, el maestro dijo:

—Bueno, voy a considerar como si esto no hubiera ocurrido. Me parece que este salón es ejemplar. El estudiante que salió con el papelito tiene un espíritu correcto y los demás mostraron qué era la amistad. Mis respetos a todos ustedes.

El asunto terminó así. Al culminar esa hora, los compañeros echaron miradas a Kipyó sin poder respirar bien, pero él ya no estaba en su asiento. La tercera, que era la última, también se terminó sin problemas. Hasta que terminamos la jornada del día y el aseo, no sucedió nada.

—Jude, el maestro dice que vayas a la Sala de Profesores con los otros muchachos ya mencionados.

Un muchacho me pasó el recado del maestro. Después de la jornada, el maestro que se dirigía a la Sala de Profesores me llamó al pasillo y me dijo que después del aseo Jyong-wu, Chongsu y yo fuéramos a la Sala.

Busqué a Jyong-wu y a Chongsu para ir juntos. Fui hasta la Sala de Descanso debajo de la gradería que llevaba al campo deportivo. Tampoco se encontraban allí. Creyendo que quizás ya estarían en la Sala de Profesores, volví a subir la gradería, cuando vi que Chongsu venía corriendo y haciéndome señas con su mano desde la puerta de atrás de la escuela.

—¿Dónde está el presidente?

El profesor nos preguntó sin interés arreglando los exámenes de Química.

—Lo buscamos por todas partes; pero, como no lo encontramos, vinimos solos —le contesté sin mirar la cara de Chongsu.

A mi lado Chongsu todavía no regulaba su respiración.

—Bien, creo que bastan los dos.

Me lo suponía. Eramos los seleccionados para ser las máquinas de corrección de los exámenes de su materia. Segui-

mos al maestro que se iba hacia el Laboratorio de Química llevando los exámenes.

—Dile a la mensajera de la Sala que estoy en el Laboratorio. Es que llegará una llamada —dijo el profesor en el pasillo.

Bajé corriendo a la Sala de Profesores. La chica mensajera cuyo apodo era *Cara Planchada* leía un libro de caricaturas.

—Mira, mi profesor se encuentra en el Laboratorio de Química. Si hay algo, avísale allí.

«Cara Planchada», sin alzar la cabeza, me dijo que estaba informada.

Empezamos a marcar O ó X los exámenes de los compañeros junto al maestro. Correcto e incorrecto, buena respuesta y mala respuesta, buen chico y mal chico... Si agregábamos una O más en el examen, ese compañero podía ganar cinco puntos más.

—Oigan, ustedes hoy están muy lentos.

Era cierto, diferente de otras veces, no pude avanzar rápido. Chongsu estaba igual que yo. Él se equivocaba a cada rato. Yo también estaba muy confundido. Por lo menos unos siete repitentes tendrían rodeado a Jyong-wu. Él estaría arrodillado y temblando. Los puñetazos en el pecho, los puntapiés en las rodillas, los brazos donde chorrearía la sangre, el olor a carne quemada en sus piernas... Uno, dos, tres, cuatro... ¡Auch! A ver, grita, te mataremos. Como un cantero que labra la piedra con mucha habilidad, ellos estarían torturando con destreza el alma y el cuerpo de Jyong-wu. ¿Con qué rostro estaría Jyong-wu y qué pensaría? ¿Estaría esperando a los salvadores creyendo que Chongsu informaría al maestro? Si no, ¿tomaría la actitud de un hombre orgulloso, dispuesto a morir? Miré a Chongsu. Sus ojos, al cruzar con los míos, me suplicaban. Si tienes tanto miedo, díle tú. Hice señas con mis ojos, pero él agachó la cabeza. Su cuello se puso más rojo.

—Gracias a la colaboración de ustedes, creo que podemos pasar este año sin problemas.

El profesor encendió el cigarrillo para descansar.

—El presidente lo está haciendo mejor de lo que esperaba. Como saben ustedes, nuestro salón es el número uno en el segundo año: ganamos en los Juegos Primaverales de la Escuela, número uno en el pago de los estudios del Segundo Semestre...

Me reí y vi a Chongsu. Él no alzó la cabeza. Todavía no llegaba ni a la mitad de un bodoque. Me reí de nuevo. Si supiera él en qué situación estaba Jyong-wu en ese momento, ¿qué cara pondría?

—Lo que no comprendo es a Kipyó, indiferente de su mala fama, está muy tranquilo. Claro, unas veces creó problemas, pero muy insignificantes. Parece bueno en el fondo, pero sufre por su pobreza.

El profesor miró a las dos máquinas de corrección que trabajaban en silencio y se puso más contento.

—Gracias a los buenos consejos de usted —lo adulé.

—Les confieso ahora que he sufrido por dificultades que ustedes no comprenderían. Me di cuenta de que educar a los seres humanos es una labor muy difícil; pero en esas dificultades experimenté la alegría del educador.

Chongsu alzó la cabeza y me miró. En su frente brillaban gotas de sudor. Sus ojos se movían con nerviosismo. Sin duda, estaba sufriendo mucho. Él habría creído que se podría aliviar por haberme avisado que Jyong-wu había sido llevado por los repitentes al escondite de la montaña de la escuela. Estaba temblando por su error, pues yo sí podía avisar fácilmente al maestro lo que estaba sucediendo a Jyong-wu.

Chico, no soy el espía del profesor tal como piensan ustedes. De nuevo empezó el cruce de nuestras miradas. Chongsu estaba por soltar el llanto. Le faltaba muy poco para alocarse.

En el primer año, Jechung tuvo que dejar de estudiar en la escuela por culpa de Kipyó. Jechung era un repitente. Cinco muchachos fueron de excursión y violaron a una chica. Los padres de la chica pidieron una investigación rigurosa. La chica violada relató cómo eran sus violadores, y entonces fue fácil la investigación. Los repitentes fueron convocados a la Dirección Estudiantil. Pero todos lo negaron. Durante todo el día les interrogaron en vano. Cuando les dijeron que los llevarían donde la chica, casi todos gritaron su culpa. En ese momento, apareció la mamá de uno de los repitentes. Ella, cuando entró a la oficina, señaló a Kipyó con su dedo y dijo: Ese muchacho, ese malvado era el que sacaba a mi Jechung de la casa todos los días. Ese es el que daña a mi hijo. Todos miraron a Kipyó. Kipyó, sin mover ni una pestaña, miró a Hechung. Oye, carajo, ¿te he llamado todos los días como dice tu madre? Era una pregunta amenazante y con una voz baja que daba miedo. Di, hijo, ¿por qué no dices la verdad? Exigió la mamá de Jechung. Di. Kipyó también insistió. Jechung, de repente, empezó a temblar y a gritar como un loco. Mamá, Kipyó nunca vino a casa. Él ni siquiera conoce la casa. Profesor, eso lo hice yo. Yo lo hice con los chicos de otra escuela. Cuando terminó de hablar, golpeó su cabeza dos veces contra el muro de cemento de la oficina. Después de que Jechung fue llevado al hospital, el profesor de Dirección Estudiantil preguntó a los demás: ¿Es cierto lo que dijo Jechung? Kipyó movió la cabeza y murmuró: Hijo de puta. Otros asintieron la cabeza como Kipyó. La cosa se terminó con la expulsión de Jechung.

—¿Falta mucho?

Después de fumar, dormitó un poco y al despertar nos preguntó.

—¿Qué les pasa hoy? ¿Por qué están tan lentos?

No pudimos responderle.

—A ver, ¿hay muchos que sacaron más de noventa puntos?

—Ninguno.

—¡Qué problema! Ustedes no estudian.

En ese momento se abrió la puerta del laboratorio. Apareció «Cara Planchada».

—¿Qué? ¿Alguna llamada para mí? Es una mujer, ¿verdad?

Pero la chica le respondió apresurada. Su respiración era jadeante.

—No es una llamada, profesor. Baje rápido. Hay un problema grave.

El maestro salió corriendo. Chongsu se puso pálido.

—Jude, debí haberle avisado.

—Creí que ibas a avisarle.

—Tú me dijiste que no. Creí que tú ...

Estaba por llorar. Su rostro estaba descompuesto.

—A Kipyoo no le gusta que alguien sea espía.

—Pero, Jyong-wu...

—Quizás él tampoco lo desearía.

—¿Por qué piensas así?

—Es que Jyong-wu mismo quiso ser blanco de ellos.

Chongsu me miró. Sus ojos decían que no podía comprender. Cambié el tema.

—No creo que esté muerto.

Arreglamos los exámenes y bajamos a la Sala de Profesores. La chica estaba sola.

—El profesor Kim les dijo que fueran rápido al Hospital Hangang.

—¿Algún problema?

—Una señora vino corriendo y avisó que los estudiantes mataban a alguien en la montaña. Fue el profesor de la Dirección Estudiantil y encontró tirado al presidente del Salón 13 del Segundo Año.

Sin palabras fuimos corriendo al Hospital Hangang. No estaría muerto. Pensé corriendo. No creo que Kipyó mate a la gente. Kipyó...

Jyong-wu estaba echado en el sillón de la Sala de Emergencia. Me desilusioné porque aparentemente estaba bien. Pero, de cerca, su cara estaba hinchada y en la venda de las piernas había manchas claras de sangre.

Jyong-wu, al vernos, puso un dedo en los labios hinchados y lo quitó rápido. Meneé la cabeza.

—Jude, sabes el número telefónico de Jyong-wu, ¿no? —me preguntó el profesor que estaba al lado del encargado de Dirección Estudiantil.

—No sé.

Negué y miré el rostro de Jyong-wu. Él, haciendo una mueca, dijo:

—Profesor, por favor, déjeme volver a casa. No tengo nada.

—Oye, antes de salir de aquí, di la verdad —el encargado de la Dirección Estudiantil insistió.

—No puedo decirle nada. Por mi culpa me peleé con mis amigos. No tengo por qué fastidiarlos.

—Mira, tú no te peleaste. El testigo dijo que te golpearon otros.

—No, profesor, yo les reté primero. Y nos peleamos.

—¿Con quiénes?

—No puedo soltar sus nombres.

—Es que tú... —el encargado perdió las palabras.

—¿Crees que la escuela es cualquier cosa? ¿No te gusta estudiar en la escuela?

—Recibiré la sanción con mucho gusto, pero no puedo decir quiénes fueron.

El maestro del salón, con la cara sombría y con los brazos cruzados, estaba parado en un lado. A lo mejor estaría pensando en los que impedían la perfecta navegación de nuestro

salón. Ahora, seguramente querría coger las riendas y agarrar nuestros cuellos.

* * *

—Jude, tú sabes quiénes. Tú sabes que los que le golpearon son los del grupo de Kipyó.

—¿Le dijo eso Jyong-wu?

—No, no me lo dijo, pero es cien por ciento seguro. Fuera de Kipyó nadie es capaz de hacerlo.

El profesor jadeaba. Estaría reprochándose a sí mismo de que Kipyó estuviera como una ovejita.

—Profesor, ¿qué culpa tendría Jyong-wu? —le pregunté disimulando mi ingenuidad.

—Jyong-wu está mintiendo. ¿Culpa? ¿Qué culpa pudo haber tenido Jyong-wu si había hecho tantas cosas buenas para ellos?

El profesor estaba colérico. El odio contra Kipyó lo alteraba. El odia a Kipyó. Yo temblé de cólera contra el profesor.

—¿Qué hizo él, profesor? ¿Qué hizo Jyong-wu por Kipyó?

El profesor se sorprendió por mi tono de protesta. Pero pronto me contestó con desdén:

—Mira, chico, lo sé todo. Todo lo que ha hecho Kipyó. Tú, Jude, también fuiste su víctima. Y sé que ustedes ayudaron a hacerles plagiar.

Fue así. Salió el gemido desde el fondo. Me dio miedo. ¿Qué sería lo que los mayores tenían bien escondido en el fondo que, sabiendo todo, se hacían como que no sabían nada?

* * *

Jyong-wu se convirtió en nuestro héroe. Me lo suponía. Su popularidad era inimaginable. Hasta los del Tercer Año y del

Primer Año hablaban del presidente del Salón 13 del Segundo Año, Jyong-wu Im. Habiendo recibido golpes y con dos semanas de hospitalización, no soltó los nombres de los golpeadores; y su figura se infló como un globo.

Kipyó, desde el siguiente día del incidente, no fue a la escuela tres días seguidos; y los de su grupo no fueron citados por la Oficina de Dirección Estudiantil. Nadie problematizó nada.

Toda la escuela sabía que el maestro encargado del salón había andado dos días por el barrio pobre a la orilla del riachuelo para localizar a Kipyó. El día cuando Kipyó fue a la escuela, el maestro hizo una breve mención a la hora del inicio de la labor del día:

—Kipyó Choe no pudo asistir a las clases por un asunto familiar inevitable. Sé que no habrá más inasistencias.

Kipyó, que siempre estaba erguido, bajó la cabeza. Era un síntoma extraño.

Jyong-wu, después de dos semanas, salió del hospital y fue a la escuela. Le llovieron las manos para estrechar las suyas, los palmoteos en la espalda, y en la clase de Educación Física los compañeros querían alzarlo, pero él se escapó. Por un lado festejamos su regreso, pero, por otro, echamos miraditas muy cuidadosas a Kipyó. Cuando se chocaban nuestras miradas con la mirada helada de Kipyó, volteábamos la cabeza por el miedo. Mi corazón también tembló.

—Kipyó, ¿quiere ir a comer fideo en la clase de Artes?

Le hablé, de vez en cuando pasábamos el muro detrás del edificio de clases para ir a la tienda y, después de comer fideo instantáneo, volvíamos al salón. Los repitentes eran expertos en eso.

—No —Kipyó respondió tajantemente sin mirarme. Estaba leyendo el texto de lenguaje. Era «Lo que nos hace entristecer» de Anton Schnack. El niño que llora nos entristece.

Los muchachos de otros salones dijeron que sus maestros les contaban de Jyong-wu Im como un buen ejemplo de amistad. Él era un modelo, amaba de verdad a los amigos, los defendía, se dedicaba igual al maestro por la solidaridad del salón, etc. Todas las anécdotas secretas ya no eran secretas. Los muchachos en el campo deportivo también hablaban de Jyong-wu sin cansarse.

—¿No le gustó a Kipyó nuestra ayuda para hacer el plagio?

Hice la pregunta cuando Jyong-wu y yo volvíamos juntos de la escuela. Era lo que quería preguntar desde cuando estaba en el hospital pero no lo pude hacer antes porque siempre estaban otros.

—Parece que no —me contestó después de mirar el contorno.

—Eso del examen, te lo pidió el maestro, ¿verdad?

Ante una pregunta inesperada, se puso perplejo un momento. Como era un asunto que siempre quería aclarar, le repregunté:

—¿Verdad?

—No exactamente; pero es cierto que le consulté al profesor al respecto.

—¿Para que la cosa saliera como algo legal?

—No, es que el maestro me dijo que me encargara el asunto de Kipyó. Él quería salvarlo.

—Fue así... y ahora, ¿crees que lo has salvado?

—No tan perfecto..., pero no falta mucho.

Me reí.

—No creo que Kipyó piense que tú lo estás salvando.

—El problema no está en que Kipyó piense así o no.

—No te comprendo.

—No temíamos tanto a Kipyó, sino a los repitentes que lo rodeaban.

—¿Y...?

—Ahora ya no existe ese grupo.

—¿En qué se basa tu afirmación?

—Cuando estaba en el hospital, todos ellos fueron a pedir-me perdón. Pero cada uno vino sin que supieran los demás.

—¿Kipyo también fue? —le pregunté apresurado.

—No, ni quiero que un tipejo como él me pida perdón.

Claro que no. Me tranquilicé.

—Pero no vayas a pensar que ya desapareció el club de repitentes por el simple hecho de que te hayan pedido perdón.

—Por supuesto, aparentemente existirá. Pero son como las serpientes sin dientes. Todos ellos me dijeron que Kipyo era un diablo, un diablo que vive de la sangre de ellos.

Llegamos al lugar donde nos separábamos para ir cada uno a su casa. Pero lo seguí por su camino.

—¿Qué es lo que dices ahora?

Me miró y se sonrió.

—Kipyo es de una familia pobre como lo saben todos. Sus padres enfermos están en cama. Su hermana casada les pasa algo de dinero y con eso sobreviven. Kipyo tiene tres hermanos menores. La que le sigue trabajaba de terramoza del autobús y auxiliaba la economía del hogar; pero últimamente, no sé por qué problemas, dejó de trabajar. En fin, está mal su situación económica. Los repitentes, mensualmente, reunieron dinero y lo ayudaron. Los que no podían pedir dinero a su familia iban al banco de sangre, vendían su sangre y le daban ese dinero.

—No creo que Kipyo se los haya exigido.

—Da lo mismo. Los repitentes me dijeron que le tenían miedo.

—Todavía le tienen miedo.

—Ya no.

Jyong-wu, que estaba mejor que antes de la hospitalización, hablaba con seguridad.

—Ahora nadie temerá a Kipyó.

Me hizo un adiós con la mano y se fue hacia su casa. Él era un presidente muy hábil. La amargura y la melancolía pasaron por mi corazón.

* * *

De acuerdo con la predicción del profesor, Kipyó no faltó a la escuela. Pasamos las vacaciones de verano sin discordias entre Jyong-wu y Kipyó. Raras veces sucedía el robo de los fiambres. Los repitentes seguían viniendo a nuestro salón en busca de él, pero los compañeros no tenían que preocuparse. Kipyó seguía silencioso. A veces el profesor encargaba a Kipyó algunos asuntos relacionados con el salón. Él, sin resistir, cumplía.

Ese día también Kipyó estaba en la Oficina de Educación Física por orden del maestro y sacaba la estadística del resultado del examen físico de nuestro salón. El maestro dijo en el salón:

—Nuestro barco con sesenta y seis a bordo está haciendo una navegación sin problemas. Pienso que todo eso se debe a los esfuerzos de ustedes. Ahora tengo que avisarles una cosa. Un compañero de ustedes se encuentra en una situación de crisis. El presidente les hablará de eso con mayores detalles. Les pido en calidad de profesor encargado del salón que juzguen este caso como suyo y estén dispuestos a ayudar.

El profesor bajó del estrado y en su lugar se puso de pie Jyong-wu Im, el presidente del salón, con mucha seriedad.

—Como dijo el profesor, un amigo nuestro se encuentra en una situación muy difícil. Sé que es un poco tarde, pero todavía hay tiempo para auxiliar a este compañero.

Así empezó su discurso. Y contó a los compañeros la situación familiar de Kipyó que una vez me había contado. Lo que

me sorprendió fue que esa misma lengua, ocultando la enemistad que me había mostrado esa vez, estaba embelleciendo a Kipyó, nuestro amigo, con palabras de amistad y confianza.

El padre de Kipyó, enfermo de parálisis, en cama en un estado vegetal; la madre enferma del corazón; la hermana que trabajaba de terramoza del autobús para ayudar a la economía del hogar; el hambre de la familia de Kipyó que solo come fideos instantáneos. Las escenas tristes pasaron delante de nuestros ojos. Kipyó, que asistía a la escuela sin mostrar su pobreza, se convirtió en el foco de atención. Estando tan pobre, por repetir un año más él tenía que juntar la colegiatura. Las anécdotas nos conmovieron.

—Sé que hace poco Kipyó pegó mucho a su hermana menor, la que trabajaba de terramoza. Es que ella tuvo que dejar el trabajo porque era muy débil; pero como la economía del hogar se empeoró, se decidió a trabajar en una taberna para ganar más. No sabemos a qué abismo terrible caería esa hermana.

Los compañeros le escuchaban con seriedad y solemnidad.

Jyong-wu parecía tener el objetivo de desnudar a Kipyó, un ser mitológico para nosotros, contándonos con detalles las penurias de su familia. Quería mostrarnos su falsa imagen detrás de la pobreza. Ya Kipyó era un gusano que debíamos compadecer; un gusano que comía apresurado pedazos de fideo en un cuarto oscuro y apestoso.

—Otra cosa que debo contarles: sus amigos cercanos le ayudaron en todos los problemas sin que supieran otros. Son esos a quienes llamamos repitentes. Estos, a quienes menospreciábamos, son los que demostraron qué era una amistad verdadera. Ellos, ahorrando mensualmente de sus gastos personales y trabajando de obreros durante las vacaciones, juntaron dinero y lo ayudaron. Entre ellos, algunos mensualmente vendieron su sangre para darle dinero. Uno de ellos,

por haberlo hecho tres veces al mes, tuvo anemia y fue hospitalizado. Ellos poseen un hermoso espíritu porque querían salvarlo de aquella pobreza que ni la sociedad pudo solucionar. Son protagonistas vivos del espíritu de cooperación, servicio y contribución. De vez en cuando nos poníamos de mal humor al encontrar vacía nuestra fiambarrera, la cual nuestras madres nos preparaban. Hemos vivido sin saber nada de un vecino pobre que tenía que robar la comida fría. Como presidente del salón, me siento muy avergonzado. Como una forma de pedirle disculpas, me decidí a ponerme en la primera fila para ayudar a nuestro amigo Kipyó.

Los compañeros se conmovieron. Una compasión profunda corrió por el corazón de cada uno de nosotros.

El profesor se acercó al estrado, sacó un billete de diez mil wones y lo puso en el escritorio. El presidente metió su mano en el bolsillo interior de su saco. Todos los compañeros, en silencio, rebuscamos dinero.

—¿Qué tal si traen dinero mañana los que hoy no lo tengan?

Uno se levantó y lo propuso así en voz alta. Todos gritamos en coro «muy bien». Luego siguió un aplauso fuerte.

* * *

Un padre de familia de nuestro salón era el subdirector de un diario. El profesor y el presidente fueron a verlo. El periodista del diario visitó la escuela varias veces.

Después de unos días el periodico publicó algo sobre nuestra actividad. Era una información bastante grande. El artículo contaba todo en detalle: Kipyó era un hijo ejemplar, los repitentes vendían sangre para ayudarlo, el inicio del movimiento de los compañeros del salón para auxiliarlo, la campaña de ayuda a nivel de toda la escuela, el resultado de esa

campaña. Incluso había mención a su hermana. Después de leer el artículo, se nos humedecían los ojos. Encima del artículo había fotos del profesor, del presidente y de Kipyó. El Director de la escuela ordenó colocar ese artículo en la pared de cada salón de toda la escuela.

Después de ese artículo del periodico, a la hora de la reunión de los lunes en toda la escuela, el Director entregó a Kipyó el dinero y las cartas que le mandaban diferentes sectores de la sociedad. El profesor, a la hora de la reunión final del día, le pasó otras cartas y dijo:

—Mira, por si acaso hay cartas de las colegialas. Las mirarás cuando estés solo.

Los compañeros se rieron a carcajadas. Kipyó, enrojecido, metió las cartas en el cajón del pupitre. Los compañeros lo felicitaron con un aplauso. Nuestro salón, de verdad, estaba en armonía.

—Dicen que van a filmar la historia de Kipyó.

—Sí, pues... Dicen que es en torno a los repententes. Será como ese programa de la televisión *El Tercer salón*.

No se sabía quién había contado primero, pero por toda la escuela había el rumor de que iban a hacer una película.

Ahora nadie temía a Kipyó. Había pocos que lo llamaban por hermano mayor. Cualquiera podía hablarle y a veces lo palmoteaban.

Ahora, Kipyó era un niño que se avergonzaba mucho. Estaba huraño o andaba sonriente, como si le fueran a tomar una foto. Su cuerpo robusto y de mucha confianza se tornó achicado y diminuto.

* * *

Viéndolo así, andar con una sonrisa, seguimos nuestra navegación. El profesor nos cuidó más y con mayor comprensión.

Jyong-wu se sacrificó a su manera por *nosotros* con fidelidad e inteligencia. Se concretizaba más el rumor de que iban a filmar la película con el tema de Kipyó. Estuvimos más animados.

Un día encontramos vacío su pupitre. Al día siguiente se ausentó otra vez. Era una ausencia sin previo aviso. El profesor envió a un muchacho a su casa.

—No está en su casa tampoco. Me dicen que salió hace dos días.

Nos preocupamos y dimos algunas conjeturas. Todos nos imaginamos algo malo.

Fue la mañana del tercer día de su ausencia, estábamos en clase y el profesor nos envió con la mensajera un papel: que Jyong-wu y yo fuéramos a la Sala de Profesores.

Cuando llegamos a la Sala, el profesor estaba conversando con una mujer enferma. Estábamos en el inicio del otoño, pero ella estaba con un abrigo viejo y grueso.

—Son amigos de mi hijo Kipyó, ¿no? ¿Dónde habrá amigos tan buenos como ustedes? Pero, este, mi hijo desgraciado...

Se levantó, hizo venias y enjugó sus lágrimas con el pañuelo. Quería agarrar nuestras manos.

—Bueno, vuelva ya a su casa. Consultaré a mis alumnos y lo buscaré.

El maestro casi la empujó hacia la puerta, como si la quisiera botar. Ella, al salir, nos miraba a cada momento. No quería irse tan pronto.

Después de despedirse, el maestro volvió, se sentó en la silla sin cuidado y cogió un cigarrillo con una mano temblorosa.

—Este mal parido me crea problemas hasta el final.

Absorbió el humo profundamente, lo botó y se quejó:

—Mañana es el día de la cita con los de la Compañía de Cine de Chonil, y este malvado...

Sacó una carta del cajón de su escritorio y la tiró hacia nosotros. Era una carta de Kipyó a su hermana. La carta empezó así: Tengo miedo. No puedo vivir por el miedo.

(1980)

FUNERAL ESTILO
KORYO

JYONSE RECURRIÓ AL Hospital Psiquiátrico después de decidir «el último recurso en el peor de los casos» para salvarse de la culpabilidad que lo acuciaba desde el fondo de su corazón. Hablando con franqueza, era una investigación previa para llevar a cabo su plan lo mejor posible; como si metiera la mano dentro de la tina para medir la temperatura antes de bañarse.

Distinta de su idea sobre el manicomio, el local era muy limpio y tranquilo. El médico que se entrevistó con él parecía sincero y de corazón abierto, semejante al ambiente tranquilo del hospital. Además, era amable. Sabía conversar adivinando todos los pensamientos de su interlocutor. No quería exponer sus ideas. El rostro de ese hombre de buen corazón decía: Di todo, ya lo sé todo.

Cuando dijo que la paciente era una anciana de setenta años, sacudió ligeramente su cabeza. Su rostro no se alteró cuando le refirió los síntomas: estaba enferma desde hace tres años, estos días estaba más grave, vaciaba la orina del bacín a la jarra de la salsa de soya, estrujaba el cuello de sus nietos dormidos, toda la noche se quedaba en la cabecera de él y de su esposa...

Mientras le contaba esto, de vez en cuando movía la cabeza. Por eso, Jyonse se impacientó.

—Doctor, ¿qué opina? No hay esperanza de curación, ¿verdad? Le preguntó poniéndose rojo porque sintió revelarle una

intriga oculta en el fondo de su corazón. Como el médico no le contestó, se puso más nervioso.

—Tiene edad y... difícil, ¿no? Preferible que la vea personalmente y...

—Disculpe, ¿usted está seguro de que su madre no se cura?

Por la vergüenza no se le ocurrió ninguna idea. El médico, dirigiéndose a medias hacia él, continuó:

—Escúcheme lo que le voy a decir: Para nosotros es tan importante el estado del paciente, como también la manera de pensar de los familiares del paciente.

Un médico petulante. Le dio miedo ese médico pedante que regañaba al visitante que iba a consultarle.

—Naturalmente la paciente estará sufriendo. Sin embargo, si los familiares no están decididos a soportarla con paciencia, no se puede esperar ningún resultado positivo desde el primer momento.

El termómetro redondo sobre la pared blanca señaló veintidós grados. Jyonse se limpió las palmas sudorosas en el pantalón.

Un médico especialista en medicina oriental también había opinado algo similar. Era un budista. Al entregarle la medicina de hierbas, le dio un papel con unas dos líneas de rezo en letras chinas y le aconsejó:

—¿Qué queda? La enfermedad de su madre depende de su cariño. Dicen que no hay hijos buenos para los padres enfermos; pero, sin esos padres, ¿de dónde vinieron los hijos?

Durante unos meses preparó la medicina con todo su cariño. Pero el problema era hacerle tomar la medicina. Hasta les dio asco. Con frecuencia vaciaba al piso la medicina que había preparado durante horas enteras con todo su cariño.

«Malditos, ustedes quieren envenenarme, pero...». Cuando después de muchos esfuerzos lograban hacerla tomar, él y su esposa, arrodillados al lado de su madre, recitaban el rezo de

dos líneas que les había dado el médico budista. Tenían que recitar en voz alta para que su madre oyera. El médico les había aconsejado: Tienen que repetirlo miles de veces muy cerca del oído de ella para que el rezo tuviera efecto. La enferma, en algún momento, repetiría el rezo y, desde ese momento, la medicina también daría su fruto. «Chidochongguan myongdoyushin...» Mientras repetían el rezo incomprensible, llegaba el alba. Algunas veces ella se levantaba de repente. «Estos malvados hacen bulla para que me muera pronto», sentada encima de la nuera le apretaba el cuello. Su mujer, vencida por el sueño, se acostaba al lado de su esposo. Durante un buen tiempo la llevó al templo budista. Cuando él no podía ir, la mandaba con su esposa y, mientras tanto él, en casa, preparaba la comida para sus hijos rezando sin cesar «Namuabitabul Kwanseumbosal» todas las noches. En esas noches de sufrimiento pensaba en el pecado original de los cristianos. Podía comprender con claridad las raíces del destino humano. Ese pecado original no le parecía un pecado heredado por la pérdida de gracia, castigo contra Adán y Eva por haber comido del árbol prohibido, sino un pecado causado por el desborde del soporte humano. Cuando el hombre llega a ese límite, ya no puede perdonar y, desde este momento, surgen todos los problemas. Es el inicio del pecado.

—Creo que usted, por el caso de su madre, tendrá suficiente conocimiento sobre esa enfermedad igual que los especialistas como nosotros, pero...

La voz del médico, que se oía bajo la temperatura ideal de la oficina, le sonó tan suave como una melodía. El médico, reclinando su cuerpo más cómodamente en la silla giratoria, prosiguió:

—Es que las causas y las manifestaciones de las enfermedades síquicas son más complejas que otras enfermedades. Los estudios sobre estas enfermedades nos demuestran las

dificultades. La creencia primitiva y religiosa de la Edad Media, de que la enfermedad mental era una maldición divina o una revelación diabólica, todavía prevalece hasta hoy, cuando el avance científico ya ha llegado a su cenit.

Las palabras del médico le hicieron reconocer que él era partidario de esa manera de pensar de los medievos. Nunca se opuso ni dudó ante la opinión de los brujos que decían que un espíritu diabólico se había posesionado de su madre, o ante los frecuentes rezos de los pastores de los centros de oración. Quizás este tipo de creencia ciega era la misma fe de salvación. Él ansiaba la salvación con toda el alma.

A esa predisposición habían influido más sus dos hermanas, quienes intentaron la curación de su madre durante el primer año de la manifestación de la enfermedad.

La hermana mayor, de más de cincuenta años, vivía en Chechon. Era una típica provinciana sin educación y creyente de la brujería en un cien por ciento. Su fe hasta le daba terror. Ella llevó a la anciana enferma al famoso brujo de la montaña de Chiaksan y se quedó un mes y medio. El brujo, que se proclamaba sabio, la hizo volver en sí después de ese tiempo. Era loable el sacrificio de su hermana acompañando a su alocadísima madre; porque hizo todo eso, viviendo con sus suegros de más de setenta años. La hermana contó a Jyonse que todos los brujos le habían dicho que un espíritu diabólico se había posesionado de ella. Y ese espíritu era de un joven que había muerto antes de tiempo. Dijo también que un chamán conocía toda la historia de la familia sin que se le contara algo. Su madre, que se había liberado de ese espíritu maligno, estuvo con la cara atontada durante unos días, engañando a todos. La hermana mayor se fue y ya no volvió. Los miembros de su hogar y los familiares del esposo la encerraron porque se había vuelto loca. Por tratar tanto con los brujos se había vuelto bruja.

La segunda hermana mayor, que vivía en Kapyong de Kyonggi-do, cuando la visitó, se alarmó, «¡Qué barbaridad! ¡Qué ignorantes!». Y, juntando sus dos manos, empezó a rezar. Comenzó la pelea contra el diablo que había atacado a una «pobre hija de Dios». En su rezo maldecía y perdonaba a su hermana de Chechon por haber llevado a su madre a un brujo, dejando a un lado al Dios omnipotente. También enumeraba los pecados de Jyonse y de su esposa que todavía vivían sin conocer a Dios. Jyonse tembló de miedo al ver la férrea voluntad escondida en el fanatismo de su hermana. Sin embargo, esa fe ciega no servía para nada ante la fuerza sobrenatural de su madre. Cuando creían que era el momento culminante del rezo, tocando todo el cuerpo de la enferma, esta empujó a su hija contra la pared, gritándole fuerte: «Me estás matando». Su fuerza era tremenda, rompió tres dientes del misionero que rezaba por su salvación en el centro de la montaña Yongmunsan. Incontables *hermanos fieles* fueron abofeteados hasta sangrarle la nariz. La hermana, aunque su esposo la amenazó con el divorcio, continuó. Pero al enfermarse gravemente del estómago por las penitencias en el centro de oración, dejó de ocuparse de su madre. En fin, Jyonse no dudaba del amor y cariño de sus hermanas hacia su madre. Esa fe era el producto del amor de ellas. ¿Qué fuerza les hacía sacrificarse tanto? ¿Habría sido la fe ciega, el soporte de sus vidas o habría sido un amor disfrazado de responsabilidad como hijas? Una vez se le ocurrió pensar, sin darse cuenta, que ellas habían sido capturadas por una fuerza atrayente de la locura materna. Aún así, no se atrevió a preguntarles sobre sus métodos de los que tan convencidas estaban. Quizás porque él mismo estaba conmovido por la esperanza de sus hermanas de que el límite del ser humano solo puede salvarlo un ser absoluto.

Pero esa esperanza se convirtió en ceniza. Aunque en esa ceniza hubiera algo de fuego, para él ya no tenía ningún sentido porque se encontraba en el borde del precipicio. Allí vio las raíces del oscuro pecado original que lo envolvía.

—Las causas de esta enfermedad mental son tan diversas...

Jyonse estaba en un callejón sin salida. El médico, mirando detenidamente su cara enrojecida por el calor del consultorio, prosiguió:

—En resumen, podemos dividir las en cuatro grupos: síquicas, físicas, hereditarias y circunstanciales. Y en el caso de su madre, por su edad, debemos pensar en causas más complejas. En primer lugar, no podemos ignorar la disminución del líquido cerebral debido a la vejez y la dura vida que tuvo la gente de esa época. Tuve una paciente anciana que había sido violada por los soldados extranjeros durante la Guerra Coreana y creyó que nadie lo sabía. Después de treinta años ese hecho se reveló mediante una enfermedad mental. Al principio dijo que estaba embarazada. Pidió que le hicieran un aborto porque la criatura de su vientre era negra. Repetía eso levantándose la falda. Para abortar ella misma, bebía una jarra de salsa de soya o se golpeaba el vientre lleno de arrugas, y tomaba todas las medicinas que veía. Por esas medicinas, en algo se mejoró. Solo, después de seis meses, supe que ella había sido violada. Es que su esposo no colaboró. Él lo sabía desde el primer momento, pero no dijo nada. Eso también era una de las causas que mortificaba a la anciana. El caso de ella no es único. Cada día aumentan más los enfermos mentales por la presión social. Por eso, la sociedad también es culpable de esos males.

El médico dejó de hablar y le ofreció un cigarrillo. Después de que Jyonse tomó uno, guardó la cajetilla en el cajón del escritorio. Él no fumaría, pero la tendría para ofrecer a las

visitas. El médico tuvo la amabilidad de prender el encendedor. Ese detalle conmovió muchísimo a Jyonse. Su amabilidad hizo un buen contraste con la experiencia amarga y desagradable del Hospital Psiquiátrico del Estado de hacía unos meses.

Ese hospital del Estado era para la gente pobre. El costo mensual para la hospitalización era cincuenta mil wones, una tercera parte del hospital particular. Sin embargo, para Jyonse, cincuenta mil wones no era poco. Después de hospitalizar a su madre, su familia tuvo que comer solo dos veces al día. No hay una realidad tan triste como la pobreza. Aún así, su madre seguía igual. Por fin, el hospital le ordenó que se la llevara. No era nada para alegrarse, pues dieron esa orden al no poder curarla. Igual que todos los empleados del Estado, los de allí, con cara descontenta, lo trataron con frialdad y aires burocráticos. Después de tanto tiempo de impaciente espera por ocupar una pieza de allí, y después de tanto esfuerzo en conseguirla, la botaban después de unos cuantos meses. Muchos se disputaban por la vacante de su madre. Eran más pobres que él. Pero la situación de Jyonse era desesperante. Retirla significaba más sacrificio para su familia. Los hijos le suplicaron temblando de miedo. «No la traigas», le rogaron. Su esposa lo miró jadeando y desesperada. Jyonse fue a suplicar a la oficina. «Vaya a conversar con el doctor». El médico tenía una venda sobre sus ojos. «Su madre lo hirió. Es la segunda vez», le dijo la enfermera con mucha cortesía. El día cuando la retiró, el enfermero se despidió: «Oye, malcriada, adiós». La esposa, al ver los ojos más brillantes de la *malcriada*, lloró. Jyonse prefirió no ver el llanto de su esposa. «Ellos me pegaron mucho». La *malcriada* era una niña. «Faltaba la frazada, hacía frío pero encendía siempre el ventilador». Confundía el aparato que servía para sacar el mal aire con el ventilador. La esposa lloró más. «Mira,

no le hagas caso. Está loca», trataba de consolar a su esposa. En las noches, sufría por la pesadilla en la que un monstruo lo ahogaba. Cuando se despertaba, veía de verdad que su madre ahogaba a su esposa.

—La enfermedad de los ancianos, generalmente, es conocida como la enfermedad de la segunda niñez. Muchas veces eso se debe a la marginación por ser viejos. Es que, cuando llegan a la vejez, sienten más la marginación de sus propios hijos. Sufren más la marginación por no tener buena vista o por no oír bien. Entonces quieren depender más de sus hijos. Y por una leve muestra de frialdad se enojan mucho y se quejan más...

Cuando fue a su pueblo después de recibir la noticia de la anormalidad de su madre, la gente lo miraba mal. Su madre, hasta ese momento, vivía sola. «¿Por qué vives así, sufriendo? Anda a Seúl donde está tu hijo. Allí podrás vivir más feliz». Cuando las vecinas le decían esto, su madre negaba rotundamente. «Todavía sus hijos viven en un cuarto de alquiler, ¿no?» Cuando, en esa forma, las mujeres chismosas se burlaban de la economía de Jyonse, su madre decía en voz baja, lloriqueando: «Sí, pues, ese pobrecito de mi hijo sufrió desde niño y...». Sin embargo, desde que perdió la razón, gritaba: «Mi hijo es alguien. Es un hombre muy importante. En su mansión tiene cantidad de sacos de arroz. Oye, malvada, ¿por qué te enamoraste de mi hijo y abres tus piernas?». Ante esa reacción, la mujer con la que hablaba se escapaba aterrada.

Era cierto que Jyonse no había podido invitarla a Seúl. Él era un funcionario público de menor rango en la provincia y recién hacía cuatro años había sido destinado a Seúl. Quiso llevarla a Seúl porque quería aliviarse la culpa de no haber podido atenderla hasta ese momento. Pero ella se negó. Sin embargo, en el fondo estaba resentida con la segunda nuera, con quien no había vivido hasta ese momento, y, además, no

quería vivir humillada ante esa joven. Su esposa, arrodillada, le pidió perdón. Pero su madre siguió con su terquedad. Hasta ese momento, por lo menos, vivía alguien con la anciana. Era la cuñada de Jyonse, quien enviudó a los veinticinco años y vivió criando a su hijo huérfano. Ella, desde antes, dijo que viviría con su suegra. Su madre, entre las dos nuerras, escogió a la nuera viuda, igual a ella. *Similes querunt similes*. Ellas, como si fueran dos palomas sin sus parejas, vivían juntas y encariñadas. «¿Por qué dejas envejecer a tu lado a esa joven? Cuidado, Dios te castigará». Cuando la gente hablaba así, la madre respondía, «¿Acaso me opongo a que se case? ¿Qué hago yo si ella no quiere?». Pero, en el fondo, estaba contenta. «La suegra y la nuera son viudas de un solo corazón. Además, la nuera es un ángel». Todas las vecinas hablaban en coro. Pero una amiga vecina decía, «¿Acaso no te conozco?». Según la vecina, la razón por que no se iba ella a Seúl siguiendo a Jyonse, su segundo hijo, era por el esposo y el hijo sepultados en la montaña detrás de su casa. Quizás ella habría vivido con la gente muerta. De vez en cuando Jyonse la llevó a Seúl, pero ella regresaba apresurada sin aguantar siquiera cinco días. Jyonse siempre pensaba: se le pegaron los espíritus.

—A ciencia cierta, no se puede afirmar con exactitud cuáles son las causas de las manifestaciones de la locura. Es verdad que algún trauma síquico: susto, tristeza insoportable, cólera y temor repentinos, tiene que ver con las causas directas de la enfermedad; pero no es la causa principal sino un motivador y nada más. Muchas veces, un trauma que revela esa enfermedad es considerado erróneamente como la misma causa. Por ejemplo, decimos que alguien se alocó porque fue estafado. Sin embargo, ...

Al oír la noticia de su locura, Jyonse y su esposa, inmediatamente, pensaron en su cuñada. Las vecinas también dije-

ron en coro que ella era la culpable y la causante de su locura. Ella, después de vivir veinticinco o veintiséis años con su suegra, se casó con un hombre de Kyongsangdo. Fue un rayo caído del cielo claro. Ella, la nuera ejemplar de Kangwondo, que vivía con su suegra criando a su hijo huérfano de padre, se casó de sorpresa. Todos dijeron para qué había vivido tantos años si, al final de cuentas, iba a casarse. Apenas cuando su hijo, que había terminado la secundaria y había vivido sin trabajo fijo, se fue al servicio militar, salió de la casa como si hubiera esperado ese momento. Era incomprensible. Jyonse, que la consideraba un ser celestial, estuvo perturbado durante mucho tiempo. Ante esa situación, pudo comprender la enfermedad de su madre.

—Más que esas causas inmediatas, debemos dar importancia a las causas más básicas, es decir, al estado del corazón donde ya se habrían acumulado muchos traumas insignificantes. El corazón es donde están acumulados todos los sentimientos, como el descontento, la inquietud que apremia el corazón, los conflictos interiores, el odio, etc. El problema empieza allí.

La enfermera llegó con un papel, lo dejó en el escritorio del médico y salió. Era un aviso sigiloso de que tenía otro cliente para atender. Pero, Jyonse no se levantó. La teoría del médico le hizo recordar la vida arruinada y humillante de su madre. Las causas eran las dos muertes. A los ocho años Jyonse vio el cadáver de su padre y a los trece años, en el verano, presencié la muerte de su hermano. Pero las llagas de esas dos muertes en el corazón de Jyonse no eran tan profundas. Eran dos golpes fuertes, golpes que podían sentir cualquier otro niño de su edad. Pero, para su madre, las dos muertes eran tremendos golpes. Es que para ella los dos muertos eran las razones de su existencia.

—Me está castigando porque no acompañé a tu padre en su viaje al otro mundo —dijo acariciando el cadáver del hijo.

«¿Acaso vivo porque quiero?» decía con frecuencia para tapar la boca a otros. Era igual a otras mujeres típicamente coreanas que habían sufrido en la vida. Eso estaba comprobado por su amor ciego hacia los otros tres hijos que le quedaron. Jyonse, desde niño, cuando sentía ese amor, lo detestaba porque creía que el punto de partida y la meta de ese amor eran esos dos muertos.

En el otoño del año de la Independencia su padre fue ejecutado por la gente que vino de Seúl. Ellos lo golpearon y lo metieron en una acequia. Su padre fue acusado de ser un colaborador de los policías japoneses del pueblo. Él era el que en su carreta transportaba cereales o vasijas de cobre, reclutados a la fuerza por los japoneses. Su culpa fue obedecer a los japoneses para sobrevivir. El problema empezó con la llegada de un hombre de Seúl a la casa de la familia Jo, uno de los ricos del pueblo. Él vivía escondido. Se decía que él era un organizador de movimientos de resistencia contra Japón en Seúl y estaba con orden de captura. Los niños a la edad de Jyonse, para ver el rostro blanquiñoso del huésped, daban vueltas por la casa de la familia Jo. Pero un día llegaron muchísimos policías japoneses a esa casa. El huésped blanquiñoso fue capturado. Después de que se lo llevaron a la comisaría, la gente señaló al padre de Jyonse. Decían que él lo había denunciado para vengarse de la familia Jo, que hacía años ya no le arrendaba los terrenos. También fue acusado por el reclutamiento al ejército de dos jóvenes del pueblo. Cuando pasaba el padre de Jyonse, los niños escupían en el camino y decían en voz baja: «Espía de los japoneses». El caso se agravó porque ese huésped murió antes de que lo llevaran a la corte de Seúl. Unos decían que se había muerto a causa de una cruel tortura; otros, que se había suicidado mordándose la lengua. En fin, cuando todo el pueblo estaba con esos rumores, llegó la Independencia, y ese mismo otoño apare-

cieron varios familiares del huésped patriota en el pueblo. Decían que habían llegado a recoger sus cosas y reunir los datos sobre su trayectoria. Vino un periodista y tomó fotos de varios lugares. Buscó al padre de Jyonse, que estaba cargando pajas de arroz en el campo, le hizo algunas preguntas y le tomó fotos. A raíz de eso, hubo una discusión y luego una pelea. Al principio, ganó su padre porque era muy fuerte. Pero cuando Jyonse corrió con su madre al arrozal, pudieron ver las huellas de zapatos en el camino. Su madre encontró a su esposo muerto, metido boca abajo en la acequia y con los ojos abiertos. Ella, ante esa realidad indescriptible, no derramó ni una gota de lágrimas. Subió el cadáver a la carreta de su esposo. La vaca que jalaba la carreta, asustada, saltó y corrió alocadamente. Aún así ella no soltó la rienda y después de una lucha feroz logró calmarla. Ningún vecino del pueblo se le acercó por temor a la reacción de la familia Jo. Al año siguiente hubo mucha sequía, y los vecinos querían excavar la tumba, porque pensaban que esa tumba no estaba en un lugar adecuado y que por eso había sequía. Era la montaña de la familia Jo. Su madre protestó poniendo el cuchillo en su vientre delante de la tumba. Después de ese incidente, andaba por el pueblo y por Seúl denunciando a los que habían matado a su esposo. El objetivo era consolar el alma de su esposo. Pero todo era como querer romper una roca con un huevo. El país entero estaba jubiloso por la Independencia y nadie hacía caso a esa clase de denuncia. Una vez vinieron a investigar; y como los vecinos del pueblo, temerosos de la familia Jo, no contaron la verdad, todo fue en vano. Ante esta situación la madre de Jyonse, por primera vez, mostró las lágrimas y lloró desconsoladamente. Fue cuando el hermano mayor de Jyonse se marchó de la casa rechinando los dientes.

Él era unos diez años mayor que Jyonse. Después de su salida, no tuvieron ninguna noticia de él. Solo apareció un

año antes de la Guerra Coreana. Era policía. Se había metido en la policía para vengar a su padre. Los de la familia Jo y los del pueblo andaban sigilosos. Pero no sucedió nada. Haciéndole caso a su madre, se casó. Era un familiar lejano de la familia Jo. ¡Qué ironía! La gente del pueblo recién se despreocupó. Pero él fue llamado para la batalla contra los comunistas y se volvió loco. Fue herido en la cabeza. Andaba por el pueblo echando miradas terribles a la gente. Golpeaba a cualquiera. Nunca se quitó el uniforme de policía aunque estuviera ya en harapos. Los del pueblo le temían más que antes. Decían que era temerario. En eso estalló la guerra. Cuando los comunistas del Norte llegaron al pueblo, lo primero que hicieron fue matar al hermano de Jyonse, que seguía en uniforme de policía. Los comunistas tenían un odio inmenso hacia los policías. En la plaza del pueblo celebraron un juego raro llamado «juicio popular». El hermano de Jyonse, que no comprendía nada de lo que estaba sucediendo, cantó el himno nacional a toda voz. También dijo «¡Viva nuestro Presidente Seung-Man Rhee!». Su madre se arrodilló ante los comunistas, les pidió perdón llorando y, cuando su súplica no tuvo eco, protestó tan fuerte que le salía espuma por la boca. Los comunistas la empujaron. Con las manos atadas su hermano fue conducido a la montaña, en eso se puso a correr hasta que una bala lo derribó. Pero aún gateando se dirigió hacia su madre, que lo había seguido. Ella, indignada, agarró un puñado de tierra y lo echó a los comunistas. El pueblo lo sepultó al lado de su padre. La madre abrazando a Jyonse y a sus hijas les dijo en voz grave: «No vayan a ganar enemigos, ni piensen en la venganza».

—Cualquiera que sea la causa, por el momento lo que necesita hacer es alimentarla bien. Como tiene una edad avanzada, cuanto más débil se pone, tanto más se agrava la enfermedad. Le recomiendo que le dé suficiente vitamina, so-

bre todo vitamina B, como ácido de nicotina y tiamina. También es importante algún ejercicio ligero, es decir, algún trabajo no fuerte para que la enferma encuentre algún placer en la vida. Por ejemplo, la puede hacer barrer y trabajar en el patio, y...

El médico hablaba jugando con los documentos que había traído la enfermera. Tocaba el escritorio con ellos rítmicamente. Suficiente nutrición, algún ejercicio ligero, paseo por el patio... Las palabras del médico le recordó los mil dólares del ingreso per cápita. Se rio tristemente.

—Se necesita hospitalizarla por mucho tiempo, ¿verdad?
—le preguntó como si fuera un millonario.

—A ver, tráigamela.

El médico parecía estar perplejo por esa pregunta directa y fácil. Ocultó rápido su perplejidad y siguió:

—Venir o no es su elección, pero, en caso de una persona como su madre, es preferible apresurar lo más pronto posible. Digo esto pensando en la misma enferma y la salud de la familia y...

El tono del médico ahora recobraba más y más la formalidad.

—Confíenos y encárguenosla.

Jyonse en el fondo se rio de amargura. Confiar y encargarla... Para eso he venido acá. Jyonse se puso más audaz. Le preguntó con mucha astucia:

—¿La hospitalización será más de ciento cincuenta mil wones al mes?

Esa cantidad era unos treinta o cuarenta mil wones más de su salario.

—Eso lo podrá averiguar más tarde en la administración.

El rostro del médico se puso rígido, como si le hiriera el orgullo. Viendo su rostro, Jyonse siguió con sus preguntas.

—Última pregunta: si la hospitalizamos, como es una an-

ciana, usarán medicinas en vez de usar descarga eléctrica, ¿verdad? La descarga eléctrica, o, no sé cómo se llama, ah, sí, el método de insulina, o algo así, me dijeron que era peligroso.

Esos términos lo había aprendido en el hospital donde la vez anterior había estado internada su madre. Sin embargo, la pregunta le pareció muy absurda. Pero lo que quería saber era eso: qué métodos aplicaban a los enfermos. El hombre que le había dado la idea sobre «el último recurso» en la sala de espera de ese hospital también quería saber de los métodos de curación. Este era el punto más importante para los familiares que tenían enfermos mentales.

El rostro del médico se aligeró. Su sonrisa de compasión era de un especialista ante un ignorante. Una sonrisa mezclada con burla.

—No se preocupe de eso. Lo que le digo es que todos los que usted mencionó no los aplicamos a cualquiera y, además, hay otros métodos. Confíe en el hospital. Bueno, entonces...

El médico se incorporó despacio del sillón y estiró sus brazos ligeramente. La temperatura del consultorio estaba a 20 grados, una temperatura ideal.

En la banca del pasillo estaban dos mujeres y un hombre de edad avanzada, parecía ser un obrero. Cada una tenía agarrada la mano del hombre de mirada rara.

Caminando por el pasillo, Jyonse miró todo el rededor detenidamente. No podía ser descuidado. Murmuró los nombres de cada salón escritos en un plástico. Si llevaba a cabo el *último recurso*, todas las salas de este hospital particular con tan buena infraestructura serían útiles para su madre. Por suerte, no encontró a ningún enfermero robusto y fuerte.

Echó una mirada al edificio que suponía para los internos. En todas las ventanas había rejas gruesas de fierro. Esas rejas le parecían algo pacífico y cómodo en vez de darle la sen-

sación de aislamiento. Por su mente pasaron los rostros bien nutridos en aquel espacio más allá de esa ventana enrejada. Delante del edificio había un jardín cercado con rejas, se parecía al jardín de césped de su pueblo natal. La nieve caía al jardín, era un cuadro hermoso y pacífico. El hospital grande, visto desde el abrigado interior, le llenó de confianza.

Al salir del hospital sintió un terrible frío. Todavía caían copos de nieve. Los coches bajaban del hospital gateando y con el freno tenso por la colina cubierta de nieve.

Hasta que bajó de la colina, Jyonse no miró atrás. Tenía miedo de manchar la buena impresión del hospital que se llevaba. Un hijo que baja del monte después de conseguir un buen lugar para la futura tumba de sus padres sentiría lo mismo. Se rio triste.

Una mujer que caminaba con mucho cuidado, como si estuviera caminando sobre una soga en el aire, se cayó de bruces. Jyonse, diferente de ella, dio pasos sin cuidado bajo la nieve. Pase lo que pase, estaba despreocupado. Sin embargo, cuanto más se descuidaba, podía andar con mayor seguridad.

«Nunca he visto un cobarde como mi hijo». La madre de Jyonse cuando hablaba de la niñez de su hijo agregaba siempre esa frase. Decía que él no podía caminar antes de cumplir los cinco años. Crecía igual que otros pero no quería caminar. Después de aprender a andar solo, cuando veía algún obstáculo, como una piedra, se sentaba, gateaba, la quitaba y luego reanudaba su caminata. Más tarde este miedo se trasladó en miedo al mundo. Jamás podía imaginarse engañar a otros. Cuando alguien parecía querer desafiarle, huía antes del desafío. Ya de mayor, ese miedo se transformó en un carácter cuidadoso. Su comportamiento también era cuidadoso. Miraba adelante y atrás con mucha precaución, y, si el camino le parecía oscuro e inseguro, no iba allí. Algunos decían que Jyonse podía vivir sin ninguna ley; pero otros decían

que él era un «hombre bien tapado». No comprendían por qué seguía viviendo en un cuarto de alquiler teniendo cuatro hijos y con el mayor ya estudiando en el colegio. Según ellos, algo andaba muy mal. Jyonse era un funcionario del nivel más bajo y su carácter cuidadoso podía ser considerado como *fidelidad*. Él mismo la consideró como una virtud. Gracias a esa virtud lo calificaban de «hombre fiel», u «hombre que desconoce la irregularidad», aunque no fuera «hombre limpio e impecable». Quizás por esa reputación fue trasladado a Seúl, lo cual era muy difícil.

Después de llegar a Seúl, y trasladar a sus tres hijos a otra escuela, se dio cuenta de que la vida en un cuarto de Seúl no era algo agradable. Seúl era una ciudad grotesca para un hombre como él. Era un lugar de lucha feroz por la supervivencia. Allí sucedían cosas incomprensibles. No había nada que se lograra, ni había nada que no se lograra. Era un mundo de contradicciones. Tenía que conseguir la comida para cada día, educación y algo que siquiera pudiera alegrar los ojos de sus hijos. Seúl era una ciudad difícil de acostumbrarse. Sintió qué significaba «el miserable salario». El verano era más caluroso y el invierno más frío y solitario. Lo más terrible era que la palabra «fidelidad», que lo alimentaba y lo sostenía hasta ese momento, iba perdiendo su brillo. Se le cayeron los hombros. Cuando el orgullo le hizo alzar los hombros, todo le parecía mal. Confundir lo correcto con lo incorrecto. Y por esa razón todos parecían ser sus enemigos.

La cosa iba de mal en peor. Desde que su madre loca vivía con ellos en un cuarto de alquiler, Jyonse ya no podía pensar en nada. Sin tener ningún ahorro, tenía que gastar más. El sueño de comprar una casita, aunque fuera una choza, quedó como un eterno sueño; pero lo peor estaba en aquella deuda con un interés que aumentaba verticalmente. Siempre estaba nervioso.

—Oye, ¿has pensado?

Un jefe le había echado la carnada.

—¡Qué hombre! Viviendo con tantas dificultades —lo arrullaba.

—¿Cuánto tiempo cree que va a estar en este puesto? Oiga, ¿acaso hay gente que no tenga polvo en su ropa? —lo amenazaban. Eso era otro sufrimiento; y al mismo tiempo una seducción. Es que trabajaba en un puesto de trato directo con la gente. Por esta razón, el máximo jefe lo había nombrado para ese puesto. Los intermediarios, metiéndole sobres con dinero, le decían:

—Si lo botan, me encargo de conseguirle un puesto diez veces mejor que el que tiene.

Cuando rehusaba sobres con dinero, burlándose le decían:

—Con que todavía desea más. A ver, ¿cuánto desea? Cada vez sube más la tarifa. ¡Qué caray!

De vez en cuando sufría por las ganas de cerrar los ojos y recibir los sobres. Sobre todo estos días, desde que la locura de su madre estaba más grave, tenía más ganas de recibirlos. Pero él hacía todo el esfuerzo de no caer en la tentación porque eso, antes de ser un asunto de culpa por la irregularidad, era un asunto relacionado con su conciencia y que hasta ahora lo sostenía. Jyonse lo consideraba como un asunto de justicia. Si él recibía cinco, el sobornador trataría de conseguir quinientos cien veces más de lo gastado. Y con esa manera de vivir, miles de personas sufrirían por el daño. Comprendía muy bien que una irregularidad provocaba otra irregularidad mucho más grande.

En realidad, había algo fuerte que lo sostenía. Y ese algo le extendía la mano cada vez que pataleaba caído en el pantano. Eran justamente el cadáver de su padre que había visto en su niñez y el de su hermano, que vio un día de verano y que apóstaba a pescado podrido. En el momento oportuno

aparecían las imágenes de dos muertos. No, quizás no aparecían, sino que él los recordaba a propósito. En fin, esos dos muertos calmaban la tentación y la vanidad que nacía como un gas envenenado en su corazón. Sin embargo, esos dos muertos eran de un aspecto totalmente diferente del original. Estos de ahora eran pacíficos y tranquilos y le daban consuelo. Jyonse pensaba que esas imágenes habían hecho sobrevivir a su madre en esa vida humillante de su pueblo natal. Era la fuerza salvadora tanto para él como para ella.

Últimamente esos muertos ya no aparecían. Había desaparecido esa fuerza salvadora que lo abrigaba, pacificaba y tranquilizaba. Y aunque aparecieran, ya no ejercían poder. Eran muertos horriblos de su niñez. Jyonse sufría junto a la transformación de las imágenes. Cuando abría los ojos, veía el precipicio. Cuando los cerraba, soñaba que lo perseguían. Los sobres que contenían dinero bailaban delante de sus ojos. Los jefes le guiñaban y él les sonreía.

Jyonse sabía muy bien que estaba en crisis. Antes de derrumbarse, antes de caerse totalmente, necesitaba decidirse. Quería que esa decisión cortara las raíces del pecado original y lo salvara. Quizás, después de decidirse por el «último recurso», quería un consuelo.

Los tres hijos, al abrir la puerta, lo rodearon. Todos estaban con miedo.

—¿Todavía no llega su hermano?

El hijo mayor a esa hora nunca se encontraba en casa. Pasaba el tiempo en la sala de estudios y llegaba a casa cerca de la hora del toque de queda o dormía muchas veces allí.

Jyonse y sus tres hijos pasaron sigilosamente frente al cuarto de la familia dueña y llegaron a su cuarto.

Por los rostros de sus hijos que temblaban afuera ya suponía qué sucedía en el cuarto. Abrió la puerta con la mano temblorosa.

Su madre tenía agarrado el pelo de su esposa con dos manos y respiraba fuerte. Su esposa estaba echada sin protestar, como si le regalara su vida. Era la mejor manera de aplacar la locura de la anciana.

—Llegó mi hijito. Oye, prepara su mesa.

Soltando el pelo, su madre se lo ordenó, con la cara de una persona sana, como si no hubiera pasado nada. A Jyonse le dio cólera.

Una de las características de la manifestación de locura era su lenguaje grosero. Cuando estaba sana, ella era tan callada que, si no le preguntaba, no hablaba nada. Por algo la gente le interrogaba: «¿Es usted sorda y muda?». Pero desde que se alocó, empezó a soltar palabrotas.

—Oye, malvada, puta que fornicaste con tu suegro.

—Oye, mierda que saliste del culo de una perra.

—A ver, malparida, quiero ver tu hueco.

Su vocabulario tenía que ver con el sexo. La víctima siempre era la nuera.

—¡Malvada!

Cuando ella gritaba así, aquellos días, Jyonse sacaba primero la frazada.

—Desgraciada, fornicaste con tu suegro y aún así no te contentas y ahora estás haciéndolo con el amigo de tu esposo.

Era mentira, pero los que no sabían podían pensar que todo era verdad; porque hablaba con mucha veracidad. Cuando empezaba así, no solo venían a escuchar los de la familia del dueño sino también las vecinas. Como si tomara en cuenta a su público, la grosería cobraba más fuerza. Entonces Jyonse, temblando, la tapaba con la frazada. Debajo de la frazada, la anciana de setenta años pataleaba con una fuerza inimaginable. Jyonse caía al piso. Entonces, los niños arrinconados venían en su auxilio. El padre y los hijos aplastaban con

mucha fuerza la frazada. Jyonse no veía nada ni podía pensar en nada, solo sentía odio en sus dedos.

—Oye, se muere mi suegra.

Su esposa lo separó.

Lo más insoportable: como ella no dormía en la noche, no les dejaba apagar la luz. Con la luz encendida hasta las tres o cuatro de la mañana, sentada en las cabeceras de ellos, hacía travesuras. Hacía una bola con las ropas de los hijos, la metía en el bacín y allí orinaba; hacía pedazos los textos escolares de los nietos y rezaba; sacaba toda la ropa interior de su nuera y la cortaba con las tijeras.

Jyonse, que ya no podía aguantar más, salía y desconectaba la electricidad. Entonces, un buen rato quedaba silenciosa, pero, cuando sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, empezaba a moverse de nuevo. Primero tocaba sus caras con la mano para distinguir quién era quién. Cuando las manos delgadas, frías y arrugadas tocaban su cara, Jyonse, asustado, se levantaba. Después ya no podía conciliar el sueño.

—Hijito, ¿no puedes dormir?

Le preguntaba como si no pasara nada. Su voz le hacía recordar el amor de hace tiempo. Jyonse se echaba de nuevo y se fijaba en su movimiento. La mano fría otra vez se le acercaba y tocaba su cuerpo. No, eso no era un toque, sino una caricia. Algunas veces esa mano loca apretaba los cuellos de los hijos o de su esposa. Entonces había alboroto. Los niños lloraban dando alaridos mientras la abuela se reía ruidosamente. La familia del dueño tocaba fuerte la pared protestando porque hacían ruido. La anciana loca no quería que el hijo y su esposa estuvieran juntos. No era un simple rechazo, sino cuando los brazos y las piernas de Jyonse tocaban el cuerpo de su esposa, ella agarraba el cabello de su nuera y hacía bulla. Comúnmente se echaba entre los dos esposos.

A Jyonse le parecía un misterio que el deseo sexual todavía estuviera vivo en su cuerpo. Maldecía ese deseo. Después de unas copas, cuando se le subía el licor, él deseaba a su esposa. Naturalmente, su mujer, que había convivido con él más de diecisiete años, sabía qué deseaba su esposo. Pero ella no le hacía caso. Jyonse pensaba a veces que su mujer se había convertido en una santa. Su paciencia era sobrehumana. Sin embargo, él no poseía un corazón grande para expresarle su gratitud o pedirle perdón.

En el deseo era igual. Él se juzgaba un animal. En las noches de verano, mirando el cielo, fumaba afuera; entonces su esposa salía con la frazada. Detrás de la cocina Jyonse era un animal. Pero su esposa no se excitaba. El cuerpo de ella ya no tenía fuego. Su madre dormía siempre alrededor de las cinco de la mañana. A esa hora su esposa se despertaba e iba a la cocina para preparar el desayuno. Él la seguía a la cocina y le hacía el amor. Entonces su esposa lloraba.

—¡Malvados! Están haciendo hechicería para que me muera pronto. Malditos.

Las dudas de la madre loca eran terribles. No se ponía la ropa interior si esta tenía marca o si era de colores. Decía que los que deseaban su muerte habían colocado esas marcas o coloreado la ropa como un hechizo. Mientras comía, con frecuencia botaba los platos de la mesa. Tenía buen apetito; pero, cuando se enojaba, días enteros no comía nada. La gente le preguntaba por qué no comía. Ella decía que la nuera echaba veneno en su comida y como prueba les mostraba las medicinas. Eran medicamentos para hacerla dormir. No la podían hacer tomar pero los tenían guardados para cualquier ocasión.

Cuando ella ayunaba, como no podían comer dejándola a un lado, todos iban a la cocina y allí comían. Entonces ella, gritando, rompía las cosas del cuarto. Decía en voz alta que eran ingratos porque la mataban sin darle comida.

—Mamá, ¿qué te pasa? Está bien que te aloques, pero no de esta forma.

Cuando Jyonse le hablaba de esta manera, con odio, ella cambiaba su actitud.

—Hijito, perdóname. Nunca más volveré a hacerlo, te juro. No me pegues, ¿ya?

Era una niña.

—Mi suegra está así porque yo soy una mujer con mala suerte —su esposa decía, aguantando el llanto.

—No vivirá eternamente.

Era lo único que le podía decir a su esposa.

—Cierto. Pensando en eso, debo tratarla mejor, pero...

Cuando la esposa le contestaba así, Jyonse perdía el habla. Pensaba que su mujer podía morir antes que su madre loca. Esos días se quejaba de que ante cualquier cosa su corazón le latía mucho y no podía respirar bien. Comúnmente le salía la sangre de la nariz cuando su suegra la maldecía.

Jyonse había visitado ese hospital particular de enfermedades mentales solo después de decidir abandonarla. Apenas volvió del hospital, decidió mudarse a otro lugar para prevenirse de cualquier problema.

Sin embargo decidió contar su plan a la esposa. A sus hermanas las convencería más tarde.

—¿Tú también estás loco?

Cuando le contó del «último recurso» que había oído en la sala de espera del hospital estatal donde había estado internada su madre, su esposa se opuso. Le dijo que Dios los castigaría. Fuera de su pecado ante Dios, el mundo no era tan fácil para engañar. Y miró a su alrededor con cara temerosa. Dijo que, aun así, vivir con ella le era más cómodo, y le hizo recordar su preocupación y su sentimiento de culpa cuando sus dos hermanas andaban preocupadas por curarla.

—Calla, por favor. Es lo mejor para ella y para nosotros.

Jyonse solo podía decirle eso. No tenía más palabras para convencerla. ¿Cómo podía hacerla comprender que abandonarla era mucho mejor que acumular pecados diariamente? No había manera de explicar su fe de que esa era la única manera para salvarse a sí mismo, que pataleaba colgado al borde del precipicio.

«Bueno, por la obligación y el deber de un hijo, vivo con ella sin abandonarla. Pero, ¿qué haré con estos pecados ocultos que se acumularán más y más en mi corazón? Al final, seguro que cometeré un crimen por el peso de estos pecados. Mira, los sufrimientos de mis hijos me duelen, me duelen muchísimo. Y para salir de este dolor, seguramente, sería capaz de cometer más crímenes. Por estos crímenes me destruiré, y mi familia y otras personas serán perjudicadas. ¿Qué hago con estos daños? Si ella estuviera en cama como en estado de coma, quizás pensaría diferente. Pero no, ella crea problemas sin fin. Mi madre me empujó a un callejón sin salida con la fuerza de una joven. ¿Qué debo hacer en este callejón arrinconado por ella? No deseo acuchillarla. Lo que digo es que en este callejón sin salida necesito cierto tiempo para enfriar mi mente. Eso es todo.»

No obstante, Jyonse no pudo decir eso. Si hablara, sonaría como simples pretextos para escapar de la realidad.

—Si ella suelta tu nombre allí, ¿qué vamos a hacer?

Jyonse se rio. Su esposa, fácilmente, se había convertido en su cómplice.

La preocupación de ella no era gran cosa. Una suerte, su madre no sabía dónde trabajaba y siempre lo llamaba por el apodo de la niñez. Aunque ella supiera su nombre y el lugar de trabajo y suplicara que la llevaran a él, ¿quién podría creerle? Ellos, ante sus groserías, sus locuras inimaginables y su fuerza brutal, se hartarían en una sola hora.

—Mientras tanto, compraremos la casa. Luego podemos invitarla a nuestra propia casa.

—Si la sacamos así, dicen que debemos pagar por la hospitalización y el gasto de medicamento hasta ese momento. ¿Es cierto?

—Claro que sí. En ese tiempo, como ella ya no será una pobre sin familia, pagaremos todo.

—¿Aunque fuera un dineral?

—Aunque fuera un dineral, pagaremos.

Después de conseguir una casa de alquiler en el barrio montañoso, Jyonse y su esposa bajaron de la colina conversando. Pero Jyonse se sentía vacío. Era una vacuidad al reconocer que eso no podía ser cierto aunque lo dijera con convicción.

¡Casa propia! Si fuera en su propia casa, podría soportar cualquier locura de su madre. Aunque se repitiera la situación trágica y penosa cuando su madre vació la orina del bacin en la olla de los dueños donde guardaban la salsa de soya. Si fuera en su propia casa, no sería un problema serio. Y, si fuera en su casa, su odio y su maldición no llegarían hasta los dedos.

—Hijo, ¿a dónde vamos?

La calle congelada de la noche estaba casi vacía. Solo unos cuantos con los cuellos del abrigo levantados apresuraban sus pasos. El viento fuerte giró la calleja oscura, se chocó contra las llantas del auto que corría veloz y se dispersó en el frío pavimento.

—Hijito, bájame por favor.

Su madre siempre se portaba cuerda delante de él. Esa noche, encima de la espalda de Jyonse, estaba más lúcida que nunca.

—Hijo, quiero orinar. Mira, de verdad, tengo ganas de orinar. Oye, me orino.

Jyonse, de nuevo, sacudió el cuerpo de su madre más arriba de su espalda y sin hacerle caso caminó. Para no ser

engañado apretó más los dientes. Cuando sintió el calor del cuerpo de su madre en las axilas, se estremeció.

—Hijito, ha nevado mucho.

Ella estaba lúcida. Jyonse no le contestó. Se sintió aliviado porque, por lo menos, su madre no dijo que tenía frío. Pensó que había hecho bien en vestirla con mucha ropa usada.

La bajó en un lugar donde había nieve, escogido durante el día. En ese instante ella le agarró el cinturón y tembló. Miró alrededor y su rostro mostró miedo.

—Hijito, ya no tengo ganas de orinar.

Lloriqueó como si fuera una nena.

—Mira, volvamos a casa pronto. Esa malvada estaría con otro hombre ahora. Debo meter algo en ese hueco...

La loca era la loca. Jyonse se sintió mejor porque, al fin, podía despedirse de ella. Las tiendas de la calle estaban cerrándose. Las puertas metálicas se bajaban con un ruido agudo.

—Hijito, ¿a dónde te fuiste? Me muero de frío.

Jyonse volteó la cabeza y la miró. Ella seguía en el mismo lugar sin dar ni un paso. El viento barrió la calleja y rodó encima de la calle asfaltada.

Desde ese momento Jyonse no volteó la cabeza. La calle congelada era resbaladiza pero sin miedo dio pasos seguros.

Llegó a la entrada del cruce del subterráneo. Pero no volteó la cabeza. Por su mente pasó breve la escena, las canas de la loca bailando por el viento.

Empezó a bajar por la gradería del subterráneo. Todas las tiendas del subterráneo estaban cerradas. En la mitad de la galería había un teléfono público. No había nadie. Cogió las monedas de diez wones que traía preparadas y entró en la cabina.

—Entonces, ¿quién paga por la hospitalización de los enfermos sin familia?

Ese día, al bajar del barrio montañoso, su esposa se lo había preguntado. Ella todavía no era una cómplice perfecta.

—El hospital pedirá al Estado.

—¿El Estado paga por esas cosas también?

En ese momento se le iluminó la mente. El Estado debe pagar por la hospitalización de su madre.

Y al mismo tiempo pasó por la mente la imagen del cadáver de su padre en la carreta jalada por la vaca. Quizás ese muerto era el de su hermano que un día de verano gateaba hacia la madre, caído por la bala que le había pasado rozando. Un niño observaba esos muertos. Pero en aquel momento ese recuerdo ya no era de un niño. Miles y millones de niños en la misma situación observaban los cadáveres.

Jyonse entró a la cabina del teléfono público en la galería de tiendas del subterráneo y empezó a marcar el número. Los dos muertos de ese niño abrigaron su corazón que temblaba. Marcó el número varias veces.

Después de informar, salió de la cabina con el corazón aliviado.

La anciana sin cuidadores, la anciana alocada y abandonada, que no puede dar un paso por no saber a dónde dirigirse. Sin tener cuidadores significa que cualquiera puede ser su cuidador.

Al subir por la gradería opuesta a la que se había bajado antes, Jyonse se apoderó de una imagen ilusoria: miles y millones de cuidadores tendían las manos hacia una vieja loca sentada en una calle azotada por el viento. Quizás esa imagen se debía a la confianza en el policía que le había contestado en la oficina de asuntos de emergencia. Era un desconocido, pero su voz era gentil y le parecía fiel a su trabajo.

Jyonse estaba parado hasta muy altas horas, cerca del toque de queda, en la entrada de la callejuela que llevaba al sanatorio que había visitado hacía unos días. Todavía seguía

clavado en la subida fría el rostro lleno de miedo de la anciana loca, dentro del jeep de la policía, subiendo la cuesta hacia el sanatorio. Creyó que la mirada de la anciana se había cruzado con la suya.

—Hijito, perdóname, de verdad, perdóname.

Las canas de la loca bailaban en el aire.

Jyonse ya no pudo soportar más. Se arrodilló en la tierra helada.

—¡Dios mío!

Cuando empezó a buscar a Dios por primera vez en su vida, oyó el silbato. Era la hora del toque de queda.

Empezó la carrera de vida o muerte de un ciudadano que temía violar la ley del toque de queda y deseaba regresar a su casa sin problemas.

(1978)

SEMILLA INMORTAL

EL CAMINO HACIA PUEBLO NATAL estaba cubierto con una densa neblina. Yo viajaba a confirmar la muerte de mi hermano mayor. Por un problema mecánico, el bus interurbano con destino a Ojangni se detuvo un buen rato en Sembat. Ninguno de los treinta pasajeros se quejó. Todos se cuidaban de no afectar el humor del conductor, quien manejaba empujando la neblina violentamente. El locutor del programa musical de la emisora local hablaba a cada momento de la terrible niebla como si proclamara la ley marcial en la zona. Comentó que era la tercera neblina de diciembre, que limitaba la visibilidad a un kilómetro de distancia y, que a causa de ella, la temperatura de esta región era la más baja de todo el país. La niebla bloqueaba perfectamente los rayos solares. Eran las dos de la tarde; lo confirmé varias veces sin embargo, pues todo estaba muy oscuro.

Me dio miedo esta neblina, me sentí alejado de todos en el fondo del inmenso mar. Cierto, estaba metido dentro del agua, porque la neblina es una multitud infinita de minúsculas gotas, resultado de la condensación del aire. En fin, era un mundo aislado del resto. La única realidad visible era el interior del autobús. Intenté muchas veces agarrarme de los recuerdos del mundo exterior, pero fue en vano. ¿Estaría poseído por el espíritu de la neblina? Me pareció irreal todo lo sucedido desde anoche hasta esta mañana: la llamada de mi sobrino comunicándome la muerte de su padre y el malhu-

mor del jefe de mi Sección, quien de mala gana me dio permiso por unos días. ¿Existirá, de verdad, un mundo móvil y vivo más allá de la neblina?

De repente, el vehículo empezó a sacudir mucho. Habíamos entrado a la carretera sin asfalto. Era la entrada al pico Pejuryong, más conocida como la *Colina de Ladrones*, un camino accidentado y zigzagueante con el precipicio a un lado, hecho después de la construcción de la represa Soyang. El conductor apagó la radio, el único vocero que nos hablaba de la existencia del mundo más allá de la neblina. El autobús ahora parecía nadar dentro de ella.

No pude creer que un fenómeno natural como la neblina pudiera causar una ruptura total con todas las cosas. Ignorando la realidad dentro del bus, cerré los ojos y traté de penetrar en ese mundo lejano. Pensé en mi hermano mayor. Desde la llamada del sobrino mi mente giraba alrededor de él. Mi hermano mayor era un hombre que vivía rodeado de neblina. Su identidad y su habitat siempre estaban en la neblina. Viendo desde su lado, él vivió sin imaginarse del mundo de fuera, tal como yo estaba ahora dentro del bus. Prefirió vivir abandonando todo. Después de lograr una ruptura total con todo lo suyo, desaparecía de nuevo en la neblina. Por un lado admiraba su frialdad de no sufrir por nada ni por nadie. Sin embargo, un día, súbitamente, salía de su neblina y ponía todo en su sitio. Entonces rompía en pedazos la poca felicidad de los abandonados que apenas la estaban saboreando en el mundo soleado. En fin, esta vez también, de nuevo, salió de la neblina junto a la llamada telefónica. ¿De verdad se habría muerto? Dentro del ómnibus que nadaba en la neblina a la ladera del monte no me parecía real su muerte más allá de este mundo nebuloso.

Anoche, cuando mi sobrino me avisó la muerte de mi hermano mayor, solo le pregunté por la edad de su padre. Si fuera un extraño, sería muy normal; pero, hasta parecía una broma. Preguntaba su propio hermano. Lo más chistoso, mi sobrino tampoco pudo darme una cifra exacta. Él también se habría sorprendido... Era muy natural, porque su edad aumentaba o disminuía según la circunstancia. Había una diferencia de más de diez años entre la edad de su partida de nacimiento y la edad real. Además, él mismo cambiaba esa edad real a cada rato. Imposible saber su verdadera edad. Lo cierto es que la edad pronunciada por su propia boca, según el momento sus propios cálculos no originaban ninguna confusión. Si a uno le decía su supuesta edad en tal circunstancia, gracias a su fabulosa memoria, nunca se olvidaba de eso y seguía con el cálculo cronológico desde ese instante. Sus sospechosos estudios, sus viajes por varios lugares y sus maravillosas y variadas experiencias cambiaban según la situación. La gente no dudaba de él debido a su excelente memoria y locuacidad. Decía que había estudiado en la Facultad de Derecho de una universidad de Japón y que sus compañeros de estudios eran tales autoridades de la corte. Y, junto a esos datos, refería los platos favoritos de ellos y sus pasatiempos favoritos; por tanto, los oyentes no dudaban lo que oían. Algunas veces se portaba como un ignorante: que sabía solo unos caracteres chinos que había aprendido de reojo en el patio de una escuela del pueblo cuando era niño, o que había estudiado durante tres horas el alfabeto coreano en el círculo nocturno de estudios del barrio durante la época colonial japonesa. Decía eso cuando necesitaba seguir con su terquedad de niño maleducado. Y, ante ese comportamiento de un bruto, la gente, asustada, se largaba sin hacerle caso.

Los familiares y los vecinos del pueblo natal lo calificaban de trotamundos y mujeriego; pero, cuando lo veían, se que-

daban impactados por su gigantesco tamaño y su rostro hermoso. Sobre todo, decían que las mujeres se enamoraban de él inmediatamente apenas viendo sus ojos brillantes. Mi hermano mayor hablaba de su vida con locuacidad, según el nivel de su oyente: si este era uno de edad, su historia empezaba con la época colonial japonesa cuando él, en Manchuria, manejaba un negocio de madera y ganaba tanto dinero que tenía que llevarlo en un camión; pero que finalmente se quedó sin un centavo por malgastar en extravagancias. Ante los budistas, contaba que, cuando era monje en un templo budista rodeado de montañas, se enamoró de una casada que había ido al templo a rezar, y cuando fue descubierto su amor, casi lo matan al acuchillarlo por la espalda. Ante los cristianos, era un fiel que fue a un centro de oraciones a orar veintidós días en ayuno. Al final el Espíritu Santo le iluminó, y logró hablar otros idiomas; pero, por exagerar mucho el prodigio, fue castigado y quedó con su torcida boca. Ante un joven, se disminuía la edad unos veinte años, era un soldado de la primera tropa enviada a Vietnam, su jefe era un fulano del pueblo de Kyongsangdo, su compañero, cuyo número de identidad militar era tal, murió trágicamente por pisar una mina, y remedaba hasta el sonido del arma del Vietkong. Todas esas experiencias tan variadas parecían ciertas, porque su historia estaba basada en una exactitud cronológica, números y datos personales. Mi hermano mayor tenía una memoria extraordinaria. Este tremendo poder de memorizar funcionaba mucho mejor para relatar, con arrepentimiento, sus errores cometidos. Cuando mi sobrino me hizo recordar ese aspecto de su padre, le contesté: esto demuestra que tu padre es muy astuto. Él era muy astuto. Al contar sus historias, en vez de jactarse por algo, siempre contaba sus errores detalladamente con el fin de huir de esos males. Cuando me veía, su hermano menor, gracias a su excelente memoria me

contaba cosas de las que me había olvidado completamente. Decía que el hermano mayor era casi un padre; sin embargo, en vez de tratarme bien como a un huérfano que era, me había maltratado, me había quitado la herencia que me correspondía y lo había malgastado. Me los contaba con precisión como si se tratara de un asunto ajeno. Hace unos años, cuando vino a visitarme a la oficina, me sacó la cuenta de todo el dinero que me debía: la herencia equivalía a tanto y el dinero que le había prestado era tanto. Siempre me conmovía su sermón en el que, a pesar de que era un malvado, nunca se olvidaba de las maldades que había hecho.

Tío, por el momento eso es todo. Te comunicaré más tarde. Dicho esto, colgó el teléfono. Parece que se murió mi padre. ¡Qué manera tan rara para hablar de la muerte de su propio padre! Y, ¿qué me iba a comunicar más tarde? Además, ¿cómo puede tener la voz tan serena, como si no hubiera pasado nada? Estaba igual que cualquier otra llamada anterior.

Mi sobrino era dos años menor que yo y habíamos crecido en la misma casa como mellizos. Durante los años de vida errante de mi hermano mayor, abandonando a su familia, mi sobrino y yo nos llevábamos muy bien. Él, desde niño, era correcto y de buen corazón. Tío, tú vas a ser igual que esos hombres que luchan por la justicia. Me alababa así por mi carácter enérgico, emprendedor y anhelante. Yo, para estudiar en la universidad, tuve que trabajar para mantenerme y pagar todos los gastos de estudios, y así pude obtener el título. En cambio, él terminó la Escuela Pedagógica en dos años y empezó a trabajar como maestro de escuela primaria. Según él, le gustaba el magisterio. Siempre he pensado que mi sobrino paga las culpas de su padre. Cuando estaba con él, desaparecían los malos sentimientos sobre mi hermano mayor. Pienso que, gracias a las vibraciones positivas que lanza él, mi cuñada también puede aguantar su vida triste.

En realidad, mi sobrino tenía fama de ser un buen hijo. La gente dice que no hay buen hijo para una enfermedad de largos años; pero, aunque mi cuñada está paralítica desde hace años y que ni siquiera puede ir al baño sola, es atendida por él con mucho cariño. Y sin hacer ni una mueca de cansancio. Ya podía ser Subdirector de una Primaria Estatal en alguna provincia; pero renunció y consiguió una plaza de profesor en una escuela privada del centro de su pueblo, a una hora desde su casa. Lo hacía por su madre, que quería vivir en su pueblo natal. Tampoco se enojaba con su padre, quien aparecía después de años, hacía la vida imposible a todos y luego se iba de un momento a otro. Aunque a mí me contaba todo; sobre su padre, hablaba poco.

Mi sobrino, cuando había algún problema familiar, me buscaba primero. Después de que él colgó el teléfono diciéndome que se comunicaría más tarde, no pude aguantar más. Él era un hombre correcto que sabía poner bien los puntos y comas, pero esta vez estaba desconocido. Debe haber algo, por eso habría hablado así. No habrían pasado diez minutos cuando llamé a su casa en Oumni. Después de que el pueblo de Tedongni quedara debajo del agua por la represa Soyang, hace ya más de diez años, vivía en Oumni, a solo una montaña desde su antiguo pueblo, porque su madre así lo deseó.

Tío, ¿dónde está ahora?

Me contestó con alegría desde el otro lado de la línea telefónica la esposa de mi sobrino. Quizás habría pensado que llamaba desde Chunchon después de recibir la noticia de la muerte.

Estoy en Seúl. ¿Tu esposo ahora está en Changsugol?

Se lo pregunté porque mi hermano vivía últimamente en Changsugol de Pukpangmyon, pero la respuesta me sorprendió.

Esta mañana fue a Ojangni y hasta ahora no nos llama. ¿Se murió él en Ojangni?

Parece que sí. En la madrugada llegaron los de Ojangni y dijeron que algo le había sucedido a mi suegro. Fue allá después de desayunar y, como no tengo más noticia hasta ahora, no sé nada.

¿Cómo sigue tu suegra?

Igual, como siempre.

¿Ella sabe que se murió tu suegro?

Todavía no le hemos avisado nada.

Bien. Por el momento, es preferible no contarle nada.

Estábamos en invierno. Pero, cuando salí de Seúl para visitar el pueblo natal, no hacía frío.

* * *

Cuando el ómnibus subió a una altura considerable, empujando la neblina que cubría toda la montaña, recién vi que la neblina se movía rápido. Corría hacia el valle mostrando de vez en cuando el color negruzco del monte. Parecía un cuadro. La capa de la niebla estaba delgada y ahora caía una especie de llovizna por el contacto de la niebla con el aire frío. El conductor hizo funcionar el limpiaparabrisas y el ayudante limpió con un trapo aceitoso la luna interior empañada.

Empecé a pensar en la muerte de mi hermano mayor. Desde el momento que vi que la niebla corría hacia algún lugar, el mundo se me presentó con mayor claridad. ¿De verdad estaría muerto? Dudé de su muerte. Quizás lo relacionaba con la falsa noticia de la muerte de ese hombre de Corea del Norte. Aunque fuera por una extraña llamada de mi sobrino, no podía creerlo. Aunque viera su cadáver con mis propios ojos, no lo creería fácilmente. Para mí, él estaba lejos de la muerte. A pesar de que yo era veinticinco años menor que él, vivía con el presentimiento de que me moriría antes que él. Qui-

zás ese presentimiento se debía a sus apariciones repentinas desde su nebuloso mundo durante toda la vida. Nosotros, incluso mi cuñada, abandonados por él, teníamos que vivir olvidándonos de él durante sus largas ausencias. Las más cortas eran de unos tres o cuatro meses; y las largas, de más de diez años. Volvía por un tiempo suficiente para vender el terreno que cada vez se reducía; y, de repente, volvía a su mundo de niebla. ¡Cuánto tiempo esperamos que nos llegara la noticia de su muerte! Varias veces tuvimos esa falsa noticia. Entonces, uno de nosotros, averiguando dónde, iba allí, lo encontraba en la bodega de alguna casa, casi moribundo, y volvía con él. Cada vez que salía del pueblo natal, sin falta decía que, si no había noticias dentro de tres años, lo calificaríamos de muerto y que le hiciéramos el rito funerario en la fecha de su salida. Pero después de pasar dos veces esos tres años, apareció y nos asustó. La última desaparición se realizó a principios de la década 70, cuando se finalizaba la obra de la represa. Esa vez él se apoderó de todo el dinero que nos pagaron por nuestros terrenos de cultivo de Tedongni, los cuales pronto quedaron bajo el agua. En el momento cuando el pueblo natal quedó más abajo del agua, toda la familia Song, por su culpa, quedamos como mendigos y tuvimos que dispersarnos.

Pero volvió hace dos años. Apareció su cuerpo gigantesco en Changsugol, a unas dos horas en autobús desde Oumni, donde vivía mi sobrino con su familia. Cuando mi sobrino y yo fuimos a Changsugol, él estaba secando las hojas de una planta con una mujer de unos cuarenta años. Parecía una mujer común y corriente. Es tu otra madre. Para ti, es tu otra cuñada. Siendo el malgastador de todo nuestro dinero, era autoritario y sinvergüenza. Mi sobrino hizo las venias al estilo coreano a los dos. Mira, ahora, no les seré un bulto. Voy a vivir acá con ella. Después de recorrer por todos los

pueblos donde la gente goza de longevidad, he llegado a la conclusión de que no hay otro lugar mejor que acá. Esa familia de enfrente vive más de cien años durante tres generaciones.

Era un sinvergüenza. Estaba con más deseos de vivir. Al oír que volvió para vivir más tiempo, sentí asco. Pero mi sobrino, sentado con la cabeza gacha, le oía atentamente lo que contaba con exageración sobre los métodos fantásticos para tener una longevidad sin enfermedades.

* * *

Cuando el autobús llegó a la octava parte de la subida del Pico Pejuryong, la gente soltó un ¡Aaaah! Desaparecieron el miedo y la preocupación de los rostros por el malabarismo del vehículo en la empinada cuesta cubierta de neblina. El autobús, por fin, pasó el pantano de la densa neblina y entró al mundo del sol. Era increíble la belleza del monte invernal con sus colores claros. Relucía el sol de las tres de la tarde, y en la cumbre se veía claro el sendero de los montañistas hacia el templo Chongpyongsa, y al otro lado del Pico Chugongñong soleaba la sábana de Oumni. Sin embargo Chunchon, que estaba detrás del bus, seguía con el mar inmenso de la niebla. ¡Qué diferencia entre este y el otro lado del monte! Un momento pensé en las diabluras de la neblina.

Ahora todo estaba claro: mi hermano mayor apareció en Changsugol, secaba las hojas de plantas y andaba por los montes recogiendo hongos silvestres. Él, que destruyó la esperanza que albergábamos escondida en el corazón; él, que nos traicionó más de diez o veinte veces, cada vez cuando entraba a la neblina, cada uno de nosotros empezaba a alimentar nuestra esperanza de su próxima aparición sin que supieran otros. Mi cuñada, seguramente, desde que se casó,

pudo soportar casi cincuenta años de sufrimiento y humillación por esa esperanza que alimentaba en su interior. Mi segundo hermano mayor, cuando el primero le quitó toda la herencia, rechinando los dientes declaró que él no era su hermano y se fue a vivir a Chungchongdo. Sin embargo, de vez en cuando preguntaba por él porque tampoco había podido matar esa esperanza que alimentaba. Tampoco yo era diferente. ¡Qué vergüenza! Cuando estudiaba y trabajaba, para poder tomar un poco más de caldo, pedía dos veces un plato de fideo de diez wones en vez de uno de veinte wones; sin embargo, en lugar de culparlo, me consolaba justificando su manera de vivir. De niño creía que él escondía de nuestra vista alguna fortuna. Pensaba que él trabajaba en algo muy grandioso que no podíamos entenderlo por ser comunes y corrientes, y que debíamos sacrificarnos durante algún tiempo. Naturalmente, relacionaba esa empresa grandiosa con algo que podía recompensar nuestro sufrimiento. Era muy natural que así figurara el hermano mayor en el corazón de un niño solitario, huérfano desde los cuatro años. Después de varias traiciones me esforcé por comprenderlo como un ser humano, debido a sus propias palabras de arrepentimiento: Yo no soy un ser humano. Si yo fuera un ser humano, ¡cómo podría...!

Algunas veces hasta derramaba lágrimas hablando. Desde que vi sus lágrimas, estaba seguro de que algún día haría algo para borrar todos sus errores. En este momento que voy a Ojangni para confirmar su muerte no puedo abandonar esa esperanza. Mi cuñada, cuando hace dos años se enteró de su aparición en Changsugol con una mujer joven, tuvo el segundo derrame cerebral y hasta ahora está en estado vegetativo; pero todavía sigue con la esperanza viva.

Al principio pensaba ir directo hasta Ojangni, pero cambié el plan. Me bajé del ómnibus en Oumni. Me pareció un peca-

do ir allá sin saludar primero a mi cuñada, que permanece postrada en cama, casi moribunda; para mí, ella es mi madre. También pensé que sería bueno ver a la esposa de mi sobrino para obtener más datos sobre esa muerte. Calculé también la hora del último bus con destino a Ojangni que salía de Chunchon a las cinco de la tarde.

Antes Oumni era de Corea del Norte por estar al norte del paralelo 38°; pero después de la Guerra Coreana pertenece a Corea del Sur. Es un pueblo que empezó a prosperar gracias a las bases militares, y es de donde se dispersan las rutas nacionales a tres ciudades: Chunchon, Jwachon y Yanggu. Después de la construcción de la represa Soyang, Oumni adquirió más importancia porque el camino a Yanggu quedó debajo del agua. Ahora hay buenos servicios de botes; pero en esos años, sin pasar por Oumni, no se podía ir a Chugongni, Tegongni y Ojangni. Mi cuñada quiso mudarse a Oumni sin tener nada allí, porque habría pensado en el regreso de su esposo. Pero él traicionó esa esperanza, porque por más de diez años ni una vez apareció en Oumni. No. ¿No dicen que se murió en Ojangni? Entonces, finalmente, volvió al pueblo natal. Quizás habría ido a Oumni, se habría arrojado ante su esposa, habría llorado de remordimiento y habría pasado el Pico Chugongñong en busca de su tierra natal. Mi corazón latía emocionado. Tratando de olvidarme de esa esperanza, me detuve en la puerta de la casa de mi sobrino.

El cuarto donde yacía mi cuñada durante varios años estaba limpio. No parecía el cuarto de una enferma. Mi cuñada también estaba limpia. Se notaba cuán buenos eran mi sobrino y su señora. El verano pasado cuando les visité estaban cambiándole de posición porque la enferma tenía pus y llagas en la espalda, pero ahora no apestaba. Cuando me acostumbé a la oscuridad del cuarto, vi que las lágrimas se le

asomaban en sus ojos empequeñecidos por las arrugas. Agarró mis manos. ¿Todavía le quedaban lágrimas? Apreté sus manos y pensé en la vida de esta pobre mujer.

Al cuarto día de su boda fue abandonada por su esposo. Al despertarse, vio que él no estaba. Fue una total humillación para ella. Hasta cuando cumplió sesenta años no contó que su esposo se había llevado todas las joyas y adornos de oro. Mi hermano volvió después de que su hijo engendrado en esos cuatro días de la vida matrimonial, cumpliera un año. Como en esa época no existía la palabra *divorcio*, se alegró de verlo de nuevo. Pero su esposo le pidió que pusiera su huella digital en un papel escrito. Sospechó algo malo y se resistió, pero no pudo soportar más los fuertes puñetazos de él. Puso su huella digital y él se paseó mostrando el papel a todos. El papel decía que el niño no era suyo, sino de otro hombre. Juró que no la había tocado aunque había dormido en el mismo cuarto durante cuatro noches. Mi cuñada, por cólera, varias veces intentó tomar veneno, pero no lo hizo pensando en el futuro de su hijo Jongho. En la noche dormía igual que otros esposos; durante el día, con otra cara, la trataba con frialdad. Poco a poco, ella se dio cuenta de que el maltrato de su esposo era un pretexto para pedirle dinero e irse de la casa. En fin, el maltrato y sus mentiras duraron unos años más después de la muerte de nuestros padres a causa de la peste. Después de la desaparición de nuestros padres, él dispuso de todo. En cada salida dejó en mano ajena una parte de los campos de cultivo cerca de Tedongni que había comprado el tatarabuelo, quien había sido un vendedor mayorista de sal. Al salir, decía que se iba a otro lugar porque no quería vivir con su esposa. Para los familiares, ella era la que arruinaba al primogénito de una familia y la que hacía disminuir la propiedad como si sacara de la canasta la fruta del caqui seco uno por uno. Como en esa época no se podía vender mucha

cantidad de terreno de una sola vez, vendía poco a poco. Después de gastar todo volvía a casa y vivía unos meses sin crear problemas. Una noche de esos días, de repente, le dió ganas acostarse con ella. La excitaba, se saciaba y se volteaba. Y cuando apenas la mano de ella tocaba su cuerpo, decía en voz alta que llegaba hasta afuera: «Duerme tranquila». Ella tenía que morderse la lengua por la vergüenza. Aún así, en esa vida anormal del matrimonio, nacieron cinco hijos: dos hijos y tres hijas. Cuando nacía una nueva criatura, él juraba que no era suyo. Lo más terrible era la declaración de que ninguno de ellos era suyo. Fue en la reunión de todos los familiares, un poco antes de largarse con todo el dinero de compensación por los terrenos inundados, que se apoderó de este botín en secreto, cuando dijo y convenció a la gente con su locuacidad y su memoria infalible que, aunque la mujer le pedía tanto en las noches, él jamás ponía su mano en ese cuerpo impuro y dormía tranquilo. Después de que se largó con todo el dinero, la gente, por ese hecho tan alarmante en su conducta, quedó atontada durante buen tiempo.

Su mano quedó floja en la mía. Otra vez la apreté por el remordimiento de haber dudado de su pureza, igual a otros. Después de que se largó con todo el dinero, mi cuñada, para quitar esa capa puesta por su esposo, contó su vida llorando ante las vecinas. En ese instante yo la maldije. La odié por su traición, porque había desnudado a su propio esposo ante personas ajenas. Yo no pude poner a mi cuñada en el sitio de mi hermano, aunque la vida de ella fuera tan miserable. De niño, cuando me peleaba con mi sobrino, y cuando me parecía que ella apoyaba a su hijo, la hacía sufrir soltando las palabrotas que usaba mi hermano, y me largaba. En esos momentos, mi cuñada habría llorado en silencio como lo hace ahora.

Puse un billete de diez mil en su mano sana. Esa mano me servía alguna cosa deliciosa cuando no había nadie. Mis ojos se llenaron de lágrimas.

La esposa de mi sobrino me acompañó hasta el cruce donde estaba la parada de buses. Estaba un poco nerviosa porque no le habría parecido real la muerte de su suegro, a quien solo lo había visto una vez.

—Me llamó por la tarde y parece que todavía no localizan el cadáver.

Tal como había supuesto, se había muerto ahogado. Ella no sabía si se había ahogado remando o él mismo se había tirado al agua. La cosa estaba muy complicada.

—¿Él vino hasta aquí?

—No. Decían que vivía en Changsugol, y, de un momento a otro, nos llegó esta terrible noticia.

—¿Tu suegra se dio cuenta?

—No estoy segura. No le dije nada, pero está rara porque esta mañana me exigió que le lavara el pelo, y, al verlo a usted, lloró mucho.

—Se enterará tarde o temprano; pero..., por el momento, no vayamos a avisarle.

—Como su otra esposa está en Changsugol, llevarán allí el cadáver, ¿no?

Su pregunta tenía una espina. Al final de cuentas, es una mujer igual a mi cuñada; por tanto, seguro que habría notado el maltrato de su suegro en las tristes miradas de su suegra.

—Como se murió fuera de casa, seguramente...

No se podría decir «fuera de casa» cien por ciento, porque murió en su pueblo natal, pero no le pude contestar con claridad.

Serían las siete de la noche cuando llegó el último bus a Ojangni, el paradero final. El autobús tenía tres viajes al día

hasta Ojangni. Entré a la tienda cercana para comprar cigarrillos y averiguar dónde estaba mi sobrino. Por suerte, había alguien que lo conocía porque mi sobrino había trabajado en una escuela primaria cerca de allí.

—En la mañana vi al maestro Song bajar hacia allí con Chegyong Pak del pueblo de Juekol.

Iba a preguntar sobre mi hermano mayor, pero, como el otro no sabía nada del alboroto, no lo hice. Bajé hacia la orilla del lago y anduve casi una hora localizando la casa de tal Chegyong Pak. Finalmente la encontré en un caserío de unas seis casas. Su nombre me sonaba muy familiar, y, cuando lo vi, lo reconocí inmediatamente. El pueblo natal todavía no era un lugar extraño para mí. Él antes vivía en el pueblo Tongkol y era unos seis años mayor que yo.

—¿A quién veo? Eres el hermano menor del señor Chinse Song, ¿verdad?

Ya no era ese joven Chegyong Pak cortés que cultivaba nuestro arrozal en Tongkol antes de que se inundara. Cuando mi hermano mayor desapareció usurpándonos todo el dinero de compensación por el terreno, Pak fue sindicado como cómplice por mi otro hermano. Él le pegó. Y Pak, por cólera, lo denunció.

—El maestro Song está ahora en Sachonli. Aunque esté allí, es en vano; pero, ¿qué le queda? Tampoco hay gente que pueda entrar al agua para buscarlo.

Chegyong Pak desató la soga que amarraba al pequeño bote en la orilla y remó en el lago. El día ya estaba completamente oscuro.

—En fin, no tengo palabras. No sé si habrías venido sabiendo todo. Tu hermano se llevó este bote sin permiso y tuvo ese accidente. ¡Qué problema! ¿Qué tendría ese señor contra mí? Quizás habríamos sido enemigos en la otra vida. Después de diez años, de nuevo, aparece aquí y me complica la

vida. ¡Carajo! Hace poco que he estado en la comisaría porque me habían citado. Me preguntaron esto y otro para hacer un informe; pero, ¿sabes qué? Esos estaban dudando de mí, creyendo que yo le había hecho algo. ¡Putá mierda! Como dicen, después de recibir el regalo le dan bofetadas al que regala.

Pak habría bebido mucho, porque sus movimientos al remar no eran ligeros. Quizás estaría exagerando su molestia porque yo era el hermano del muerto. Le pregunté directamente:

—¿Mi hermano se suicidó?

—¿Qué cosa? Hay gente que, después de llorar mucho rato en la casa del muerto, pregunta quién se murió. Pareces uno de ellos. Si no se suicidó, ¿cómo se murió tu hermano?

Me estaba sacando de mis casillas.

—Es que como me llamó mi sobrino...

—¿Qué te dijo él?

—Que mi hermano tuvo un accidente en Ojangni y ...

Le mentí para sacar más datos concretos.

—¡Qué hombre tan raro! Lo visité y le conté los detalles, y aún así canta otra canción. Claro, lo comprendo. ¿Quién puede creer que ese señor Chinse Song se haya suicidado? Tú sabes que éese se salvó durante la Guerra por hacerse el loco. Según él, la vida es una sola y uno debe saber protegerla.

Sí, me acuerdo. Tedongni era un pueblo fronterizo del paralelo 38°. Antes de la Guerra, cerca del pueblo, había una base militar de Corea del Sur. Tan cerca que de noche se oía claramente las riñas de la gente que vivía al norte del paralelo. En esa época, la gente que cruzaba en secreto la frontera por el camino montañoso de Tongmakol decía que pronto iba a estallar la guerra. Mi hermano, que había salido de casa al siguiente año de la independencia, había vuelto después de tres años y estaba en casa sin trabajar. La gente le pidió

que ocupara el cargo de Presidente del pueblo, pero él se negó. Cuando alguien le preguntaba su opinión, decía que él no sabía nada. Un día defecó en el cuarto, manoseó su excremento y luego, sin ningún asco, lo amió de su mano. Cuando la gente vino a casa por la noticia, mi cuñada echó cerrojo a la puerta. Pero él, desnudo de la cintura hacia abajo, salió de casa pasando el muro y se paseó por el pueblo. Los de otros pueblos también se enteraron de su terrible locura. Como estaba loco, lo excluyeron de llevarlo al ejército. Cuando los comunistas tomaron el pueblo e izaron la bandera roja en la plaza, pudo sobrevivir con su manía de comer su propio excremento con una mirada atontada.

—¿Cuándo llegó mi hermano aquí? ¿Por qué volvió? ¿Te dijo que vino a morir acá? —le pregunté porque ya no pude aguantar más. La cólera guardada en mi interior estaba por explotar. Chegyong Pak se daría cuenta de mi humor. Dejó de remar y buscó el cigarrillo. Le ofrecí uno y se lo encendió.

—Es que... lo que pasa es que...

Trasanteayer en la noche lo visitó. Como era un visitante totalmente inesperado, lo consideró mal agüero. Hacía diez años que no se veían; sin embargo, mi hermano, como si viniera a visitar a un amigo, le dijo que le prestara su cuarto unos cinco días porque quería pescar. Como era tan natural su manera de hablar y su vestimenta, le dijo que sí porque de vez en cuando la gente venía a pescar en esa época. Pensando en la visita de un paisano, fue a la tienda de Ojangni y compró licor. Pero mi hermano le dijo que desde hacía unos años ya no bebía ni una gota. Y no le dejó abrir la botella. Añadió que también había dejado de fumar. Pak quiso excavar sus diez años y le preguntó qué había hecho durante ese tiempo, pero mi hermano le contestó diciendo que un pecador no tenía palabras. Pak le preguntó si sabía que las tumbas de sus antepasados habían sido trasladadas a Chugong-

ni y él le respondió que sí, y que venía de allí. A Pak no le pareció mentira porque mi hermano conocía el lugar. Era un hombre locuaz, pero ese día no habló. Pak le preguntó sobre su familia que se había mudado a Oumni, pero a esa pregunta no le respondió. Le comentó sobre la muerte de un conocido de Tedongni, pero él tampoco reaccionó. Juzgó que estaba cansado por haber venido de lejos, le tendió la cama y se despidió. Esa despedida fue la última.

—No sé a qué hora saldría. En la madrugada cuando fui a recoger la red vi que no estaba el bote. En el cuarto donde durmió había un libro del tamaño de una mano. Me dijeron que era la Biblia. Su hijo, el maestro Song, la recogió.

—¿En qué vestimenta llegó mi hermano?

—No tan pobre como cuando venía a casa antes, cuando se le acababa el dinero. Estaba saludable. Venía en ropa de pesca, pero creo que tenía corbata.

—¿Traía su equipo de pesca?

—No sé si trajo, pero tenía un maletín grande lleno de cosas.

—Entonces, ¿cargándolo en la espalda se echó al agua?

—Tú también preguntas igual que el policía de la comisaría. ¡Dios mío! Ustedes creen que soy culpable de su muerte. Oye, los de Sachonli saben bien porque ellos encontraron este bote en el centro del lago, y en el piso del bote encontraron solo sus zapatos bien ordenados. El mismo maestro Song los vio también. También vieron que la tierra pegada en sus zapatos no era de este muelle de Juekol.

—No te pregunté en ese sentido, solamente quería saber más...

—¿Qué más querías saber?

—Es que dicen que los que se suicidan en el agua se echan al agua llevando algo en su espalda, y...

—Eso, eso es lo que dije en la comisaría. Dije que sería difícil localizar el cadáver. Como ni siquiera se sabe dónde

ocurrió aunque se sumerjan, no lo podrán encontrar fácilmente. Además, este lago es grande y profundo.

* * *

De verdad, hice bien en venir. Mi sobrino estaba parado solitario a la orilla del lago de Sachonli, bajo la oscuridad. Cheg-yong Pak hizo una fogata con los troncos podridos. Los labios resecos y sin color de mi sobrino mostraban cuánto había sufrido desde aquella mañana, parado junto al lago, lugar de la muerte de su padre. Estaba enflaquecido y preocupado.

—Tío, disculpa —me cogió la mano. Se le asomaron las lágrimas. Yo siempre pensaba que él expiaba los pecados de su padre y era la víctima de la inmoralidad y de las sinvergüencerías de este.

—¿Dónde se murió?

Ante la seriedad de mi sobrino, no pude mostrar mis dudas o críticas hacia esa muerte.

—Parece que es allí. Es que allí abajo está la colina entre el campo y el caserío del barrio bajo.

Mi sobrino señaló la superficie que estaba más blanca en contraste con la oscuridad. Allá abajo está el pueblo de Tedongni, y nuestra casa estaba en el caserío del barrio bajo. Aunque estaba debajo del agua, sentí nostalgia. Aunque estamos viviendo dispersos porque nos empobreció el hermano mayor, aunque jamás podamos recuperar la fuente, los muros de piedra; allí debajo del agua está nuestro pueblo, donde hemos vivido de generación en generación. Con claridad recordé los paisajes de la montaña rocosa del caserío Tongkol y las montañas de Tegongni. Luego apareció el rostro de mi hermano mayor en el pueblo. Entonces, la imagen de esa tierra quedó maldecida. Al paisaje nocturno del lago envuelto por la oscuridad le hacía falta la presencia de la luna. La fogata seguía ardiendo.

Mi sobrino seguía mirando hacia la oscuridad de Tedongni. Guardaba silencio. Chegyong Pak, residente en el caserío de Jwekol, sacó algunas cosas, como el aguardiente que había traído en el bote. Mi sobrino le habría pedido traerlas. Después de dejarlas fue al pueblo Sachonli para conseguir más maderas para la fogata. El pronóstico del clima era que haría calor aunque fuera invierno; pero la noche en la orilla de Sachonli era friolenta. Mi sobrino, seguramente, quería trasnochar junto al lago. Me conmovió su recibimiento cariñoso hacia el padre que había vuelto al pueblo natal después de diez años.

¿Por qué mi hermano había vuelto al pueblo natal? ¿Qué imán lo habría atraído hasta aquí? Ya no quedaba ninguna propiedad que pudiera negociar engañándonos a todos. La mujer, la víctima de su sadismo, a quien había gritado en voz alta «¡A dormir como gente decente!» después de saciar sus deseos, ahora ya no le servía porque estaba paralítica. Los hijos, a quienes no los había reconocido como suyos para justificar sus salidas de la casa, ya eran más altos que él. Sin embargo, él había vuelto. ¿Por qué? Me latió el corazón. Los insectos que yo alimentaba en secreto para este momento empezaron a actuar.

Había vuelto para morir. La ola suave que lamía ligeramente la orilla era su boca.

¿Arrepentimiento? ¿Se sacrificó escarbando con el cuchillo todo lo que había guardado en su corazón? O, si no, ¿fue atraído por el sentimentalismo de hacer coincidir el lugar de su muerte con el lugar donde había sido sepultado su cordón umbilical? Sin embargo, usted, hermano, hace dos años en Changsugol no era tan humano como para mostrar esas manías de la vejez.

¡Jujuju...! Él, en vez de responderme, esparcía su risa maligna en la oscuridad. Se crispó mi piel por el temor de que su

rostro astuto, empapado de agua, se irguiera de repente desde la profundidad del lago.

Chegyong Pak volvió desde Sachonli con un tal Shichun Kim. Era el que había encontrado el bote vacío. Chegyong tendió al lado de la fogata la vieja estera que había traído en la espalda. Gracias a las maderas de pino, la fogata iluminó más el contorno. Las maderas chisporroteaban al quemarse. Chegyong nos sirvió el aguardiente hasta la mitad del pocillo. Mi sobrino, que no era amante de licor, lo vació de un trago. La cantidad era casi la mitad de la botella. Seguro que quería calentar su cuerpo helado con el licor. Pronto se quedaron vacías las tres botellas.

—Mi mujer vio primero el bote cuando fue a preparar el desayuno en la madrugada. Desde la cocina se ve todo el lago de Tedongni y Tongkol. Como yo tenía que ir a recoger la red en Tongkol, me acerqué al bote, y adentro encontré un par de zapatos bien arreglados. Me asusté porque era un bote muy familiar; miré de nuevo, y era de Chegyong.

—Oye, díles claramente qué cosas más había allí.

—¿Qué quieres que diga? No había más que un par de zapatos.

—Solo había zapatos, ¿no? Tu mujer también dijo eso.

—Sí, pues. Todos vimos solo eso. Pero, es que ¿crees que soy un ladrón que roba a los muertos?

Mi sobrino suavizó el ambiente. Dijo que nadie lo dudaba y ofreció un poco de licor a todos.

—El problema está en cómo hallar el cadáver, y...

El tema de ahora era cómo encontrar el cadáver.

—Aunque no cargara nada, no creo que flote tan fácilmente. En verano flotaría al día siguiente; pero, en un día invernal como ahora, el agua está fría; es probable que flote después de un mes.

—En verano también es igual. Hace dos años Sunbe, del pueblo vecino, se ahogó borracho al colocar la red. A un mes

lo pudimos sacar del agua. Y eso, gracias a los buceadores a quienes les pagaron mucho dinero. Y el cadáver estaba solamente con huesos, porque los peces le comieron la carne.

—Era porque la represa soltaba el agua y el cadáver que corría a ras del suelo se había enredado con la raíz de un viejo árbol.

Según ellos, el ahogado aparecía en la superficie según la profundidad y la temperatura del agua. Además, el poder de flote también dependería del peso del cadáver, porque había diferencia entre el agua que corre y el agua estancada. Decían que el tiempo de flote del cadáver era muy breve. Después de aparecer, otra vez se hundía, y después de cierto tiempo otra vez aparecía su cogote encima del agua.

—Fue hace años en Chugongni. Flotó un cadáver tan podrido que no pudimos distinguirlo, y, fíjense, en sus piernas había un maletín lleno de piedras.

—Oye, hombre, no digas mentiras. Si tenía piedras en su pierna, ¿cómo pudo flotar?

—¿Por qué mentir? Estaba podrido pero su panza estaba llena de aire. Alguien dijo que tenía gas. Yo saqué las piedras del maletín. Ese muerto era el de Seúl que había venido al Agua Medicinal de Chugongni para curar una enfermedad.

—Te refieres a ese para quien trajeron a cinco buceadores desde Seúl, ¿verdad?

—Exacto. Trajeron un barco de motor contratado exclusivamente desde Chunchon. Al saber que tenía dinero su familia, los buceadores usaron sus mañas y se demoraron mucho tiempo. No estoy seguro, pero creo que para cobrarles más dinero, aunque habían hallado el cadáver, lo habían guardado en algún rincón de una casa debajo del agua. Y mientras fingían que no lo habían encontrado todavía, el cadáver flotó por sí mismo.

—Es verdad que esos buceadores son unos desgraciados. Dicen que su tarifa cambia según las lágrimas de los familiares. En caso de Sunbe, siendo una familia muy pobre, le cobraron un millón de wones.

Mi sobrino, que dormitaba debido al licor y el calor de la fogata, se despertó e intervino.

—Verdad, ¿ya averiguaron cómo localizar a los buceadores?

—Dicen que la comisaría se encarga de esto. Pero, maestro, es mejor que usted mismo vaya mañana a la comisaría. Pedí solo a un buceador porque me dijeron que costaría mucho por ser invierno.

El señor Kim de Sachonli había arreglado un cuarto para nosotros. Sin embargo, mi sobrino rehusó dormir allí. La noche avanzaba y el viento del río parecía más helado. Kim y yo llevamos a Chegyong, ya borracho, a la casa de Kim. Recién en el camino apareció la luna entre las escasas nubes. Era hermoso el paisaje del lago iluminado por la luna. Sin embargo, el frío y la embriaguez no me dejaron ser romántico. Apenas llegamos a su casa, entré al cuarto y me dormí.

* * *

El paisaje de las montañas y los ríos del pueblo natal formaron en la madrugada un hermoso cuadro. La neblina cubría las cumbres y sus valles, muy familiares a mi vista. La superficie del lago, de donde nacía la neblina en hilachas como el aliento de un niño, era un cielo profundo y misterioso. Aquella remota añoranza me emocionó. Respiré profundamente. Quizás esta sensación era hacia todo lo que ya había desaparecido, o un arrepentimiento de los días pasados, peleándome con la gente para sobrevivir. En la noche anterior, observando el mismo paisaje, también había sentido cierta emo-

ción; pero esta madrugada, desde esta loma, lo que albergaba era una reflexión hacia mi propia vida, llena de lucha. ¿Para qué había luchado tanto? ¿Habría luchado contra todos y todas las cosas del mundo para ser esposo de una mujer y padre de tres hijos? ¿Habría cambiado mi trabajo más de diez veces hasta la edad de cuarenta y seis años, solo porque no me agradaba la manera de vivir de otros compañeros de trabajo, midiéndolos con mi propia vara? ¿Qué diferencia hay entre mi modo de vivir y el de la gente común que persigue su comodidad asentándose en su primer puesto de trabajo? He luchado constantemente por algo más que sostener a mi familia. Mi medalla y el botín de guerra de supervivencia es haber cambiado más de diez trabajos. Seguiré luchando. No me gusta la gente de arriba. Aborrezco a los que, sin necesidad, codician más y más. En el trabajo actual, mi jefe, como si confirmara el dicho de que los que tienen son los que codician más, sufraga sus gastos privados con el dinero de la empresa: sus gastos de licor, comida y hasta las bombillas de su casa. Cuanto más roba, tanto menos queda para los pobres. Mi opinión tenía sustento. El de arriba me detesta. Cuanto más él me odia, tanto más me siento cómodo. Cosa increíble: tengo más fuerza en mi abdomen y camino más erguido. Los de abajo me miran con ganas de adularme. Pero al mismo tiempo, sé que aumentan sorprendentemente los que lo apoyan. Hasta hacía poco, él agarraba todo para él; pero después, comenzó a repartir a otros sin sentir ninguna culpabilidad. La carcajada de estos es más sonora. Ellos, cuando conseguí unos días de permiso por la muerte de mi hermano, me dieron un sobre conteniendo dinero, una parte del botín. No lo recibí. Algunos me apoyaron. Son los que experimentan el deleite de vivir solos y marginados en vez de una vida corrupta.

Mi hermano mayor... El sol salía y la neblina se alzaba aún más arriba. ¿Para qué él tenía que abandonar todo lo

que le rodeaba? ¿Por qué habría perjudicado tanto a todos los cercanos suyos? Lo que sí puedo afirmar es que hubiera tenido más horas penosas que las de placer. Excepto la aparición en Changsugol hacía dos años, él siempre estaba solo. Salía y volvía solo. El asunto se simplificaría si considerase que su vida era el vagabundeo de un hombre fracasado. Naturalmente, todos pensábamos así. Sin embargo, no era una cosa tan sencilla: como su vida siempre era anormal, allí había algo más sublime. Siempre, cuando pensaba en él, me latía el corazón. Sería raro si no me palpitase ante el regreso de un viejo que había mostrado un desagradable anhelo ante la vida, allá en Changsugol hacía dos años.

Se murió mi hermano mayor. Al despertarme en el cuarto del señor Kim, acepté su muerte como un hecho real. Él había vuelto al pueblo natal para morir. Y había dejado un par de zapatos como rastro de su muerte. Cuando eché una mirada alrededor, Chegyong, que se había acostado a mi lado, ya no se encontraba. Anoche, pensando que había echado mucho aguardiente al estómago en ayuno, me estiré alzando las manos. De pronto toqué algo: eran sus zapatos. Los zapatos que él se había quitado en la entrada de la casa, al volver del viaje, me parecían tan enormes que me hacían recordar la lancha al lado de la orilla del lago. Los zapatos que habían estado toda la noche encima de mi cabecera eran de él. Los zapatos viejos, de talones gastados, estaban abandonados allí.

Los zapatos, sus únicos vestigios, me hicieron caminar hasta la colina entre Sachonli y Chunchonli. Se murió mi hermano. ¡Qué regreso tan raro! De nuevo, los gusanos se reanimaron. ¿Por qué se murió?

Mi sobrino, que habría pasado la noche velando, ya no estaba en la orilla donde habíamos hecho la fogata.

Si estuviese un pintor y mirase la misteriosa neblina que salía del agua, arrojaría todas las pinturas multicolores que

habría traído consigo. El paisaje de la niebla sobre el agua era un espectáculo que mostraba el verdadero contraste entre lo blanco y negro de la pintura oriental. No obstante, la neblina en los valles, a donde todavía no llegaban los rayos solares, quedó oscura y rodeaba las montañas invernales.

A las once del día volvió mi sobrino. Estaba tan demacrado que me daba pena. Yo ya había desayunado en la casa del señor Kim.

—Es que fui a la comisaría y de paso caminé por las tumbas de Chugongni.

—Tu papá parece que estuvo allí antes de venir acá.

—Sí, por eso...

—¿Encontraste alguna huella?

—No estoy seguro. Parecía que había huellas de zapatos en el camino, pero...

Con mucha dificultad conseguimos mantener las tumbas. Hacía tiempo que mi hermano mayor había vendido la montaña de la familia. Pedimos el favor al nuevo dueño y trasladamos los restos de nuestros antepasados. Los familiares estafados por mi hermano se burlaron diciendo que, en vez de excavar las tumbas para trasladar los restos a otro lugar, era preferible sacarlos, destruirlos y botarlos en el río. Pero mi sobrino logró trasladarlos a un rincón de la misma montaña. El nuevo dueño no le cobraba, pero el traslado sí costó bastante dinero. Después de no estar de acuerdo, al final, los familiares colaboramos con algo. El único que no dio ni un centavo fue mi segundo hermano mayor. Aún así, para Chusok, día cuando los descendientes oficiamos un rito a los antepasados, él venía sin falta a visitar las tumbas. Ante este hecho, los parientes recordaron con amargura lo que le había hecho el primogénito.

—Antes de que tú llegaras ayer, lo hice buscar por todos los pueblos cercanos de aquí: Pomuri, Winmal, Tongmakol,

Tongkol, Chogyori, etc. Por todos los lugares por donde él podría estar, pero nada.

El regreso al pueblo natal y el suicidio no combinaban bien. Mi sobrino tampoco podía aceptar su muerte como algo real. Sin embargo, había algunos hechos muy claros: él había vuelto al pueblo natal y había dejado sus zapatos dentro del bote que se había llevado sin permiso del dueño.

—Tu padre habría tenido vergüenza de pisar la tierra natal con los zapatos con los que había dado la vuelta por el mundo. Además, fíjate, el lugar donde encontraron el bote es el mismo lugar donde sepultaron su cordón umbilical.

Le bromeé; pero mi sobrino continuó serio.

—Yo también pienso igual; por eso, cuando llegue el buceador, le pediré que primero busque allí.

—¿Ya contrataste al buceador?

—La comisaría le comunicó. Espero que su cuerpo aparezca antes de que venga el buceador; pero como es invierno...

Mi sobrino miró hacia Tedongni. Yo también seguí su mirada. Venía un barco de pasajeros desde la represa Soyang con destino a Yanggu. La neblina ya se había disipado. El sol brillaba sobre la superficie del lago.

* * *

El camino que llevaba a Chansugol quedó angosto. Sentí frío. El viento helado del atardecer arrasó la sombra de la montaña. Con un pretexto me había escapado del lugar de la muerte: avisar a esa mujer de Changsugol sobre la muerte de mi hermano. De niño, cuando tenía algún problema difícil, huía con cualquier pretexto. Un día cercano al cese de la Guerra Coreana, encontré una bala de ametralladora, la metí al fuego para sacar la bala de su casco y, cuando explotó, el rostro de un sobrino se bañó de sangre. En ese momento, con

pretexto de avisar a los mayores, me fui y me escondí en un montículo de pajas. Mientras huía, otro sobrino sacó tres perdigones, clavados en el rostro de su hermano, lo cargó en su espalda y volvió al pueblo. A pesar de ello, la gente decía que yo era más listo. En realidad, nunca perdí en la pelea de palabras con mi sobrino. Aún así, cuando había algún problema difícil, yo era un niño frente a él. En una palabra, yo era más teórico que práctico. Lo mismo sucedió en Sachonli. Aunque vivía acostumbrado a la vida urbana por haber salido del pueblo hacía tiempo, yo era un inútil en Sachonli. Todo me era ajeno e insolucionable. Solamente deseaba que pasaran pronto todos esos momentos difíciles sin necesidad de mi intervención. Aquí no me servía para nada la valentía con que atacaba a los enemigos en cada cambio de trabajo en Seúl. Un mayor no podía portarse como mayor en Sachonli.

Lo que sucedía delante de mí era inaguantable. A mediodía, la gente empezó a reunirse en Sachonli. Venían dejando a un lado sus faenas. La noticia del ahogo de ese famoso Chinsong Song en su pueblo natal se propagaba. Algunos eran campesinos de los pueblos montañosos y otros eran los antiguos aldeanos que se habían trasladado a la parte alta al sepultarse sus casas debajo del agua. Todos tenían una cosa en común: curiosidad hacia una rarísima vuelta. El anciano Panbe Kim, amigo de mi hermano desde la niñez, vino desde Yanggu, y, al verme, agarró mi mano y no la soltó. Decían que para mañana vendrían los que vivían dispersos en Jwachon, Chunchon y Seúl. Por la bulla se podría confundir que había alguna reunión de los aldeanos. También aparecieron unos familiares muy lejanos. De verdad, podía haber una reunión del clan.

Lo que más vergüenza me dio fue la llegada del tío materno de mi sobrino. Vivía en Changchonmal de Mulnori. Se bajó cojeando del barco porque tenía una pierna paralizada. Cuan-

do mi hermano botaba a mi cuñada a la casa de sus padres, él la devolvía a nuestra casa inmediatamente. De niño, iba a su casa con frecuencia con mi sobrino; por tanto, lo conocía desde hacía tiempo. Recuerdo muy bien las escenas de su llegada a mi casa con mi cuñada: al llegar, agarraba el cuello de mi hermano mayor, temblaba de furia, lo soltaba, y volvía a su casa con la cabeza gacha. Dijo que ayer por la mañana se había enterado porque mi sobrino había enviado un mensajero a su casa para preguntar si sabía algo de mi hermano. Apoyándose en el bastón miró el lago que había llegado hasta el tope.

Ellos, agarrándonos las manos, nos expresaban el pésame; luego se saludaban y recordaban las anécdotas de los días pasados. Y mi sobrino atendía a los visitantes y ordenaba a sus ayudantes hacer lo que él ya no podía hacer. Yo jamás haría algo igual. Había diez botes y un barco en el supuesto lugar de la muerte. El señor Chong, Presidente de la comunidad del pueblo, cuyos antepasados, igual a los nuestros, también habían vivido en Tedongni por varias generaciones, había traído el barco.

A las tres de la tarde llegó el buceador, de estatura baja, cara pequeña y angosta, de unos cincuenta años. Yo preferí retirarme del lugar. El buceador escuchaba callado y pestañeando la explicación de mi sobrino. Alguien preguntó por qué había venido con las manos vacías, porque, para sacar al ahogado, se necesitaba equipo de bucear, red y rastrillador. Le contestó que en el mar Este habían naufragado dos barcos de pesca, había varios desaparecidos e iba a dirigirse allí. Se veía claro que había dejado su equipo en el muelle de Ojangni, y había venido con las manos vacías solo para negociar las condiciones.

—Si no me equivoco, debe ser un lugar muy profundo porque allí había un pueblo grande. Pero, tampoco están segu-

ros de que se ha ahogado allí. No es fácil entrar al agua en un día de invierno, aunque el dinero esté de por medio.

—Oye, primero gente, después dinero. No vayas a vanagloriarte demasiado. Primero sácanos el cadáver.

Alguien le gritó enfadado.

—¿Crees que soy tu sirviente? Soy un profesional.

El buceador le respondió enojado. El sobrino lo calmó y los apartó.

—Antes de empezar el trabajo, debo aclarar una cosa. Yo no puedo trabajar solo. Debe llamar a la Asociación de Buceadores y pedir que vengan unos dos o tres más.

Según él, entrar al agua para localizar un cadáver le daba miedo; por tanto, no quería trabajar solo. Además, con más gente se podía terminar el trabajo pronto.

—Oye, Jongho, mejor llama al chamán. Primero tenemos que consolar el espíritu del ahogado, y luego...

—Oye, en vez de botar el dinero, espera hasta que aparezca el cadáver encima del agua. Mira, contrata a la gente de aquí como vigilantes. Si deseas, puedes premiar al que lo encuentre primero.

Las cosas iban de mal en peor. No era fácil negociar con el buceador; además, cada uno daba su opinión.

Llegué a Changsugol cuando el sol se ocultaba completamente y la oscuridad empezaba a reinar. Originalmente se llamaban Koryochangkol y Tuipangmaul. Koryochangkol, porque allí realizaron el rito al estilo koryochang (funeral a la intemperie de la época de Koryo. Cuando un hombre se volvía anciano, era llevado a la montaña con alimento para unos días y una cama, y allí lo dejaban a su suerte). Tuipangmaul, porque a los ancianos de más de cien años y con demencia

senil los encerraban en el cuarto de atrás, *tuipang*, y esperaban que se muriera allí. Como esos nombres no eran tan bonitos, últimamente lo habían redenido como Chang-sugol (caserío de longevidad).

—¿De parte de quién?

Un joven, que estaba partiendo la madera en pedazos en el jardín, me preguntó enderezando su cuerpo medio agachado.

—Es que... el señor Chinsong Song...

Vacilé un poco porque no sabía cómo presentarme.

—Mamá, tienes una visita.

Habló en voz fuerte hacia el interior de la casa, cogió su chaqueta y se fue.

—¿Qué tal?

Era la misma mujer de hacía dos años. Me reconoció inmediatamente a pesar de la oscuridad; pero no mostró sorpresa ni alegría por mi visita.

—¿Sabe a dónde se fue mi hermano?

Una pregunta tonta. Pero la hice porque ella estaba demasiado tranquila.

—Se fue a su pueblo natal. ¿No lo encontré allí?

—¿Cuándo fue allí?

—Hace unos tres o cuatro días. Unos días antes de su partida escribió varias cartas. Dijo que estaba convocando una reunión.

—¿Una reunión? ¿Con quién?

—Con sus hijos. Creo que también con sus hermanos.

—¿Habló de los hermanos de ese hombre que vino conmigo la vez pasada?

—¡Ah!, de sus hijos. ¡Qué va! Jamás habló de sus hijos de allí. Después de haber hecho tantas maldades, ¿cómo podía hablar de ellos? Pero, ¿acaso hizo maldades solamente a esos hijos?

Por mi mente pasó la imagen del joven que se había ido con la chaqueta dejando su trabajo.

—¿Hablaba de los hijos en otros lugares?

—Nunca hablaba de eso, pero... el otro día, de repente, sí me habló. Según él, incluyendo a los de Manchuria, Japón y Corea del Norte, llegaban a más de veinte. Aquí en el Sur, sin contar a los de su familia legítima, eran seis. Dijo que había averiguado todo y sabía dónde vivían y qué hacían, y que esta vez los vería a todos en su pueblo natal. Le dije que me gustaría verlo muerto apedreado por los hijos. Se rio porque también habría tenido vergüenza.

—¿Se jactaba de tener muchos hijos?

—¡Qué va! Nunca dijo que se había portado bien. Vivo con él tres años y nunca lo oí jactarse. Dice que teme a Dios porque, si dice que se portó bien, Él lo castigará inmediatamente. Fíjese, de todos esos hijos, hay pocos que llevan su apellido.

—¿Qué apellido tiene ese joven que estuvo acá?

—Temyong Li. Es mi hijo. Su padre difunto era Li.

—¿Vive con ustedes acá?

—¡Qué va! Después de la muerte de su padre, vive con mi familia. El año pasado terminó la secundaria y no tiene trabajo. El viejo me prometió pagar los estudios de la universidad si ingresaba. Sin esa promesa, no habría convivido con él. ¿Qué podía hacer? A mi hijo no le gusta estudiar. Vino a provisionarme de leña. Creció sin padre, pero es de buen corazón. El viejo también lo reconoce.

La mujer, diferente a mi primera impresión, tenía la lengua suelta. Cuando encendió la lámpara de kerosene, el cuarto se iluminó mostrando las paredes con nuevo papel; pero los muebles seguían iguales como hacía dos años: una cómoda de madera, un tocador barato y una máquina de coser de mano... Encima de la máquina de coser había unos libros vie-

jos de medicina y de otras cosas. Entre ellos alcancé a ver una Biblia que me hizo recordar la que se había quedado en el cuarto de Chegyong.

—¿Mi hermano lee la Biblia?

—Aunque no la lea, se lo sabe todo. Una vez vino un predicador del pueblo y se fue boquiabierto después de conversar con él. A veces, todo el día memoriza la biblia búdica.

—La vez pasada me dijo que iba a cultivar acá. ¿Él mismo labra?

—Tiene un pedazo de terreno apenas para dos bocas, pero ya lo arrendó. No trabaja en el campo porque dice que si uno se queda mucho tiempo al sol y trabaja, se envejece rápido.

—Entonces, ¿cómo pasa su tiempo?

—Todos los días va a la montaña. Eso es todo. Allí se queda tres o cuatro días. Al ir, se lleva todas las cosas necesarias para dormir en la montaña.

Debió haber sido ese maletín que había mencionado Chegyong. Mientras conversaba con ella sobre mi hermano, se consolidaba la idea de que quizás no se habría suicidado. Me parecía que iba a salir de la oscuridad y entrar a casa sorpresivamente. Sí, volverá para leer ese libro de medicina herbolaria. Aguanté las ganas de comentar sobre lo que había sucedido en Sachonli y pregunté:

—¿Qué hace en la montaña?

—Dice que aspira el aire puro de la montaña, que busca hongos de pino, escondidos debajo de los frutos caídos, y que se alimenta de algunas raíces comestibles.

Dijo que él comía todo crudo cuando estaba en la montaña. Su comida, principalmente, era hojas de pino, raíces y frutos silvestres. Buenos para la salud. No se enfermaba de nada. Comía poco a poco, masticaba bien y botaba el resto. Todavía tenía buena dentadura. Cuando ella terminaba un pocillo de arroz, él todavía seguía masticando una cucharada de arroz.

—Come muy lento y aprovecha todo lo que es bueno para la salud. Antes de este viaje, diciendo que las serpientes comían ranas, rompió un témpano de hielo del río, agarró una cantidad de ranas dormidas debajo de las piedras, escogió las que estaban preñadas, y las asó a fuego de leña. Dijo que así podría pasar el invierno sin problemas, igual a una serpiente.

—¿No le dijo alguna vez que se sentía mal de salud?

—¡Cómo no! De vez en cuando se enferma; pero solamente de gripe. Dice que las enfermedades más graves ya no lo atacan porque de joven ya lo atacaron. Tuberculosis, pleuritis, hemorroides, ¿qué sé yo?... En fin, que ha superado todas las enfermedades. También dijo que le habían cortado una parte del estómago, no me acuerdo si era la parte de arriba o de abajo. Hace tres años cuando lo conocí en Chechon, dijo que estaba con no sé qué cáncer, que viviría máximo unos meses, y que lo cuidara hasta el último día y que él no se olvidaría nunca de mi generosidad. Por eso acepté. Pero vive hasta ahora sin problemas.

—La engañó, ¿no?

—No me engañó, sino que se curó.

—¿Se curó del cáncer que le iba a matar en unos meses?

—Así es. Dice que cuando el hombre y la mujer son ideales para el ying y el yang en la cama, todos los gusanos de la enfermedad se mueren abrasados por el fuego que brota en el momento. Para curar su enfermedad, dormí meses enteros encima de él.

La mujer no tenía reparos en hablar aunque yo fuera su *cuñado*. Contaba como si se tratara de un caso ajeno. Parecía que había esperado este momento para contarme de mi hermano con franqueza. Ahora me tocaba hablar como ella.

—Y..., ¿no le pidió tener hijos?

Por primera vez se puso un poco huraña y luego se rió.

—¡Claro que sí! Todos los días me pide eso. Pero, ¿acaso eso depende de nosotros? Fíjese, cuántos años tiene. Pero, pensando en su virilidad, me dice que yo tengo alguna falla. Lo que pasa es que quiere tener otra mujer joven. Eso se ve muy claro.

Pensé que ya era oportuno contarle del suceso de Sachonli. La neblina que venía me empezó a confundir. Igual que la neblina del pico de Pejuryong, me pareció irreal el mundo oscuro, más allá del cuarto iluminado por la lámpara. La escena de Sachonli, de apenas unas horas antes, reapareció ante mi vista como si fuera una de hacía muchas décadas. Sin embargo, me hizo despertar la presencia del joven en el patio que había dejado de cortar la leña. Recordé el objetivo de mi visita. También debí calcular la hora: no se puede dormir aquí donde hay un solo cuarto; debía apresurarme a caminar hasta la carretera que está a unas dos horas y tomar el bus para ir al pueblo.

—¿Le preocupa su ausencia por varios días?

—No, pues..., ¿por qué preocuparme? Sé que algún día se irá y nunca más volverá. Él, día y noche, repite que ha vivido así siempre. Yo también estoy preparada. No es un hombre para encargarme mi vida. ¿No ve que, aunque su pueblo natal está tan cerca y allí tiene a su esposa e hijos, jamás los visita?

Recién pude comprender por qué hablaba de él tan objetivamente como si hablara de un extraño: era por la intuición femenina. Seguramente se había dado cuenta de que ella era una ajena para él.

—No sé si tiene propiedades.

Para qué le comentaría eso. La mujer, que me parecía mansa, mudó su rostro.

—No hable más de eso. No tiene ni un centavo.

—¿No dice que tiene el campo de cultivo que arrendó a alguien, y...?

—¿Acaso es de él? Ese terreno lo conseguimos visitando más de diez veces la escuela de su hijo mayor; pero ni siquiera hemos visto el documento de propiedad. Su hijo mayor lo compró a su propio nombre. Según el viejo, el hijo mayor lo compró aquí por su interés. Se enfadó muchísimo porque dice que, cuando este lugar llegue a ser un centro turístico o algo así, subirá el precio del terreno, y que, sabiendo eso, lo compró con el adelanto de su pensión, y que se jactaba ante otros que le había dado a su padre algo que comer.

Me levanté y le pregunté sin ningún rodeo:

—Si mañana le llega la noticia de su muerte, ¿qué va a hacer?

Necesitaba salir de esa densa neblina que empezaba a envolverlo todo. Era un aviso de la muerte de mi hermano.

—¿Qué voy a hacer? Aunque se muera él, ¿me quitarían esta casucha?

Mi suposición era correcta. Ella no se preocupaba de la muerte de mi hermano, sino de su propia situación. Por un lado, mejor; así no me haría más preguntas. Preferí despedirme sin contarle más. Ella no tenía por qué ir al pueblo natal y sufrir con nosotros. Bastaba que nosotros sufriéramos las consecuencias de esa vida arruinada. Por otro lado, estaba muy impaciente porque quizás mi hermano se estaba transformando en esa densa neblina que no dejaba ver más allá de un kilómetro de distancia.

La mujer no era tan lerda como pensaba. Quizás era una consolación desesperante en busca de alguna relación.

—Además, ¿por qué se va a morir? No conté a los vecinos por vergüenza, pero él siempre me decía que viviría hasta ciento treinta años. Y que, viviendo así, podía estar en el último lecho de todos sus hijos.

Ella continuó como si se burlara de mí. Estaba poniéndome los zapatos para salir.

—Esperar que se muera él es como esperar el cumpleaños de sesenta años de un nieto. Esta vez también salió de viaje llevando harina de arroz. Dijo que, como el agua medicinal era buena para el crudo invierno, visitaría todas las aguas medicinales de Kangwondo e iría hasta el pueblo de la longevidad de Kurye en Cholado. ¿Quién sabe? A lo mejor se quede en algún lugar seduciendo a una joven. Quizás por esta razón se comunicaría con todos sus hijos para conseguir dinero.

* * *

Aunque habían pasado cinco días en el Pico de Pejuryong continuaba la densa neblina. Al principio tenía el plan de ir en barco desde la represa Soyang hasta Ojangni, porque Sachonli estaba cerca de Ojangni y de Oumni donde estaban velando a mi cuñada. Pero la densa neblina impidió cumplir mi plan porque el barco no podía navegar bajo la neblina. Por dos razones deseaba ir primero a Sachonli: por las nuevas noticias de la búsqueda del cuerpo de mi hermano mayor y por la aparición de tres hijos de mi hermano de quienes me había hablado la mujer en Changsugol. Esta última noticia opacaba la muerte de mi cuñada.

Caray, esto, de verdad, me hace reír.

Mi sobrino menor, muy bravucón, después de avisar por teléfono la muerte de su madre, comentó de lo que había ocurrido en Sachonli. Diferente de su hermano mayor, jamás perdonó que su padre los hubiera abandonado. Trabajaba en la oficina sucursal de la Cooperativa de los Campesinos en Wonsonggun.

¡Este no es mi hijo!

Cuando el niño ya tenía unos seis años, mi hermano, en uno de esos viajes después de una ausencia de varios años, gritó alzando al niño de sus dos orejas porque este lo había

mirado con mucho recelo. Si no hubiera salido mi cuñada y agarrado al niño, seguramente sus orejas en las fuertes manos de mi hermano se habrían destrozado. Después de ese día ese sobrino menor se refería a su padre con la grosería de «*hijo de puta*».

La neblina seguía densa, tragando al bus que se iba a Yangu, dando vueltas y vueltas alrededor del Pico Pejuryong. Pero no fui engañado por la neblina como la vez pasada, porque ahora conocía el mundo que existía más allá de un kilómetro.

Todo estaba claro, ya no me importaba su vida o su muerte. Lo cierto era que otra vez había aparecido a orillas del pueblo natal; y esta vez, en vez de aparecer personalmente, lo hacía mediante otros cuerpos que provenían de sus restos. Eso, solo podía hacerlo un hombre como él. La razón por que siempre, cuando pensaba en él, tenía cierta esperanza era justamente el anhelo de ver un milagro.

Dicho y hecho. ¿Habría sido otro milagro de él? En fin, mi cuñada pasó a la otra orilla junto al incomprensible regreso de su esposo al pueblo natal.

Eso sucedió mientras estaba en Seúl, escapándome del asunto de Sachonli, que me causaba dolor de cabeza. Al llegar a Seúl, lo único que hice fue llamar a la esposa de mi sobrino y decirle que era absurdo buscar sus restos en el agua. Evadí mi responsabilidad dando mi opinión. Incluso me consolé de haber corrido primero al lugar, dormido en la orilla del lago, metido dinero en el bolsillo de mi sobrino y palmeado su espalda, dándole ánimo.

Sin embargo, nunca estuve tan intranquilo como esa vez después de mi huida de Sachonli. Mi esposa me miraba extrañada: ¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal? ¿Otra vez tienes algún problema en tu trabajo? Los oídos y los ojos de los niños eran más agudos: ¿Quién se murió? ¿Por qué se murió? ¿Dónde

es ese lugar? Para los niños mi viaje al pueblo natal era algo misterioso, como si fuera un viaje extraterrestre. Pero aunque sus preguntas eran insistentes, no abrí la boca, era como si me hubiera quedado mudo. Hasta ese momento, para mí era un tabú hablar de mi pueblo natal, de mis padres o de mis hermanos porque, después de varias décadas tratando de olvidarme de mi pueblo natal y de mis familiares, me parecía ridículo contarles todo y hacerles partícipes de ese pasado. Se me iba toda la fuerza de mis hombros. Me sentí inerte. Hasta ese momento solo les había mostrado cólera y preocupaciones por la nebulosa realidad y por el frecuente cambio de trabajo. Por llenar mi mente de gente y naturaleza de mi pueblo natal durante los dos días, sentí, de repente, que estaba fuera de órbita. Esa sensación se intensificó más en el trabajo. Pensé que los colegas me miraban diferente. Parecía que estaban descontentos con mi breve viaje. Sus ojos añoraban mi ausencia de más días. Me sentí solo y marginado. Era la soledad de alguien que estaba fuera del círculo. Siempre, cuando estaba por abandonar el trabajo, sentía esa sensación. Sin embargo, tuve ganas de reírme. ¡Jujuju...! No sabía desde cuándo, pero vivía alimentándome de la soledad. De repente, sentí algo raro en mi interior. ¿El diablo de mi hermano habría entrado en mí? Estaba impaciente, tenía ganas de vagabundear como él. Mi vida parecía igual a su vida. ¡Jujuju...! Me reí en el baño. Me reí más todavía porque esa risa era una réplica de la risa de mi hermano. ¡Juju...! ¡Ajá! Permaneciendo más tiempo en el baño pude comprender más y más. Él estaba vivo. Claro, él se habría dicho: «Abandónalo todo». Y ahora, después de abandonar todo, estaría escondido en algún lugar y se reiría solo.

La casa del sobrino en Oumni, en vez de la bulla de un velorio, estaba en silencio; quizás porque todavía no era la hora de visita de los conocidos. Los dos sobrinos, con la cabeza gacha, estaban acompañando a su difunta madre.

Después de saludar a la difunta y a ellos, les conté de mi visita de hacía unos días y comenté de sus lágrimas que rodaban por las arrugas alrededor de sus ojos.

—Parece que se enteró del regreso de mi padre —me contestó el sobrino mayor, con un rostro muy demacrado. —Mi mujer me contó que día antes de su muerte la funda de su almohada había quedado empapada de lágrimas. Como sabes tú, tío, mi madre nunca mostró sus lágrimas ante los demás.

A lo mejor ella, ese día, me habría confundido con mi hermano. Se me oscureció el corazón.

Mi sobrino, llorando, dijo que ella habría derramado todas sus lágrimas para no llevarlas al otro mundo.

—Anteayer por la tarde volví de Sachonli y dormí a su lado. Hasta ese momento estaba sana. Pero, un momento cuando me desperté, sentí algo extraño. Encendí la luz y la vi muerta tal como si estuviera durmiendo. Eran las tres de la mañana —dijo el sobrino menor.

Muy cierto el dicho de que no siempre es el primogénito el que acompaña a sus padres en la partida al otro mundo. El menor, que apenas venía cuatro veces al año, la había acompañado.

—¿Qué hay allí en Sachonli?

—Mi hermano es un ingenuo. ¿Cuántas veces habíamos sido engañados por ese viejo? Como dijiste tú, tío, debió haberlo buscado uno o dos días, y punto. Pero durante cinco días enteros estuvimos en esa danza.

El mayor simplemente escuchaba la crítica de su hermano. Y este continuó:

—Pedí a Chegyong Pak que despidiera a los buceadores. ¡Cuánto dinero se nos fue cada día!

Los tres buceadores y diez vecinos contratados por día lo habían buscado durante cuatro días; pero no encontraron ninguna pista que confirmara su muerte.

Después de un buen rato de silencio, el sobrino mayor dijo lentamente:

—Es que... en las cartas que trajeron ellos... no había mención sobre su muerte. Simplemente decía que los vería en tal fecha en Tedongni.

Con *ellos* se refería a los otros hijos regados por varios lugares. Tres llegaron después de recibir la carta. Cada uno mostraba la carta y, después de contar su vida, los hermanos de diferentes madres se saludaban al estilo tradicional encima de la estera, en la orilla del lago. La gente que los rodeaba les aplaudía. En la carta refería, en tono de remordimiento, cómo había conocido a la madre de cada uno y por qué tenía que despedirse de ellas. Su fabulosa memoria sirvió para que todo lo contado pareciera verdad. Entre los tres, el que mantenía el apellido Song era uno de Jenam de Cholado, dos años mayor que mi sobrino mayor, y otros eran Li y Shin, menores que vivían en Poun de Chungchongdo y Seúl.

—Y yo también tenía que saludarles porque mi hermano mayor me obligó; pero, carajo, ¿cuántos más vendrán? —dijo el sobrino menor. Estaba muy descontento. El tío, que vivía en Yanggu, intervino:

—A mí también me hicieron las venias; pero, en fin, tu padre, si pasó al otro mundo, sufrirá mucho por todo lo que hizo en esta vida. Pero, fíjense, esos querían venir a casa para expresar el pésame. Yo les negué. Aunque fueran del mismo padre, ¿cómo se atrevían a venir acá?

Después de un breve silencio siguió:

—Si quieren, mañana pueden llegar ellos al cementerio de la familia. Preferible estar tranquilos. Vinieron en busca de su sangre y no podemos privarles del derecho de saludar a sus antepasados.

* * *

Mi sobrino me entregó la pequeña Biblia cuando los obreros del cementerio se estaban pasando tazones de licor. Fue después de bajar el ataúd a la fosa y echar la tierra encima. Los obreros ya estaban por afirmar la tierra a pisotones. La Biblia que mi hermano había dejado en el cuarto de Chegyong Pak era del tamaño de una mano. Parecía como las biblias que regalan algunas sectas.

—Hay páginas dobladas, pero no lo hice yo —murmuró en mi oído el sobrino al darme la Biblia. La metí al bolsillo del abrigo y salí del grupo de gente que estaba animando a los obreros. Quedé alejado de ellos.

Vi a los tres hijos a lo lejos. Estaban cerca de la tumba de los tatarabuelos y, al cruzar sus miradas con la mía, voltearon la cabeza. Cuando por primera vez me saludaron, también estuvieron muy perplejos. Ese momento alguien dijo en voz alta como para fastidiarme, «¡Idénticos! Son idénticos al tío menor de Seúl. ¡Qué interesante!».

Los seis obreros pisaban la tierra al ritmo de un canto fúnebre. El ritmo que empezó lento comenzó a acelerarse.

¡Ejé, ejé!

Señores de este mundo, escúchenme.

Ustedes están allá, yo estoy solo aquí.

*Alegrémonos como los peces dorados en el agua,
los de lejos, los de cerca, todos juntos.*

...

El canto del líder del grupo era tan agradable que los que estaban fuera también le respondieron felices en coro.

Cuando la gente estaba embebida de canto y trabajo, saqué el libro y lo empecé a hojear. Verdad, había dos páginas

dobladas: El Evangelio según San Juan, capítulo 15, versículo 5. Primera carta de Pedro, capítulo 1, versículos 22 y 23. Y al margen de las páginas había rayas de bolígrafo de tinta azul.

Yo soy la vid y ustedes las ramas. Si alguien permanece en mí y yo en él, produce mucho fruto, pero sin mí no pueden hacer nada.

Leí, con el corazón que latía, la parte subrayada de la primera página doblada de la Biblia. Mientras tanto el canto y el movimiento estaban llegando al momento de climax.

Ejé, ejé.

*Dicen que la vida es larga,
mas es un simple sueño largo de primavera.*

*Flor bonita de la arena de Myongsashimni
no entrístezcas por la marchita.*

*En marzo del año entrante
la flor renacerá.*

*Mas, ¿por qué nuestra vida
se va y no vuelve?*

Ejé, ejé.

...

Agaché más la cabeza como si alguien me viera y abrí otra página doblada.

Ámense entonces unos a otros de todo corazón, ya que nacieron a otra vida que no viene de hombres mortales...

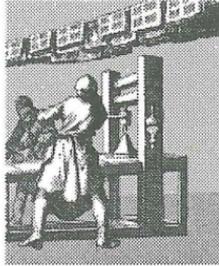
Semilla inmortal... ¡Jujuju...! Metí apresurado la Biblia en el bolsillo del abrigo. Miré el valle oscurecido debajo del

cielo gris invernal, pronto nevaría. Para localizar de dónde venía esa risa maligna, miré por muchos lugares del valle. Mas la risa no solo venía desde el valle sino también de cerca.

¡Jujuju...!

Mis pelos se crisparon. Esa risa salía de mi boca, él se había ocultado y nos estaba mirando.

(1987)



La familia de Abe
se terminó de imprimir en el mes
de noviembre de 2001 en los
talleres de Cromática S. A. C.

De los traductores:

Hyesun Ko de Carranza es profesora de la Universidad Dankook.

Francisco Carranza Romero es profesor de la Universidad Hankuk de Estudios Extranjeros.

Próximos títulos de la colección:

Bosque de pinceles

Tu Fu

Selección, traducción del chino y notas de Guillermo Dañino

El libro de la almohada

Sei Shônagon

Traducción de Iván Pinto, Oswaldo Gavidia y Shimono Izumi





Pontificia Universidad Católica del Perú
Colección Orientalia
Fondo Editorial 2001